



IMPEDIMENTA

SIMON WORRALL

La poeta y el asesino

Traducción de Beatriz Anson



*Miss Emily Dickinson,
Care Mr. Edward Dickinson*

La poeta y el asesino



Simon Worrall

*Traducción del inglés a cargo de
Beatriz Anson*



IMPEDIMENTA

Un poema perdido de Emily Dickinson y un mormón renegado que se convierte en asesino. El trepidante relato real de una de las falsificaciones más famosas de la historia.

«Un libro apasionante. Me tuvo pegado a la silla hasta la última página.»
William Styron

«Una historia increíble. Una true crime story que se lee como un thriller.»
The Guardian

*A mis padres, Nancy y Philip;
y a mi querida esposa, Kate*

El corazón quiere lo que quiere, o, si no, se vuelve indiferente.

EMILY DICKINSON

Tenemos a los mejores y más hábiles mentirosos del mundo, a los más astutos y diestros ladrones, y cualquier otro matiz del carácter que podáis imaginar... Puedo proporcionaros ancianos que saben timar a los mejores timadores y quedarse con todo su dinero. Podemos ganar al mundo en todos los juegos.

BRIGHAM YOUNG

Introducción

Era un frío y despejado día de otoño. Mientras avanzaba por el camino de entrada a la casa de Emily Dickinson, Homestead, en Amherst, Massachusetts, una fila de cicutas situadas al frente del edificio proyectaban intensas sombras sobre los ladrillos, y una ardilla cruzó el césped corriendo con una bellota en la boca. Entré por la puerta de atrás, atravesé un recibidor oscuro con las paredes cubiertas de retratos familiares y subí por la escalera hasta el dormitorio del segundo piso.

La palabra *homestead*^[1] resulta engañosa. Con su elegante cúpula, sus contraventanas francesas y su fachada italiana, esta mansión de estilo federal situada en la calle Mayor y construida en 1813 por el abuelo de la poeta, Samuel Fowler Dickinson, es cualquier cosa menos modesta. Alejada de la carretera, con un bosquecillo de robles y arces que resguardan su parte trasera y un jardín enorme y oculto, la granja era, y sigue siendo, una de las mejores casas de Amherst.

El dormitorio, una habitación grande, cuadrada y luminosa, está situada en la esquina sudoeste. Una de las ventanas da a la calle Mayor, y desde la otra puede verse Evergreens, la casa donde vivieron el hermano de Emily Dickinson, Austin, y su esposa, Sue Gilbert Dickinson. Hacia el centro de la pared que queda al este se encuentra la cama en la que la poeta durmió durante casi toda su vida, siempre sola. Dickinson no medía más de metro y medio, por lo que la cama era tan pequeña como la de un niño. Toqué el colchón. Duro y rígido. Delante de la ventana, mirando hacia Evergreens, había un pequeño escritorio. Aquí fue donde Dickinson compuso la mayor

parte de sus poemas, así como las casi mil cartas que han sobrevivido hasta nuestros días. A esta pelirroja animada y tremendamente independiente, los poemas se le ocurrían a ráfagas, como si las palabras fueran las balas de una metralleta. Mientras hacía las labores del hogar, Dickinson garabateaba los primeros borradores de sus poemas, casi siempre a lápiz, en cualquier cosa que tuviese al alcance: reversos de sobres, trozos de rollo de cocina o papel de regalo. Una vez utilizó la envoltura de una caja amarilla de bombones de París, y también escribió un poema en el dorso de la invitación a una fiesta infantil que había recibido un cuarto de siglo atrás. El meticuloso trabajo de revisión y edición lo llevaba a cabo casi siempre de noche, frente al escritorio. Bajo la luz de una lámpara de aceite copió, revisó y editó continuamente, a lo largo de varios años, los pensamientos y sentimientos que había garabateado mientras cocía pan de jengibre, ayudaba a caminar a su madre inválida por el jardín o cuidaba las plantas del invernadero que su padre había construido para ella y que era su lugar favorito en Homestead.

Me quedé frente al escritorio y la imaginé trabajando allí, dándome la espalda, con su mata de pelo recogida sobre la coronilla, los contornos de su cuerpo visibles a través de su vestido blanco de algodón. Entonces bajé corriendo la escalera, crucé el aparcamiento en el que había dejado el coche y conduje el kilómetro y pico que separaba la casa de la Biblioteca Jones, en Amity Street. Tenía un montón de mensajes en el móvil. Uno de un comerciante de pistolas de Salt Lake City. Otro del jefe de relaciones públicas de Sotheby's, en Nueva York. Un tercero de Ralph Franklin, un especialista en Emily Dickinson de la Universidad de Yale. Yo entonces no lo sabía, pero esas llamadas se convertirían en los hilos de una red de intriga y misterio que tardaría tres años en desenredar.

Todo empezó cuando, en abril de 1997, di con un artículo de *The New York Times* que anunciaba que un poema inédito de Emily Dickinson, el primero que había sido descubierto en cuarenta años, iba a ser subastado por Sotheby's. Por aquel entonces no sabía mucho de Dickinson; tan solo que había llevado una existencia tremendamente solitaria y que no había publicado casi nada en vida. La idea de que una nueva obra de un gran artista, ya fuera Emily Dickinson o Vincent van Gogh, pudiera caer del cielo de

aquella manera apeló a mi sentido del absurdo y del azar. «Quién sabe — recuerdo que pensé—, igual un día alguien encuentra el manuscrito original de *Hamlet*.»

No volví a pensar en el tema hasta cuatro meses después, a finales de agosto, cuando topé con un breve anuncio de cuatro líneas en la sección de «Personajes públicos» de *The New York Times*. En él se decía que el poema de Emily Dickinson, que había sido recientemente adquirido en la subasta de Sotheby's al precio de veintiún mil dólares por la Biblioteca Jones, de Amherst, Massachusetts, había sido devuelto por tratarse de una falsificación.

¿Qué tipo de persona, me pregunté, tenía la habilidad y la inventiva necesarias para crear algo así? Dar con el papel y la tinta adecuada probablemente no fuera muy difícil, pero ¿falsificar la letra de alguien de forma tan convincente que supere el escrutinio de los expertos de Sotheby's? Eso, supuse, tenía que ser sumamente complicado. Además, este falsificador había ido aún más lejos al escribir un poema lo suficientemente bueno como para ser atribuido a una de las artistas más originales del mundo y con mayor idiosincrasia estilística. De alguna manera había sido capaz de clonar el arte de Emily Dickinson.

También me intrigaba la procedencia del poema. ¿De dónde había venido? ¿Por qué manos había pasado? ¿Qué sabía Sotheby's de él cuando aceptó subastarlo? La ilustre firma inglesa de subastas había estado últimamente en el candelerero por historias de pujas falsas y contrabandistas de arte profesionales en Italia e India. ¿Habría investigado Sotheby's la procedencia del poema? ¿O habría decidido ignorar la posibilidad de que fuera falso y subastarlo con la esperanza de que nadie pudiese demostrarlo?

Para encontrar las respuestas a estas preguntas llamé a Daniel Lombardo, el hombre que había comprado el poema para la Biblioteca Jones, en Amherst. Lo que me dijo solo sirvió para aumentar mi curiosidad. Pocos días después hice las maletas y salí de mi casa en Long Island para dirigirme al norte, a Amherst, con una copia de los poemas de Emily Dickinson en el asiento del copiloto.

Aquel fue el inicio de un viaje que me llevaría desde los pueblecitos con casas blancas de madera de Nueva Inglaterra hasta las salinas de Utah; desde

las calles de Nueva York hasta las avenidas de Las Vegas. En el núcleo del viaje, una poeta y un asesino. Averiguar qué era lo que los unía, cómo se creó una de las falsificaciones más audaces del mundo y qué recorrido siguió desde Utah hasta Madison Avenue se convirtió en una terrible obsesión. En mi búsqueda de la verdad recorrí miles de kilómetros y entrevisté a decenas de personas. Algunas, como la mujer de Mark Hofmann, accedieron a hablar por primera vez ante una grabadora. Pero no tardé en descubrir que la «verdad», cuando tiene que ver con Mark Hofmann, es un concepto relativo. Tanto sus amigos como su familia, los anticuarios o las casas de subastas que comerciaban con sus falsificaciones, pretendían ser las víctimas inocentes de un maestro de la manipulación. ¿Quién decía la verdad, si es que alguien lo hacía? Me sentía como si estuviera realizando una persecución por un laberinto de espejos: los caminos que parecían ser los correctos se convertían de pronto en callejones sin salida, y los que habría dicho que no llevaban a ninguna parte se abrían repentinamente para mostrarme senderos que ni siquiera había imaginado. Nada era lo que parecía.

Y ante mí, pero siempre fuera de mi alcance, el propio falsificador. La descripción de William Hazlitt del personaje de Yago en el *Otelo* de Shakespeare —«actividad intelectual enfermiza, con un sentimiento de indiferencia casi perfecto por el alcance moral del Bien y del Mal»— es igualmente aplicable al hombre que una vez dijo que engañar le producía una inigualable sensación de poder. Mark Hofmann no era solo un brillante artesano, un prestidigitador del papel y la tinta que fabricaba documentos históricos con una técnica tan asombrosa que ni los mejores expertos de América podían encontrar en ellos signos de falsificación, sino que también era un maestro de la psicología humana que utilizaba la hipnosis y el control mental para manipular a los demás e incluso a sí mismo. Farsante posmoderno, deconstruyó el lenguaje y la mitología de la Iglesia mormona para crear documentos que socavasen algunos de los principios fundamentales de su teología. Tenía éxito porque comprendía lo frágil que es la frontera entre realidad y fantasía y lo dispuestos que estamos los hombres, en nuestro deseo de creer en algo, a acogernos a una ilusión.

Cuando la red de mentiras y engaños comenzó a desenredarse, Hofmann se

convirtió en un asesino.

Nos atrae aquello que no somos. Viajar al mundo de Mark Hofmann fue como descender por un pozo oscuro en el que se esconde lo más taimado y aterrador de la naturaleza humana. En el decurso de aquel viaje escucharía muchas cosas raras. Oiría hablar de planchas de oro con jeroglíficos egipcios, de lagartijas capaces de hablar, de ángeles y de Uzis;^[2] vería la corrupción que se esconde tras la reluciente superficie de las casas de subastas, escucharía mentiras que se hacían pasar por verdades y también verdades desestimadas como mentiras; me encontraría con detectives y con mormones disidentes, con peritos gráficos y psicólogos del conocimiento, con estafadores y farsantes. Tras pasar tres años intentando solucionar el acertijo planteado por una de las mejores falsificaciones literarias del mundo, creo que me he acercado a la verdad todo lo posible.

Ahora es cosa tuya, querido lector, decidir su significado.

[1]. *Homestead* hace referencia a los terrenos que el Estado concedía a los colonos para que estos los arasen y cultivasen. Esto le otorga un carácter rural a la palabra, de ahí que el narrador diga que resulta engañosa, pues el Homestead de Dickinson es una gran mansión. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2]. Un tipo de ametralladora.

Prólogo

La poeta y el asesino

Pensó que ya se había sumergido lo suficiente; sin embargo, al trazar la curva de la letra *m* sintió un estremecimiento momentáneo, parecido al temblor lejano de un terremoto. Empezó en las profundidades de su corteza cerebral, continuó desplazándose por sus terminaciones nerviosas, le recorrió el brazo y la mano, y finalmente alcanzó sus dedos. El estremecimiento duró tan solo un microsegundo, pero fue más que suficiente para que sus músculos se tensasen como una goma elástica. Tras alcanzar la cima del primer palo de la letra *m* y sentir que el lápiz se precipitaba hacia abajo, advirtió que su mano temblaba ligeramente.

Dejó el lápiz y trató de ralentizar sus pulsaciones. Relajó la respiración y empezó a absorber y expulsar el oxígeno de sus pulmones contando hasta siete cada vez. Entonces imaginó que una ola de calor circulaba por su cuerpo como una corriente del océano, y se concentró en dirigirla hacia la punta de sus dedos. En cuanto logró condensar el mundo en un punto situado entre sus ojos, tomó una nueva hoja de papel y comenzó a visualizar la forma de cada una de las letras, hasta poder verlas todas expuestas en la página que tenía frente a sí, como imágenes proyectadas en una pantalla.

Llevaba días practicando la caligrafía de Emily: la *h* que caía hacia delante como una silla rota, la *y* que prácticamente se acostaba, alargada, sobre la línea como una culebra, y la inconfundible *t* que más bien parecía una *x* inclinada. Al notar que se hundía más en el trance comenzó a escribir. En esta

ocasión lo hizo con fluidez y sin vacilaciones; su subconsciente vertía las letras en un torrente continuo, ininterrumpido. Era como si ella estuviese dentro de él, guiando su mano sobre la página. Al firmar con el nombre femenino sintió un inmenso poder.

Se levantó y se desperezó. Eran las tres de la madrugada. En el piso de arriba oyó al bebé, que rompía a llorar, y los pasos de su mujer acercándose a la cuna para consolarlo. Entonces cruzó el oscuro sótano, se acercó a un estante y, tras apartar una pila de planchas de imprenta, cogió una bolsa de plástico que había escondido el día anterior. Sacó un trozo de tubo galvanizado y taladró dos agujeros en la superficie de una de las tapas de hierro fundido, hizo pasar dos cables por los agujeros y les ató un improvisado encendedor. Acto seguido, llenó el tubo de pólvora y enroscó la otra tapa. Por la mañana iría hasta Skull Valley para probar la bomba. Sacó los dos paquetes de pilas que había comprado unos días antes en Radio Shack y bajó un cable de extensión de una repisa de la pared. Entonces lo metió todo en una caja de cartón que colocó junto al poema. No es que fuera una obra de arte, se dijo, pero bastaría.

Emily Dickinson a la venta

Doce años después de los acontecimientos de aquella noche, Daniel Lombardo, conservador de colecciones especiales de la Biblioteca Jones de Amherst, Massachusetts, comenzó a recorrer los veinticuatro kilómetros que separaban Amherst de su casa, próxima a Westhampton. No podía sospechar que la onda expansiva de aquella bomba estaba a punto de hacer tambalearse los pilares sobre los que había construido su vida.

Era un día glorioso de mayo, y mientras cruzaba el puente Coolidge en su deportivo Fiat Spider, con la capota bajada y su cinta favorita de Van Morrison en el radiocasete, sintió que la vida no podía tratarlo mejor. Le encantaba su trabajo en la biblioteca, estaba escribiendo un libro, había vuelto a tocar la batería y su matrimonio iba viento en popa. Mientras rodaba por las colinas camino a Amherst se puso a pensar en la noticia que estaba a punto de dar a los miembros de la Sociedad Internacional Emily Dickinson que habían acudido a su reunión anual desde todos los rincones de América. Si todo salía como esperaba, si lograba recaudar el dinero suficiente, podría realizar una contribución imperecedera para la comunidad que había llegado a considerar como su propio hogar.

Lombardo recordaba perfectamente el momento en que vio el poema por primera vez. Estaba sentado frente a su escritorio, en la planta superior de la Biblioteca Jones, una gran casa del siglo XVIII construida con granito gris y situada justo en el centro de Amherst, ojeando el catálogo de libros y

manuscritos que Sotheby's sacaría a subasta en junio de 1997. Lombardo era consciente de que un manuscrito original e inédito de Emily Dickinson resultaba tan raro como una perla negra. De hecho, hacía más de cuarenta años que no se encontraba un poema nuevo de Dickinson. En 1955, Thomas H. Johnson, un académico de Harvard especializado en el tema, había publicado una edición *variorum* en tres volúmenes que fijaba el canon de Dickinson en 1775 poemas. Sin embargo, y debido al extraño modo en que su obra ha llegado hasta nosotros —prácticamente no publicó nada en vida, y era tremendamente reservada respecto a lo que escribía (tras su muerte, de hecho, muchos de sus poemas y cartas fueron destruidos por su familia)— siempre ha existido la persistente sensación de que podría salir a la luz nuevo material inédito. El año anterior se habían descubierto repentinamente dos poemas nuevos. ¿Quién se atrevería a negar que hubiese más poemas por ahí, escondidos en un ático polvoriento de Nantucket o tras las tapas de algún libro en una decadente mansión de Nueva Inglaterra?

El poema, descrito en el catálogo de Sotheby's como «un manuscrito poético autógrafo firmado (“Emily”)», estaba listado entre una extraña edición de 1887 de los *Papeles Pickwick* de Charles Dickens, encuadernada en cuero verde marroquí, y un dibujo original en acuarela de Mickey Mouse y Pluto. Mientras sacaba un regaliz de Amarelline de un bote que había traído de su reciente viaje a Sicilia y se ponía a leer el poema, Lombardo pensó que a Dickinson le habría encantado la yuxtaposición con Mickey Mouse.

El poema estaba escrito a lápiz en un trozo de papel con rayas azules que medía veinte centímetros por trece. En la esquina superior izquierda había un membrete en relieve, y estaba firmado, efectivamente, como «Emily». En tinta roja, en la esquina superior derecha del dorso, alguien había escrito «Tía Emily» en una letra no identificada:

*That God cannot
be understood
Everyone agrees
We do not know
His motives nor
Comprehend his*

*Deeds –
Then why should I
Seek solace in
What I cannot
Know?
Better to play
In winter's sun
Than to fear the
Snow*[3]

Con sus rasgos de elfo, su poblada barba castaño rojiza y su media melena, Dan Lombardo parece uno de los personajes de *El hobbit* de Tolkien. Pesa 45 kilos y mide 1,58 metros. Tras leer el poema se levantó de su escritorio y se acercó a una imponente caja fuerte que parecía un armario y que tenía en una esquina de su oficina. Era más alta que el propio Lombardo, estaba hecha con metal de diez centímetros de grosor y tenía una combinación que solo conocían él y el director de la biblioteca. Dentro se encontraban manuscritos por valor de cientos de miles de dólares. Lombardo fue girando las ruedas de la combinación hasta que la puerta se abrió, y entonces sacó varios manuscritos de Dickinson y los colocó sobre su escritorio.

Uno de ellos era una carta de 1871. Otro era un poema llamado «Un poco de Locura en Primavera», que la poeta había enviado a una amiga, Elizabeth Holland, en 1875. Escrito en el mismo tipo de papel y con una caligrafía similar, tenía un parecido extraordinario con el poema del catálogo de Sotheby's. También estaba escrito a lápiz y firmado «Emily»:

*Un poco de Locura en Primavera
Es sano incluso para un Rey,
Pero Dios esté con el Aldeano –
Que considera esta escena extraordinaria –
Este completo Experimento en Verde –
¡Como si fuera suyo!*[4]

Comparó la letra. La caligrafía de Emily Dickinson había ido cambiando de forma radical a lo largo de toda su vida. Sin embargo, dentro de cada periodo mantenía una cierta consistencia. Lombardo no era un experto calígrafo, pero la letra de ambos poemas parecía la misma. Y su tono y contenido también

eran similares. La poesía de Dickinson había alcanzado su punto culminante la década anterior. A partir de 1870, el torrente de creatividad que había dado al mundo varios de los poemas más contenidos e intensos jamás escritos en lengua inglesa había comenzado a disminuir. Dickinson rondaba los cuarenta años. La vista empezaba a fallarle. Su capacidad creativa comenzaba a remitir. Muchos de los poemas de este periodo no son más que «fragmentos de sabiduría» menores, tal como parecía ser este.

El hecho de que estuviese firmado también como «Tía Emily» hizo pensar a Lombardo que el poema había sido escrito para un niño, probablemente para Ned Dickinson, el sobrino de la poeta. En 1871, Ned tendría unos diez años. Vivía cerca de ella, en Evergreens, y Dickinson, que nunca tuvo hijos, lo adoraba. Los sentimientos parecían ser recíprocos: Ned a menudo cruzaba corriendo Evergreens para visitar a su genial y excéntrica tía. En una ocasión olvidó sus botas de agua en la granja y Dickinson se las mandó de vuelta en una bandeja de plata, repletas de flores.

Quizá este nuevo poema era un gesto parecido, pensó Lombardo. Sabía que Emily había enviado otros poemas a Ned cuestionando con desenfado ciertas creencias religiosas, como uno de 1882, también escrito a lápiz y firmado «Emily»:

*La Biblia es un Libro antiguo –
Escrito por Hombres decadentes
Con la inspiración de los Espíritus Sagrados –
Los temas son – Belén –
Edén – la antigua Hacienda –
Satán – el Brigadier –
Judas – el Gran Traidor –
David – el Trovador –
El Pecado – elegante Precipicio
Que otros han de resistir –
Los Muchachos que «creen» y están muy solos –
Otros Muchachos que están «perdidos» –
Si dijera el Relato un Narrador que trina –
Vendrían todos los Muchachos –
El Sermón de Orfeo los cautivó –
Pero no implica condena –*

La posibilidad de que el poema hubiese sido enviado a un niño añadía aún más encanto al asunto. La imagen que la mayoría de la gente tenía de Dickinson era la de una solterona solitaria de Nueva Inglaterra, más bien severa, que había pasado su vida recluida en Homestead bajo arresto domiciliario voluntario: la quintaesencia del genio artístico, dominada por sus propios fantasmas; el tipo de artista que más gusta al público. Pero el poema mostraba otra cara de la poeta que Lombardo creía más cercana a la realidad. En lugar de la legendaria *Isolata*, Dickinson se muestra como una tía cariñosa y divertida que hace pasar a través del seto de su jardín unas cuantas líneas garabateadas con poesía para su adorado sobrino.

Lombardo se entusiasmó especialmente con el nuevo poema, pues, aunque la Biblioteca Jones contaba con una excelente selección de manuscritos de otro antiguo habitante de Amherst, Robert Frost, entre los que destacaba el original de «Un alto en el bosque en una tarde de nieve», tan solo tenía unos pocos manuscritos de la hija más famosa de la ciudad. Casi todas las cartas y los poemas de Dickinson se encontraban en dos instituciones mucho más acaudaladas: el Amherst College y la Biblioteca Houghton, de la Universidad de Harvard. Desde que se convirtió en conservador de colecciones especiales, en 1983, Lombardo se había dedicado a aumentar la colección de manuscritos de la poeta para la Biblioteca Jones. La posibilidad de comprar un poema que el mundo todavía no hubiese visto representaba una oportunidad única.

Tras observar el tipo de caligrafía, Lombardo hizo una inspección superficial del papel. Para ello consultó los dos volúmenes del clásico *Los libros manuscritos de Emily Dickinson*, de Ralph Franklin, un académico de la Universidad de Yale que estaba considerado como el más destacado experto mundial en los manuscritos de Dickinson. El poema del catálogo de Sotheby's estaba escrito en papel congreso, fabricado por aquel entonces en Boston. Tenía rayas azules y un membrete de una imagen del Capitolio en la esquina superior izquierda. Según el libro de Franklin, Dickinson había utilizado papel congreso durante dos periodos distintos de su vida: una vez en 1871 y otra en 1874. El poema del catálogo de Sotheby's había sido fechado en 1871. Lombardo se dijo a sí mismo que no tenía sentido pensar en

comprar el poema. Sotheby's lo había tasado entre diez mil y quince mil dólares, pero Lombardo estaba seguro de que acabaría por alcanzar los veinte mil, y la Biblioteca Jones solo disponía de cinco mil. Pese a todo, a medida que iban pasando los días la idea de adquirir el poema iba haciendo cada vez más mella en él. Lombardo creía firmemente que la obra de Dickinson debía permanecer en la ciudad en la que fue creada. Emily Dickinson es para Amherst lo que William y Dorothy Wordsworth para Grasmere, Inglaterra, o Petrarca para Vacluse, Francia: un objeto de orgullo al mismo tiempo que un negocio. Cada año, miles de admiradores de Dickinson peregrinan hasta su Homestead desde sitios tan lejanos como Japón o Chile; las cafeterías sirven cajitas de pan de jengibre hecho con su receta original; los eruditos abarrotan las pensiones de la ciudad y frecuentan sus restaurantes, y la tumba de la poeta está siempre cubierta de flores.

Unos años antes, a Lombardo se le había ocurrido la idea de organizar una fiesta por el aniversario del nacimiento de Dickinson. Así pues, cada 10 de diciembre los niños del pueblo y de los alrededores eran invitados a la Biblioteca Jones para felicitar a la poeta y jugar a los mismos juegos que ella había jugado de niña, como el «Teapot» o el «Thus Says the Mufti». Vestido con ropa de época —sombrero de copa, chaleco granate y botas de montar de cuero—, Lombardo contaba a los niños historias sobre la vida de Dickinson y sobre su relación con la ciudad. Como no tenía hijos propios, Dan disfrutaba muchísimo de aquellos momentos. Entonces, cuando la fiesta estaba a punto de terminar, una de las bibliotecarias aparecía por detrás de una cortina vestida con un pichi largo de color blanco y medias y zapatos negros. Obviamente, los niños mayores sabían que se trataba solo de la bibliotecaria vestida con ropa rara; pero Lombardo podía ver el brillo en los ojos de los más pequeños, y estaba seguro de que creían estar viendo a la propia Emily Dickinson. O al menos eso era lo que a él le gustaba pensar.

Lombardo ya había adquirido varios poemas de Dickinson en el pasado, pero ninguno era nuevo como este. Conseguirlo sería sin duda el punto culminante de su carrera profesional. El hecho de que la Biblioteca Jones fuese pública y no universitaria, un lugar donde cualquiera podría entrar y ver el poema, fortaleció su determinación. Daba la casualidad de que esta vez el

encuentro anual de la Sociedad Internacional Emily Dickinson iba a celebrarse allí mismo, en su biblioteca, y Lombardo decidió aprovechar la ocasión para lanzar su petición. El evento tuvo lugar en la sala dedicada a los miembros del consejo de administración, una habitación preciosa con suelo de madera y una chimenea al fondo. Acudió gente de todos los rincones de los Estados Unidos. Tras un almuerzo de emparedados y patatas fritas, Lombardo hizo una breve presentación del poema y explicó a grandes rasgos la maravillosa oportunidad que su adquisición representaría para la biblioteca. En cuanto acabó su discurso, un especialista en Dickinson de la Universidad Case Western se levantó y se comprometió a donar mil dólares. Otros siguieron su ejemplo, emocionados. Un doctor jubilado que había venido desde Kankakee, Illinois, prometió otros mil. Fue como si una corriente de energía recorriera la sala. Varios estudiantes de posgrado que a duras penas podían pagar el alquiler de sus casas ofrecieron cien dólares. Para cuando la reunión llegó a su fin, Lombardo había reunido ocho mil dólares. Si le sumaba los cinco mil de la Biblioteca Jones, tenía trece mil.

Algunos de los académicos y especialistas que habían acudido a la reunión se cuestionaron en su fuero interno la calidad del poema. Parecía demasiado manido, demasiado simplista incluso para tratarse de un primer borrador. Pero nadie expresó sus reservas en voz alta. Todos se dejaron arrastrar por una ola de euforia. «Estamos emprendiendo juntos una gran aventura», pensó Lombardo.

Él no tenía ninguna duda sobre la autenticidad del poema. Al fin y al cabo, iba a ser subastado por la ilustre casa Sotheby's, a la que ya había comprado varios manuscritos para la Biblioteca Jones. Durante el fin de semana, sin embargo, dio un paso más para asegurarse de la autenticidad del poema: llamó a Ralph Franklin a la Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale. Franklin era el mayor experto del mundo en los «fascículos» de Dickinson, esto es, en los cuadernos improvisados que la propia poeta fabricó cosiendo y reuniendo en varios volúmenes ciertos legajos de poemas, y escribió la obra de referencia básica sobre el tema, un estudio titulado *Los libros manuscritos de Emily Dickinson*. Tras la muerte de la autora, los fascículos fueron descosidos y pegados en álbumes, por lo que Franklin tuvo que dedicar varios

años a la laboriosa tarea de reconstruir el orden original. El especialista le dijo a Lombardo que conocía la existencia del poema desde 1994 y que tenía pensado incluirlo en la nueva edición de su libro, cuya publicación estaba prevista para finales de 1997. Aquel fue el broche de oro de su investigación, y Lombardo pasó el resto del fin de semana colgado al teléfono, tratando de recaudar más dinero.

El domingo por la noche contaba ya con diecisiete mil dólares. El día antes de la subasta hubo una reunión de un grupo local de apoyo, Amigos de la Biblioteca Jones, que aportó todavía más dinero. Otro donante, un físico jubilado de Alexandria, Virginia, llamó para decir que quería duplicar su donación. Para la tarde del lunes —la subasta se celebraba al día siguiente—, Lombardo tenía veinticuatro mil dólares. Si descontaba la comisión que se llevaría Sotheby's, significaba que contaba con veintiún mil dólares para la puja. Por primera vez, al irse a la cama aquella noche, sintió que realmente tenía alguna posibilidad de comprar el poema.

Era una noche calurosa de verano. No había luna y apenas brisa. Fuera, en el jardín, un mapache arañaba el cubo de la basura. Tumbada a su lado, su mujer respiraba pausadamente. Lombardo cerró los ojos y trató de conciliar el sueño, pero no logró dejar de pensar en la subasta. Él no era más que un humilde bibliotecario de provincias y estaba a punto de enfrentarse a las mayores instituciones académicas y a los más ricos coleccionistas del mundo. Todo Amherst estaría pendiente de él. Si consiguiera el poema, el día en que dejase su trabajo podría sentir que había hecho una verdadera contribución a su comunidad. Por el contrario, y al mismo tiempo, no podía evitar sentir que quizá acabaría defraudándolos a todos.

Durante casi toda su vida, Lombardo se había sentido como un extraño; como alguien que va siempre a contracorriente. De joven solía contar a sus amigos que lo único que de verdad quería hacer era leer y pasear por el campo. No lo decía del todo en serio —había otras muchas cosas que quería hacer—, aunque su afirmación tenía bastante de verdad. Los libros constituían su pasaporte al mundo, el lugar en el que su imaginación podía volar con libertad. Los paseos por el campo eran su forma de mantenerse conectado a la tierra. Caminar por algún sendero de una zona rural solitaria,

rodeado de árboles y agua y luz y animales, le aportaba una sensación de pequeñez y grandeza al mismo tiempo. Pequeñez porque, en comparación con la inmensidad del universo, se sentía como el átomo más diminuto. Y grandeza porque adquiriría conciencia de su participación en el gran decurso de la vida. En el instituto, su héroe había sido Henry David Thoreau. Lombardo debía de haber leído *Walden* al menos quince veces. Cuando salía a pasear casi siempre llevaba consigo su desgastado ejemplar del libro. Era su guía espiritual, y Dan soñaba con poder tener la misma existencia simple y sencilla de Thoreau.

Tumbado en la cama, sin dejar de dar vueltas a lo que le depararía el día siguiente, se acordó de un incidente de su niñez en Wethersfield, Connecticut. Lombardo había crecido en una familia italoamericana. Su padre, Jimmy, quien llegó a América desde Sicilia siendo un niño, era el barbero de la ciudad. Todos lo conocían y lo apreciaban. Se trataba del tipo de persona alegre y despreocupada a la que todo el mundo se paraba a saludar si se cruzaban con él en la calle. Lombardo adoraba a su padre. En las noches de verano solía sentarse en el pórtico de su casa para escucharle tocar la mandolina y cantar las canciones de amor sicilianas con las que había cortejado a su madre al otro lado del mundo. Cuando, a los cinco años, le dijeron que su padre había sido elegido presidente del sindicato local de barberos, Dan se emocionó como si lo hubieran nombrado presidente de los Estados Unidos.

Sin embargo, la personalidad de su padre tenía un lado oculto que Dan tardó varios años en descubrir: un lado oscuro y fatalista que había arrastrado consigo hasta el Nuevo Mundo desde su Sicilia natal; la sensación de que, por muy bien que le fuese la vida en aquel momento, la sequía acabaría por llegar, perdería la granja y se pasaría el resto de la vida comiendo judías. Era indudablemente depresivo y se pasaba los años esperando el verano para poder ir a Sicilia y tocar la mandolina bajo las estrellas de algún café frente al Mediterráneo. Un año, tras regresar de Sicilia, Jimmy decidió meterse con su coche en un puente de ferrocarril.

Al descubrir el intento de suicidio de su padre, Lombardo se quedó traumatizado. Si había estado tan equivocado respecto a su progenitor, ¿cómo

podía saber que el resto de las cosas eran lo que parecían? Esta sensación de disonancia entre sus percepciones del mundo y lo que este era realmente, la impresión de que nunca podría estar seguro de lo que era verdad y lo que no, socavó considerablemente su capacidad de dirigir y gestionar su vida.

Como la mayor parte de los inconformistas de los sesenta, Lombardo se dejó el pelo largo y se rebeló. Aprendió a tocar la batería. En la Universidad de Connecticut se sumergió en la obra de Thoreau y de sus coetáneos, como Ralph Waldo Emerson y Emily Dickinson. La renuncia de Dickinson al mundo del consumismo y de las apariencias encontró su eco en el espíritu secular de los sesenta y en la búsqueda del sentido de la vida del propio Lombardo. De joven intentó trabajar en el mundo de la enseñanza, pero no pudo con la rigidez del sistema escolar. Tras una corta estancia en Puerto Rico y un breve periodo en una comuna en Massachusetts, Lombardo encontró en la Biblioteca Jones la vida que había estado buscando.

A su llegada, en 1982, la rica colección de manuscritos literarios e históricos de la Biblioteca Jones languidecía en la oscuridad, víctima de los recortes presupuestarios. Sus libros, fotografías y manuscritos estaban precariamente catalogados y dispersos en nueve salas repartidas en dos pisos. Lombardo presionó con tenacidad para conseguir más fondos. Poco después, con la ayuda de un arquitecto, supervisó la restauración del segundo piso de la biblioteca, que era donde se encontraban las colecciones especiales. Lombardo quería que la gente de Amherst sintiera que el Departamento de Colecciones Especiales no estaba reservado exclusivamente a eruditos y académicos, sino que les pertenecía a todos. Para ello promovió el diseño de un gran espacio para exposiciones y de una sala de lectura con sillones y alfombras persas en el suelo. Sirviéndose de viejas fotografías, manuscritos y demás material de archivo, organizó exposiciones permanentes sobre Emily Dickinson y Robert Frost que se convirtieron en parada obligatoria para los visitantes, viajeros, grupos escolares y eruditos.

Su intención era que la gente no percibiese a esos escritores como remotas figuras históricas, mero objeto del estudio académico, sino como seres de carne y hueso, como personas que vivieron y trabajaron en aquella ciudad, igual que ellos. Empezó a escribir una columna semanal en el *Boletín de*

Amherst sobre los distintos aspectos históricos del lugar. Lejos de querer ofrecer la típica versión pintoresca de la historia local, Lombardo estaba interesado en reflejar lo más esencial de la cotidianidad, no la ilusión poética. Escribió sobre la vida de las prostitutas y el abuso del opio; sobre los artistas que pasaron por la ciudad y las condiciones de las fábricas de los alrededores. A los lectores les encantaban sus historias y solían recortarlas. Y, cuando Garrison Keillor visitó Amherst para transmitir sus *Relatos del lago Wobegone*, intercaló varias de las historias de Dan en sus monólogos.

Mientras tanto, Dan continuó mejorando la sección de colecciones especiales. Supervisó la instalación de un sistema de aire acondicionado y calefacción de vanguardia; montó un estudio de conservación de papel, y se asentó en la era digital al informatizar la catalogación y los índices de los manuscritos de la biblioteca. Dobló el tamaño de la colección fotográfica y amplió su campo de acción para incluir imágenes inéditas de personajes afroamericanos a finales del siglo XIX, así como fotos de todos los rincones del país y de Europa. Para alejarse de la idea de que la cultura estaba en manos de unos pocos hombres blancos ya muertos y de origen europeo, compró la Colección Julius Lester, formada por los archivos de este destacado escritor y activista afroamericano que tan estrecha relación había tenido con Amherst. Asimismo, engrosó las colecciones de Frost y Dickinson adquiriendo manuscritos en las subastas y a través de librerías de viejo. Cada vez que completaba un proyecto con éxito crecía su autoconfianza. Cuanto más aprendía, más seguro se sentía de las decisiones que había tomado. Cuanto más confiaba y creía la gente en él, más confiaba y creía él en sí mismo.

No le iba a ser posible asistir a la subasta en persona porque al día siguiente tenía que marcharse a Italia en un viaje que había planeado hacía tiempo. Así que acordó participar por teléfono. El poema era el lote 74. Sotheby's le había informado de que la puja comenzaría a las dos y media de la tarde y se había ofrecido a llamarle dos lotes antes del suyo. A las dos en punto, Lombardo se instaló en el despacho del director, en el sótano de la Biblioteca Jones. Todas las llamadas pasaban por esta línea, y quería estar seguro de que no estuviese ocupada. En el escritorio, frente a él, tenía una hoja en la que

había calculado la cantidad de dinero que suponía el 12,5 por ciento de comisión que Sotheby's se llevaba en cada paso de la puja.

A Lombardo no le gustaba pujar por teléfono. Las cosas sucedían con demasiada rapidez y echaba de menos las pistas visuales, como cuántas personas están pujando o de quiénes se trata. Pero no era la primera vez que participaba en una subasta, tanto por teléfono como en persona, y la mayoría de las veces se había salido con la suya. Su trabajo de batería en las sesiones de estudio también le había enseñado a lidiar con la presión. Cualquier fallo, un golpe a destiempo en los platillos o un resbalón del pie, puede estropear toda la actuación. Cada vez faltaba menos para las dos y media y su corazón empezó a latir con más fuerza. Finalmente, sonó el teléfono. Una mujer le dijo en voz baja que la subasta había llegado al lote 69. Al fondo podía oír la voz del rematador de Madison Avenue. Se imaginó las limusinas aparcadas en fila junto a la acera, y a los porteros uniformados invitando a pasar a los coleccionistas ricos y poderosos que viven en Central Park y gastan más en viajes de lo que él gana en todo un año.

Licitación en una subasta de Sotheby's era como jugar una partida de póquer de alto nivel. El mismo subidón de adrenalina y la misma sensación de euforia cuando tu puja es aceptada. En todas las ocasiones en que Lombardo había participado con éxito en una subasta había experimentado una gran excitación. Su estrategia se basaba en no pujar desde el principio para evitar que la cosa se calentase.

Había una puja en pliego abierto de ocho mil dólares, y ese fue el precio de salida, que subió en tramos de quinientos dólares en cuestión de segundos. La joven al otro lado del teléfono no paraba de preguntar: «¿Quiere pujar? ¿Quiere pujar?». Pero Lombardo esperó, cada vez más inquieto. Si la cosa no paraba pronto, se dijo, acabaría por superar vertiginosamente su presupuesto de veinte mil dólares. Pero a los quince mil la marcha de la puja empezó a disminuir. A los diecisiete mil entró Lombardo. En póquer se dice «cartas». En Sotheby's la palabra que se utiliza es «puja». La primera licitación de Lombardo fue inmediatamente contrarrestada con una de dieciocho mil dólares. Lombardo lo intentó de nuevo. Una puja más y tendría que retirarse. Su contrincante invisible ofreció veinte mil. Lombardo, veintiún mil. Esa era

su última licitación: seguro que quienquiera que estuviese frente a él continuaría pujando. Pero a los veintiún mil dólares cayó el martillo. El lote 74 regresaba a casa, a Amherst.

«Entonces —recordaría Lombardo más adelante— salí y les dije a los que se hallaban esperando al otro lado de la puerta: “¡Es nuestro!”. Y todos empezaron a rodearme y a abrazarme. Estaban emocionadísimos; sentían que formaban parte de aquel proyecto. Fue un privilegio compartir aquellos instantes. Yo no paraba de recibir felicitaciones y muestras de cordialidad. Parecía como si el cielo se hubiese abierto, hubiese descendido un rayo de luz y Dios hubiese dicho: “Este es tu momento”.»

Con la ayuda de un grupo de voluntarios, Lombardo pasó el resto de la tarde llamando a los miembros de la Sociedad Internacional Emily Dickinson. Veinticuatro horas después subió a un avión rumbo a Italia. Aquel viaje con su familia —a Roma, el Adriático y las ciudades medievales de las colinas de Umbría— era un acontecimiento importante. Probablemente sería la última vez que su anciana madre pudiera ver a los parientes con los que había crecido. Mientras el avión volaba hacia Italia, Lombardo se sintió, literalmente, en la cima del mundo.

De vuelta a Amherst el 18 de agosto, lo primero que hizo fue repasar todos los artículos que se habían publicado sobre el poema. Los habitantes de Amherst ya habían empezado a visitar la biblioteca para verlo, pese a que, debido al papeleo de Sotheby's, faltaban varias semanas para que les llegara. Mientras tanto, Lombardo comenzó a organizar una exposición que trataría sobre cómo fechar un poema. En esta intentaría destacar las similitudes entre la letra del nuevo poema y la de otros dos manuscritos de Dickinson que tenía la biblioteca. Así pues, se puso a escribir un breve ensayo sobre el tema del papel y el membrete, y una vez más se puso en contacto con Ralph Franklin, de la Biblioteca Beinecke.

Según Franklin, la letra coincidía perfectamente con la de la fecha dada por Sotheby's: 1871. Lombardo tenía especial curiosidad por saber quién había anotado las palabras «Tía Emily» detrás del poema. La letra era distinta y, a diferencia del resto, escrito con mina negra corriente, «Tía Emily» parecía estar escrito a lápiz rojo. La primera suposición de Lombardo fue que el autor

debía de ser uno de los sobrinos de la poeta, Ned o Martha Dickinson. Tenía muestras de la letra de Martha en la biblioteca. Para la de Ned contactó con la Universidad de Brown, que le mandó fotocopias de varias cartas que el chico había enviado a su hermana. Ninguna de las letras coincidía con la caligrafía de «Tía Emily».

De todos modos, en aquel momento aquello no preocupó especialmente a Lombardo. Dickinson tenía muchos primos, tanto por parte de padre como de madre. Quizá hubiese escrito el poema para una de sus primas de Boston: Fanny o Lou Norcross. Quizá una de las dos hubiese escrito «Tía Emily» por detrás y luego lo hubiese guardado como recuerdo de su ilustre familiar.

Lombardo también quería presentar al público tanta información como le fuese posible sobre la procedencia del poema. En el mundo de los documentos históricos, la cadena de transacciones que se conoce como procedencia es el estandarte de oro de la autenticidad. Pero la procedencia de un documento o un libro es mucho más que una simple lista de transacciones comerciales. Es la historia de su viaje en el tiempo y de aquellas personas por cuyas vidas ha pasado.

Para averiguar la mayor información posible sobre la procedencia del poema, Lombardo llamó a Marsha Malinowski, la empleada de Sotheby's que se había encargado de su venta junto con otro compañero. Malinowski, experta sénior del Departamento de Libros y Manuscritos y vicepresidenta de Sotheby's, era una mujer encantadora. Le aseguró a Lombardo que le emocionaba la idea de que el poema fuera a regresar a Amherst y le dijo que sería un placer averiguar quién lo había consignado para la subasta. Por el momento, sin embargo, solo podía indicarle que había salido de un coleccionista que a su vez se lo había comprado a un anticuario del Medio Oeste. Y que ahora estaba muerto.

Tres días después, mientras Lombardo se hallaba sentado ante su escritorio en la Biblioteca Jones, sonó el teléfono. Era una llamada de larga distancia desde Provo, Utah. El hombre que estaba al otro lado del cable se presentó como Brent Ashworth y le dijo que era abogado y que en su tiempo libre se dedicaba a coleccionar documentos históricos. También le comentó que presidía la sección de Utah de la Sociedad Emily Dickinson. Lombardo se

imaginó que quería felicitarlo por la adquisición del poema —de hecho, llevaba varias semanas recibiendo llamadas y correos electrónicos—, pero lo que Ashworth tenía que decirle era cualquier cosa menos alentador.

Un día de 1985, en Salt Lake City, un falsificador llamado Mark Hofmann le había ofrecido un poema de Emily Dickinson por diez mil dólares. Ashworth no podía asegurar al cien por cien que se tratara del mismo que Lombardo acababa de comprar a Sotheby's, pero estaba bastante convencido de que podía serlo.

Entonces le dijo una cosa más: que en cuanto vio el poema en el catálogo de Sotheby's llamó a Selby Kiffer, el otro empleado de la casa de subastas que se había encargado de su venta. Ashworth había hecho negocios durante muchos años con el joven y ambicioso Kiffer y quería prevenirlo sobre la conexión con Hofmann. Al igual que Malinowski, Kiffer es uno de los expertos sénior del Departamento de Libros y Manuscritos de Sotheby's, así como vicepresidente, y en el catálogo de ventas del 3 de junio también aparecía como encargado del desarrollo comercial. Dada su disposición a denunciar libros robados al fbi, en Sotheby's se lo conocía con el apodo de «Agente Especial Kiffer». Kiffer insistió en que el poema había sido «verificado». Cuando Ashworth le preguntó quién lo había «verificado», Kiffer mencionó a Ralph Franklin, de la Universidad de Yale.

Lombardo colgó el teléfono y se quedó con la mirada fija en la ventana. Sentía un agujero en la boca del estómago. Recordó que Mark Hofmann era un comerciante de documentos raros de Salt Lake City que a principios de los ochenta había conseguido crear una serie de magníficas falsificaciones de documentos históricos mormones que habían socavado los principios fundamentales de las enseñanzas de la Iglesia. Su falsificación más famosa llegó a conocerse con el nombre de «la Carta Salamandra». Supuestamente, esta carta había sido escrita hacía un siglo por Martin Harris, el escribano que había ayudado a Joseph Smith, profeta y fundador de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, a redactar el Libro de Mormón a partir de unas planchas de oro que este decía haber encontrado bajo tierra en el estado de Nueva York. Según la leyenda fundadora de la religión mormona, un ángel había guiado a Smith hasta las planchas doradas. La falsificación de

Hofmann hacía añicos esta teoría, pues presentaba a Smith como un cazador de fortunas que había encontrado las planchas mientras cavaba la tierra en busca de oro. En vez de intervención divina, la carta de Hofmann hablaba sobre magia negra y canibalismo. La Iglesia mormona había comprado el documento por cuarenta mil dólares con la esperanza de que nunca llegara a hacerse público.

También se sabía que Hofmann había producido un buen número de falsificaciones literarias, casi siempre basadas en iconos americanos, en figuras históricas carismáticas que habían dejado su impronta en la conciencia nacional, como Abraham Lincoln, Betsy Ross o Daniel Boone. Lombardo se preguntó si Hofmann también habría sido capaz de crear un poema de Emily Dickinson.

Además de un brillante falsificador, Hofmann también era un maestro del engaño que se regocijaba con el caos que provocaban sus mentiras. De cara al exterior era un hombre de aspecto inocente y tímido, un ratón de biblioteca que normalmente pasaba desapercibido entre la gente. Solía vestir al estilo clásico, con camisa blanca, chaqueta y corbata. Era un anticuario entendido y respetado, coleccionista de libros raros y documentos históricos. Padre de familia y felizmente casado, había gastado miles de dólares en la creación de una de las mejores colecciones de libros infantiles raros, en la que se incluía una primera edición firmada de *Alicia en el País de las Maravillas*, como patrimonio para sus cuatro hijos. Bajo esta fachada de normalidad, sin embargo, Hofmann escondía otra personalidad que nunca había dado a conocer, ni siquiera a su mujer e hijos. Para cuando se encontró apresado en su propia red de mentiras, el anticuario se había convertido en un psicópata sanguinario.

Lombardo seguía creyendo, y queriendo creer, que el poema de Dickinson era auténtico. Podía ser que el hombre que había llamado desde Salt Lake City fuese un chiflado y que solo se tratase de una broma. Lombardo se informó acerca de Ashworth y averiguó que, lejos de estar loco, era un respetado miembro de la sociedad de Salt Lake City, abogado y serio coleccionista de documentos históricos. Entre 1981 y 1985 se había gastado casi medio millón de dólares comprando manuscritos raros a Mark Hof-

mann.

—Pasé mucho tiempo en casa de Hofmann —dijo Ashworth a Lombardo por teléfono—. Solía ir los miércoles, y siempre tenía algo jugoso que ofrecerme. Un buen día sacó el poema de Emily Dickinson.

Los presupuestos agnósticos del poema discrepaban con la fe mormona de Ashworth, así que lo dejó pasar. Más tarde, a finales de los ochenta, años después de que Hofmann hubiese sido condenado a cadena perpetua, Ashworth volvió a toparse con el poema, suntuosamente enmarcado y a la venta por unos treinta y cinco mil o cuarenta mil dólares en una renombrada tienda de documentos históricos en Georgetown, Washington D. C. El establecimiento, conocido como Gallery of History, formaba parte de una cadena con sede en Las Vegas, cuyo dueño era un tal Todd Axelrod.

Tradicionalmente, el mundo de los manuscritos históricos no era más que la peculiar obsesión de unos pocos cientos de fanáticos. Hubo grandes coleccionistas, como Malcolm Forbes o Armand Hammer, que acumularon colecciones valoradas en millones de dólares, pero para la mayoría de la gente los pergaminos viejos no eran más apasionantes que..., en fin, pergaminos viejos. Los anticuarios, por lo general, se metían en el negocio porque amaban la historia y la cultura. Muy pocos contaban con hacer fortuna. Todd Axelrod, el hijo de un editor de libros sobre animales de compañía de Neptune City, Nueva Jersey, se hizo con las riendas de este movimiento cultural y lo convirtió en un negocio multimillonario con un mercado masivo. Tras reunir una fortuna como corredor de valores en Wall Street, Axelrod se mudó a Las Vegas, y en febrero de 1982 abrió la primera de una serie de tiendas. Más adelante, recorriendo América de un lado a otro en avión, se propuso acaparar el mercado de los documentos históricos. En total se gastó más de tres millones de dólares en la creación de una de las mayores colecciones privadas nacionales de material relacionado con el país: cien mil documentos históricos preservados, como el propio Axelrod repetía henchido de orgullo, con la misma calidad que en la Biblioteca del Congreso. Entre estos preciados tesoros se encontraba la carta que Abraham Lincoln envió a Grace Bedell, la niña que le había sugerido que se dejase crecer la barba para ganar las elecciones y acceder a la presidencia. Su precio era de

1,25 millones de dólares. Como no todo el mundo podía permitirse el lujo de acceder a un «Honest Abe»,[5] Axelrod se aseguró de que hubiese algo para cada gusto y bolsillo: desde fotos firmadas de Elvis hasta recuerdos de *Lo que el viento se llevó* para los cinéfilos y autógrafos de Lou Gehrig y Ty Cobb para los aficionados al deporte. Una parte del inventario de Axelrod procedía de un joven anticuario de documentos históricos de Salt Lake City llamado Mark Hofmann.

En los primeros veintidós meses de operaciones, la compañía de Axelrod facturó más de 1,4 millones de dólares y abrió tiendas nuevas en Los Ángeles, Dallas, Washington D. C. y Costa Mesa, California. Todas ellas bien emplazadas en el mismo tipo de centros comerciales de categoría, y todas con la misma suntuosa fachada metálica, espléndidas vitrinas, iluminación de diseño y sistema de climatización de vanguardia. El cliente al que estaba dirigido el producto era un tipo nuevo de coleccionista surgido en los ochenta, que, a diferencia de los tradicionales, no quería esconder sus adquisiciones en cámaras acorazadas o cajas fuertes, sino ver su dinero colgado de la pared. El quid de la cuestión residía en el «impacto». Una carta de John F. Kennedy, con paspartú de ante gris y enmarcada en plata, podía dar un aire de probidad a la sala de juntas de una empresa de Wall Street. Una colección de recuerdos de John Paul Jones, revestida en un marco de oro, podía lograr que un nuevo rico, uno de esos empresarios que creen que pueden comprarlo todo, se sintiese también «dueño» de un pedazo de historia. Las empresas de la competencia llamaban a la de Axelrod Autógrafos “R” Us.[6]

¿Había falsificado Mark Hofmann el poema que luego vendió a Todd Axelrod en Las Vegas, tal como sugería Ashworth? ¿Se lo había pasado entonces Axelrod a Sotheby's? De ser así, pensó Lombardo, ¿por qué Sotheby's no había mencionado aquel detalle cuando los llamó para preguntarles sobre la procedencia del poema? ¿Por qué dijo Marsha Malinowski que había venido de un anticuario del Medio Oeste? Cuanto más se obsesionaba con los detalles, más intranquilo se sentía. No solo cabía la posibilidad de que hubiese comprado una falsificación, sino que —para colmo— el poema podía estar manchado de sangre: Hofmann era un asesino

convicto que había matado salvajemente a dos personas inocentes. Si realmente había comprado una falsificación de Mark Hofmann, aquello no solo sería un desastre para la biblioteca: él mismo podía ir empezando a vaciar los cajones de su oficina.

Pero quizá Ashworth estuviera equivocado. No podía recordar con precisión las palabras del poema que había visto en 1985. Quizá Hofmann había falsificado un poema de Dickinson, pero no este. Sin duda, razonó Lombardo, ningún falsificador sería capaz de llegar a conocer tan bien a Emily Dickinson. No se trataba solo del papel y la caligrafía. Dos palabras marcaban la diferencia: «Tía Emily». Ningún falsificador podría haberse acercado lo suficiente a una poeta tan extremadamente reservada y hermética como para saber que, a pesar de que se mantuvo alejada de casi todos aquellos que pasaron por su vida, siempre se sintió a gusto entre los niños. Hofmann tendría que haber invertido meses —si no años— de investigación para alcanzar tal nivel de intimidad con ella. Pero Lombardo tenía que asegurarse de que el poema era auténtico. Y, si alguien podía aclarárselo, ese alguien era Ralph Franklin, de la legendaria Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale.

[3]. «Que a Dios no se le entiende
todos lo sabemos
No conocemos sus razones
ni comprendemos sus obras
¿Entonces por qué he de buscar consuelo
en lo que no puedo conocer?
Mejor jugar bajo un sol de invierno
que temer la nieve.»

[4]. Todas las traducciones de los poemas de Emily Dickinson pertenecen a la edición de *Poesías completas*, Madrid, Visor, 2015. Traducción de José Luis Rey.

[5]. Se refiere a Abraham Lincoln, que tenía fama de ser escrupulosamente honesto.

[6]. En irónica referencia a la tienda de gran superficie Toys “R” Us.

Un enigma en una caja cerrada

Por fuera, la Biblioteca Beinecke parece el escenario de una película de George Lucas. Diseñada por uno de los arquitectos más famosos del siglo XX, Gordon Bunshaft, creador también de la Lever House y de algunos de los rascacielos más célebres de Nueva York, la Beinecke es un cubo de cristal negro revestido con paneles traslúcidos de mármol de Vermont que cambian de color a medida que el sol avanza por el edificio. Extendiéndose verticalmente desde su centro, como una columna vertebral, un espacio acristalado de seis pisos alberga una de las colecciones de manuscritos y libros raros más valiosas del mundo. Entre sus tesoros hay un ejemplar de la Biblia de Gutenberg y una de las perlas de los manuscritos medievales iluminados, *Las horas de Savoy*. Sus obras literarias incluyen joyas de la cultura anglosajona, como los manuscritos originales del poema «Entre escolares» de W. B. Yeats, de *Lejos del mundanal ruido* de Thomas Hardy y de *La vida de Johnson* de James Boswell. Cuenta también con obras raras impresas en los siglos XVI y XVII en Alemania, Francia e Italia; con la colección de naipes más grande del mundo, y con un legado inestimable de manuscritos budistas tibetanos, entre los que destaca la edición del *Kanjur* de Lhasa en cien volúmenes, donada personalmente por Su Santidad el Decimocuarto Dalái Lama en 1950.

La persona responsable de la seguridad y del cuidado de estas maravillas culturales es un hombre pulcro y sorprendentemente corpulento, con un

cuerpo musculoso y compacto, pelo canoso cortado al rape, ojos azul grisáceo —el color del Atlántico en invierno— y la piel tan blanca como los pergaminos que se pasa la vida manipulando. Durante los últimos veinte años, Ralph Franklin también se ha dedicado a editar sin descanso una de las más grandes obras de estudio literario y trabajo detectivesco del siglo XX: la edición definitiva —en dos volúmenes— de los poemas de Emily Dickinson.

Aunque Franklin evitó mencionar el tema la primera vez que Lombardo lo llamó por teléfono, resulta que ya había visto el poema tres años antes, en 1994, cuando Tammy Kahrs, archivista jefe de la Gallery of History de Las Vegas, se lo envió por fax. Al igual que a Lombardo, la calidad del poema no lo había impresionado en exceso. Estaba escrito, pensó, como si se tratara de una tarjeta de felicitación de Hallmark, lo que podía deberse a que Dickinson estuviera dirigiéndose a un lector joven. Obra maestra o no, la idea de que un poema nuevo de la poeta, el primero en cuarenta años, hubiese salido a la luz le aceleró el corazón. De ser auténtico, aumentaría sobremanera el valor de la nueva edición de la obra de Dickinson que estaba preparando.

Aquel día, al teléfono, Franklin había pensado que Tammy Kahrs parecía más una cantante de música *country* que una bibliófila, pero se notaba que sabía de lo que estaba hablando. Hubo una cosa en particular que le llamó la atención: según Kahrs, los anteriores dueños del manuscrito lo habían fechado en 1871. Franklin sabía mejor que nadie lo complicado que era fechar un manuscrito de Dickinson. El hecho de que los dueños anteriores le hubiesen atribuido esta fecha tan concreta le hacía pensar que el poema tenía que haber venido originariamente de un descendiente de la familia Dickinson. Incluso empezó a rondarle por la cabeza la esperanza de que hubiese más.

Que el poema procediese de Las Vegas, una ciudad más conocida por sus máquinas tragaperras que por sus sonetos, no le preocupaba especialmente. Sabía muy bien que un manuscrito puede aparecer en cualquier sitio, y la Gallery of History tenía bastante información acerca de aquel poema. Según Kahrs, el papel tenía rayas azules y un membrete con la palabra *Congreso* sobre una imagen del Capitolio. Franklin sabía que Dickinson había utilizado muchos tipos de papeles en los distintos momentos de su vida; sabía que procedían de fábricas dispersas por toda Nueva Inglaterra, como Bridgeman

and Childs en Northampton, Massachusetts, y que algunos tenían distintos membretes, como el busto de una reina, un ramo de flores en un óvalo o la cabeza de un águila. En 1871, Dickinson utilizó a menudo papel congreso. Contar con datos así de precisos, se dijo Franklin, no resultaba sencillo, y menos cuando el escritor en cuestión era tan reservado como Emily Dickinson.

La mayoría de los escritores dejan tras de sí un rastro de cartas, diarios y publicaciones con los que puede reconstruirse una cronología de su obra. Sabemos, por ejemplo, el momento en que William Wordsworth escribió *El preludio*. Sabemos en qué lugar vivía el poeta y los acontecimientos de su vida que precipitaron el poema, en qué lugar fue publicado por primera vez, cuánto le pagaron, lo que entonces se dijo sobre este y dónde encaja en el marco de su vida y obra.

No es este el caso de Emily Dickinson. En mayo de 1886, su hermana Lavinia escribió: «Encontré [una semana después de su muerte] una caja [cerrada con llave] con setecientos poemas maravillosos, cuidadosamente copiados». Ninguno de estos setecientos poemas, ni de los 1089 que se encontraron más tarde, estaba fechado. Tan solo veinticuatro tenían título. Y solo diez habían sido publicados en vida de la poeta, y eso en contra de su voluntad. Como bien escribió la propia Dickinson, la publicación es «la Subasta / De la Mente del Hombre». Prefería lo que ella misma llamaba la «clase descalza».

Imagínense que Picasso no hubiese expuesto ningún cuadro durante su vida y que, tras su muerte, sencillamente se hubiesen encontrado todos apilados en su estudio, sin fechas ni títulos ni ningún otro tipo de pista sobre cuándo los pintó, para quién, dónde o por qué. El enigma que Emily Dickinson dejó tras de sí se complicó todavía más debido a la manera confusa y desordenada en que sus poemas fueron finalmente publicados. La primera persona que sacó una edición de sus obras fue la esposa de un profesor de Astronomía del Amherst College, llamada Mabel Loomis Todd. Mabel, una mujer guapa y vivaracha de límpidos ojos marrones, había sido la amante secreta de Austin Dickinson, hermano de la poeta. Con la ayuda de uno de los mejores amigos de Dickinson, el editor Thomas Wentworth Higginson, Todd publicó, entre

1890 y 1896, tres selecciones populares de sus poemas.

Y probablemente habría acabado por publicar una edición completa de no ser por una franja de tierra que Austin Dickinson le dejó al morir en 1895. Indignada ante semejante ofensa al nombre de la familia, Lavinia Dickinson, hermana de la poeta, presentó una demanda contra Mabel Loomis Todd y consiguió recuperar el terreno. Más fría aún, lógicamente, era la relación entre Susan Gilbert Dickinson, viuda de Austin, y Mabel Loomis Todd, su antigua amante. Ambas tenían en su poder una cantidad importante de poemas y cartas de Emily, y ambas provocaron que el rencor y la hostilidad que había entre ellas pasara a la siguiente generación. Entre 1914 y 1945, Martha Dickinson Bianchi, la hija de Sue, y Millicent Todd Bingham, la hija de Mabel, libraron una encarnizada batalla por el legado de la poeta y sacaron a la luz ediciones rivales del material manuscrito que habían heredado de sus rencorosas madres.

Todas esas ediciones tempranas son incorrectas. Los poemas fueron ordenados al antojo de los editores, que adaptaron los sincopados y particulares esquemas rítmicos de Dickinson y su sorprendente ortografía para hacerlos coincidir con los gustos de finales del siglo XIX. Al final fue Thomas Johnson, un académico de Harvard, quien restauró la voz y el estilo únicos de Dickinson y estableció una cronología de sus poemas.

La edición de Johnson sirvió para sacar a una tímida jovencita de Massachusetts de su aislamiento voluntario y convertirla en la reina de la poesía moderna americana. En 1956, la poeta Elizabeth Bishop escribió a Robert Lowell: «Ahora me gusta, o por lo menos la admiro, mucho más que antes. Probablemente se deba a esa nueva edición tan buena, de verdad. He vuelto a pasar un buen rato absorta en su lectura y pienso... que ella es de lo mejor que tenemos».

Pero la edición *variorum* de Johnson no fue publicada hasta casi sesenta años después de la muerte de Dickinson, y no despejó la maraña de cuestiones editoriales que la poeta dejó tras de sí. Johnson tan solo pudo consultar fotolitos de muchos de los poemas, de modo que sus transcripciones contenían errores. Entonces comenzaron a salir a la luz otras versiones de los poemas, y en la intensa y creciente industria que surgió en

torno a Dickinson se desató una encendida polémica sobre todo lo relacionado con ellos, desde su datación hasta la plasmación de las palabras sobre el papel. Hacía falta un nuevo juez.

Ralph Franklin, el ambicioso y perspicaz director de la Biblioteca Beinecke, cuyo trabajo sobre los manuscritos de Dickinson se remonta a finales de los sesenta, fue la persona escogida para la tarea. Lo primero que hizo fue volver a estudiar los libros manuscritos originales en los que Dickinson había guardado sus poemas.

Tras garabatear el borrador de un poema, generalmente a lápiz, Dickinson se ponía a trabajar en la dura tarea de revisión y edición del mismo. Solía hacerlo de noche, sentada frente al escritorio de su habitación en el segundo piso de su Homestead. Este proceso podía durar meses, incluso años. Solo escribía la versión definitiva del poema cuando estaba completamente satisfecha. En ese momento abandonaba el lápiz para pasar a la tinta y sustituía los trocitos de papel de cocina o los reversos de sobres que usaba para los borradores por pliegos de papel que ya le llegaban marcados de fábrica para poder doblarlos y obtener dos hojas. Tenía una amplia colección de esos pliegos de toda Nueva Inglaterra. A veces escogía una hoja lisa de color crema; otras, un papel blanco rugoso con la línea del margen en color azul. Cuando acumulaba cuatro —en ocasiones seis— de estos pliegos, los ponía uno encima de otro y los agujereaba utilizando una gruesa aguja de tejer enhebrada con un cordel que atravesaba los pliegos de arriba abajo. Entonces volvía a agujerearlos, esta vez de abajo arriba, y finalmente los ataba, bien tensos, por la parte de delante. Un poema maravilloso escrito en 1861, durante una crisis personal que le afectó a la vista, nos muestra la estrecha conexión que en su opinión hay entre el acto de hacer poemas y el de coser:

*No me quitéis ni el Hilo ni la Aguja –
Empezaré a coser
Cuando los Pájaros comiencen a silbar –
Las Mejores Puntadas – pues –

Éstas se ladearon – mi vista se oscureció –
Cuando mi mente – esté lúcida*

*Coseré de tal modo – que la labor de una Reina
Palidezca a mi lado – [...]*

Con ese estilo yanqui de andar por casa, Dickinson se refería a sus cuadernos de poemas como a «paquetes». Fue Mabel Loomis Todd, su primera editora, la que se refirió a ellos de forma más pretenciosa y solemne, y los llamó «fascículos», que viene de la palabra francesa *fascicule*. Pero lo cierto es que no tienen nada de solemnes. Dickinson debió de aprender a hacer esos paquetes de documentos en la Academia de Amherst, donde había estudiado. En aquella época no existían las carpetas de anillas, por lo que los estudiantes aprendían a guardar sus deberes en pequeños libros manuscritos caseros. Cuando la poeta murió se encontraron cuarenta de estos paquetes de poemas, uno de los grandes tesoros literarios del mundo, almacenados en su habitación. Otros cientos de poemas aparecieron en hojas sueltas.

Pese a que ninguna de sus obras tenía fecha ni título, su orden en los fascículos podría haber proporcionado una cronología fiable. Por desgracia, cuando Mabel Loomis Todd se decidió a crear la primera edición cogió unas tijeras y —seguramente con la intención de eliminar y destruir los poemas que hubiesen podido escandalizar u ofender a los coetáneos de Dickinson— cortó los cordeles con los que la poeta había cosido las páginas y deshizo los cuadernos.

Franklin dedicaría varios años a la reconstrucción del orden de los poemas para su edición de *Los libros manuscritos de Emily Dickinson*, una obra de referencia sobre el tema publicada en dos volúmenes en 1981. Como si de un perito calígrafo se tratase, Franklin reconstruyó meticulosamente el «taller» de Dickinson. Estudió el papel que utilizaba, las marcas de agua y cualquier defecto de fábrica, como las arrugas, que pudiese dar alguna pista sobre el orden de los pliegos. Observó la decoloración del papel para poder identificar la primera y última página de cada fascículo, consciente de que las hojas interiores estarían en mejores condiciones. Examinó las manchas, allí donde la poeta derramó unas gotas de manzanilla mientras trabajaba, o de agua mientras regaba las plantas de su habitación. En ocasiones, esas manchas dejaban una marca que traspasaba varios pliegos, y al hacerlas encajar

Franklin logró descubrir en qué orden habían sido atados. También buscó borrones de tinta, lugares en los que Dickinson había arrastrado sin darse cuenta la manga del vestido, o la mano, por el papel. Revisó la forma de los orificios que la aguja había hecho en los pliegos y observó las marcas de la presión ejercida sobre estos para abrir los cuadernos recién atados y tensados. Con un microscopio inspeccionó la curvatura del borde de cada pliego y las irregularidades alrededor de los agujeros; cualquier pista que pudiese revelar el orden en que habían sido apilados. Y por encima de todo, por supuesto, estudió su caligrafía.

Hay pocas personas cuya letra haya cambiado tanto a lo largo de sus vidas como la de Emily Dickinson. Y que hayan revelado, además, tanto con ello. Si comparamos la letra de su primer poema, «Awake ye muses nine, sing me a strain divine» («Despertad, nueve musas, y cantad para mí»), un mensaje de amor de cuarenta líneas para el día de los enamorados, escrito a los diecinueve años con una caligrafía claramente infantil), con la de los poemas que escribió en la década de 1870 (cuando tenía cuarenta y tantos años), cuesta creer que sean obra de la misma persona. En 1871, el año de «That God Cannot Be Understood», Dickinson era una mujer de mediana edad — había nacido el 10 de diciembre de 1830— y se encontraba aproximadamente a medio camino de su evolución caligráfica.

En su intento de fechar los poemas de Dickinson, Franklin creó una serie de tablas que mostraban las diferentes formas y figuras que la poeta utilizó en la caligrafía de cada periodo de su vida. Así pues, lo primero que hizo al recibir el fax de Las Vegas fue cotejar con estas tablas la letra del poema.

Cuadraban. En el poema había, por ejemplo, dos formas distintas de escribir la letra *d*: una que parecía un seis al revés, en la palabra *God* de la primera línea, y otra completamente distinta, en la palabra *should* de la octava línea: en este caso, los dos trazos de la *d* estaban divididos, lo que la hacía parecer una *c* inclinada y una *l*. Franklin sabía que Dickinson había utilizado una forma antes de este periodo —principios de los setenta— y la otra después. Sin embargo, en 1871 concretamente había utilizado las dos. «¡Esa es la *d* de Dickinson!», pensó al mirar la palabra *comprehend*.

También había dos tipos de *e*. Una era como el número tres escrito al revés.

Aparecía, en mayúsculas, al principio de la palabra *Everyone* de la tercera línea del poema, y en la firma, *Emily*. La misma forma inusual, en minúscula, podía verse en la palabra *solace*. El resto de las palabras del poema presentaban la forma tradicional de la letra. Las tablas de Franklin confirmaban que en 1871 la poeta había usado ambos tipos a la vez.

Incluso la manera en la que se había doblado el papel se ajustaba al modo en que la poeta solía enviar sus poemas. Por aquel entonces, Dickinson solía plegar sus cartas en tres. El hecho de que faltasen las dos terceras partes de la cara izquierda de la doble hoja en la que se había escrito el poema sugería que se había producido un desgaste en ese lugar, y que finalmente ese trozo se había desprendido.

Pese a que estos detalles minuciosos parecían avalar la autenticidad del poema, Franklin aún tenía alguna duda. Pidió a la Gallery of History que le enviaran por fax las medidas del manuscrito, en milímetros, de arriba abajo y a lo ancho. También pidió información detallada sobre la procedencia del poema y sobre los motivos que habían llevado a datarlo en 1871. Por pura curiosidad, además, les preguntó el precio.

Estaba fuera cuando la Gallery of History le devolvió la llamada, pero los datos que le pasó su asistente no hicieron más que confirmar que el poema era auténtico. En la Gallery of History no estaban dispuestos a revelar ninguna información sobre la procedencia del poema, pero Franklin sabía que en el negocio de los documentos raros tal discreción no era inusual. Muchos propietarios prefieren no dar a conocer sus nombres, bien por miedo a la publicidad, bien por razones de impuestos. Además, las medidas resultaron ser perfectas. En cuanto a la fecha de 1871, la Gallery of History dijo haberlo datado a partir de la investigación sobre el membrete del papel realizada por una especialista llamada Elizabeth Witherell. Aquello sorprendió a Franklin, pues sabía que Witherell era una experta en Thoreau, no en Dickinson. Quién sabe, se dijo, quizá Witherell contase con una gran cantidad de muestras de papel del siglo XIX.

En realidad, la erudita nunca había llegado a ver el poema.

Su precio era de 45 000 dólares. En ningún momento habían hablado sobre la posibilidad de que Franklin autentificase el poema, por lo que se quedó

atónito cuando, en el curso de una de sus conversaciones, Tammy Kahrs le preguntó si le importaría que utilizarasen su nombre cuando fueran a venderlo. A su parecer, Franklin había proporcionado a la Gallery of History información general sobre el posible contexto histórico del poema y su juicio sobre la caligrafía, pero no había dado ninguna opinión sobre su autenticidad.

Pese al ligero malestar causado por este incidente y a la falta de información sobre la procedencia del poema, Franklin estaba tan seguro de que el poema era auténtico que barajó la posibilidad de incluirlo en la nueva edición de su libro. Había algunas cuestiones de poca importancia relacionadas con los derechos de propiedad literaria —el fax de la Gallery of History incluía una cláusula de ausencia de garantía que prohibía la distribución y copia de toda comunicación relativa al poema—, pero lidiaría con estas más tarde, cuando estuviera más cerca de la fecha de publicación de su obra, que estaba planeada para 1997. No volvió a pensar más en el tema hasta que vio el poema en el catálogo de Sotheby's en mayo de ese mismo año.

Franklin se encontraba de vacaciones en Suiza cuando Brent Ashworth lo llamó desde Salt Lake City. Sabía quién era porque en el pasado le había consultado sobre otro poema de Dickinson que Ashworth había comprado, y la verdad es que lo consideraba una fuente fiable de información. Ashworth le dijo lo mismo que a Lombardo: que Mark Hofmann le había ofrecido el poema en 1985, y que creía que se trataba de una falsificación.

Como todo el mundo en el negocio de los documentos históricos, Franklin conocía la reputación de Hofmann. La noticia resultaba demoledora, pero en sí misma no probaba definitivamente que el poema fuese una falsificación. Al fin y al cabo, por todos era sabido que Hofmann también había trabajado con manuscritos auténticos. Sin embargo, cuando Ashworth le dijo que posteriormente había visto el poema en una de las tiendas de la Gallery of History, a Franklin le dio un vuelco el corazón. Si aquello era cierto, pensó, podría haberse metido sin querer en una cadena de transacciones ilícitas que iba desde un asesinato en Salt Lake City hasta un comerciante de documentos históricos de Las Vegas, y desde ahí hasta él. Nada que ver, por consiguiente, con el tipo de personas que un reconocido académico de la Universidad de

Yale estaba acostumbrado a tratar.

Franklin también sabía, por propia y amarga experiencia, el daño que una falsificación podía causar en las vidas de las personas relacionadas con el mundo de los manuscritos raros. Había visto a amigos y colegas lanzarse al cuello los unos a los otros por una de las más célebres falsificaciones del siglo XX: el mapa de Vinlandia. Este documento, que en la actualidad se encuentra en la Biblioteca Beinecke, salió a la luz en 1957 bajo extrañas circunstancias. Supuestamente se trataba del mapa original utilizado por Leif Eriksson en su viaje de descubrimiento hacia el Nuevo Mundo. Los expertos tomaron partido a favor o en contra de su autenticidad. Incluso después de que las pruebas periciales revelaran que, en un burdo intento de simular el paso del tiempo, el falsificador había puesto tinta ocre bajo la tinta negra de los contornos del mapa, la polémica continuó causando estragos y creando divisiones amargas entre amigos y colegas.

Franklin se dio cuenta de que podía estar metido en un caso de falsificación todavía más sensacional que aquel: una falsificación con homicidio incluido. No solo estaba en juego su reputación como uno de los principales expertos en la caligrafía de Emily Dickinson, sino también su condición de cliente destacado de Sotheby's. Según Ashworth, cuando llamó a Sotheby's para prevenirlos, esta incluyó a Franklin entre los expertos que habían escrutado y dado el visto bueno al poema para ser subastado. De ser aquello cierto, se trataría de un grave abuso de confianza profesional. Franklin no había autenticado el poema para Sotheby's. De hecho, no había tenido contacto formal alguno con ellos antes de la subasta.

Mientras Franklin se preguntaba qué hacer, un hecho ocurrido a finales de mayo, tan solo unos días antes de que Sotheby's subastara el poema, adquirió un nuevo significado. Franklin había viajado desde New Haven hasta Nueva York para ver el poema durante la exposición pública previa a la subasta. Estas exposiciones públicas tienen lugar unos días antes de cada licitación para dar la oportunidad a comerciantes y coleccionistas de estudiar los libros y manuscritos por los que desean pujar. Siempre que estudia manuscritos, Franklin utiliza un «cuentahilos»: una lupa muy potente usada por los comerciantes de productos textiles para evaluar la calidad del lino. Así pues,

tras sacar el poema de la vitrina de cristal en la que estaba expuesto, Franklin lo colocó sobre la mesa y lo examinó. Hasta ese momento solo había visto una copia del poema en papel de fax. Ahora, con el original frente a él, podía estudiar el papel y la caligrafía con mucha más precisión. Tal como había supuesto, la letra encajaba a la perfección. Se dispuso entonces a examinar con su lupa el membrete de la esquina superior izquierda. La ampliación le permitió ver con claridad que se trataba, efectivamente, de uno de los dos tipos de papel que Emily Dickinson había utilizado en la década de 1870. En ese momento, mientras estudiaba el membrete, se le acercó un empleado de Sotheby's al que conocía y se puso a charlar con él.

«Hablamos básicamente de cosas sin importancia —diría Franklin—, pero supongo que por la conversación pudo haber interpretado que yo pensaba que el poema era auténtico.»

¿A esto se referían cuando le dijeron a Ashworth que Ralph Franklin le había dado el «visto bueno»? ¿Que lo había visto en la exposición pública y que no había demostrado tener dudas sobre el mismo? De ser así, se trataba de un cínico abuso de su reputación, pues tanto Sotheby's como otras casas de subastas saben perfectamente que los especialistas y académicos que van a sus exposiciones públicas nunca dan su opinión sobre un documento o una pintura por miedo a que, más adelante, un coleccionista furioso los lleve a juicio.

La primera vez que vio el poema lo había examinado buscando signos de autenticidad. Ahora, movido por la llamada de Ashworth, Franklin empezó a contemplarlo desde el punto de vista opuesto.

«Dediqué horas enteras a buscar indicios en los que pudiera verse la mano de un falsificador, y finalmente encontré algunas anomalías —diría—. Una de ellas es la *T* mayúscula de la primera palabra del poema. La de Dickinson suele inclinarse hacia abajo y esta no lo hace.»

Las tablas de Franklin mostraban que, en ocasiones, Dickinson había escrito sus *T* de la manera en que había sido reproducida en el poema. Sin embargo, había muy pocas muestras de este tipo de *T* y estaban repartidas entre muchos documentos distintos. Aquí se daban tres en un solo poema.

«Era como si alguien hubiese encontrado una fórmula y se hubiese

dedicado a repetirla —afirmó Franklin—. Pero ¿podía probarse que Dickinson no había escrito el poema solo por la existencia de tres *T* colocadas de esta forma? Al fin y al cabo, ¿qué es “probar”?»

Franklin se enfrentaba al mayor problema que preocupa a los peritos calígrafos: a no ser que el falsificador cometa un fallo craso y obvio, como utilizar una tinta o un papel que no se fabriquen en la supuesta época del documento, suele resultar muy difícil demostrar que se trata de una falsificación. Y en el caso del poema de Dickinson no había ninguno de esos errores. Además, había pasado también la prueba clave de autenticidad: la presencia de esas variadas y minúsculas características que hacen que la caligrafía de cada persona sea algo único. Según las tablas de Franklin, se encontraban ante la letra de Emily Dickinson.

¿O no?

Otro detalle en el que Franklin se concentró fue la *E* mayúscula de la palabra *Everyone*, en la tercera línea del poema. Había algo en ella, pensó Franklin, que hacía pensar en una cierta indecisión, como si el autor hubiese levantado el lápiz por un momento. ¿Era este el vestigio de falsificación que había estado buscando? ¿O era solo que Emily Dickinson había eructado en ese preciso instante?

En busca de la verdad

En verano, a Dan Lombardo le gusta salir en kayak. Pero, después de que Ashworth lo informara sobre la posible conexión del poema con Hofmann, su kayak no volvió a salir del garaje. Se pasaba los días colgado al teléfono y registrando de arriba abajo las bibliotecas de Amherst en busca de información sobre Hofmann. Había decidido no tomarse ni un respiro hasta averiguar quién escribió «Tía Emily» en el poema y lograr que aquello lo llevase hasta su dueño original. Sería un bibliotecario convertido en sabueso.

Se aferró a la idea de que Ralph Franklin seguía creyendo en el poema. El 25 de julio, apenas una semana antes de que fuera a exponerse públicamente por primera vez, Dan pidió a Franklin que fuese a Amherst para volver a examinarlo. En una habitación que Lombardo reservó para él, el especialista estudió una vez más la caligrafía, letra a letra, rasgo a rasgo, comparándola con las muestras de Dickinson que había traído consigo.

Entre otras cosas se concentró en las ligaduras de las vocales con las consonantes siguientes. Del latín *ligare*, que significa «atar» o «unir», la ligadura es la pestaña que conecta dos o más letras, como *-an*, *-em* o *-en*. En 1871, Dickinson estaba empezando a romper estas ligaduras, y para el final de su vida llegaría a imprimir cada letra por separado, sin trazos que las entrelazasen. En «That God Cannot Be Understood» cuenta con ambas versiones.

«La palabra *cannot* —indicaría Franklin más tarde— aparece de las dos

maneras: una vez con el *-an* ligado y otra con el *-an* separado.»

¿Cómo era posible que un falsificador acertara en todo eso? Además, el hecho de que Hofmann trabajase en Utah hacía que aquello pareciese todavía más difícil de concebir. Por primera vez, Franklin y Lombardo empezaron a preguntarse si la fuente de información para la falsificación de Hofmann no habría sido precisamente el libro de Franklin sobre los fascículos de Dickinson. La obra, de dos volúmenes, se había publicado en 1981, cuatro años antes de la fecha en la que, según Ashworth, Hofmann le ofreció el poema por diez mil dólares.

Pero había un detalle que ponía en duda esta teoría. En el libro de Franklin no aparecía ningún poema firmado «Emily». Al igual que su caligrafía, la firma de Dickinson no era algo constante o estable. Se transformaba y cambiaba según el año, la ocasión o el humor de la poeta. A veces firmaba ceremoniosamente como «Emily E. Dickinson» (la «E» significa «Elizabeth»); otras, «Emily E. D.», y también «E. Dickinson». Cuando escribía a amigos, o niños, firmaba «Emily», «Emilie», «Emily E.», y en una ocasión simplemente «E.». Y en una carta dirigida a su íntimo amigo Thomas Wentworth Higginson terminaba firmando «Tu gnomo».

La firma al final de «That God Cannot Be Understood» resultaba perfectamente adecuada para 1871. Tal coincidencia, unida al hecho de que Dickinson rara vez firmase los poemas con su nombre de pila y de que ninguno de estos apareciese ejemplificado en el libro de Franklin, hizo pensar al experto que, después de todo, su edición de los manuscritos no debía ser la fuente de la caligrafía, y que, por tanto, el poema debía ser auténtico.

«Recuerdo a Ralph dando golpes en la mesa —diría Lombardo—. No dejaba de repetir las mismas palabras: “¡Tiene que ser auténtico, tiene que serlo! ¡No es posible que alguien conozca tantos detalles sobre la caligrafía de Dickinson!”. Pero aquella era también su manera de prevenirme. Al fin y al cabo, si Vermeer y Van Gogh han sido falsificados, ¿por qué no iba a serlo Emily Dickinson?»

Lombardo recordó un incidente que había tenido lugar varios años atrás. En enero de 1990 abrió un catálogo de Sotheby's y se encontró con lo que parecía ser un poema original de Emily Dickinson. El catálogo lo describía

como una «Transcripción autógrafa firmada, una cara y media de una octavilla (c. 1859), que empieza diciendo: “Corazón, más ligero que éste mío...”».

Entusiasmado con la perspectiva de adquirir una transcripción escrita a mano y firmada por la poeta, Lombardo fue inmediatamente a informarse sobre el presupuesto de las colecciones especiales para ver si era posible recaudar los tres mil o cinco mil dólares que pensó necesitaría para pujar por el poema. Sin embargo, había varias cosas que lo inquietaban. En primer lugar, la caligrafía no se parecía a la de Dickinson. En segundo, la puntuación y la composición de la página no coincidían con el estilo habitual y único de la poeta. Además, el poema estaba firmado «Emily Dickinson», una fórmula que rara vez utilizaba en todo lo que no fuesen documentos legales. Y, por último, prácticamente no había información sobre la procedencia del poema.

Convencido de que no se trataba de un manuscrito auténtico de Dickinson, Lombardo investigó un poco y no tardó en darse cuenta de que lo que estaba siendo subastado no era para nada un original de la poeta, sino una versión del poema editada y transcrita por Mabel Loomis Todd, su primera editora. Consciente de que solo quedaban unos días para la subasta, Lombardo llamó al jefe del Departamento de Libros y Manuscritos de Sotheby's. No le devolvieron la llamada, así que dejó un detallado mensaje a otro empleado de Sotheby's poniéndolo sobre aviso del error.

Lombardo dio por hecho que tras su advertencia el poema sería retirado. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al recibir los resultados de la subasta, descubrió que la denominada «Transcripción autógrafa» había sido vendida por 4400 dólares. Cuando llamó de nuevo para preguntar qué era lo que había ocurrido, la historia tomó un cariz todavía más alucinante: Sotheby's lo informó de que habían contactado con Ralph Franklin antes de la subasta para pedirle su opinión, y que este había coincidido en que no se trataba de un original de Dickinson. Pese a todo, ellos habían decidido mantener el poema en la subasta, aunque desde el podio anunciaron que el lote número 2028 no había sido escrito a mano por la propia Dickinson. El problema es que los pujadores que estaban al otro lado del teléfono no tuvieron forma de enterarse del anuncio, y, como resultado, uno de ellos se convirtió en el

orgullosa dueña de una muestra perfecta de la caligrafía de Mabel Loomis Todd.

¿Se había convertido él también en la víctima de un engaño similar? Quizá, una vez más, su juicio le había jugado una mala pasada, igual que cuando fue incapaz de darse cuenta de que tras la apariencia despreocupada de su padre se escondía un lado más oscuro. A medida que iban aumentando sus dudas sobre el poema fueron apoderándose de él los viejos fantasmas. Quizá la competencia que creía haber desarrollado durante los últimos diecisiete años en la Biblioteca Jones no era más que una ilusión. Quizá el fatalismo siciliano de su padre había tenido razón de ser. No importa lo bien que vayan las cosas en la vida: la sequía acabará por llegar, los olivos se morirán y habrá que vender la granja.

Para celebrar el regreso del poema a Amherst, Lombardo había organizado una gala de recepción en la Biblioteca Jones. Unos días antes de la gala, Lombardo se encontraba sentado en el Amherst Common, un parque histórico situado en el centro de la ciudad. El Common había sido el primer motivo por el cual Lombardo había decidido mudarse a Amherst. Recordaba perfectamente la primera vez que condujo hasta allí, y que al pasar por delante del parque le sorprendió lo bonito que era, con su rectángulo de césped enmarcado por los históricos edificios de ladrillo del Amherst College. En la época colonial, los puritanos ingleses habían llevado hasta allí sus ovejas para pastar, y en el presente seguía siendo el centro de la vida de Amherst. En el Common se celebraban ferias y conciertos, mercadillos y lecturas de poesía. Era el epicentro de la ciudad, el lugar en el que el corazón de esa comunidad a la que Lombardo se había empeñado tanto en pertenecer latía con más fuerza.

Ahora acababa de estar en la biblioteca del Amherst College para recoger un libro que había pedido sobre Mark Hofmann: *Victims*, de Richard Turley, encargado por la Iglesia sud tras los asesinatos. Sentado bajo el sol frente a la biblioteca, Lombardo comenzó a ojear los extensos apéndices del libro. Uno de ellos contenía una lista de las falsificaciones no mormonas de Hofmann.

En 1986, como parte de un acuerdo con los fiscales de Salt Lake City, el anticuario había aceptado revelarlo todo acerca de sus falsificaciones: cuántas

había, cómo las había hecho, a quién se las había vendido. Esta información acabaría por convertirse en una «confesión» de seiscientas páginas publicada por la Oficina del Fiscal del Condado de Salt Lake City. Como era habitual, Hofmann solo contó parte de la verdad. En un segundo acuerdo, al que llegó con el investigador especial Michael George, aceptó facilitar una lista completa de todas sus falsificaciones mormonas y no mormonas.

En 1988 se descubrió una lista en su celda. La primera de las dos páginas de este documento, un borrador de Hofmann, se titulaba «Autógrafos mormones o de relación mormona», y contenía un total de sesenta y un nombres, entre ellos los de casi todos los padres fundadores de la Iglesia mormona, incluyendo a Brigham Young y Joseph Smith. Una segunda lista alfabética, titulada «Autógrafos falsificados no mormones», tenía otros veintitrés nombres, entre los que destacaban varias de las figuras históricas más importantes de los Estados Unidos, como Abraham Lincoln, George Washington, Paul Revere y Jack London. El nombre de Emily Dickinson era el sexto empezando por arriba, entre el de John Brown y el de Button Gwinnett.

A Lombardo se le quedó la boca seca.

«Mientras echaba un vistazo al Common —recordaría— me di cuenta de que, si el poema era en verdad una falsificación, no me veía capaz de seguir formando parte de aquella ciudad. No podría mirar a la gente a la cara sabiendo que yo había sido el causante de todo aquello.»

No le quedaba más opción. Dos días más tarde, el 30 de julio, el nuevo y esperado manuscrito de la hija más famosa de la ciudad llegó por fin a Amherst. Varios centenares de personas se aglomeraron en el Departamento de Colecciones Especiales de la biblioteca para poder ver su presentación. Los expertos en Dickinson que habían llegado en avión desde Washington y Virginia se mezclaban con la gente de la zona, que había venido a pie simplemente cruzando el Common. Había representantes del estado y escritores locales, así como catedráticos de las numerosas universidades de los alrededores, como Smith y Vassar. Incluso una descendiente de la familia Dickinson, Angela Brassley, tataranieta de Samuel Fowler Dickinson —el abuelo de la poeta—, había volado desde Inglaterra con su marido y sus dos

hijos. Los cuatro se fotografiaron con orgullo junto al poema. Por todas partes había niños y flores.

Lombardo dio un discurso en el que celebró las numerosas coincidencias que habían permitido a la biblioteca comprar el poema (algunos tenían la sensación de que habían contado con intervención divina), y agradeció la ayuda de todos aquellos que habían realizado alguna aportación económica. A continuación, presentó a la actriz Belinda West, a la que habían pedido que leyese el poema. Su lectura, dijo Lombardo, lanzaría al mundo de forma simbólica las palabras perdidas de Dickinson, y serviría así para conectar de algún modo con la elusiva poeta. Tras la lectura, un músico de la zona, Sean Vernon, cantó un arreglo del poema que había hecho para guitarra acústica. Después vino un arreglo clásico del compositor neoyorquino Leo Smit, que tiempo atrás había trabajado con Aaron Copland. Smit no pudo acudir personalmente a la ceremonia, pero envió una copia de la partitura inspirada por el poema.

«Fue una de las cosas más bonitas que habíamos hecho en la biblioteca. Era como ver a la gente haciendo cola para contemplar la *Pietà*», diría Lombardo.

La analogía es adecuada. Desde la aparición del culto al artista como un héroe, surgido a finales del siglo XVIII con el nacimiento del Romanticismo, los manuscritos literarios han reemplazado las reliquias de los santos como poderosos objetos talismán. Cuando, el 20 de febrero de 1795, James Boswell (biógrafo de Samuel Johnson) se encontró en Londres frente a lo que él creía que era el manuscrito original de *El rey Lear* —una pieza que en realidad no era más que una falsificación hecha por William Henry Ireland—, se arrodilló, besó el suelo y dijo: «Ahora ya puedo morir tranquilo, pues he vivido para ver este día».

Probablemente, para los aficionados a Dickinson el descubrimiento de un nuevo poema no fuese una experiencia tan arrolladora como aquella, pero en cualquier caso se trataba de un momento sagrado de adoración. En los últimos treinta años, el culto en torno a la figura y la vida de Emily Dickinson se ha vuelto tan intenso como el que rodeaba a Shakespeare en la época de Samuel Johnson. Sus valores literarios han subido vertiginosamente y, en opinión del célebre crítico Harold Bloom, Dickinson se ha convertido, junto

con Walt Whitman, en la poeta americana de mayor envergadura. Su lenguaje idiosincrásico resulta atractivo para el oído posmoderno. Al igual que Sylvia Plath, Dickinson es considerada la encarnación de la conciencia femenina. Su existencia solitaria encuentra eco en el estilo de vida de la mujer actual. Dickinson es la niña que nunca creció: ni se casó ni tuvo hijos, y jamás se adentró en el complicado mundo de las relaciones sexuales adultas. En esta época posmoderna y posfeminista de crispadas relaciones sexuales, su exilio interior es percibido como una forma de heroísmo y su decisión de no casarse como la única elección inteligente.

Como consecuencia de todo esto, resulta que una de las poetas más reservadas del mundo ha logrado engendrar una comunidad de devotos que no deja de crecer. En Internet hay más de sesenta y siete mil entradas sobre ella en una docena de idiomas distintos, incluyendo una página de poesía hipertextual en la que pueden verse sus poemas tal como salen en los fascículos y un tour de realidad virtual en el que puede visitarse su Homestead. Hay chats en los que la gente puede comentar sus poemas favoritos, y sitios web creados por lesbianas en los que pueden leerse los versos eróticos que supuestamente escribió a su cuñada Susan Dickinson. Te puedes bajar sus recetas de pastel negro o pan de jengibre, y por 19,95 dólares puedes comprar una muñeca de madera Dickinson Dor-A-Bil.

Las treinta y nueve palabras que aparecían en aquella hoja de papel a rayas azules lograban que los invitados de la Biblioteca Jones estuvieran lo más cerca posible de la poeta. Una realidad especialmente cierta en la era digital, en la que todo es asequible y nada resulta especial. Bien sea un Picasso o pornografía, los datos que fluyen por las pantallas no son más que eso: datos. No pueden tocarse ni palpase. Desaparecen en un segundo. Un manuscrito original, en cambio, bien sea el trozo de papel en el que Paul McCartney garabateó la letra de *Hey, Jude* o un poema de Emily Dickinson, nos conecta de una forma visceral con el pasado y nos acerca lo máximo posible a los hombres y mujeres que cambiaron el mundo y dieron voz a los pensamientos y emociones que nosotros no podemos articular.

Para las personas congregadas alrededor del poema, la idea de que la hija más famosa de Amherst hubiese sujetado ese trozo de papel en su mano,

hubiese dado forma y estilo a cada letra y luego lo hubiese firmado con su nombre, que lo hubiese doblado y enviado a un niño, era algo que las conmovía mucho más de lo que jamás lograría una reproducción. En una era obsesionada con la fama y carente de grandeza, aquellas letras servían también para recordar lo alto que puede llegar el espíritu humano.

«Dickinson es como una mística del siglo xi —diría Lombardo—. Y el legado que nos deja es como las parábolas de los santos, porque puede aplicarse de un modo universal. Cada uno de nosotros tiene la sensación de que nos habla de forma muy personal.»

Mientras la gente iba acercándose para felicitarlo por la adquisición del poema, Lombardo sentía que se le revolvía el estómago. Había estado a punto de cancelar la gala. Dada la situación, pidió a sus amigos más cercanos que no asistieran. Solo dos personas en la sala habían sido informadas de sus sospechas: el director de la Biblioteca Jones, Bonnie Isman, y su mujer, Karen. Al escuchar el modo en que los asistentes iban lanzándole elogios, Lombardo se imaginó la incredulidad y la conmoción que sentirían aquellos que ahora lo alababan si supiesen lo que él sabía. Lo peor de todo era tener que poner buena cara y pretender que se trataba del momento más emocionante de su carrera y que estaba encantado de haber podido adquirir semejante tesoro para la gente de Amherst.

Sabía que, si se hacía público el hecho de que, tiempo atrás, Hofmann estuvo en posesión del poema, la autenticidad del mismo quedaría cuestionada para siempre. Y también era consciente de que, pese a todo lo que había logrado con su trabajo, la ciudad solo lo recordaría como el conservador que cogió veintiún mil dólares del dinero de la biblioteca y se los gastó en una falsificación. Solo así.

Se imaginó lo rápido que las felicitaciones se transformarían en muestras de desprecio; lo rápido que sus esfuerzos pasarían a ser tildados de egocéntricos. La gente diría que se había metido en semejante lío, arrastrándolos a todos, debido a su vanidad y a su falta de experiencia, a sus ganas de llamar la atención y de leer su nombre en los periódicos. Lombardo sabía bien que había más de uno esperando la ocasión de hundirlo. Esa era la otra cara de la vida en una pequeña ciudad: que todos se metían en los asuntos de los demás.

Emily había sido muy consciente de ello. Con el tiempo llegaría hasta el punto de no salir de casa por el miedo y el asco que le producían los rumores y los chismes, y también las matronas de negro —esas sabandijas que pretendían hacerse pasar por buenas cristianas—, chasqueando la lengua con desaprobación, susurrando sobre amor sáfico y comentando los encuentros secretos que ella, supuestamente, mantenía con hombres casados.

Si el poema era una falsificación de Mark Hofmann, no solo significaría el fin de su vida en Amherst; también aniquilaría la fe que tenía en su profesión. Nunca se había hecho ilusiones sobre el funcionamiento de las instituciones: ya se tratara de gobiernos o de casas de subastas, siempre eran propensas a la corrupción. Pero él siempre había querido creer que los individuos de su profesión eran personas con integridad que hacían su trabajo por amor genuino a los manuscritos y la historia. ¿Cómo era posible que Sotheby's no hubiese investi-gado y averiguado la conexión con Hofmann? ¿Por qué había dicho Marsha Malinowski que el poema había venido del Medio Oeste cuando lo más probable era que procediese de la Gallery of History de Las Vegas?

Lombardo nunca se planteó seriamente guardar silencio. En ciertos momentos llegó a pensar que debería haber ignorado la llamada de Ashworth y haberle dicho a Franklin que, tras su último examen, se sentía satisfecho con la autenticación del poema. Si se trataba de una falsificación, había sido hecha con tal maestría que nadie podría notar la diferencia. Pero mientras observaba a sus vecinos y colegas saliendo de la biblioteca hacia la brisa cálida del verano y estrechaba la mano de gente que vería a la mañana siguiente en la calle, o que se encontraría en las fiestas del Día del Trabajador, supo que no podría hacerlo. Su deber era proporcionarles la verdad.

Lo primero que hizo fue llamar a la Gallery of History de Las Vegas. Al principio, Gareth Williams, un alto directivo de la compañía, fue muy amable y servicial. Le contó que conocía el poema y que la galería lo había adquirido poco antes de 1994. Pero, cuando Lombardo le preguntó si sería posible que consultara sus archivos para ver quién había comprado el poema, Williams dejó de mostrarse tan cordial. Y le dijo que los ordenadores estaban

bloqueados. En cuanto a su procedencia, según creía recordar, el poema había venido de California y era parte del patrimonio de un coleccionista. Que ahora estaba muerto.

Lo que se conoce con el nombre de «procedencia de hombre muerto» —una historia falsa creada para ocultar los auténticos orígenes de un manuscrito— es uno de los trucos más antiguos en el comercio de los documentos históricos. Y resulta que este era el segundo cadáver con el que Lombardo tropezaba. Marsha Malinowski le había dicho que el poema provenía originariamente de un anticuario muerto del Medio Oeste, pero no había hecho mención alguna de la Gallery of History de Las Vegas, pese a que Lombardo ahora sabía —gracias a Franklin— que el manuscrito había estado allí hacía tres años, y que más adelante Brent Ashworth lo había visto colgado en la pared de otra de las tiendas de Todd Axelrod, a la venta por treinta y cinco mil o cuarenta mil dólares. ¿Es que Malinowski había olvidado mencionarlo, sencillamente? Era poco probable que no hubiese estado informada sobre la conexión de Las Vegas. Después de todo, Sotheby's presume de realizar evaluaciones expertas de las cosas que vende. Pero ahora aquel hombre de la galería estaba diciéndole que el poema venía de un coleccionista muerto de California. Los cadáveres se multiplicaban. ¿Le mentía Malinowski? ¿Le mentía Williams? ¿Le mentían los dos?

Lombardo se sentía en medio de una cruel paradoja. Si demostraba que el poema era una falsificación, demostraría también que el punto más álgido de su carrera había sido, en realidad, su mayor metedura de pata. Aun así, todavía tenía un modo de salvar su reputación y la de la biblioteca: descubrir el origen auténtico del poema. Para ello necesitaría toda la pericia con la que había ido haciéndose a lo largo de los años. Su búsqueda de la verdad le suponía una oportunidad de carácter más personal. Al probar la autenticidad o falsedad del poema estaría demostrándose a sí mismo, y a los demás, que podía distinguir entre lo que era real y lo que no. Y, si lo lograba, al menos conseguiría enterrar a sus fantasmas.

De nuevo, Lombardo se dirigió a Ralph Franklin en busca de ayuda. A estas alturas, el propio Franklin estaba empezando a obsesionarse con la idea de averiguar la verdad sobre el poema; le dijo a Lombardo que llamaría a

Sotheby's, lo que no dejaba de ser muy generoso por su parte. Como director de la Biblioteca Beinecke, Franklin era uno de los clientes más importantes de la casa de subastas. Si acababan a malas, aquello podía suponer el fin de su relación con ella.

Franklin llamó a David Redden, un hombre al que conocía desde hacía años. Máximo encargado de los libros, manuscritos y coleccionables a escala mundial, Redden está considerado como una de las personas más importantes y experimentadas del consejo de administración de Sotheby's, además de ser uno de sus directores y también el rematador con mayor experiencia. Cuando los Van Gogh o Monet son subastados por decenas de millones de dólares, el que anuncia las pujas no suele ser otro que el hábil y cortés David Redden.

Franklin quería presionarlo sobre la procedencia del poema. Aunque no se hacía ninguna mención al respecto en el catálogo, él sospechaba que había sido consignado por Todd Axelrod, de la Gallery of History de Las Vegas. Pero Redden insistió en que no era así.

Sin embargo, Franklin no estaba convencido. Si la explicación de Marsha Malinowski sobre la procedencia era cierta —es decir, que el poema había venido de un coleccionista que se lo compró a un anticuario del Medio Oeste que ahora estaba muerto—, habría cambiado cuatro veces de manos entre finales de 1994, que fue cuando Franklin lo vio por primera vez, y 1997, que fue cuando lo subastaron. Pero Franklin sabía que, en el mundo de los manuscritos raros, las cosas, sencillamente, no van tan deprisa.

—¿Consignaron el poema en nombre de la Gallery of History? —preguntó Franklin.

—No —contestó Redden—; el poema fue consignado por «un particular» que no tenía conexión directa ni indirecta con la Gallery of History de Las Vegas.

Pero Franklin seguía sin quedarse tranquilo. El 3 de agosto, unos días después de su conversación con Redden, le dijo a Lombardo que había decidido no incluir el poema en su libro. Fue un amargo golpe para Dan: la confianza de Franklin era sin duda el clavo ardiendo al que se agarraba, y ahora se lo habían quitado. Pero Franklin no dejó de ayudarlo. Examinó una y otra vez su copia del manuscrito y se informó sobre Hofmann y los asesinatos

mormones. Hablaba casi a diario con Lombardo. Pese a ser tan diferentes (un académico patricio de Yale que adoraba la ópera y llevaba trajes Armani y un antisistema liberal de Amherst que adoraba el *rock and roll* y llevaba vaqueros y gafas tipo John Lennon) pronto empezaron a hacerse amigos. Solían bromear con que eran como Watson y Sherlock Holmes y compartían sus preocupaciones. Franklin intentó contactar con Tammy Kahrs, la archivista de la Gallery of History que se había puesto en contacto con él para hablarle, por primera vez, del poema. Al parecer había muerto.

A estas alturas, ambos hombres habían adquirido un ejemplar de la edición revisada en 1986 del libro de Todd Axelrod, *Coleccionar documentos históricos*, y en la página 198 habían encontrado el texto de lo que decía ser «un poema inédito, escrito a mano por la poetisa de Massachusetts, Emily Dickinson», pulcramente enmarcado e ilustrado, con el famoso daguerrotipo de la poeta. El poema estaba impreso en una fuente minúscula, demasiado pequeña para poder leerse a simple vista, pero una vez aumentado con lupa no quedaba ni la menor duda de que se trataba del mismo que Lombardo había comprado en Sotheby's.

El descubrimiento era importante porque establecía la procedencia detallada del poema. No solo demostraba que Axelrod no acababa de adquirirlo de otra persona, sino que evidenciaba que lo había comprado a mediados de los ochenta, poco antes de que Hofmann fuese condenado por asesinato; y que aún lo tenía a finales de los ochenta, cuando Brent Ashworth, a quien Hofmann ya se lo había ofrecido por diez mil dólares, lo vio a la venta en una de las galerías de Axelrod. Y que incluso seguía en sus manos en 1994, cuando Tammy Kahrs se puso en contacto con Franklin.

El 4 de agosto, Lombardo llamó a la ilustre casa de subastas de Madison Avenue para decirles que, debido a las numerosas sospechas que habían surgido en torno a la autenticidad del poema, este pasaba a ser su responsabilidad. La Marsha Mali-nowski que se puso al teléfono tenía muy poco que ver con la mujer encantadora y alegre que había hablado con él seis semanas antes. Cuando Lombardo mencionó a Hofmann, la voz de Malinowski empezó a temblar y se puso a la defensiva. No tenían, según dijo, «ni la menor duda» de la autenticidad del poema. Además, insistió en que el

manuscrito había sido examinado por varios especialistas, entre los que cabía destacar, por ejemplo, a Kenneth Rendell, un conocido experto en falsificaciones.

Aquel mismo día, un poco más tarde, Lombardo habló con el «Agente Especial Kiffer». A diferencia de Malinowski, Kiffer reaccionó con calma y de forma tranquilizadora, haciendo hincapié en que Sotheby's garantizaba lo que vendía, y tratando de apaciguar a Lombardo cuando este le planteó sus sospechas sobre Hofmann, le dijo que antes de convertirse en falsificador Hofmann había sido un anticuario legítimo de documentos históricos. Kiffer no mencionó a Rendell, pero sí le dijo que «entre diez y quince» expertos en manuscritos habían examinado el poema.

La mención de Kenneth Rendell por parte de Malinowski era alentadora. Hombre duro y ambicioso, responsable de la construcción de uno de los negocios de manuscritos históricos más prósperos del país, Rendell contaba además con una sala de exposiciones permanente en Madison Avenue en Nueva York y con otra en Newton, Massachusetts. Su facilidad para promocionarse y su inmensa experiencia lo habían convertido en el anticuario preferido de muchos de los coleccionistas más ricos del mundo. Entre ellos, Bill Gates, para quien Rendell estaba construyendo una de las colecciones de documentos históricos más importantes del mundo. Cuando Gates compró el célebre cuaderno de Leonardo da Vinci, el Códice Leicester, por 30,8 millones de dólares en 1994, fue Rendell quien pujó en su nombre. Y Rendell era, además, un reconocido experto en falsificaciones. Su libro *Falsificar la historia* era un clásico. Incluso había testificado en varios casos importantes. De hecho, fue él quien desenmascaró otra celebre falsificación: los *Diarios* de Hitler. Y su testimonio en el juicio de Hofmann en 1986 fue crucial para establecer el motivo de los dos asesinatos. Rendell estaba de viaje en el Pacífico Sur cuando Lombardo llamó a su oficina de Boston, pero le dijeron que no habría problema en pasarle un fax. En la respuesta que le llegó desde Tahití, Rendell le informaba de que se había negado a autenticar el poema para Sotheby's. Más adelante quedaría claro que no solo no lo había autenticado, sino que jamás lo había visto.

Lombardo recordó que Kiffer también le había mencionado a una mujer

llamada Jennifer Larson, a quien había consultado sobre dos documentos cuestionables del catálogo de ventas de mayo de 1997, es decir, un mes antes de que el poema de Dickinson fuese subastado. Larson era una respetable anticuaria de libros raros y la antigua presidenta de la Asociación Americana de Libreros de Viejo. Desde finales de los ochenta se había dedicado a la investigación de las falsificaciones no mormonas de Hofmann para evitar que estas contaminaran el oficio que tanto amaba. Según Kiffer, Larson no había manifestado ninguna duda respecto al manuscrito de Dickinson.

Desde luego que no. Porque nunca le preguntaron lo que pensaba.

Lombardo trató de localizar a Larson en San Francisco, donde tenía una tienda llamada Yerba Buena Books, pero se había mudado. Volvió a llamar a la Gallery of History, en Las Vegas. La primera vez, Gareth Williams le había dicho que el poema les había llegado de un anticuario de California que había fallecido. Ahora le aseguró que no estaba «familiarizado» con ningún poema de Dickinson. Cuando Lombardo preguntó por Tammy Kahrs, la archivera que había enviado a Franklin el poema por fax en 1994, Williams le dijo que había muerto.

Unos días más tarde, Williams le devolvió la llamada, esta vez bastante nervioso. Le dijo que quizá la Gallery of History había tenido un poema de Dickinson, pero que no podía recordar los detalles. También le dejó claro que sus pesquisas no eran bienvenidas. Cuando Lombardo le pidió que buscara en sus archivos cualquier información sobre la procedencia del poema, Williams le dijo que no podía hacerlo. Los ordenadores seguían bloqueados.

La siguiente pieza del puzle encajó al dar con Jennifer Larson en su nueva casa en Rochester, Nueva York. La documentación que esta le envió por fax —y que también habría enviado a Sotheby's en caso de que se la hubieran pedido— era suficiente como para hacer que cualquier comerciante con una cierta reputación prefiriera evitar el contacto con el poema de Dickinson. Entre los documentos se incluía una copia del itinerario de los viajes de Hofmann, investigados y recopilados para el juicio por la Policía. La copia situaba a Hofmann en Cambridge, Massachusetts, en 1983 y 1984. Entraba dentro de lo posible que esas estancias tuviesen como finalidad visitar la Biblioteca Houghton, en la que se encuentra la mayor colección de

manuscritos de Dickinson.

Larson también le dijo a Lombardo que había hablado con Con Psarris, un periodista de Salt Lake City que había hecho una serie de programas sobre las falsificaciones de Hofmann para televisión. En octubre de 1990, mientras investigaba una posible conexión con Emily Dickinson, Psarris había enviado a Hofmann el texto del poema que había aparecido en el libro de Axelrod, preguntando si se trataba de una falsificación. El poema comenzaba con «That God cannot be understood», pero Psarris había transcrito mal el resto. Hofmann le contestó desde su celda en la cárcel con la pedantería de un catedrático de universidad. «El artículo de E. Dickinson al que se refiere es una falsificación», le comunicó a través de su abogado, Ron Yengich. Pasó entonces a escribir la versión autorizada del texto, enmendando varios signos de puntuación y restaurando el uso de mayúsculas. Era el poema que Daniel Lombardo había comprado a Sotheby's.

Las pruebas contra el poema empezaban a resultar cada vez más convincentes, si no concluyentes, pero Lombardo tenía que asegurarse del todo. Se puso en contacto con Robert Backman, un grafólogo clínico con veinte años de experiencia en el Departamento de Defensa (durante la Segunda Guerra Mundial había trabajado con falsificaciones que habían aparecido como propaganda). Backman viajó hasta Amherst para examinar el poema. El hecho de que estuviese escrito a lápiz complicaba especialmente su autenticación. La tinta puede someterse a exámenes de ciclotrón y análisis químicos, pero para el lápiz no se tienen pruebas periciales.

El lápiz empezó a desarrollarse durante el Renacimiento, cuando los artistas comenzaron a utilizar estilos hechos de plata o grafito para trazar líneas y dibujar. La primera mención al lápiz de mina, tal como lo conocemos en la actualidad, se remonta a un tratado de fósiles publicado en 1565. Un año antes, en la aldea de Borrowdale, en Cumbria, una violenta tormenta había arrancado un roble gigante de raíz. Debajo de este se encontró un depósito de grafito casi puro, y así fue como nació el lápiz. Al principio simplemente se insertaban varillas de grafito en fundas de madera. Para mediados del siguiente siglo, esos toscos lápices fueron reemplazados por lápices hechos de grafito pulverizado y aglutinado con cola. Más tarde se incorporó arcilla y,

para mejorar la dureza y uniformidad de las minas, empezaron a calentarse en hornos. Aparte de mejoras en la manufacturación, el único avance desde entonces ha sido la introducción del lápiz mecánico en 1822, por lo que es casi imposible datar documentos escritos a lápiz.

Backman era consciente de esto. Incluso las palabras «Tía Emily» al reverso del manuscrito, redactadas con otra letra en lápiz rojo indeleble, parecían auténticas. Como habían hecho Franklin y Lombardo antes que él, Backman concluyó que el papel era correcto. Y la caligrafía también parecía genuina. Pero, cuando Lombardo le dijo que en el pasado el documento había estado en posesión de Mark Hofmann, Backman movió la cabeza y dijo:

—Pues eso lo cambia todo.

Si los expertos no eran capaces de reconocer una falsificación de Hofmann, ¿cómo podría Lombardo llegar a determinar la verdad sobre el poema? Y, si no lograba probar de forma concluyente ante Sotheby's que el poema era falso, ¿cómo podría forzarlos a devolver el dinero a la biblioteca? Las pruebas circunstanciales sugerían enérgicamente que el manuscrito no era auténtico. Pero, cada vez que lo miraba, a Lombardo le resultaba imposible aceptar que un falsificador hubiese penetrado en la mente de Emily Dickinson y simulado su caligrafía de forma tan impecable y perfecta.

La siguiente llamada que hizo, a David Hewitt, un periodista del *Maine Antique Digest* que había escrito dos artículos de fondo sobre el proceso de Hofmann, lo dejó todavía más confuso. Hewitt describió a Hofmann como un mentiroso compulsivo y un fanfarrón, y añadió que en varias ocasiones, en un intento de ganarse el favor de la junta de libertad condicional, había llegado a confesar falsificaciones que nunca había hecho. ¿Estaría entre aquellas el poema de Emily Dickinson? ¿Dónde se escondía la verdad?

Tanto Dan Lombardo como Ralph Franklin habían leído el informe de un perito científico llamado George Throckmorton, quien, durante el periodo del juicio en 1986, y utilizando una lámpara ultravioleta y un microscopio estereoscópico de alta resolución, había realizado un exhaustivo examen de las falsificaciones de Hofmann. La Biblioteca Beinecke tenía ambos aparatos, por lo que, un caluroso día de agosto, Lombardo decidió coger el coche y ponerse camino a New Haven, llevando en su maletín el «That God Cannot

Be Understood» y otros manuscritos de Dickinson —por valor de cien mil dólares— que había en la colección de la Biblioteca Jones.

Franklin y Lombardo se pusieron manos a la obra en un cuarto oscuro del sótano de la Biblioteca Beinecke. Como el poema había sido escrito a lápiz, no iban a encontrar ningún signo de manipulación química en la tinta. Pero podría haberlo en el papel. Bajo la luz ultravioleta, cualquier intento de envejecer el papel de forma artificial con el uso de productos químicos generaría fluorescencias. ¿Conseguirían así la prueba que buscaban? No. El papel no generó fluorescencias. Sin embargo, les pareció detectar alrededor del membrete una ligera mancha azul opalescente, como una pincelada. Franklin no estaba seguro, pero tenía la sensación de que había algo raro en la imagen en relieve del Capitolio estampada en la esquina superior izquierda de la página. Además, había borrones en el borde de esta zona, como si se hubiera derramado algún producto químico. ¿Habría aplicado Hofmann algún producto para que el membrete se «agarrase» mejor al papel?

Lo siguiente que hizo Franklin fue examinar el poema con un microscopio estereoscópico, con una potente luz rasante que serviría para mostrar con mayor claridad el relieve del membrete. El tejado del edificio del Capitolio parecía plano. En otras muestras de este membrete que Franklin había cogido para comparar parecía que había una cúpula sobre el tejado. Seguro que, por sí misma, una imperfección tan pequeña no habría sido prueba suficiente, pero junto con la ligera fluorescencia sirvió para hacerlos desconfiar. O quizá existía un membrete Congreso que no conocían. O quizá sí era el membrete correcto, pero el papel sencillamente no se había impreso adecuadamente. ¿Era por eso que la cúpula parecía haber desaparecido? Cada respuesta les hacía plantearse de inmediato una nueva pregunta.

Franklin utilizó también el microscopio estereoscópico para examinar la mayúscula *E* de la palabra *Everyone*, que a su parecer mostraba signos de vacilación. Cuando escribimos, el bolígrafo o el lápiz se mueven por la página con fluidez y decisión, bajando hasta tocar el papel y luego elevándose, un poco como un avión despegando y aterrizando. No nos paramos a pensar lo que estamos haciendo. Si así fuese, lo más seguro es que cometiéramos un error. Sin embargo, los falsificadores no escriben de forma

natural. Tienen que pensar en lo que están haciendo, y a menudo se delatan al levantar el lápiz con torpeza o vacilar en medio de una letra. ¿Sería acaso aquella ligera indecisión que Franklin había detectado la señal definitiva para probar que el poema era una falsificación?

Unos días más tarde, Lombardo contactó con Shannon Flynn, un jovial irlandés-americano de Salt Lake City que había gestionado muchas de las transacciones de Hofmann y que había actuado como su mensajero. Flynn también era un tirador de primera y un experto en armas de fuego. Cuando Hofmann fue arrestado, la policía encontró un alijo de explosivos en el apartamento de Flynn: una pistola Luger, una Magnum 357 y una Uzi que había sido convertida ilegalmente en automática.

Si alguien le hubiese dicho a Lombardo, cuando se convirtió en conservador de colecciones especiales de la Biblioteca Jones, que un buen día se encontraría haciendo llamadas a un hombre de Salt Lake City al que la policía había interrogado durante diez horas por considerarlo sospechoso de ser cómplice de un doble asesinato, se habría reído. Cuando logró contactar con Flynn en una tienda de armas de Salt Lake City que se llamaba Pro Arms and Ammunition, Lombardo se dio cuenta, por primera vez, de que estaba asustado.

Pero resultó que no tenía de qué preocuparse. Con el tiempo, todos los cargos contra Flynn habían sido retirados, y, desde que Hofmann entró en la cárcel, su política había consistido en ser completamente transparente con los medios de comunicación y con la Oficina del Fiscal del Distrito. A Lombardo le confirmó que en 1985 había volado de Salt Lake City a Las Vegas en representación de Mark Hofmann para entregar a Todd Axelrod, de la Gallery of History, lo que supuestamente era un poema de Emily Dickinson.

Por fin, Lombardo sintió que tenía suficientes pruebas circunstanciales para demostrar que el poema era una falsificación. Pese a que David Redden, de Sotheby's, les había dicho que no había conexión directa ni indirecta con la Gallery of History, estaba prácticamente seguro de que en realidad el poema provenía de Las Vegas. Sabía que Axelrod se lo había comprado a Hofmann, así que Sotheby's debía de haber conocido *ipso facto* —a no ser que Axelrod hubiese mentado sobre el origen del poema— la conexión con Hofmann.

Lombardo envió a David Redden un fax de una página detallando sus sospechas. Redden ni siquiera se molestó en devolverle las llamadas. A cambio hizo que Kimball Higgs, una subordinada suya, le contestase.

—Efectivamente, parece una falsificación —dijo la mujer, como si nada—. Nos encargaremos de ello. Por favor, envíenos el poema.

¿Y los veintiún mil dólares? Higgs le dijo que eso «no supondría» ningún problema, pero, cuando Lombardo le pidió que Sotheby's expresase por escrito su acuerdo para devolver el dinero a la biblioteca, ella rehusó.

Seis días más tarde, Lombardo se reunió con los miembros del consejo de administración de la Biblioteca Jones. Era el momento que tanto había temido. Hasta entonces había mantenido sus dudas y su investigación en secreto. Ahora se disponía a contar a su comunidad y al mundo entero que el poema de Emily Dickinson era falso. Los miembros del consejo reaccionaron con una mezcla de espanto y compasión. Una persona rompió a reír como una histérica ante lo disparatado del asunto.

«Yo estaba desconsolado —recordaría Lombardo—, totalmente desolado por haber defraudado a tanta gente.»

Pero no era el momento de lamerse las heridas. Lombardo notificó a Sotheby's que en cuarenta y ocho horas publicaría un comunicado de prensa declarando que el poema era una falsificación, y que para entonces esperaba tener la confirmación por escrito de que iban a reembolsarle a la Biblioteca Jones su dinero íntegramente. Un día más tarde, por miedo a las repercusiones que pudiese tener el comunicado de Lombardo, Sotheby's accedió a su petición.

«No hubo ninguna disculpa, ni se mostraron avergonzados —diría Lombardo con aspereza—. Actuaron como si aquello no hubiese sido más que una pequeña irregularidad en su trabajo diario. Mera rutina.»

Subasta artificio

Pese a que la junta directiva de Sotheby's cuenta con dos lores, un conde, un marqués y Su Alteza Real la infanta doña Pilar de Borbón, duquesa de Badajoz, desde su fundación en Londres en 1744 ha subastado numerosas obras de arte y manuscritos que han resultado ser falsificaciones.

La letra pequeña de sus catálogos incluye una garantía de autenticidad — solo por un periodo limitado de cinco años—, pero, si algo sale «mal», Sotheby's —igual que todas las casas de subastas, de hecho— siempre puede decir, como hace a menudo, que ellos no son más que los agentes de la venta y que, por tanto, no son directamente responsables. Es usted, señor cliente, quien debe asegurarse de la autenticidad del artículo que compra. Además, los códigos de confidencialidad que utilizan las casas de subastas para ocultar la identidad del consignador y del comprador aumentan el nivel de confusión. *Caveat emptor*.^[7]

Es un ritual familiar: un cuadro robado o una silla Chippen-dale falsa pasan por una sala de ventas. Surgen dudas. La casa de subastas devuelve el dinero del consignador, niega su responsabilidad de controlar el mercado y seis meses o un año después vuelve a suceder lo mismo. En 1997, un reportaje de la bbc mostró a un empleado de Sotheby's en Milán intentando sacar de Italia —de contrabando— un cuadro de uno de los grandes maestros. Se trata de unas prácticas más que extendidas, cínicas y abusivas, gracias a las cuales han podido extraerse piezas de arte de Italia y de India, sin origen

especificado —muchas de ellas robadas por bandas organizadas de saqueadores de tumbas—, y subastarse, con pleno conocimiento de Sotheby's, en su sede del Reino Unido.

El conjunto de reportajes y publicidad que le provocó aquello —*The Times* sacó un titular que decía: «Sotheby's y el arte del contrabando»— forzaron aparentemente un replanteamiento de la situación. En marzo de 1997, la casa de subastas anunció a bombo y platillo una investigación de diez millones de dólares desde su oficina de Nueva York bajo la supervisión de su nueva directora general, la sofisticada Diana D. Brooks.

Solo más tarde se supo que, mientras la señora Brooks trataba de convencer al mundo de que tales casos de negligencia eran la excepción y no la regla, Sotheby's estaba siendo sacudida por alegatos contra su presidente, Alfred Taubman, a quien se acusaba de conspirar para fijar las comisiones de venta con la casa Christie's de Londres. Estas acusaciones provocaron la dimisión de la señora Brooks y la presentación de cargos formales por fraude y negligencia contra Taubman, que podría acabar en la cárcel.

El intento de Taubman de fijar las comisiones de venta era consecuencia de la más pura avaricia. Para mediados de los noventa, Sotheby's y Christie's habían convertido en una industria de miles de millones de dólares lo que en el siglo XVIII se había considerado un negocio codicioso e infame. Igual que poseer un Porsche o una casa en los Hamptons, levantar la paleta durante una subasta se había convertido en una parte esencial del rito de iniciación y la marca distintiva de los más ricos. Y, mientras el mercado alcista más duradero de la historia comenzaba su vertiginosa escalada, los precios se pusieron por las nubes. En 1996 se vendió en Nueva York un cuadro de John Singer Sargent titulado *Cashmere*, bonito pero no espectacular, por 11,1 millones de dólares. Aquel mismo año se vendió también una escultura de un artista francés menor titulada *Petite Danseuse de quatorze ans*. Su precio fue de 11,9 millones.

El Departamento de Libros y Manuscritos raros es como el pariente pobre en Sotheby's. El dinero de verdad lo dan el arte y las joyas. Además, catalogar libros y manuscritos raros lleva mucho tiempo. Por eso hay una tremenda presión para facturar la mayor cantidad posible.

«Hoy en día se da mucho bombo a todo —diría Justin Schiller, un conocido anticuario de libros—. Antiguamente solo se coleccionaban cosas de auténtico valor, pero hoy la gente no sabe qué coleccionar, y por eso cosas como los trajes de lady Diana acaban vendiéndose por doscientos cincuenta mil dólares, o un cromó de béisbol de Honus Wagner por quinientos mil. Para las casas de subastas, en estos casos, los beneficios no están en las ganancias que producen las ventas, sino en la publicidad.»

Por lo ostentosos que son, los artículos únicos, como un poema inédito de Emily Dickinson o un autógrafo de Nathan Hale, valen mucho más que la comisión que supone su venta. Generan titulares y llaman la atención del público.

La sed de bombo publicitario, sumada a la voluntad de la clientela de sentirse cautivada, ha creado el ambiente perfecto para lo que T. S. Eliot describió, en un contexto distinto, como la suspensión voluntaria de la incredulidad. Y es algo que funciona igual, con la misma fuerza, cuando se trata del comprador:

«La gente desea encarecidamente creer que lo que ha comprado es real —dijo Jennifer Larson—. Lo que importa no es lo que realmente tienen, sino lo que piensan y quieren creer que tienen.»

Mark Hofmann era perfectamente consciente de ello. En una ocasión, refiriéndose a sus falsificaciones mormonas, dijo que pensaba que aquellos documentos en realidad podían haber sido parte de la historia de esa religión. Y también expresó la sensación de poder que experimentaba al engañar a la gente. Más que la codicia, lo que parecía impulsarlo era precisamente esa ansia de poder: el poder de moldear y cambiar la historia. Sus falsificaciones dieron con compradores porque contaban historias que el público quería escuchar.

Las casas de subastas también cuentan historias en las narraciones que publican en sus catálogos. Las más atractivas tienen un toque de misterio y romance, como la de la anciana que quiso sacar la parte de atrás del marco de un cuadro viejo y se encontró con una pintura de John Singer Sargent, o la del empleado de un banco que se tropezó con una carta de Washington de valor inestimable mientras ojeaba un viejo archivo durante la hora de la

comida. El público adora estas historias, de la misma forma que adora los relatos de tesoros enterrados; apelan a esa parte de nuestro ser que quiere creer en la señora fortuna, en la casualidad y las coincidencias.

Los detalles que puedan restar atractivo a una pintura o un manuscrito, o bien despertar recelos sobre su autenticidad, son cuidadosamente eliminados de las historias que cuentan las casas de subastas. El catálogo para la subasta en la que se vendió el poema de Emily Dickinson, por ejemplo, citaba entre sus consignadores a augustos individuos e instituciones, como Randolph Hearst, pero no mencionaba la Gallery of History de Las Vegas.

Hacía tiempo, ya había ocurrido algo similar. Cuando Hofmann fue arrestado, en 1985, sus posesiones se confiscaron para pagar a sus acreedores. Hofmann no era solo un falsificador, sino también un verdadero coleccionista de libros. Y cuando la policía realizó una redada en su casa de Salt Lake City encontró una magnífica colección de libros infantiles antiguos. La persona escogida para venderlos fue Mark Hime, un librero de viejo de California. Después, los libros fueron a parar a manos de Richard Manney, un conocido coleccionista de Nueva York. Unos años más tarde, Manney consignó la colección a Sotheby's para su venta.

Los libros aparecieron en el catálogo del 11 de octubre de 1991 bajo el nombre global de Biblioteca Richard Manney. Para reforzar la importancia y legitimidad de la colección se incluyeron todos los detalles sobre su procedencia. Todos excepto uno. A sabiendas de que la mera mención de Mark Hofmann levantaría sospechas sobre la autenticidad de los artículos — aunque se supiese que era un coleccionista serio y legítimo—, Sotheby's borró su nombre de la cadena de procedencia.

Estos no eran los primeros artículos de Mark Hofmann que Sotheby's había vendido. En octubre de 1985, tan solo dos semanas después de su arresto por asesinato, se subastó por 31 900 dólares una carta de Daniel Boone, supuestamente escrita durante las guerras indias en Kentucky. La misiva venía adornada con una historia preciosa sobre el heroísmo de Boone en la frontera americana. Pero el manuscrito había sido consignado por un hombre de negocios de Salt Lake City, Kenneth Woolley, que a su vez se lo había comprado a su primo, Mark Hofmann. Si alguien hubiese examinado la carta

con más cuidado, se habría dado cuenta de que llevaba la fecha del Día de los Inocentes.[8]

Ken Farnsworth, uno de los dos investigadores principales de la Oficina del Fiscal de Salt Lake City, llamó a Sotheby's para advertirlos sobre el supuesto documento de Boone. Para entonces, Hofmann ya estaba entre rejas. Pero, tras haber visto numerosas vidas destrozadas por las falsificaciones de aquel hombre, Farnsworth se había propuesto retirar del mercado tantas como le fuera posible. Para ello contactó con librerías de viejo de toda América, así como con la Biblioteca Pública de Nueva York, la Biblioteca del Congreso y la Sociedad Anticuaria Americana. Visitó la Biblioteca Británica e incluso fue a París a alertar a uno de los anticuarios de documentos históricos más importantes de Francia.

La cooperación de todas estas instituciones fue excelente. Sin embargo, cuando entró en contacto con Sotheby's se topó con un muro de silencio. Al principio le dijeron que la casa proporcionaría el nombre y la dirección del consignador de la carta de Boone si él —Farnsworth— les entregaba por escrito un informe con sus conclusiones. Pero entonces, cuando les entregó la carta detallando sus sospechas, fue informado de que Sotheby's solo cumpliría con lo acordado si recibía una citación del juzgado. Mike George, otro investigador de Salt Lake City que también trabajó en el caso de Hofmann, tuvo problemas similares:

«En Sotheby's —diría más adelante— nos encontramos con una actitud del tipo “no estamos interesados en hablar con ustedes; nos da igual lo que tengan que decirnos”.»

Al parecer, solo había una persona a la que aquello no le daba igual. Mary Jo Kline, la empleada de Sotheby's que se había encargado de la venta de la carta de Boone, informó al jefe del Departamento de Libros y Manuscritos que en el futuro no volvería a catalogar nada que hubiese pasado por manos de Hofmann. Su jefe aceptó la decisión y, según Kline, optó por ampliar su alcance: no volverían a trabajar con nada que hubiese pasado por manos de Hofmann. Tres años más tarde, esta misma persona agradecería los esfuerzos realizados por Kline con una decisión que conmocionaría al pequeño mundo de los documentos históricos: poner fin a su contrato. Este hombre se llamaba

David Redden.

Redden seguía al mando doce años después, cuando, a tan solo un mes de la subasta del poema de Dickinson, Sotheby's anunció otras dos falsificaciones de Hofmann en su catálogo de mayo de 1997. Uno era un autógrafo de Daniel Boone sin demasiada importancia. El otro era un artículo sensacional: un Premio al Mérito firmado por Nathan Hale y considerado «uno de los tres únicos que han sido encontrados».

Al ver el documento de Hale en el catálogo, Brent Ashworth, que más tarde advertiría a Sotheby's sobre la posible conexión de Hofmann con el poema de Dickinson, llamó a Selby Kiffer y le dijo que había visto el manuscrito de Hale en una de las tiendas de Todd Axelrod, y que creía que se trataba de una falsificación de Hofmann. Tal como hizo un mes después con el poema de Dickinson, Kiffer negó que el documento viniese de Las Vegas. Aun así, pareció tomarse en serio la advertencia de Ashworth, porque el 2 de mayo Kimball Higgs se puso en contacto por fax con Jennifer Larson: «Aquí tiene dos lotes. Brent [Ashworth] nos ha alertado sobre la posibilidad de que sean originales de MH [Mark Hofmann]. Está seguro sobre el Hale y no tanto sobre el Boone. Nos gustaría saber su opinión.»

Larson les respondió enviándoles por fax un montón de documentos. En el primero ponía: «Ambos aparecen en la lista holográfica de Mark Hofmann, “Autógrafos falsificados no mormones”». Se trataba de la lista que habían encontrado en 1988 en la celda de Hofmann en Draper, Utah, y en ella estaban incluidos tanto Daniel Boone como Nathan Hale, y también Emily Dickinson.

Sotheby's retiró de la subasta la carta de Boone, pero dejó el autógrafo de Hale, mucho más valioso. Fue adjudicado por veintisiete mil dólares. Tras la subasta, cuando las dudas sobre el mismo empezaron a multiplicarse, Selby Kiffer dijo al *Maine Antique Digest* que Kenneth Rendell había «autenticado» el documento de Hale. Al enterarse, Rendell se puso furioso.

«Aquello fue totalmente desacertado. Pongo un cuidado extraordinario en no decir nada sobre cosas que no vendemos nosotros», insistió.

En una carta al *Maine Antique Digest*, Marsha Malinowski se distanció de la aserción de Kiffer sobre la «autenticación» hecha por Rendell, y más

adelante Kiffer se disculpó con Rendell por haber hecho un mal uso de su nombre. (Nadie pidió disculpas de este tipo a Lombardo, pese a que también a él le habían dicho que Rendell había autenticado el poema de Dickinson.) Rendell no solo no había autenticado el Premio al Mérito, sino que lo había considerado altamente cuestionable cuando lo vio expuesto en Sotheby's antes de la subasta.

«Tenía una coloración que no me gustaba, un movimiento de tinta que me recordaba algunas de las cosas de Mark Hofmann.»

Rendell no dijo nada a Sotheby's, pero, tras observar el efecto del manuscrito de Hale, decidió que lo mejor sería no pujar por el documento, por muy barato que fuese.

Una de las personas que sí estuvo a punto de comprar el Hale fue Justin Schiller, el conocido librero de viejo de Nueva York. En los ochenta, Schiller casi se había arruinado por sus negocios con Mark Hofmann, algo que era bien sabido por todos los del oficio. Sin embargo, cuando expresó su interés en adquirir el documento y preguntó sobre su procedencia durante una conversación telefónica que mantuvo con Selby Kiffer la semana antes de la subasta del 19 de mayo, este no hizo mención alguna a la conexión con Hofmann.

«Cuando compras en una casa como Sotheby's asumes que hay un título legítimo y que todo ha sido verificado y comprobado por los abogados de la compañía —diría Schiller—. Así que, si nadie en Sotheby's me alertaba sobre la posibilidad de que existiese un problema, yo no tenía por qué sospechar nada. Confiaba en el sistema.»

En este caso tenía que haber desconfiado. Para cuando habló con Kiffer, Jennifer Larson ya había enviado a Sotheby's suficiente información sobre la conexión con Hofmann como para lograr que hasta el más novato de los novatos quisiera alejarse del Premio al Mérito de Nathan Hale. Larson le había dicho a Sotheby's, por ejemplo, que, durante una entrevista con Mike George, Hofmann había declarado que falsificó dos documentos de Hale: dos Premios al Mérito con su inscripción personal y firmados para sus mejores estudiantes. Larson también alertó a Sotheby's sobre el hecho de que otro Nathan Hale similar había sido vendido en subasta por Charles Hamilton en

agosto de 1983, y que entre las pruebas encontradas por la policía de Salt Lake City se contaba el registro de un envío certificado de Mark Hofmann a Hamilton, con fecha 13 de julio, o sea, tres semanas antes de la subasta. Finalmente, Larson incluyó una carta que le había escrito Hofmann desde la cárcel el 29 de junio de 1990: «Tu nota me ha hecho recordar un Premio al Mérito de Nathan Hale que olvidé mencionar en mi carta del 25 de junio — escribió Hofmann—. Es, efectivamente, una falsificación».

Como miembro de la Asociación Americana de Libreros de Viejo, Sotheby's estaba en la obligación de revelar toda la información que tuviese sobre la procedencia de cualquier mercancía de naturaleza contenciosa o indeterminada. Había además motivos personales por los que Kiffer debería haberle dicho a Justin Schiller lo que sabía. Los dos habían trabajado juntos en numerosas ocasiones. Se conocían personalmente. Y Kiffer era consciente de que la asociación de Schiller con Mark Hofmann casi le había arruinado la vida. Es obvio que nada de esto contaba, pues el día que Schiller llamó para anunciar su intención de pujar por el Premio al Mérito de Hale, el Agente Especial Kiffer no dijo esta boca es mía. Por suerte, Schiller se retiró de la puja antes de que el precio alcanzase los veintisiete mil dólares.

Hasta la fecha de hoy, Sotheby's mantiene que es la víctima involuntaria de los crímenes de Hofmann. En un comunicado de tres hojas enviado a la revista *Harper's*, Selby Kiffer declaró que se había tomado en serio las advertencias sobre Hofmann y que había buscado información sobre este en dos libros. Es cuando menos significativo el hecho de que no diera con *Victims*, disponible en la Biblioteca Pública de Nueva York, pues, como descubriría Lombardo, incluye a Dickinson en su índice. Lo que Kiffer dijo haber descubierto en estos libros, aparentemente por primera vez, era «el largo e increíble camino de engaños que había recorrido Hofmann», dando a entender que se trataba de algo nuevo para él. Sin embargo, la duplicidad de Hofmann es bien conocida. Y la gran mayoría de los anticuarios de reputación tienen —como se supone que debió tener Sotheby's en los años ochenta— la política de no tocar nada que haya pasado por sus manos. Como resultado de la venta de la falsificación de Boone en 1985 debemos asumir, además, que Sotheby's contaba con un expediente detallado sobre Hofmann.

Igual de falsas resultan las explicaciones de Kiffer sobre la autenticación del poema de Dickinson. Según él, durante la exposición previa a la subasta el manuscrito fue examinado con detenimiento por varios de los mejores expertos en Dickinson, y ninguno de ellos cuestionó su autenticidad. No indica los nombres de estos «expertos», pero, dado que Ralph Franklin fue el único que Sotheby's mencionó a Dan Lombardo, debemos suponer que Kiffer lo incluye también a él.

En su declaración, Kiffer también pasa por alto las afirmaciones contradictorias y engañosas que hicieron los empleados de Sotheby's, y, en cambio, mantiene que Brent Ashworth nunca le dijo que el poema fuese una falsificación o que Mark Hofmann se lo hubiese ofrecido en el pasado, y concluye diciendo: «Quizá la intención de Ashworth era advertirme, mas en mi cabeza se trataba sencillamente de una anécdota interesante pero superficial de alguien que había tenido tratos con Hofmann».

Ingeniosa semántica. Efectivamente, Ashworth no podía recordar las palabras exactas del poema que vio en el salón de Hofmann, pero está absolutamente convencido de que advirtió a Kiffer y de que le dijo que creía que aquel era el poema del catálogo y el mismo que más tarde vio en la galería de Axelrod. Cuando Ashworth se enteró de lo que había dicho Kiffer en su declaración, exclamó con ese estilo tan directo de la gente del Oeste:

—¡Caray, pues sí que han cambiado el cuento!

Y todavía más falso es el intento de Kiffer de atribuir a Sotheby's el mérito de desenmascarar la falsificación: «El largo proceso de autenticación que llevamos a cabo con estos documentos nos será muy útil si volvemos a encontrarnos con una situación parecida en el futuro».

Daniel Lombardo lo recuerda de forma muy diferente: «Es algo que me indigna. Tuvimos que arrastrarlos hasta las pruebas mientras ellos pataleaban y vociferaban. Y solo aceptaron poner por escrito que el poema era falso cuando los amenazamos con contárselo todo a la prensa».

Es interesante el hecho de que la declaración de Kiffer no mencione nada sobre la procedencia del manuscrito. Redden había dado a entender a Ralph Franklin que Sotheby's no hacía negocios con la Gallery of History de Las Vegas. Selby Kiffer trató de convencer a Brent Ashworth de que Sotheby's

no había «metido mano en la colección de Axelrod». Y Marsha Malinowski afirmó que el poema había venido de un anticuario del Medio Oeste que ahora estaba muerto. Efectivamente, el poema había sido consignado por un hombre que había muerto, pero este muerto era real. Se llamaba James Haldan y era un multimillonario de Glenbrook, de la parte de Nevada del lago Tahoe. Su viuda, Ethelmay Stuart, es una heredera de mermeladas y compotas. Haldan, además, había sido el máximo inversor de la Gallery of History de Todd Axelrod, S. A., con el 49 por ciento de las acciones. Tras su muerte en 1995, la fundación creada para administrar su patrimonio, la Ethelmay Stuart-James Haldan, decidió salirse de la compañía. Axelrod andaba escaso de fondos, por lo que acordó dar a la fundación dos millones de dólares en documentos históricos a cambio de sus acciones.

Siempre me he preguntado qué es lo que lleva a Sotheby's a arriesgar su ilustre nombre vendiendo manuscritos que no le aportan más que un veinticinco por ciento de comisión de la irrisoria cantidad de cincuenta y un mil dólares (el precio de venta de los manuscritos de Hale y Dickinson), pero, para Selby Kiffer, Marsha Malinowski y David Redden, asegurarse el inventario entero de un comerciante tan importante como Axelrod era una oportunidad única. Entre otras cosas, incluía cartas de George Washington, Benjamin Franklin, Abraham Lincoln y Daniel Boone. La comisión de una remesa valorada en dos millones de dólares sería de medio millón. Para los empleados de Sotheby's encargados de la misma, su venta podría suponer un viaje a San Bartolomé o un Lexus por Navidad.

Pese a haber negado repetidamente que el origen del poema fuese la Gallery of History, Sotheby's llevaba más de seis meses metida en negociaciones con Axelrod y la fundación: enviaba por fax copias de los documentos desde Las Vegas hasta Nueva York, donde eran valorados por Selby Kiffer y su equipo. Estas primeras estimaciones se enviaban entonces a la fundación, que las utilizaba para negociar con Axelrod. Cuando llegó la hora de cerrar la transacción, en octubre de 1996, un empleado de Sotheby's llamado Justin Caldwell voló hasta Las Vegas para inspeccionar y tomar posesión de la remesa. En una oficina de la Gallery of History, Caldwell examinó los seiscientos documentos bajo la atenta mirada de un representante legal de la

fundación. A continuación, fueron empaquetados, precintados y firmados con iniciales en presencia de Caldwell. Finalmente, él mismo llevó las cajas hasta la oficina de correos de Federal Express en la camioneta de la Gallery of History para que no se rompiese la cadena de custodia. Durante el curso de su trabajo, Caldwell llamó por teléfono varias veces a su jefe en Nueva York, que no era otro que el propio Kiffer.

Al montar el catálogo, Sotheby's incluyó los nombres de augustas personas e instituciones, como el Museo Metropolitano de Arte, la Biblioteca Ryerson del Instituto de Arte de Chicago y el patrimonio de William Randolph Hearst. No hizo mención alguna a la Gallery of History de Las Vegas o a la fundación. Sin embargo, tan solo 89 de los 571 documentos de las ventas de mayo y junio procedían de estos consignadores de nombre ilustre. El resto, más o menos el 85 por ciento de los lotes, estaban listados de forma anónima como «Propiedad de varios dueños».

Aquel día de principios de junio en el que estuvo esperando con impaciencia la llamada de Sotheby's, Daniel Lombardo no tenía ni la menor idea de que el poema de Emily Dickinson era en realidad una máquina del engaño brillantemente construida, tras la cual se escondía un reguero de dinero, codicia, fraude y asesinatos. Pese a que Sotheby's acabó por aceptar que el poema era una falsificación, y pese a que devolvió el dinero que una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra había recaudado para comprarlo, aún quedaban muchas preguntas sin responder. ¿Había creído Sotheby's en la autenticidad del poema? ¿O lo había comprado pensando que era tan perfecto que nadie lograría demostrar que se trataba de una falsificación? ¿Era un caso de incompetencia o más bien de alevosía?

Y por encima de todas estas preguntas asomaba la extraña y veleidosa figura del propio falsificador. ¿Quién era Mark Hofmann?

[7]. «Responsabilidad del cliente.»

[8]. En los Estados Unidos es el 1 de abril.

En la tierra de Urim y Tumim

Para entender a Mark Hofmann hay que entender primero la religión mormona y su sede espiritual, Salt Lake City. En un día claro de invierno, la ciudad parece flotar sobre la Gran Cuenca Salada como un espejismo en el Sahara. En parte es por la luz, pero sobre todo se debe a la forma en que Salt Lake City emerge del desierto, enmarcada por las montañas Wasatch, que, escarpadas y sublimes, se elevan como el telón de una ópera de Wagner. Asomadas al fondo de las grandes avenidas que se entrecruzan por la ciudad en una adusta geometría euclidiana, las montañas acortan distancias y distorsionan escalas. Esta sensación de irrealidad aumenta con la presencia de un edificio neogótico parecido a una catedral en el centro de la capital mormona. El templo de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cuya aguja está coronada por un ángel de oro, domina Salt Lake City como la basílica de San Pedro domina Roma.

La mayoría de las ciudades empiezan a formarse por su accesibilidad a la red de transportes, por la presencia de materias primas o por la clemencia de su clima. Salt Lake City fue escogida como capital mormona por lo remoto de su ubicación y por la hostilidad de su enclave natural. Cercada por montañas y cañones impenetrables y rodeada por uno de los desiertos más peligrosos del planeta, era el lugar ideal para una religión proscrita que osó desdeñar una de las doctrinas más importantes y antiguas de la civilización cristiana y el pilar sobre el que está construida su sociedad: la unión

monógama entre el hombre y la mujer.

Las calles, organizadas en una cuadrícula inflexible de plazas que emanan de un céntrico solar de cuarenta mil metros cuadrados alrededor del templo, están numeradas según su relación geográfica con lo que es conocido como la Base y el Meridiano: una señal colocada en la esquina noroeste del templo que funciona como la versión de Salt Lake del meridiano de Greenwich. Esta geometría tan propia de Euclides es la expresión externa de una devoción profunda por el orden y la disciplina. «A excepción del ejército alemán, ninguna otra organización es tan perfecta como la mormona», escribió un eclesiástico a finales del siglo XIX. Al igual que las calles torcidas, las formas de pensamiento que se salen de la norma son algo ajeno al mormonismo.

El Dios mormón es un Dios del orden. Y de los negocios. Los mormones, más que ningún otro americano, creen que ganar dinero es una obligación religiosa. En la actualidad, con haberes calculados en torno a los treinta mil millones de dólares e ingresos anuales cercanos a los seis mil millones (más que la facturación anual de la marca Nike), la Iglesia sud es una de las religiones más ricas del mundo. Posee grandes extensiones de tierra, entre las que se incluye el mayor rancho de los Estados Unidos (el Deseret Cattle and Citrus, en Orlando, Florida, que abarca 312 000 acres de terreno), y supervisa una cartera multibillonaria de bienes inmuebles, medios de comunicación y valores activos. Con casi doce millones de fieles en todo el mundo y un crecimiento anual muy superior al de cualquier otra religión, su expansión es una de las más dinámicas del mundo. Además, entre sus fieles se encuentran varios de los titanes corporativos más prósperos de los Estados Unidos, como Steve Marriott, de la cadena hotelera Marriott, o Jon Huntsman, el químico millonario. No existe ninguna otra religión con un grupo de presión mejor organizado o más agresivo en Washington.

El fundador del mormonismo —y su primer profeta— nació en 1805 en una improductiva granja próxima a la ciudad de Sharon, en la zona este de Vermont. Se llamaba Joseph Smith. En la familia Smith confluían toda una serie de supersticiones y creencias: su padre estaba interesado en la magia tradicional y su madre era lo que en la actualidad se conoce como una cristiana fundamentalista. La Biblia siempre estaba abierta en la mesa de la

cocina; Dios resultaba algo más difícil de encontrar. La tierra era rocosa y la economía estaba deprimida. La gente vivía con estrecheces en casas de madera sin inodoros ni desagües. La pobreza y las enfermedades se extendían y el suicidio y el alcoholismo estaban a la orden del día. Para aquellos que se encontraban en la base de la pirámide económica, como los Smith, el sueño americano parecía más bien una pesadilla. En nueve años —desde los dos hasta los once—, Joseph Smith se mudó con su familia siete veces entre Vermont y New Hampshire. Se ganaban la vida trabajando como renteros y haciendo trabajillos en la construcción o en los arcedos. En 1816 se asentaron en Palmyra, Nueva York.

Si pensamos que la religión se basa en el sufrimiento de los seres humanos, no hay duda de que durante la niñez de Joseph Smith Nueva Inglaterra fue arrasada por un buen número de renacimientos espirituales. Un granjero del estado de Nueva York llamado William Miller predijo que el mundo llegaría a su fin en 1843 (más tarde cambió la fecha a 1844), y, en cosa de pocos meses, unos cien mil americanos, la mayoría pobres e incultos, habían depositado en Miller sus esperanzas de salvación y de una vida mejor. Con el tiempo, el movimiento millerita —como pasó a conocerse— mutó en la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Aquellos que no encontraron ayuda en Dios, la buscaron en el diablo. Durante esa época, toda Nueva Inglaterra se vio sacudida por una oleada de interés por la magia y el ocultismo. En Palmyra, los Smith tenían fama de practicar el arte de la adivinación con bolas de cristal. En los tiempos precristianos, el uso de cristales o de piedras de adivinación para averiguar el futuro había estado muy extendido, pero la Iglesia medieval lo había prohibido. Sin embargo, en el siglo XIX volvió a resurgir junto con la quiromancia y la astrología. Sus practicantes creían que les facilitaba el acceso directo al mundo espiritual. O que los ayudaría a encontrar oro. El joven Joseph Smith y su padre solían recorrer las colinas de los alrededores de Palmyra con sus piedras de adivinación, en busca de fortuna. Se decía que estas piedras alcanzaban su mayor efectividad cuando el sol estaba en su punto más septentrional. Para limpiarlas realizaban elaborados rituales. Una vez concluidos, las piedras se colocaban en el interior de un sombrero, y solo

entonces el «lector de piedras» salía a recorrer los campos, como la gente que hoy en día trota por las playas con detectores de metal y busca relojes o joyas. Si la piedra de adivinación o la piedra visión —nombres con los que también se conocían estos cristales— se empañaba, se suponía que el oro andaba cerca.

La piedra de adivinación favorita de Joseph Smith era una roca marrón con forma de huevo que había encontrado cuando estaba excavando un pozo para Willard Chase, uno de los vecinos de Palmyra. A decir de todos, el hijo alto y larguirucho del granjero, de ojos azules y una cojera que le había quedado como recuerdo de un ataque de fiebre tifoidea, era un experto «lector de piedras». Y también sentía una gran fascinación por los ritos masónicos. (Cuando le registraron los bolsillos, tras su muerte, se encontró en ellos una piedra masona conocida como Talismán de Júpiter.) Muy pronto, otras familias de Palmyra empezaron a contratarlo para encontrar oro y tesoros enterrados. Uno de esos hombres fue Josiah Stowell. Parece ser que Smith realizó una inspección exhaustiva de su propiedad, pero no encontró oro alguno. En cambio, encontró una nueva religión.

En otoño de 1823, cuando tenía diecisiete años, Smith afirmó que un ángel, al que llamó Moroni, se le había aparecido en una de sus visiones y le había dicho que en una ladera cercana a la granja familiar había enterrado un juego de planchas de oro en una caja de piedra. Smith desenterró las planchas y encontró en estas, inscrito en un lenguaje codificado que pasó a ser conocido como «egipcio reformado», el evangelio de la primera religión importante que había aparecido en la Tierra desde que el profeta Mahoma saliese trotando de los desiertos de Arabia.

Smith había sido educado en casa. Su escritura era desordenada y estaba llena de faltas. No sabía ningún idioma extranjero y mucho menos griego o latín. ¿Cómo era posible que pudiese leer jeroglíficos egipcios? Smith afirmaría que, para ayudarlo a descifrar las inscripciones de las planchas de oro, el ángel Moroni le había entregado unos anteojos mágicos que pasarían a conocerse como el Urim y Tumim. Imagínense unas gafas de realidad virtual con dos piedras mágicas de cristal en lugar de lentes e incrustadas sobre un peto atado al pecho del que los usa. Lucy Smith, la madre del profeta,

describiría más adelante el Urim y Tumim como «dos diamantes lisos de tres puntas engastados en cristal, a su vez engastado en arcos de plata». El peto, dijo, era «cóncavo por un lado y convexo por el otro y se extendía desde el cuello hasta el centro del estómago de un hombre de tamaño extraordinario».

Por aquella época, Smith se había metido en líos por dedicarse a la caza de tesoros. La práctica de la adivinación con cristales estaba prohibida en el estado de Nueva York. Un manual jurídico de 1812 declaraba que se procesaría por alteración del orden público a todos aquellos «que pretendan tener conocimientos de fisonomía, quiromancia o una de estas ciencias arteras, o que pretendan echar la fortuna o descubrir dónde se encuentran los objetos perdidos». En 1826, a los veintiún años, Smith tuvo que presentarse ante el Tribunal de Bainbridge, Nueva York, y fue declarado culpable de practicar la adivinación con cristales. Los vecinos comenzaron a rumorear y a criticarlo por brujería y ocultismo.

Smith se había enamorado de una chica de Harmony, Pensilvania, llamada Emma Hale. Pero su padre, Isaac, un hombre de familia acomodada, desaprobaba las actividades pecaminosas de Smith con las piedras de la adivinación, y prohibió la unión. Cuando los jóvenes amantes se fugaron para casarse, Isaac Hale cedió, y entonces la pareja se mudó a su casa de Harmony, donde Smith abandonó la búsqueda de oro para dedicarse a traducir las planchas doradas.

Comenzó a trabajar en septiembre de 1827. Emma haría de escribana para su marido. La habitación estaba dividida por una alfombra. A un lado se sentaba Emma, pluma en mano, con un manojito de pergaminos, y al otro Joseph Smith con el Urim y Tumim atados al pecho. Antes de empezar a dictar, Smith hundía la cabeza en el magullado sombrero de ala ancha que solía utilizar cuando paseaba por las colinas buscando oro, «y se lo acercaba mucho a la cara para que no entrase la luz», escribiría un coetáneo que lo había visto en acción. Según daba a entender Smith a los curiosos, las planchas de oro estaban enterradas en algún lugar del bosque. Al mirar en el interior de su sombrero a través de las piedras de la adivinación, las imágenes de los jeroglíficos aparecían como por arte de magia, como si se tratase de datos pasando por una pantalla de ordenador con acceso inalámbrico a

Internet. No es sorprendente que nunca dejase que su mujer, Emma, viera las planchas, aunque once testigos declararían más tarde que ellos sí las habían «visto y sopesado».

Las visiones que había tenido mirando en el interior de su sombrero rescataron a América de los extremos más alejados del universo cristiano y dieron esperanza a las personas pobres y abatidas como él mismo, recordándoles que, después de todo, América era la Tierra Prometida. El mormonismo era una religión *made in the usa*. Según Smith, la verdadera Iglesia de Cristo había sido secuestrada poco después de la muerte de este, y se había convertido nada más y nada menos que en la llamada «Gran Apostasía». La construcción del Vaticano, Lutero, la Reforma y, de hecho, toda la historia occidental desde aproximadamente el año 100 a. C. hasta el 1805 d. C., año en el que nació Joseph Smith, había sido una larga alucinación colectiva. La verdadera Iglesia solo fue restaurada tras las revelaciones de este. Para demostrar su autenticidad, sus seguidores destacaban tres puntos: Smith había tenido contacto directo y profético con Dios; había restaurado el antiguo clero, que se remontaba a los tiempos de Abraham y el Antiguo Testamento, y, lo más importante, la Iglesia mormona contaba con un documento histórico inestimable: un fragmento suplementario de la Sagrada Escritura llamado el Libro de Mormón.

Imagínense un cruce entre *El señor de los anillos* de Tolkien y el más prolijo sermón que se haya escuchado nunca —la frase «y así sucedió» aparece más de dos mil veces—, y obtendrán el Libro de Mormón. Mark Twain lo describió como «cloroformo en texto impreso». Sin embargo, el libro ofrecía ilusión y una lección de historia a las personas más pobres e incultas, que se congregaron bajo la bandera de Smith. Uno de los problemas del cristianismo tradicional era que sus mitos fundadores se encontraban en sitios remotos, como Palestina, Egipto y, más adelante, Europa. La Biblia ofrecía relatos verosímiles sobre cómo la semilla de Abraham había ido de Jerusalén a Dublín, por ejemplo, pero no hacía mención alguna a sitios como Sandusky, en Ohio, o Palmyra, en Nueva York. América era un agujero negro en los confines del cosmos cristiano, poblada por «salvajes» de piel oscura cuya existencia la Biblia no explicaba. Si Dios había creado América,

al igual que había creado la Tierra Santa de Europa, ¿cómo es que los apaches o los siux no eran blancos? ¿Por qué no vivían en casas, leían la Biblia y pagaban impuestos, como hacían los hombres y mujeres temerosos de Dios?

Smith siempre sintió fascinación por los túmulos indios que rodeaban la finca familiar. De niño se inventó una historia sobre una raza perdida que, según él, estaba enterrada en estos. «Durante nuestras conversaciones, al atardecer, en ocasiones Joseph nos daba unos recitales de lo más entretenido que pudiéramos imaginarnos —escribió su madre en sus *Esbozos biográficos* de 1853—. Describía a los antiguos habitantes de este continente, sus vestidos, su forma de viajar, los animales que montaban, sus ciudades, sus edificios con todo lujo de detalles, sus artes militares y también su culto religioso. Y lo hacía, aparentemente, con la facilidad de alguien que hubiese vivido entre ellos.»

El Libro de Mormón tomó esta historia imaginaria y la transformó en un mito religioso. Su afirmación más extravagante decía que América había sido poblada por una tribu hebrea protomormónica sobre el año 2250 a. C. Una segunda ola de inmigrantes del Próximo Oriente, los nefitas, se asentaron en el norte del continente americano sobre el año 600 a. C. Según el saber popular mormón, Lehi, un descendiente del patriarca bíblico José, cruzó en barco los océanos Índico y Pacífico hasta llegar al Nuevo Mundo. Incluso Cristo visitó América tras su resurrección. Y el condado de Jackson, en Missouri, ha sido identificado como el lugar en el que tendrá lugar el Segundo Advenimiento.

En la América precolombina imaginada por Joseph Smith, el Bien se enfrentó al Mal durante la lucha entre los nefitas, que se habían mantenido fieles a las enseñanzas de Cristo, y la tribu conocida como los lamanitas.

Los nefitas eran grandes constructores de cultura, y los eruditos mormones han dedicado enormes cantidades de tiempo y esfuerzo a tratar de conectar la civilización maya con los héroes de ficción de la narración de Joseph Smith. Su lenguaje escrito era el que Smith afirmó haber encontrado en las planchas de oro: el *egipcio reformado*. Los lamanitas, en cambio, eran los descendientes malvados de Lehi, un pueblo mezquino y pecaminoso que

había dado la espalda a Dios, siendo maldecido con piel oscura. Estos «hijos rojos de Israel», como los llamó Smith, son conocidos en la actualidad como «americanos nativos».

Según el Libro de Mormón, los lamanitas lucharon contra los nefitas en una batalla épica en el año 400 a. C. en un lugar conocido como la colina Cumorah, en el estado de Nueva York. Este era el argumento de Smith para explicar por qué Colón no encontró ningún cristiano blanco cuando llegó a América. En el momento en que la batalla alcanzó su máxima ferocidad, un joven y valeroso general llamado Moroni, hijo del principal general nefita, Mormón, logró esconder un juego de planchas de oro en una ladera. Quince siglos después, esta manifestación divina de la verdadera Iglesia de Cristo sería revelada en Palmyra a un pobre y analfabeto joven granjero de piel blanca llamado Joseph Smith.

No existe ninguna prueba arqueológica que respalde estas afirmaciones. Las muestras de ADN han verificado una conexión entre los americanos nativos y los asiáticos, pero ninguna con el Próximo Oriente. Pese a todo, cada año, decenas de miles de mormones de todo el mundo se dirigen a la colina Cumorah para ver la espectacular reconstrucción teatral de la batalla.

No es de sorprender que, al principio, la nueva religión de Smith se enfrentase a un problema de credibilidad. La mayoría de los americanos la veía con los mismos ojos con los que ven, en la actualidad, a los raelianos o a los moonis. El mormonismo estuvo cargado de violencia desde sus comienzos, en la frontera salvaje y sin ley donde las palabras eran aplastadas por el clamor de las armas. Las facciones que se formaron en el interior de la Iglesia dejaron tras de sí un reguero de sangre. Los asesinatos y la violencia se convirtieron en algo corriente. Los más infames eran los danitas, o los Ángeles Vengadores, una sociedad secreta comprometida a exterminar a los enemigos de la nueva religión. Sin embargo, no había nada más polémico en el mormonismo que su aprobación de la poligamia.

Joseph Smith sufría de lo que hoy en día describiríamos como adicción al sexo. Ya en 1830, cuando tenía veinticinco años, tuvo que huir con lo puesto de Harmony, Pensilvania, cuando la esposa de su primo, Hiel Lewis, lo acusó de «conducta indecorosa». Otra mujer, Mary Elizabeth Rollins Lightner, dijo

que había tratado de seducirla cuando ella solo tenía doce años. Smith siempre utilizaba la misma frase para ligar: que Dios le había ordenado en una visión tomarla como su mujer plural. Por lo visto, recibió la misma orden muchas otras veces, y se estima que, para cuando fue asesinado, en 1844, había formado «matrimonios celestiales» con cuarenta y una mujeres. Parece que estaba especialmente interesado en las adolescentes. Por regla general, Smith pedía a sus amigos más íntimos que le cedieran a sus mujeres e hijas, y se servía de amenazas y lisonjas religiosas para salirse con la suya. De esta forma también ponía a prueba su lealtad y lograba forjar con ellos una especie de solidaridad primitiva y tribal. Al fecundar a las mujeres e hijas de sus amigos podía estar seguro de que su unión era incluso genética. Para 1842-1843, a los treinta y siete años, este granjero medio analfabeto de Vermont se había convertido en el patriarca de una numerosa colonia en Nauvoo, Illinois. Las tiendas de campaña y los cobertizos de los primeros seguidores habían sido reemplazados por mil quinientas cabañas de madera y más de trescientos edificios de ladrillo (entre los que había tiendas y hasta una logia). En uno de ellos, Smith abrió un almacén. Los productos eran comprados a crédito y nunca llegaron a pagarse. Entonces, en 1842, Smith utilizó el remedio de los sinvergüenzas: se declaró en bancarrota.

Lucy Walker, una adolescente a la que Smith acogió en su casa cuando se quedó huérfana de madre —y después de que él enviara a su padre bien lejos, en una misión—, dejó un documento lamentable sobre lo que significaba ser escogida por Dios para convertirse en una de las concubinas de Smith: «Qué hora tan difícil, sin madre que me aconseje ni padre que me diga qué hacer. Ah, que pase pronto este amargo momento. Y, así, rezo con angustia en el alma». Nancy Rigdon, una de las pocas mujeres que tuvo el valor de rechazar las insinuaciones de Smith, describió cómo en 1842 la obligó a entrar en una habitación privada de la oficina de una imprenta para hacerle proposiciones deshonestas. Solo la dejó salir cuando ella lo amenazó con chillar hasta que temblasen las paredes.

Entre las mujeres que Smith forzó a acostarse con él había cuatro pares de hermanas y otro par formado por una madre y una hija. Su esposa-niña más joven tenía catorce años. En Kirtland, Ohio, tras tratar de seducir a una chica

de dieciséis, una multitud intentó castrarlo, pero el doctor se negó a realizar la operación. Durante todo este tiempo, Emma Smith, la mujer del profeta, siempre permaneció al lado de su marido, sufriendo. Aunque en alguna ocasión aislada también se rebeló. En 1842, por ejemplo, Smith llevó a su casa a una mujer llamada Eliza Snow y, supuestamente, Emma la echó a patadas escaleras abajo, hasta la nieve. Para mantenerla a raya, como hacía con las otras mujeres, Smith utilizaba amenazas. «Si no acata este mandamiento, será destruida», escribió sin rodeos.

En 1844, la megalomanía de Smith había alcanzado su cima. Anunció que iba a presentarse a presidente. Se declaró a sí mismo «Rey, Sacerdote y Gobernante de Israel en la Tierra» y predijo que todos los gobiernos del mundo, incluyendo el de los Estados Unidos, acabarían por ser reemplazados por el «gobierno de Dios»: un nuevo orden mundial con Joseph Smith a la cabeza. Para entonces, la colonia mormona de Nauvoo estaba empezando a parecerse al Waco de Texas de ciento cincuenta años después. Las acusaciones por inmoralidad y robo de esposas se multiplicaron. Los Ángeles Vengadores —que serían retratados por sir Arthur Conan Doyle en su relato *Estudio en escarlata*— cabalgaban por el campo amedrentando, intimidando y, en ocasiones, asesinando a los disidentes. La economía se hundía.

Smith tuvo una muerte espectacular, al más puro estilo del Oeste americano. En junio de 1844, mientras estaba encerrado con su hermano Hiram en una prisión de Carthage, Illinois, un grupo armado entró a la fuerza y comenzó a disparar. Smith tenía un revólver de seis balas que le habían pasado a escondidas el día anterior, y disparó contra ellos. Una bala le dio por detrás. Se acercó a la ventana y miró a la furiosa multitud que se había reunido abajo.

«¿No hay ayuda para el hijo de la viuda?», gritó, pronunciando así la señal masónica de socorro, y acto seguido saltó por la ventana.

Cayó al suelo sobre su hombro y trató de alejarse de allí, pero fue acorralado contra el borde de un pozo y rodeado rápidamente. Mientras se desangraba, tirado en el suelo, cuatro hombres se le acercaron y descargaron sus revólveres sobre él. Entonces, otro sacó un cuchillo Bowie para cortarle la cabeza, pero, según cuentan los mormones, su mano fue paralizada por un

rayo de luz.

Mark Hofmann sentía una especial fascinación por Joseph Smith, aunque no por las razones que le habrían gustado a la Iglesia mormona. Para él, Smith era un estafador y un maestro de la manipulación que había utilizado la magia y la falsificación para tomar el pelo a los crédulos haciéndose pasar por profeta. Además, los dos hombres tenían otras cosas en común: ambos habían sido niños listos y con mucha imaginación; a ambos los atraía la magia y el ocultismo; a ambos les gustaba el dinero, pero no se les daba nada bien manejarlo, y ambos vivirían el más atractivo de los destinos americanos: el del proscrito.

Mark William Hofmann nació el 7 de diciembre de 1954 en el seno de una devota familia mormona de origen suizo-alemán. Su padre, William «Bill» Hofmann, era hijo de la Depresión, un americano de primera generación cuyos progenitores habían emigrado de Zúrich, Suiza, al poco de nacer él. El padre de William, Karl Edward Hofmann, arquitecto, había nacido en Alemania y durante la Primera Guerra Mundial estuvo al servicio del cuerpo médico del ejército de Bismarck. Después de que un obús le explotara al lado y le destrozara una pierna, tuvieron que acabar amputándosela. La disciplina prusiana y la fe mormona a la que se habían convertido él y su mujer suiza, Margrethe Albisser, mitigaron el dolor y le ayudaron a superarlo. Y en 1928 cambió las calles históricas de Suiza por el Nuevo Mundo y por una vida en las llanuras salinas de Utah.

En su equipaje, la familia incluyó una devoción teutónica por la disciplina, el trabajo duro y la obediencia a la autoridad; unas características que se vieron reforzadas por los estrictos y autoritarios códigos de la fe mormona. Karl Edward Hofmann era el patriarca. Todas las mañanas, la familia se arrodillaba en un círculo para rezar. No se toleraba ninguna disidencia. Las emociones eran sofocadas y reprimidas. Los puntales del alma alemana, *Sauberkeit* y *Arbeit* —higiene y trabajo—, aseguraron la prosperidad de los Hofmann. La abuela tenía una vaca y un huerto, tejía ropa para la familia y había cumplido ampliamente con las obligaciones biológicas de una buena madre mormona dando a su marido doce hijos sanos. El padre de Mark Hofmann, Bill, era el número ocho.

Los pilares de la vida de Bill Hofmann eran la abnegación y la disciplina. Se casó a los diecinueve años con Lucille Sears, la más pequeña de diez hermanos, dos años después del final de la Segunda Guerra Mundial. No tuvieron luna de miel. En su lugar, Bill tuvo que dejar a su mujer de dieciocho años en Utah mientras él pasaba tres años en Europa para servir en una misión. De vuelta a la Gran Cuenca Salada, trabajó como director de pompas fúnebres en Evans and Early y más tarde como agente comercial de una imprenta. En su tiempo libre era «trabajador del templo», y asistía a los fieles de la Iglesia con los ritos por los muertos. Estos rituales, cuyo contenido se guarda en el más absoluto secreto —y que, como tantos otros, deben mucho a la liturgia masónica—, son un recuerdo constante de los peligros de la herejía. Los mormones creen en el castigo colectivo. Aquellos actos que ignoren la ley de la Iglesia, aunque sean realizados por un único miembro de la familia, pueden arruinar las posibilidades de vida eterna para todos los demás.

Hay una fotografía de Mark Hofmann a los doce años, de pie entre un grupo de chavales, en el desierto de Utah durante una excursión con su grupo *scout*. Es una de esas fotos que los padres guardan como un tesoro: un momento de inocencia veraniega que no volverá a pasar. Los chavales sonríen con los ojos entrecerrados por el sol brillante del desierto. Hofmann está en el centro, con una camisa de cuadros, el pelo oscuro con la raya a la derecha, el brazo de otro niño rodeándole los hombros con cariño. A su lado tiene a su mejor amigo, Jeff Salt, un chico alto y desgarbado, rubio y con una expresión franca y alegre. Pero el que más llama la atención es él, Hofmann, moreno y vivaz, atractivo, y con una expresión segura y burlona. Da la sensación de que en cualquier momento va a dar un paso adelante y hablar a la cámara.

Esa es la imagen que tenía en la cabeza cuando llegué a la Marie Avenue, una calle sin salida en una zona residencial de las afueras del este de Salt Lake City, y aparqué frente a la casa donde Hofmann creció y después acabó viviendo con su propia familia. El edificio, un rancho largo y bajo con una cochera y un césped muy cuidado, transpiraba sólidos valores de clase media. Al otro lado de la calle, un niño salió al jardín para jugar con su pelota de

béisbol mientras su madre se agachaba a contemplar los primeros narcisos de la primavera. Las barras y las estrellas ondeaban en una asta.

Cuando Hofmann vivía aquí de niño, sus padres colgaron un cartel de madera en el porche que decía en alemán «Haus Hofmann». Como todos los americanos de primera generación, querían desesperadamente que su hijo triunfara. El joven Mark parecía ser un mormón modelo. Inteligente y con gran imaginación, le iba bien en la escuela, asistía al servicio dominical y era capaz de recitar de memoria largos fragmentos del Libro de Mormón. No daba mucha importancia a su aspecto físico. En el Instituto Olympus lo recordaban como un chico delgaducho y con gafas, que siempre llevaba una calculadora colgada del cinturón e iba vestido con unas viejas zapatillas de tenis y unos vaqueros andrajosos que le quedaban cortos. Pese a todo, su madre y su padre tenían muchas esperanzas puestas en él. Algún día, pensaban, quizá llegara a convertirse en el líder de la Iglesia sud.

Pero su precoz hijo también tenía otra faceta. Le encantaban los trucos de magia y ensayaba mucho para dominarlos bien antes de hacérselos a sus hermanas, amigos y familiares. Le fascinaban especialmente los trucos con cartas, pero, como sus padres desaprobaban los juegos de cartas, Hofmann se iba a casa de su primo Mike Woolley y jugaba con la abuela de este. En una ocasión, los tres se quedaron jugando hasta muy entrada la noche. Hofmann ganaba una mano tras otra y, pese a que su primo sabía que estaba haciendo trampas, le fue imposible averiguar cómo. Hofmann diría más tarde que había ganado mirando el reflejo de las cartas en la uña de su dedo gordo.

Al chico también le atraía la química, y podía pasarse horas en el sótano de su casa de Marie Avenue realizando experimentos con productos que compraba en la farmacia del barrio. Lo que más le gustaba era la pólvora: llevaba haciéndola desde la escuela primaria gracias a una receta que había configurado con información de la *World Book Encyclopedia*. Compraba suministros de sulfuro, salitre y carbón (su marca favorita era Perfect Chemicals) y trataba de hacer tanto ruido y humo como le fuera posible. En una ocasión, con un amigo, relleno de pólvora una lata de Sterno con la intención de hacerla volar en el patio del colegio. Nunca llevaron a cabo el proyecto. Más adelante, Hofmann construyó un cañón casero con un trozo de

pipa y un alargador como sistema de ignición, y junto con un amigo se dedicó a pegar tiros a las ardillas en el bosque. Utilizaba hielo seco para hacer explotar botellas y le encantaba detonar petardos y bombas fétidas. En Utah eso era algo normal. Las pistolas y la munición constituían artículos domésticos corrientes. Lo que no era nada normal era la audacia e intensidad con la que el joven Mark Hofmann expresaba sus pasiones pirotécnicas. Cuando, a los doce años, unos productos químicos con los que estaba jugando prendieron fuego, Hofmann tuvo que ser llevado al hospital rápidamente con serias quemaduras en el cuello. Hubieron de realizarle varios injertos de piel y quedó marcado de por vida.

Durante su convalecencia, Hofmann empezó a coleccionar con avidez monedas mormonas antiguas, y, a los catorce años, hizo un descubrimiento que le cambiaría la vida: llevaba ya tiempo interesado en el proceso que se utiliza para revestir las monedas con una fina capa de metal, y un buen día, sin pensar en las consecuencias, decidió falsificar una de las monedas. Cambió la marca de la letra *C* de origen por la letra *D* utilizando un sencillo sistema de revestimiento. Al hacerlo había transformado una moneda sin valor alguno en una moneda rara que valía miles de dólares. La llevó entonces a un anticuario de monedas en Salt Lake City, que a su vez la envió al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, donde fue declarada auténtica.

A Hofmann, un chiquillo de catorce años, aquel momento le cambió la vida. El mundo adulto, que tan poderoso e infalible le había parecido, acababa de demostrar que carecía de ambos atributos. La experiencia también le enseñó que la mayoría de la gente, a no ser que tenga pruebas importantes que digan lo contrario, es extremadamente confiada. Y, por encima de todo, le mostró lo fina que es la membrana que separa lo real de lo fraudulento. El valor, comprendió instintivamente, no es absoluto, sino relativo. En el fondo depende de una serie de suposiciones convenidas. No olvidemos que *crédito*, por ejemplo, viene de la palabra latina *credere*, «creer». Si una autoridad como el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos creía que la moneda que había falsificado Hofmann era auténtica, entonces estaba claro que, de alguna forma, lo era. Poco después de aquello, Hofmann imprimiría una

tarjeta de visita con el nombre Mark's Mint Mistakes («Casa Mark, para errores de acuñación»), ofreciendo sus servicios para autenticar monedas.

Hofmann era por naturaleza una persona lógica que contemplaba el mundo que lo rodeaba a través de la lente del pensamiento crítico. Por eso le gustaban la química y las matemáticas. Por eso también creía en el darwinismo. Eran sistemas racionales de pensamiento en los que podía confiar. Por eso le divertía el ajedrez. Pero al hacerse mayor empezó a darse cuenta de que la ciudad en la que vivía había sido construida sobre una gran ilusión y que los límites entre realidad y ficción, verdad e ilusión, eran borrosos y constantemente cambiantes.

Al alcanzar la adolescencia, Hofmann había dejado de creer. Pero en Haus Hofmann no estaba permitido expresar ninguna duda o crítica sobre la religión, así que las relaciones entre el joven Hofmann y su padre empezaron a deteriorarse con rapidez. Como todo adolescente, Hofmann necesitaba desesperadamente tener una conversación con su padre, pero lo único que encontró fue un muro de silencio. Aquello hizo que el hijo perdiese el respeto por el padre. Comenzó a verlo como la víctima de una gran mentira, y consideró que su devoción a la Iglesia sud era más un signo de debilidad que de fuerza. Disfrutaba provocándolo, sacando temas polémicos en la mesa, solo para molestar.

—Ayer me puse a hablar de la evolución durante la cena —le dijo a Jeff Salt, su mejor amigo, de camino al colegio.

Era divertido pinchar a su padre y ver cómo perdía la compostura. Le daba una sensación de poder.

En la novela *Los monederos falsos*, el escritor André Gide describe a un grupo de privilegiados jóvenes parisinos que expresan su desprecio por la sociedad organizando una falsificación. Las monedas falsas que venden al público son la expresión exterior de lo que Gide llama las «emociones forzadas y falsas» impuestas por su educación. De forma similar, Mark Hofmann se convirtió en el reflejo de una imagen distorsionada de la cultura mormona.

Como todos los niños mormones, Hofmann aprendió muy pronto a guardar secretos. Este es el motivo por el cual muchos de los mejores agentes del fbi

salen de las filas de la Iglesia sud. Llevan metida en la cabeza la idea de que solo a través de la participación en los rituales del templo ganarán la entrada al reino celestial. Pero tales rituales, en especial los que tienen que ver con el bautismo y la muerte, deben ser guardados en el más absoluto secreto. Los mormones también aprenden desde muy pronto a reconocerse los unos a los otros gracias a una serie de signos y símbolos que solo ellos conocen.

Hofmann tiró de su temprano aprendizaje en el secretismo para mantener escondido su agnosticismo. Fue obligado a fingir una fe que ya no tenía para mantener las apariencias y no desilusionar a sus padres. En su templo local tuvo que levantarse y jurar la verdad del Libro de Mormón, pese a que a esas alturas lo consideraba una obra de ficción. Con todos esos gestos fue asimilando la lección más dañina que puede enseñarse a un niño: que es peligroso decir en alto lo que se piensa y siente. Si expresaba sus dudas sobre la teología mormona, si hablaba sobre la evolución o la filosofía, sus padres dejarían de quererlo. Solo cuando fingía se volvía digno de su amor. Así fue como aprendió a enmascarar y ocultar sus verdaderos sentimientos y creencias. Escondió una parte de sí mismo y comenzó a llevar una doble vida. Aquello generó en él una tremenda confusión interna y una ira profundamente arraigada contra sus padres y la cultura que representaban. Y la ira se volvió todavía más intensa cuando, a los diecinueve años, fue obligado a ir de misión a Inglaterra para convertir a otras personas a una religión en la que no creía.

Ir de misión es uno de los ritos centrales de paso en la vida de un mormón. En algunas tribus africanas se separa a los chicos de sus madres a los catorce años y se los envía a la selva, donde se convierten en guerreros. De igual forma, los jóvenes mormones de entre dieciocho y veintiún años (a las chicas no se las anima a ir de misión) son enviados a lugares tan alejados como Zimbabue, Rusia, Francia o Taiwán. Durante dos años no tienen contacto alguno con su familia, excepto por carta. Viven bajo constante supervisión. No pueden viajar solos. No se les permite ningún contacto con el sexo opuesto. Y cuando no se encuentran en la calle tratando de ganar conversos son sometidos a un intenso programa de educación religiosa y moral.

Los varones están sometidos a una intensa presión emocional y psicológica

por parte de sus padres para ir de misión, pues según ellos es positiva tanto por su valor espiritual y educacional como por los beneficios económicos y sociales que les aporta. Tal como ocurre con los estudiantes chinos —para quienes prácticamente resulta imposible subir a la cúspide del poder de la República Popular sin pertenecer al Partido Comunista—, la promoción a través de los rangos de esta sociedad estratificada y jerarquizada se vuelve mucho más difícil para cualquier joven que no haya respondido a la llamada. No ir de misión es visto como una quiebra del compromiso con la Iglesia y deja a los padres en muy mal lugar.

Mark Hofmann no quería ir de misión, pero su legado familiar de abnegación y devoción religiosa, compartido al menos por tres generaciones, le dejaba bien claro que su voluntad sería ignorada. En una fotografía hecha en el aeropuerto justo antes de que dejase Bristol, una ciudad universitaria en el sudoeste de Inglaterra, Hofmann sale mirando hacia otro lado, con una sonrisa irónica en la cara. Atrás quedan la ligereza y la inocencia de la infancia. Su rostro es ahora delgado y angular, su pelo negro como el azufre está cortado al rape, y sus ojos oscuros, bajo los párpados caídos, tienen un aspecto ojeroso y amoratado.

Antes de irse de Salt Lake City, Hofmann tomó parte en la llamada «Ceremonia de Dotación». Tuvo lugar en el sótano del templo. Desnudo, con el cuerpo solo cubierto por una sábana blanca, Hofmann esperó en fila junto a otros cientos de jóvenes mormones para entrar en una pequeña habitación tipo cubículo, como una caseta de ducha. Dentro del cubículo, dos ancianos de la Iglesia le ungieron con el agua de una pila. Entonces, mientras uno de los trabajadores del templo entonaba una bendición, el otro alargaba la mano y le tocaba la cabeza y los labios, para darle el poder del pensamiento y la palabra, y luego metía la mano por debajo de la sábana y le tocaba la ingle para dotarlo con el poder de la reproducción. A continuación, el ritual se repetía utilizando aceite en vez de agua.

Después de aquello a Hofmann le fue entregado un conjunto de ropa interior ritual. Puede que para un joven mormón renunciar a la oportunidad de entrar algún día en una tienda Gap y comprar un par de calzoncillos azules estampados con delfines o unos slips de Calvin Klein no sea el peor de todos

los sacrificios que se le exijan, pero tampoco debe de ser muy agradable saber que durante el resto de tu vida tendrás que llevar siempre calzoncillos largos y camisetas de algodón blanco. Hasta hace poco, las mujeres tenían que llevar también una combinación ancha de una pieza, de algodón blanco, por supuesto. Sin embargo, y dado el predominio del uso de los pantalones incluso entre las mujeres mormonas, ahora llevan una especie de camisola fina con unos pololos de algodón blanco.

Tanto la ropa interior de los hombres como la de las mujeres está decorada con símbolos tomados de la masonería. Smith estaba muy involucrado en la misma y utilizó muchos de sus rituales y símbolos cuando creó su propia religión. La parte superior de la ropa interior mormona lleva las letras *V* y *L* cosidas en el pecho, representando el compás y la escuadra de los masones, y en la rodilla derecha hay una serie de puntadas horizontales que se supone que han de ayudarlos a andar erguidos por el camino de la fe. En los pololos de las mujeres aparecen las mismas puntadas a la altura del ombligo, que simbolizan la fertilidad. Uno de los juramentos mormones más importantes consiste en no revelar jamás las promesas realizadas o cualquier otra parte del ritual del templo, ni siquiera a la familia o a la esposa. Y otro es llevar siempre puesta, para el resto de sus días, la ropa interior de ritual, a excepción de cuando se bañan o duchan. Los mormones más estrictos no se quitan esta indumentaria ni siquiera cuando hacen el amor.

Vestirse con ropa interior especial es una de las múltiples maneras que tienen los mormones para establecer lazos entre ellos y diferenciarse de los no mormones. Otra es el apretón de manos secreto, conocido como «la marca segura del clavo». El nombre hace referencia a la historia de la Biblia en la que se cuenta que, para que Cristo no cayese de la cruz, tuvieron que ponerle dos clavos más en las muñecas. El apretón de manos parece más bien un roce de garras. Se trata de coger la mano de la otra persona y, con los dedos extendidos, tocar con tu dedo corazón la arteria principal de su muñeca. El apretón de manos es un billete mormón de entrada al cielo. Según las Sagradas Escrituras mormonas, cuando los creyentes lleguen a las puertas del cielo, Dios les ofrecerá la mano y les pedirá que ejecuten la señal secreta. Si no pueden, se les prohibirá la entrada.

Durante la Ceremonia de Dotación, Hofmann tuvo que pasar la prueba del apretón de manos secreto. Para entonces se encontraba en el estrado del auditorio principal del templo, de pie junto a otros cientos de jóvenes mormones, vestidos todos con un conjunto blanco tipo mono y calzados con un par de mocasines blancos. De su cintura colgaba un delantal verde decorado con hojas de parra que simbolizaba la historia de Adán y Eva, y en la cabeza llevaba un sombrero blando de algodón blanco.

Para Hofmann, toda la ceremonia era una payasada, y le irritaba sobremanera tener que tomar parte en ella. El examen del apretón de manos secreto era lo más ridículo de todo. Al otro lado del escenario había colgada una cortina con agujeros a la altura de la cintura. Cuando le llegó el turno, Hofmann tuvo que acercarse y meter la mano por uno de ellos. Detrás de la cortina, un trabajador varón del templo, haciéndose pasar por Dios, se la agarró. Entonces Hofmann tuvo que darle el apretón de manos al mismo tiempo que repetía la contraseña secreta: «Salud en el ombligo, médula en los huesos, que la energía del sacerdocio esté sobre mí y sobre mi posteridad a través de las generaciones y por toda la eternidad». Entonces le hicieron cruzar la cortina, lo cual simbolizaba su pase al Reino Celestial. Allí estaban los banqueros y los pequeños comerciantes, y los mezquinos y petulantes representantes de la Iglesia con sus caras severas y ariscas, algunos de los cuales, como bien sabía Hofmann, pegaban a sus hijos hasta dejarlos sin sentido, todo en el nombre de Dios. Al verlos ahí de pie, vestidos con ridículos ropajes y dando apretones de mano a través del agujero de una cortina, Hofmann rezó para no alcanzar nunca el Reino de los Cielos. Bastante tenía con verse obligado a vivir junto a esos fanáticos e hipócritas en el desierto de Utah como para pasar encima la eternidad con ellos.

Unos días más tarde aterrizó en el aeropuerto Heathrow de Londres. Para un mormón de Utah de diecinueve años, los valores liberales y laicos de Inglaterra debieron de resultar al mismo tiempo inquietantes y emocionantes. Los Beatles se habían separado y Hendrix estaba muerto, pero seguía habiendo un ambiente de amor y de paz en el aire. Los estudiantes llevaban vaqueros acampanados y caftanes, fumaban marihuana y discutían acaloradamente las obras de Gurdjieff o el último episodio de *Monty*

Python's Flying Circus. El sexo estaba presente en la mente de todos. Comparada con la sociedad agobiante y estrictamente conformista de la que venía, en la que las mujeres tenían que llevar ropa interior especial que escondiese su sexualidad, Inglaterra debió de parecerle otro planeta.

De cara al exterior, Hofmann interpretó el papel que se esperaba de él durante la misión. Leyó el Libro de Mormón. Anduvo por las calles llamando a las puertas de la gente. Pero en su interior iba encaminado en la dirección opuesta. Las fracturas y las grietas que habían empezado a abrirse en su personalidad iban agrandándose progresivamente, como las hendiduras del desierto tras la lluvia. Un colega de su misión en Inglaterra recuerda que lloró al prestar juramento a la verdad del mormonismo. Pero sus lágrimas, casi seguro, eran falsas.

El poco tiempo libre que tenía lo utilizaba para curiosear en librerías de viejo, especialmente en aquellas especializadas en religión y ocultismo. Hizo circular una lista escrita a mano de sus «libros deseados» por las librerías de viejo de la ciudad, y adjuntó una nota en la que prometía pagar un «buen precio» por cualquiera de ellos. Los primeros de la lista eran libros sobre el mormonismo publicados antes de 1900, «pro o anti», y sobre cualquier cosa relacionada con la masonería y la magia, dos de los temas más conflictivos para la Iglesia mormona, que desde sus orígenes ha sido acusada de ser poco más que una versión renovada de la masonería. Otros títulos incluidos en la lista eran *Tertullion Opera* (París, 1844) y *Socrates Ecclesiasticus* (París, 1686).

Fue en Bristol, lo más probable, donde adquirió por primera vez dos de los más célebres tratados antimormones: *Hell upon Earth* («El infierno en la Tierra»), de William Jarman, y *No Man Knows My History* («Nadie conoce mi historia»), una biografía crítica sobre Joseph Smith, de Fawn Brodie. Esta última era una respetada historiadora que más adelante escribiría libros sobre Nixon y Jefferson. Pero su relato sobre Joseph Smith, que fue publicado poco después de la Segunda Guerra Mundial, la llevó a ser excomulgada por la Iglesia mormona. En vez de la figura tímida y sumisa de la hagiografía mormona, Brodie presenta a Joseph Smith como a un forajido carismático con la pinta de Clint Eastwood y la habilidad de un prestidigitador para

hipnotizar a su público y escapar de cualquier apuro.

Sería en las páginas de este libro donde Hofmann leería por primera vez la historia de cómo Martin Harris y los otros dos escribanos del Libro de Mormón, Oliver Cowdrey y David Whitmer, firmaron un documento afirmando haber visto las planchas de oro. Supuestamente, ocurrió en un bosquecillo cerca de la casa de Whitmer en Fayette, Nueva York. Según contó Smith, un ángel apareció en el cielo sujetando las planchas de oro. Llegó a decirse, incluso, que a los hombres se les había permitido pasar algunas hojas de la Biblia dorada, e inspeccionarlas. Sin embargo, cuando Harris fue entrevistado por un abogado de Palmyra dijo que solo las había visto con lo que él llamaba «el ojo de la fe», y que las planchas de oro estaban cubiertas con un paño. Más adelante, en otra ocasión, Smith permitió a un grupo de «testigos» echar una ojeada a la caja de madera en la que, según él, estaban escondidas las planchas. Cuando le dijeron que no podían ver nada, los reprendió por su falta de fe. Tras dos horas de rezos repetitivos, que lograron ponerlos en trance, el grupo al fin declaró que efectivamente había visto las planchas. En ambas ocasiones, lo que en realidad parecía haber sucedido era que Joseph Smith había utilizado el poder de la sugestión para convencer a la gente de que había visto algo que, en realidad, no había visto.

En el libro de Brodie, Hofmann también pudo encontrar ejemplos gráficos de la habilidad de Joseph Smith como narrador de cuentos. En 1834, durante un viaje por Illinois, el profeta desenterró un esqueleto de un túmulo indio. Tenía el fémur roto y signos de una herida de flecha en las costillas. Con los huesos en las manos, Smith se puso a contar una historia sobre el hombre muerto. Explicó a sus seguidores que se trataba de un lamanita llamado Zelf, guerrero y jefe, al que en un momento dado de su vida se le retiró lo que Smith dio en llamar «la maldición de la piel roja». Incluso dio una descripción detallada de la batalla en la que había caído Zelf. La historia, sin duda, había sido preparada con antelación y era completamente falsa. Pero los seguidores de Smith recogieron con entusiasmo los huesos del ficticio guerrero como si fueran verdaderas reliquias sagradas.

Durante su estancia en Bristol, Hofmann solía tomar apuntes en un

cuaderno de anillas. Al verlos, escritos en tinta, es difícil creer que este hombre acabaría por convertirse en uno de los más diestros falsificadores literarios de todos los tiempos. Su caligrafía es casi ilegible, y más bien parece tratarse solo de garabatos. Algunas palabras cuelgan por debajo de las rayas. Otras suben al llegar al final de la línea, como si estuvieran a punto de despegar de la página. Las letras están separadas unas de otras, como las de los niños, y ninguna está siempre escrita del mismo modo. Una *d* cae hacia delante, como un borracho en la cubierta de un barco sacudido por la tormenta. Otra se yergue sobriamente hacia arriba. Una tiene un bucle en el trazo ascendente. Otra no lo tiene. Y hay muchas faltas de ortografía: *artical* por *article*, *happieness* por *happiness*, *baptisims* por *baptisms*. «No hay que enseñar a los morenos», escribe Hofmann en un momento dado, revelando el arraigado racismo de la Iglesia mormona, que hasta 1978 prohibía a la gente de color ordenarse como sacerdotes.

El cuaderno ayuda a comprender mejor la rutina diaria de Hofmann. Todo está documentado con meticulosidad, desde la hora a la que debía levantarse hasta el número de Biblias que tenía que distribuir en las charlas a las que asistía. Durante una conferencia en diciembre de 1974, Hofmann tomó notas de las enseñanzas fundamentales de Stephen R. Covey, un escritor mormón cuyo libro *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva* llegaría a ser un *best seller* internacional. Por aquel entonces, Covey enseñaba conducta organizativa en la Universidad Brigham Young, en Provo, Utah. Más adelante fundaría el Centro Covey Leadership. En la actualidad vive en una imponente casa de campo blanca en la ladera de una montaña que se alza sobre Provo. Por cada conferencia puede llegar a cobrar hasta cien mil dólares.

Control y obediencia a la autoridad son los pilares gemelos del evangelio de Covey sobre el liderazgo, al igual que lo son de la fe mormona. Los hombres deben dirigir sus familias. Las esposas deben obedecer a sus maridos. Los niños deben obedecer a sus padres. Todos deben obedecer a Dios. «La desobediencia nunca trae la felicidad», escribe Hofmann al final de una charla a la que asistió en la ciudad galesa de Swansea en octubre de 1974. También apunta en su cuaderno otras expresiones lapidarias de Covey, como

«Tienes que cubrir sus deseos antes de cubrir sus necesidades» o «Puedes cambiar tus sentimientos controlando tus acciones y tus pensamientos».

Hofmann estaba aprendiendo a ser una persona altamente efectiva. En unos apuntes escritos al final de su estancia en Inglaterra observa que «tenemos el poder de controlar todas las cosas mediante el control de nuestro comportamiento y de nuestras acciones». Pero lo que sus colegas mormones no se imaginaban era que Hofmann estaba interiorizando aquellas lecciones sobre el poder y el control para fines muy distintos a los que ellos tenían pensados. Y pronto las utilizaría contra sus mismos profesores.

Una de las charlas a las que asistió en Bristol se titulaba «Integridad». Tras enumerar sus principales características —obediencia, incorruptibilidad y totalidad—, Hofmann apuntó unas cuantas ideas sobre cómo adquirirlas. Encabezaba la lista la frase «no decir mentiras pequeñas». Unos días más tarde, en una librería de viejo en Christmas Steps, unas escaleras históricas situadas en el centro de Bristol, se encontró con una Biblia del rey Jacobo de 1688. Compró la Biblia y la guardó entre sus pertenencias. Seis años más tarde, al otro lado del charco, esta Biblia le ayudaría a ganarse la confianza de los hombres que gobernaban la Iglesia, aquella Iglesia que quería desenmascarar.

El falsificador y su sello

A su regreso de Inglaterra, Hofmann se matriculó en la Universidad Estatal de Utah, en la ciudad de Logan, a dos horas y media en coche de Salt Lake City. Levantada sobre una colina, al borde de un valle fértil rodeado de cumbres nevadas, Logan descansa en el fondo de Cache, uno de los cañones más remotos de Utah. En una fotografía suya de 1976, cuando tenía veintidós años, se ve a Hofmann de pie en la puerta del apartamento que alquiló con su mejor amigo, Jeff Salt, en la ciudad. Salt está apoyado en la pared con las manos en los bolsillos. Hofmann, vestido con un abrigo de plumón y una camisa de cuello abierto, con el pelo más largo de lo acostumbrado, posa ante la cámara y hace el signo de la paz. Comparados con los estudiantes remilgados y formalitos de Brigham Young, ellos parecían más bien aspirantes a poetas.

Al escoger la Universidad Estatal en vez de la Brigham Young, una institución con estrechos lazos históricos con la Iglesia mormona, Hofmann no solo estaba poniendo distancia física entre él y sus padres, sino también dando un nuevo paso en su ruptura con la cultura en la que había nacido. Su fe en la religión mormona quedó aún más mermada tras sus estudios de Biología y Psicología. En el trabajo de Charles Darwin, el científico británico que formuló por primera vez la teoría de la evolución, Hofmann encontró el correlato objetivo de su mundo interior. Darwin había observado a los animales en su estado salvaje y había llegado a la conclusión de que la fuerza

impulsora de la vida en la Tierra era la competencia entre las especies. A partir de ahí, Hofmann reemplazó el creacionismo con el que había crecido por una filosofía fríamente determinista, basada en las teorías darwinianas de la evolución. Sus programas favoritos en la televisión pasaron a ser los documentales que trataban sobre animales atrapados en la lucha por la supervivencia. ¿Dónde estaba Dios cuando el lobo atrapaba a la cría del alce por el tendón de la corva, destrozándole la vena yugular? ¿Dónde estaba Dios cuando el león mataba a su presa?

Y lo mismo ocurría en las calles de América. Hofmann había llegado a la conclusión de que bajo la diversión y la frivolidad, los parques de atracciones y los centros comerciales, se escondía un lugar cruel. Los pastores podían predicar ética desde sus púlpitos y los políticos podían dar floridos discursos sobre los derechos del hombre y la injusticia de la pobreza, pero América no había sido organizada en torno a principios éticos. Estaba —y siempre había estado— dominada por el dólar todopoderoso. La Iglesia mormona podía sermonear sobre la bondad esencial del hombre, incluso afirmar que Dios mismo era uno de ellos, pero Hofmann no dejaba de ver a su alrededor que los seres humanos no tenían nada de buenos o de nobles. Lo que hacía girar al mundo no eran el altruismo o el amor, sino la avaricia y el egoísmo. Utah, por ejemplo, contaba con una larga tradición de estafas y timos. Uno de los fraudes más famosos ocurrió cuando Hofmann era un niño: un grupo de fieles de la Iglesia estableció un plan falso de inversión en diamantes y se quedó con los ahorros de toda una vida de cientos de sus compañeros mormones. Los hombres no habían sido creados a imagen y semejanza de Dios. Eran seres depredadores y oportunistas. Dios era una ilusión; una broma cósmica sin gracia; un engaño.

El alejamiento de la cultura mormona que Hofmann estaba experimentando cada vez más se intensificó al descubrir un secreto de familia. La poligamia, o el «matrimonio celestial», como lo llaman los mormones, siempre ha sido uno de los temas más polémicos de la Iglesia sud. En el siglo XIX, los periódicos y revistas se referían a los mormones como «satánicos» y «maléficos». Cuando, a finales de siglo, se publicó el último libro de Ann Eliza Webb Young, *Wife No. 19, or The Story of a Life in Bondage* («Mujer

número 19, o la historia de una vida en cautiverio»), su descripción de un matrimonio plural forzoso con Brigham Young, el segundo profeta del mormonismo, provocó un escándalo enorme y un montón de reacciones viscerales. Hasta los alguaciles del Gobierno americano llevaron a cabo redadas armadas antipoligamia dentro de Utah.

Finalmente, en 1890, la poligamia fue prohibida por la Iglesia sud en lo que se conoce hoy como el Segundo Manifiesto. Sin embargo, y pese a estar desautorizados por la Iglesia, los matrimonios polígamos seguían siendo tolerados y continuaron celebrándose. La abuela materna de Hofmann, Athelia Call, estuvo involucrada en uno de estos matrimonios clandestinos. Nacida en Wyoming, Athelia fue la segunda de nueve hermanos y creció en una familia polígama que huyó a México para evitar las redadas de los alguaciles federales. En 1906 conoció a un joven mormón llamado William Sears, que había venido de visita a México desde los Estados Unidos. Ya estaba casado, pero no tenía hijos, por lo que decidió tomar como segunda esposa a Athelia Call, por entonces una jovencita de dieciocho años. El trío regresó a Arizona, donde William tenía una tienda. Athelia cumplió con su deber y dio a su marido once hijos. Una de ellos sería la madre de Mark Hofmann, Lucille, nacida en 1929.

El matrimonio polígamo de Athelia Call había sido oficialmente autorizado por la Iglesia. Sin embargo, debido al secretismo que rodeaba a la poligamia, nunca había sido reconocido públicamente. Para la familia Hofmann era un tema tabú. Una amiga de la abuela había sido excomulgada por hablar de su propio matrimonio polígamo. Por miedo a correr la misma suerte, la madre de Hofmann, Lucille, se negó a hablar del tema en público.

Hofmann tenía una relación especialmente cercana con su madre, y le preocupaba que hubiese sido obligada a ocultar su pasado. La historia del matrimonio de su abuela empezó a enconársele como una llaga abierta. La Iglesia pedía a la gente que creyese en planchas de oro y en ángeles, exigía obediencia a mitos y relatos que no tenían ninguna base histórica, pero obligaba a ocultar la verdad sobre el pasado de la propia familia. Hofmann se obsesionó con averiguar esa verdad: registró de arriba abajo el Departamento de Colecciones Especiales de la biblioteca de la Universidad de Utah

buscando información en diarios y periódicos antiguos sobre el matrimonio de su abuela y la historia de la poligamia; leyó libros y panfletos antimormones que guardaba debajo de la cama en su apartamento de Logan; se obsesionó por hablar del tema con sus amigos, e intentó varias veces sacarlo con sus padres.

El muro de silencio con el que se topó hizo que su agnosticismo se transformase en desdén. Comenzó a despreciar todo lo que la Iglesia mormona representaba: la hipocresía y la represión, y la manipulación de la historia. Como Winston, el héroe de la novela de George Orwell *1984*, se sentía atrapado en una sociedad autoritaria en la que la ilusión era verdad y la verdad era ilusión. Las tensiones internas que habían empezado a crecer en él estaban afectando también su comportamiento de cara al exterior. Pese a que siguió yendo al templo y haciendo ver que era un buen mormón, cada vez resultaba más evidente su fuerte vena antisocial. En el supermercado cambiaba las etiquetas del queso y de otros artículos para poder comprarlos más baratos. La relación con su prometida, Kate Reid, una compañera de estudios de Logan, se deterioró. En dos ocasiones acabó llegando incluso a las manos, pegándole y empujándola contra la pared. A los veinticuatro años rompió el compromiso diciéndole que ya no creía en el mormonismo. Ese mismo día escribió a su madre una carta de siete páginas, a un espacio, que comenzaba diciendo: «Querida mamá: Durante la cena de Pascua dijiste que, en tu opinión, no todos los documentos que hay en los archivos de la Iglesia deberían hacerse públicos porque algunos contienen ciertos datos que minan la fe y que es mejor que no lleguen a saberse. Aunque a ti te consuela que esta haya sido siempre la actitud tradicional de las altas jerarquías de la Iglesia, has expresado tu preocupación por el hecho de que yo no compartiera tal creencia».

La carta es un alegato a favor de la franqueza y la honestidad hecha por un joven atormentado. Valiéndose del ejemplo del silencio forzoso de su abuela sobre su matrimonio, Hofmann explica su alejamiento de una religión para la que la libertad de expresión, y de cuestionamiento, están prohibidas. Dice a su madre que confesó a varios representantes de la Iglesia sus dudas sobre ciertos aspectos de la doctrina religiosa, pero que estos le dijeron que las

olvidara. Acto seguido, lo interrogaron sobre su vida privada, como si esas dudas y preguntas fueran síntomas de trastornos de la personalidad. «La academia enseña al estudiante a ser crítico con todo, incluso consigo mismo —escribe—. El estudiante aprende a no aceptar nada sin cuestionarlo primero. El mormonismo, por el contrario, enseña que las cosas espirituales tienen que ser aceptadas solo gracias a la fe... De hecho, yo he hablado con fieles jóvenes de la Iglesia que creen que pensar es un pecado. En la universidad estoy aprendiendo a pensar, investigar, leer y, solo entonces, formarme una opinión. La Iglesia, sin embargo, lo que parece decirme es que hable con los líderes y confíe en sus respuestas... Las dudas e incertidumbres personales son vistas como tentaciones y no como desafíos que explorar y resolver. La conciencia individual y el peso de la autoridad o de la opinión pública están enfrentados, de tal forma que el individuo debe negar su propio ser en detrimento de su honradez personal o bien esconderse de los demás y vivir entre dos mundos.»

Estas palabras sentidas y cuidadosamente escogidas podían haber sido escritas por un disidente en la Unión Soviética o un patriota americano enfrentado a su propia conciencia durante el periodo previo a la guerra de la Independencia. «La verdad es lo más importante —pone al final de la carta—. Y nuestra idea de la realidad debe ser coherente con esta.» Y firma: «Con cariño, Mark».

Puede que Hofmann supiese que la carta iba a caer en saco roto, o a lo mejor se había dado cuenta de que era demasiado tarde para intentar cambiar la forma de pensar de sus padres, pero el caso es que nunca la envió. En cambio, su deseo frustrado de saber la verdad sobre el origen de su propia familia y la negativa de la Iglesia a darle crédito o discutir sus dudas lo llevaron a elegir la falsedad como estilo de vida.

Para entonces, Hofmann había abandonado la universidad. También había empezado a salir con la mujer que se convertiría en su esposa. Se llamaba Doralee Olds. Nacida en el seno de una familia convencional mormona —la mediana de cinco hermanos—, Doralee era una persona inteligente, algo ingenua y nada complicada. Hofmann la dejaba deslumbrada con su inteligencia y erudición, su mirada tranquila, casi hipnótica, y sus ojos azul

claro. En septiembre de 1979 se casaron en el templo de Salt Lake. Ambos tenían que ir vestidos de blanco, y así fueron, pero, como si quisiera mostrar su indiferencia sobre el papel tradicional de los sexos, Hofmann llevaba una rosa de color rosa prendida de la solapa.

Seis meses más tarde, en abril de 1980, Doralee Olds entró en su apartamento de Logan y se encontró a Hofmann examinando las hojas de la Biblia del rey Jacobo de 1688 que había traído de Inglaterra. Tenía unas cuantas páginas pegadas y Doralee observó con fascinación cómo Hofmann las separaba. Pasaría mucho tiempo antes de que Doralee Olds comprendiese que el hombre cuyo hijo ya llevaba en las entrañas iba a convertirla en testigo y coartada del sensacional descubrimiento que estaba a punto de realizar. Entre las páginas de la Biblia había lo que parecía ser una hoja de papel amarillento, doblada varias veces y sellada por un lado con pegamento negro. Hofmann la extrajo de la Biblia. El pegamento le impedía abrir la carta, pero, separando un poco las dobleces, Doralee Olds pudo distinguir una firma. Aparentemente, su marido acababa de encontrar un documento firmado por Joseph Smith hijo, el profeta mormón.

Al día siguiente, Hofmann le llevó la Biblia a Jeff Simmonds, conservador de colecciones especiales en la Universidad de Utah. Cuando Simmonds logró separar las páginas y desdoblar la hoja de papel pegada a estas, no pudo dar crédito a sus ojos. Trazados con letra negra, larga y fina y repartidos en cinco columnas verticales, había una serie de símbolos tipo jeroglífico. Al pie de la página, en el lado derecho, se veía un círculo doble bastante elaborado y con más símbolos en su interior.

La llamada «Transcripción de Anthon» es uno de los documentos más importantes de los orígenes de la Iglesia mormona. Según su historia, en 1828, cuando Joseph Smith estaba dictando la traducción del Libro de Mormón, entregó una copia del «egipcio reformado» que decía haber encontrado en las planchas de oro a su escribano, Martin Harris, un granjero acaudalado de Palmyra, Nueva York, que acabaría por convertirse en uno de los primeros y más importantes miembros de la Iglesia mormona. Como muchos otros, sin embargo, Harris al principio tuvo sus dudas sobre la veracidad de Smith; de modo que este le escribió algunos de los símbolos

jeroglíficos en un trozo de papel y se lo entregó para que lo llevara a autenticar por un ilustre catedrático de Griego y Latín de la Universidad de Columbia, en Nueva York.

No se sabe con exactitud lo que le dijo el profesor Charles Anthon, pero Harris volvió de Nueva York convencido de que los jeroglíficos eran auténticos. Enseguida, la «autenticación» experta del doctor Anthon empezó a ser pregonada como «prueba» de la legitimidad del mormonismo, algo que este se apresuraría a negar con rotundidad. En una declaración jurada afirmó que el trozo de papel que había visto «constaba de todo tipo de caracteres torcidos dispuestos en columnas... Colocadas en columnas perpendiculares, había letras griegas y hebreas, cruces y rúbricas, letras romanas puestas al revés o de lado y, al final, el trazo tosco de un círculo dividido en varios compartimentos». Pero la refutación de Anthon sería rápidamente olvidada y nunca más volvería a saberse nada de la transcripción.

Las religiones nuevas son especialmente susceptibles al engaño y la falsificación. La rivalidad entre las distintas ramas de la fe y la necesidad de pruebas que respalden sus reivindicaciones, junto con un deseo apasionado de creer, producen una insaciable apetencia de manuscritos y documentos. Los siglos que siguieron a la muerte de Cristo fueron testigos de una oleada de falsificaciones, entre las que destacan los «escritos» de Dionisio Areopagita, que pretendían ser las obras de un coetáneo de san Pablo, pero fueron desenmascaradas como las creaciones del filósofo griego Proclo. De hecho, al estudiar la literatura de esta era resulta prácticamente imposible distinguir la realidad de la ficción.

Una de las primeras frases que los mormones memorizan de niños es: «Juro que el Libro de Mormón es verdadero». Sin embargo, la evidencia que respalda esta afirmación es más bien débil. Nunca se han encontrado las planchas de oro, y tampoco la versión original del Libro de Mormón. El manto de Juan el Bautista, evidentemente, ha quedado en nada. ¿No es extraño que una religión con apenas un siglo de existencia tenga tan pocos recursos —tan pocas pruebas— para afianzar su historia?

Incluso en vida de Joseph Smith, un periódico informó sobre el descubrimiento de seis planchas de cobre con forma de campana enterradas

en la ciudad de Kinderhook, Illinois. Las llamadas Planchas Kinderhook parecían estar decoradas con jeroglíficos antiguos, como los que Smith decía haber encontrado en las planchas de oro, pero resultaron ser una farsa al estilo de la frontera.

Hofmann también debía de conocer la historia de James Strang. Tras la muerte de Joseph Smith, en 1844, la mayoría de los mormones escogieron a Brigham Young como auténtico líder, pero hubo otros que cuestionaron su legitimidad; ninguno en tono tan desafiante como James J. Strang, un converso bien parecido y carismático que se atribuía el derecho al liderazgo y que logró convencer de ello a la mayor parte del círculo más cercano a Smith, incluyendo al hermano de este, William; a su madre viuda, Lucy Mack Smith, y a Martin Harris, el hombre que había hecho de escribano de Smith durante la traducción de las planchas de oro. Strang afirmaría que él también había encontrado unas planchas enterradas (en Burlington, Wisconsin). Al igual que Hofmann, Strang llevaba una doble vida: por fuera parecía un ardiente converso; por dentro se había convertido en un escéptico. En una anotación codificada de su diario confesaba que hacía tiempo que había dejado de creer en las doctrinas de la Iglesia.

Para dar crédito a sus reivindicaciones, Strang presentó una carta que, según él, le había enviado Smith antes de su muerte nombrándolo sucesor. Se trataba de una falsificación. El tamaño y el color del matasellos eran incorrectos, y Strang había utilizado dos tipos de papel distintos sin darse cuenta. Fue desenmascarado como un fraude. Más tarde fundaría su propia comunidad polígama en Beaver Island, Michigan, donde sería asesinado en 1856. En la actualidad, existe una página web que indica que sus descendientes son los verdaderos representantes de la Iglesia sud. La muerte de Strang muestra la intensidad del rencor que el resto de América sentía hacia los primeros mormones: al estilo de los asesinatos que hoy en día sanciona el Estado, atrajeron a Strang con artimañas a bordo del *Michigan*, un buque de vapor de los Estados Unidos. Una vez puso el pie en el puente de mando, dos asesinos se le acercaron por detrás y le dispararon a bocajarro.

Uno de los fraudes mormones más famosos del siglo XX comenzó en 1909, cuando un geólogo de Utah llamado James E. Talmage descubrió lo que

parecía ser una antigua lápida de arcilla en una universidad del Medio Oeste. La lápida resultó ser similar a otras que se habían encontrado cerca de los Grandes Lagos, y las representaciones de estas, aparentemente, confirmaban aspectos clave del Libro de Mormón. En realidad, eran todas falsificaciones. Lo mismo ocurrió con una docena de diminutas planchas de oro que supuestamente habían sido de-senterradas en una tumba, en México, en los sesenta. Las inscripciones de las que pasaron a conocerse como las Planchas Padilla se parecían a los jeroglíficos que Joseph Smith dijo haber encontrado en las planchas de oro de Palmyra. ¿Sería esta la tan buscada prueba de los asentamientos hebreos en las Américas? Otras inscripciones similares aparecidas en 1976 así lo sugerían. Pero, al examinarlos con detalle, los misteriosos garabatos y círculos resultaron ser las señales utilizadas por los rancheros de Utah para marcar el ganado.

Por casualidad, cuando estaba en Inglaterra sirviendo en su misión, Hofmann se había topado con otras dos falsificaciones mormonas. En una estaba implicado un inglés llamado William Saunders Parrot. En el siglo XIX, Parrot había tratado de disuadir a la gente de ingresar en la Iglesia. Haciéndose pasar por mormón, había fabricado seis planchas de bronce y un par de anteojos con montura del mismo metal: el Urim y Tumim de la liturgia mormona. Llevó entonces estos artefactos a Salt Lake City con la intención de desenmascarar la figura de Joseph Smith como un fraude. En 1975 su hija, Phyllis Parrot, donó las planchas de bronce falsas y dos panfletos antimormones escritos por William Saunders Parrot a la biblioteca de Bath, donde Hofmann los fotografió en secreto utilizando una cámara en miniatura.

Justo antes de que Hofmann abandonara Inglaterra para regresar a Salt Lake City, en Londres apareció otro conjunto de planchas de bronce y anteojos mágicos. Perteneían a Bert Fuchs, un hombre en paro al que, según él mismo contó a un grupo de misioneros mormones que estaban de visita en la capital inglesa, su abuelo había traído las planchas de Sudamérica, donde una gran parte de los miembros de la Iglesia aún creía que se habían producido asentamientos hebreos tiempo antes de Cristo. Las planchas pesaban 68 kilos y estaban unidas con anillos, lo que encajaba con la descripción hecha por Joseph Smith en el Libro de Mormón sobre las planchas de oro. Con ellas

venía incluso la empuñadura ornamental de una espada, incrustada con piedras preciosas. El material fue enviado a Utah para ser inspeccionado, y Bert Fuchs empezó una nueva vida en Zion, donde fue recibido con los brazos abiertos por varios de los miembros más importantes de la alta jerarquía eclesiástica. Pero, en cuanto se descubrió que las piedras preciosas incrustadas en la espada eran de cristal y que las planchas eran falsas, la estancia de Bert Fuchs en la Tierra Prometida acabó de forma repentina: con su excomunión.

Pese a estos fraudes y estafas, la falta de pruebas históricas sólidas que verifiquen las reivindicaciones de Joseph Smith ha hecho que la Iglesia sud tenga un especial interés en adquirir lo que se conoce como documentos «promotores de la fe». La «Transcripción de Anthon», de ser auténtica, se convertiría en un documento «promotor de la fe» de primer orden; algo así como si el Vaticano descubriese un trozo del sudario de Jesús. Por primera vez en la historia, los mormones podían ver realmente lo que su profeta, Joseph Smith, había visto cuando miraba las planchas de oro. Pasaron tan solo unos días antes de que Hofmann fuese requerido en la augusta presencia de Gordon B. Hinckley, que en la actualidad está a la cabeza de la Iglesia mormona.

La sud está organizada en una serie de pirámides jerárquicas que llevan hasta lo que se conoce como la Primera Presidencia, formada por tres hombres —el presidente y dos consejeros— escogidos por su lealtad y devoción. Cabe decir, no obstante, que el término *presidente* es engañoso. Ni siquiera el mismo Papa tiene un poder y una autoridad tan absolutos como el jefe de la Iglesia mormona. «Profeta, vidente y revelador», es considerado representante directo de Dios en la Tierra. Por debajo de la Primera Presidencia se encuentra el Consejo de los Doce Apóstoles. Juntos, estos quince hombres ejercen un control prácticamente absoluto sobre una organización de más de doce millones de fieles que en la actualidad es, sin duda, la religión de mayor crecimiento del mundo.

Por debajo del primer nivel, el de los quince hombres de la Primera Presidencia y el Consejo, van sucediéndose los diferentes niveles de los representantes, organizados en pirámides interminables de influencia

descendente. Al pie de la pirámide se encuentran las «estacas» y los «barrios» (según el Libro de Mormón, durante su visita a América, Cristo se inventó el término *estaca* para referirse a uno de los palos que sujetaban el sagrado tabernáculo del Israel bíblico). Estas organizaciones locales son los ojos y los oídos de la Iglesia y encauzan el sistema con informes de desobediencia y disidencia, de un modo muy parecido al que utilizan los representantes locales del Partido Comunista chino, que mantienen bajo vigilancia sus distritos locales. Los actos de disidencia o el incumplimiento en el pago del diezmo, en el que se cimenta el patrimonio de la Iglesia, son registrados en una base de datos alojada en la Primera Presidencia. Esta práctica se remonta a un decreto promovido por Joseph Smith, quien creía en la necesidad de documentar «abusos» y «publicaciones difamatorias». Una lubricada maquinaria de relaciones públicas controla enérgicamente el flujo de la información.

Cuando la «Transcripción de Anthon» fue descubierta, Gordon B. Hinckley era el segundo consejero de la presidencia y el padrino de la publicidad mormona. Nacido el 23 de junio de 1910, Hinckley comenzó su carrera como jefe del Comité de la Radio, Publicidad y Literatura Misionera de la Iglesia. Más adelante se convirtió en responsable de todas las relaciones con los medios de comunicación. Pertenecía también al Consejo de los Doce Apóstoles, donde destacaba por su dedicación y ambición. De hecho, en la práctica, comenzó a dirigir la Iglesia en 1979, cuando una embolia cerebral casi mata al presidente Spencer W. Kimball.

Hinckley era el mormón por excelencia: tenía cinco hijos, veinticinco nietos y dieciocho bisnietos; siempre llegaba a la oficina a las siete de la mañana y raramente se iba antes de las seis de la tarde, con el maletín atiborrado de papeles para seguir trabajando en casa; todas las noches se entregaba a la misma rutina, y hacía un uso óptimo de su tiempo al trabajar y ver simultáneamente el telediario *News Hour with Jim Lehrer*; y, como el resto de los mormones, no fumaba ni bebía café ni alcohol.

Pero tenía una debilidad: era extremadamente ambicioso. Cuando comenzó a relacionarse con Hofmann, Hinckley estaba a la cabeza de la mayor expansión de la Iglesia mormona de la historia. En los años setenta solo se

habían consagrado cuatro templos nuevos. En la década siguiente fueron veintiséis. La fuerza motora que se encontraba detrás de esta espectacular expansión era Hinckley. Cuando no estaba en Salt Lake City, se hallaba viajando sin descanso por el mundo entero, abriendo templos en lugares tan lejanos como Samoa y Chile; en un momento dado, las negociaciones con Hofmann tuvieron que interrumpirse porque Hinckley debía ir a Alemania Oriental. Si la «Transcripción de Anthon» era auténtica, se trataría de la prueba más poderosa jamás presentada sobre la autenticidad de la religión mormona. Generaría titulares. Atraería a miles de nuevos conversos.

El cometido más difícil de Hofmann al crear la falsificación había consistido en hacerla pasar por la versión original de la «Transcripción de Anthon». Hacía poco había leído un artículo sobre el modo en que el análisis de la consistencia interna del lenguaje de las obras de Shakespeare hacía posible determinar qué versión de un texto había sido escrita por el autor y cuál había sido corrompida durante el proceso de transcripción. Utilizó lo que había aprendido para elaborar su primera falsificación.

Pese a que el original de la «Transcripción de Anthon» había desaparecido, existía una copia hecha por David Whitmer, un amigo de Martin Harris y Joseph Smith, conocida como la «Transcripción Whitmer». En esta, los jeroglíficos estaban ordenados horizontalmente, de izquierda a derecha. Hofmann colocó los suyos en vertical. También los adornó incluyendo detalles que no aparecían en la de Whitmer, porque supuso que, al tratarse de una copia (al igual que las otras versiones conocidas del documento), tendría que haberse producido una degeneración gradual en el detalle y la fidelidad. Así, allí donde la versión de Whitmer mostraba una pequeña floritura en la letra *V*, Hofmann dibujó una mucho más grande. También añadió símbolos que el doctor Anthon había descrito, pero que no aparecían en las otras versiones. Uno era similar al círculo que rodea los signos del zodiaco. Cuando los expertos de la sud examinaron el documento, citaron este doble círculo como prueba de que el documento tenía que ser auténtico. Hofmann había usado el culo de una botella de cerveza para dibujarlo.

Para la nota que se adjuntaba a la transcripción, escrita con la letra de Joseph Smith, Hofmann estudió fotocopias de su caligrafía que había

conseguido en la Biblioteca de la sud. Iba a ser la primera de muchas falsificaciones en las que recrearía la escritura del profeta de la Iglesia mormona, y se preparó para la tarea con la misma meticulosidad que caracterizaría todas sus futuras falsificaciones. Smith era medio analfabeto, pues dejó el colegio a los trece años para trabajar en la granja de su padre. Escribía fonéticamente, según sonaban las palabras. Como resultado de aquello, sus escritos están llenos de faltas de ortografía infantiles y errores gramaticales. Escribía *city* como *citti*, *character* como *karaktor*, *copied* como *coppied*.

Antes de la invención de la estilográfica, las plumas de pavo eran el instrumento de escritura más utilizado. Pero las plumas solo funcionaban adecuadamente cuando estaban bien afiladas, de ahí el término *cortaplumas*. Parece ser que Smith fue especialmente inepto para afilarlas. Su escritura era descuidada e irregular y estaba plagada de tachaduras o de palabras insertadas por encima de la línea. Cometía una media de cuatro a cinco errores ortográficos por cada cien palabras. Otra peculiaridad suya consistía en partir las palabras cuando llegaba al final de una línea; las dividía como una máquina de escribir, pero sin detenerse a pensar si estaba cortando las sílabas por la mitad. Él ponía un guion, movía la pluma hasta el margen izquierdo, añadía dos rayas, como el signo igual, y seguía escribiendo.

La Iglesia sud siempre se ha avergonzado de la falta de educación de Smith, y las versiones impresas de sus escrituras han tendido a enmendar su gramática y ortografía. Al incorporar faltas elementales y otros errores ortográficos, Hofmann no solo estaba simulando la letra de Smith, sino que también estaba riéndose de las pretensiones de la Iglesia mormona, que afirmaba que un hombre que apenas sabía escribir había sido capaz de dominar un lenguaje tan abstruso como el egipcio reformado.

Para el papel de la «Transcripción de Anthon», Hofmann había cortado la última página de un volumen de 1830 sobre historia bíblica de la Universidad Estatal de Utah. Preparó tinta ferrogalotánica^[9] con una receta que había encontrado en un libro alemán robado de la biblioteca de la universidad. Aquella era la parte más fácil. Simular las complejas reacciones químicas que experimenta la tinta al filtrarse en el papel tras un largo periodo de tiempo

resultaba mucho más complicado.

Amplificados al máximo, los rastros de tinta que deja la plumilla de la estilográfica en el papel se parecen a las grietas y los cráteres de Marte. Según se ha calculado, los iones de la tinta se extienden desde las grietas y las estrías que la plumilla hace en el papel a un ritmo de dos milésimas de pulgada por cada mil años. Mientras esto ocurre, el papel está siendo alterado por el paso del tiempo y el clima. Los documentos se humedecen, sobre ellos se derrama café o agua. Se ven afectados por el calor y el frío, y también por cómo y dónde son almacenados. Su química puede verse alterada debido incluso al contacto directo con otros documentos o libros.

Crear la ilusión del paso del tiempo siempre ha sido una de las mayores dificultades a las que se enfrenta un falsificador. El gran falsificador de arte Hans van Meegeren, un pintor holandés que creó clones magistrales de los cuadros de Vermeer en los años veinte y treinta, utilizó pelo de tejón sacado de antiguas brochas de afeitar para fabricar pinceles como los que usó Vermeer, y realizó experimentos exhaustivos para producir pinturas que se pareciesen a las utilizadas por el artista. Al mezclar baquelita en el óleo descubrió que podía cocer sus lienzos en un horno y darles así ese auténtico aspecto agrietado.

Para la «Transcripción de Anthon», Hofmann desarrolló una técnica que acabaría por convertirse en uno de los sellos de su arte: utilizó peróxido de amoníaco y otras sustancias para envejecer la tinta. De este modo lograba volverla marrón y hacer que pareciera más vieja. También era extremadamente cuidadoso con la preparación del papel. Con el paso de los años, este se agrieta y se vuelve poroso; al aplicarle tinta fresca, la absorbe en sus fibras como si se tratase de papel secante, creando un efecto conocido como *feathering*, «efecto pluma», que puede ser fácilmente reconocido durante un análisis pericial. Para evitar tal posibilidad, Hofmann sumergió el papel que utilizó para la «Transcripción de Anthon» en una solución caliente de gelatina, lo que impedía que la tinta se corriese al dibujar los jeroglíficos. Cuando acabó de trazarlos limpió el papel de gelatina y trató la tinta con peróxido de amoníaco. Para crear esas pequeñas manchas amarillentas de humedad que a menudo aparecen en los documentos antiguos y que se

conocen con el nombre de *foxing*, «lamparones», rociaba el manuscrito final con leche y gelatina, y luego lo calentaba con una plancha. También utilizó una plancha casera para hacer que el ácido del papel de la transcripción gotease sobre las páginas de la Biblia, volviéndolas marrones, como habría ocurrido con el paso del tiempo.

No todas las técnicas utilizadas por Hofmann eran tan sofisticadas. Para hacer la cola con la que pegó la transcripción a la Biblia pulverizó la cabeza quemada de una cerilla en un mortero y, utilizando un palillo, la mezcló sobre una hoja de papel con sal, agua y harina integral. Hofmann sabía que en el siglo XIX no se utilizaba pegamento blanco, por lo que llegó a plantearse poner en remojo un libro antiguo para sacar la cola del lomo. Pero eso le habría llevado demasiado tiempo y Hofmann tenía prisa por terminar la falsificación. Así que, cuando se dio cuenta de que su mezcla no era lo suficientemente pegajosa, simplemente añadió unas cuantas gotas de pegamento Elmer's.

Hofmann sabía que para hacer un examen pericial completo del documento habría que destruir parte del mismo, y había asumido, correctamente, que la Iglesia no tomaría una medida tan drástica, por si se trataba de la transcripción auténtica. Además, Hofmann era perfectamente consciente de que las pruebas periciales nunca resultan concluyentes: pueden detectar indicios de falsedad, pero nunca pueden probar a ciencia cierta que el documento es auténtico. Así que también dio por hecho, de nuevo correctamente, que el deseo de las altas jerarquías de la Iglesia de creer en este documento «promotor de la fe» sería lo suficientemente intenso como para que no se molestasen en someterlo a una rigurosa investigación. Tenía razón. Tras examinarlo durante cuatro meses, los expertos en manuscritos de la sud declararon que la «Transcripción de Anthon» era auténtica.

La procedencia del documento planteaba mayores problemas. ¿De dónde venía? ¿Cómo había conseguido Hofmann la Biblia? ¿A quién había pertenecido antes? Al igual que Joseph Smith, Hofmann era un perfecto narrador de cuentos. Les contó que había comprado la Biblia del rey Jacobo a un hombre de Salt Lake City, que a su vez se la había comprado en los años cincuenta a la nieta de Katharine Smith, hermana del profeta, en Carthage,

Illinois. Cuando lo presionaron para que revelase el nombre del sujeto en cuestión, Hofmann hizo uso de sus privilegiados conocimientos sobre el funcionamiento de la industria de los documentos raros y respondió que el hombre no quería que su identidad fuese revelada. Esta actitud no era algo inusual. En el negocio de los coleccionistas, los vendedores a menudo ocultan sus identidades, principalmente por temas de impuestos o razones de seguridad. Hofmann dijo que se sentía éticamente obligado a respetar la privacidad del hombre.

Por otra parte, su historia sobre Carthage cuadraba. Katharine Smith era efectivamente la hermana del profeta, y en Carthage, donde acabaría siendo asesinado Smith, había existido una colonia mormona importante. Los representantes de la Iglesia descubrieron, además, que la bisnieta de Katharine Smith, una anticuaria llamada Dorothy Dean, aún vivía allí.

Por casualidad, en el verano de 1980, los padres de Hofmann estaban preparando un viaje al Medio Oeste. Su madre, Lucille, tenía que asistir a una ceremonia especial cerca de Carthage, en Nauvoo, escenario de una de las primeras y más importantes colonias mormonas. Mark decidió ir con ellos. Pese a que viajaban en el mismo coche, tenían fines opuestos. Su madre se dirigía a Illinois a beber de la fuente de su fe. El objetivo de Hofmann era convencer a una mujer a la que nunca había visto de que, en algún momento de su vida, su madre tuvo una Biblia que contenía uno de los documentos mormones más apasionantes jamás descubiertos.

La casa de Dorothy Dean se encontraba en North Madison Street, de Carthage. Hofmann llamó a la puerta de atrás. Le enseñó la Biblia y le preguntó si la reconocía. Dorothy Dean había oído hablar sobre ella en los boletines informativos de la Iglesia y había asumido que debía de haber pertenecido a su bisabuela, Katharine, aunque no recordaba haberla visto en el pasado. Sin embargo, aquel joven y elegante mormón que tenía delante parecía estar tan seguro de que la Biblia venía de su familia, y era tan educado y agradable, y parecía tan interesado en ayudar a la Iglesia a autenticar ese importante descubrimiento, que aceptó revisar los registros de ventas de su madre.

Como Yago en el *Otelo* de Shakespeare, Hofmann sabía actuar de una

forma cara al exterior y de otra cara al interior. Si le preguntaban algo que podía poner en peligro uno de sus cuentos, se inventaba otro. Cuando Dorothy Dean quiso saber el nombre de la persona que le había comprado la Biblia a su madre, Hofmann soltó el nombre de White. Esa noche, mientras Dorothy Dean examinaba los registros de ventas de la tienda, se encontró de pronto con una partida escrita por su madre en la que había constancia de la venta de un artículo sin especificar por valor de seis dólares el día 13 de agosto de 1954. En el margen, la madre de Dorothy había escrito el nombre del comprador: «Concerniente a Ansel White de California».

Hofmann volvió al día siguiente con su padre, Bill. El devoto progenitor mormón le serviría para intensificar la sensación de legitimidad y bondad que quería provocar. El hecho de que a Bill Hofmann acabaran de diagnosticarle la enfermedad de Hodgkin no le supuso el menor problema. Como hiciera repetidamente con su mujer, Doralee, Hofmann no tuvo reparo en utilizar a su padre enfermo como tapadera. Incluso llegó a escribir un diario para aumentar la apariencia de legitimidad. A los mormones se los anima a documentar los hechos importantes de sus vidas. Al escribir un diario falso, Hofmann estaba convirtiéndose en el creador y cronista de lo que un historiador de la Iglesia describiría como «uno de los documentos más importantes y significativos de la historia de la Iglesia descubiertos en este siglo». Para cuando dejó Carthage, Hofmann había logrado convencer a Dorothy Dean de que también ella había jugado un papel crucial en aquella historia. Tras entregar a Hofmann una copia de la página en cuestión del registro de ventas de la tienda, Dorothy aceptó firmar una declaración jurada confirmando que su madre había vendido la Biblia que contenía la «Transcripción de Anthon» a un tal señor White de California.

En el largo camino de vuelta a Utah, Hofmann iba sentado en el asiento de atrás del coche familiar, mirando por la ventana. Se sentía mal por haber engañado a su madre. Por su padre no sentía el menor remordimiento. Con el coche parado frente a un paso a nivel en Nebraska, observó la nuca de su padre y su severo corte de pelo. Se dio cuenta de que siempre había odiado su devoción estricta, su obediencia ciega a la doctrina mormona. Cuando era un crío había tratado de prohibirle los libros sobre dinosaurios porque

respaldaban la teoría de la evolución. Al pensar en ello Hofmann se dio cuenta de lo mucho que odiaba a todos los fanáticos religiosos, ya fueran mormones o cristianos, judíos o musulmanes.

Entonces miró de reojo la antigua Biblia del rey Jacobo, a su lado en el asiento de atrás, y por dentro le entró la risa. ¡Lo había conseguido! Había engañado a los hombres más poderosos de la Iglesia mormona. Joseph Smith había afirmado que Dios entregó a los líderes de la Iglesia el poder de detectar el engaño y el fraude. Eran videntes, dotados con la gracia del discernimiento y, según el Libro de Mormón, con la capacidad de «traducir todo documento antiguo». Sin embargo, cuando Gordon B. Hinckley y el presidente de la Iglesia examinaron la «Transcripción de Anthon» no pudieron dar más sentido a los jeroglíficos falsos de Hofmann que si hubieran estado escritos en suajili. Al recordar cómo se les habían llenado los ojos de lágrimas, sintió una ráfaga de sádico placer. Si no podían diferenciar entre la ilusión y la verdad, si no podían ver que la transcripción era una falsificación, ¿cómo podían pretender ser los representantes de Dios en la Tierra? Acababa de probar que Dios no existía; que era un engaño y una ilusión, y que los profetas y videntes de la Iglesia mormona eran unos embusteros. También había probado que no tenía nada que temer de la inspiración divina. A partir de entonces, cada nueva falsificación sería una repetición de este triunfo inicial y serviría para aumentar su sensación de invulnerabilidad. Había probado que su vudú era más poderoso que el de ellos.

De vuelta en Salt Lake City, Hofmann entregó a la Iglesia la «Transcripción de Anthon» a cambio de ciertos artefactos genuinamente mormones valorados en veinticinco mil dólares: una extraña moneda de oro de cinco dólares, unos billetes históricos mormones y una primera edición del Libro de Mormón. Era menos de lo que había esperado, pero, aun así, no dejaba de tratarse de un buen negocio. Aunque lo más importante era que se había ganado la confianza de los hombres más poderosos de la Iglesia mormona. Le hicieron una foto junto a Gordon B. Hinckley y otros líderes religiosos. En los boletines de la Iglesia, los creyentes del mundo entero pudieron leer e informarse sobre la «Transcripción de Anthon». Las revistas y los periódicos hablaron de él, y no solo los locales, como *The Salt Lake Tribune* o *Deseret*

News, sino también prestigiosas publicaciones nacionales, como la revista *Time* o *Los Angeles Times*. Para Hofmann debió de ser algo parecido a lo que Joseph Smith sintió cuando vio a miles de crédulos conversos unirse en tropel a la religión que él decía haber descubierto en el fondo de su sombrero.

[9]. Conocida también como tinta férrica.

El hombre mágico

El descubrimiento de la «Transcripción de Anthon» no solo convertiría a Hofmann en un héroe dentro de la comunidad mormona, sino que también le daría acceso sin trabas a los archivos de investigación de la Iglesia. Vestido con su chaqueta *letterman*^[10] de color verde, se convirtió en visitante asiduo del Departamento de Historia en el centro de Salt Lake City. Los representantes que le prestaban los libros para consulta, o que le ayudaban a localizar manuscritos raros, creían que la finalidad de su investigación no era otra que el descubrimiento de nuevos tesoros raros para la Iglesia. Lo veían como al «hermano Hofmann», el hijo pío de un honrado miembro de la comunidad cuyos conocimientos y contactos en el mundo de los documentos históricos estaban siendo puestos al servicio de la Iglesia.

La «Transcripción de Anthon» también convirtió a Hofmann en el principal anticuario de material mormón de Salt Lake City. Su catálogo empezaba con las palabras «Bienvenidos a mi primera lista de manuscritos mormones», y luego pasaba a describir en detalle treinta y cinco manuscritos. Todos ellos estaban bajo garantía: los clientes tenían derecho a devolver los documentos al cabo de dos semanas y, en el caso de aquellos productos cuyo valor superara los trescientos dólares, contaban con la posibilidad de pagar a plazos durante un periodo de sesenta días.

Era una fachada perfecta. Hofmann no tardó mucho en empezar a suministrar toda una serie de documentos falsos a la Iglesia mormona.

Muchos de ellos encontraron salida a través de Brent Ashworth, el hombre que más adelante informaría sobre la falsificación del poema de Dickinson. Hofmann lo había conocido gracias a la «Transcripción de Anthon», pues este, tras verlo por televisión y oír hablar mucho de él, había decidido llamarlo por teléfono en la primavera de 1982 para presentarse. Sus trajes de negocios y sus valores familiares, sus profundas creencias religiosas y su perspicacia financiera hacían de Ashworth un mormón modelo. Era abogado de la Iglesia sud, obispo mormón y vicepresidente de una compañía de vitaminas y complementos llamada Nature Sunshine Products. Estaba felizmente casado y tenía siete hijos. Durante su época universitaria había sido, además, un apasionado coleccionista de documentos históricos.

Ashworth no tardó mucho en convertirse en un visitante asiduo de la casa de Hofmann en Sandy, Utah, donde vivía con su mujer, Doralee, y sus dos hijos pequeños. Por regla general solía aparecer los miércoles de camino a una reunión con el abogado de los valores de su compañía. Una mañana, Ashworth estaba sentado a la mesa de la cocina junto a Hofmann y Doralee, comiendo pastel casero, cuando este le habló de un nuevo y apasionante descubrimiento. En una colección de cartas-sobre timbradas de un colector de la Costa Este, Hofmann había encontrado una carta firmada por «Lucy Smith», la madre del profeta. Por aquel entonces ni siquiera había llegado a falsificar el documento, pero al ver el entusiasmo de Ashworth por adquirirlo se propuso hacerlo. Empezaba así: «Querida hermana: Es un placer para mí informarte sobre una gran obra que el Señor ha dispuesto para nuestra familia, pues ha revelado sus caminos a Joseph en sueños y por su gracia le ha mostrado dónde puede cavar para encontrar unas planchas de oro puro con un texto antiguo grabado, y le ha asegurado que podrá traducirlas».

Todo en la carta era correcto. Hofmann había investigado incluso en una de las primeras historias del Servicio Postal de los Estados Unidos para encontrar la tarifa exacta de correos, 18 ³/₄ centavos, de una carta enviada de Palmyra a Wilmington, Vermont. Para lograr que el documento resultara aún más atractivo para Ashworth, lo había aderezado con detalles nuevos y atractivos sobre la traducción de las planchas de oro, algunos de los cuales se desviaban de las versiones aceptadas. Y más importante aún era la mención

de las 116 páginas perdidas del Libro de Mormón: un borrador original del mismo que había desaparecido cuando Joseph Smith estaba traduciendo las planchas. Ashworth intercambió inmediatamente el documento por otros auténticos valorados en 33 000 dólares, entre los que había cartas firmadas de Andrew Jackson y una copia rara de la Decimotercera Enmienda, firmada por los miembros del Congreso que habían votado a favor de su instauración.

Unas semanas más tarde, Ashworth y su mujer asistieron a una conferencia de prensa en la que anunciaron que este había donado la carta de Lucy Mack Smith a la Iglesia. Ashworth comenzó enseguida a utilizarla en sus charlas a grupos mormones como prueba de la autenticidad de las afirmaciones de Joseph Smith y de la religión mormona en general.

La verdadera intención de Hofmann, sin embargo, era destruir la Iglesia que tanto odiaba. Como un virus introducido en un ordenador, empezó a alimentar a la sud con documentos no promotores de fe que volvían del revés la versión mormona de la historia. Su principal objetivo era el hombre al que consideraba como uno de los ilusionistas y timadores más grandes de todos los tiempos: Joseph Smith. Y empezó atacando el tema más delicado de su leyenda: el sexo.

Las relaciones polígamas de Smith, perfectamente documentadas, siempre han incomodado a la Iglesia sud. De ahí que en los últimos años se haya llevado a cabo más de un intento de encubrir la historia, sugiriendo que, hacia el final de su vida, Smith iba en camino de abandonar la poligamia. La última falsificación de Hofmann, una carta fechada el 23 de junio de 1844 —esto es, solo cuatro días antes de que fuera asesinado—, sugería lo contrario. «Guardad todo aquello que atesoráis en vuestros pechos —escribe Hofmann, falsificando la letra de Smith, a las hermanas Maria y Sarah Lawrence, con las que se sabía que había tenido un “matrimonio celestial”—. Quemad esta carta una vez la hayáis leído. Termino apresuradamente. Rezad por mí mientras mi corazón llora por vosotras.»

Hofmann también comenzó a explotar con destreza las escisiones de la Iglesia mormona. Tras la muerte de Smith se desató una lucha de sucesión entre dos facciones que trataban de hacerse con el control. Una de ellas estaba encabezada por Joseph Smith III, el hijo de once años del profeta, y por otros

miembros de su familia. La otra estaba liderada por Brigham Young, un hombre duro de Nueva Inglaterra conocido por su férrea disciplina, y uno de los primeros conversos de Smith. Young terminaría por prevalecer, dirigiendo a continuación el éxodo hacia el oeste, camino a Salt Lake City. La facción Smith creó en Missouri su propia rama de la fe mormona, mucho más pequeña, que se llamaría la Iglesia Reorganizada de los Santos de los Últimos Días.

Pese a todo, siguieron quedando dudas sobre la legitimidad de la sucesión de Brigham Young. De ahí que Hofmann decidiera lanzar un hueso al aire para que ambas Iglesias se pelearan por él. La falsificación sería conocida como «La bendición de Joseph Smith III» y pretendía pasar por el documento en el que Joseph Smith bendecía a su hijo como legítimo heredero de la Iglesia. De ser esto cierto, la reivindicación de Brigham Young quedaría minada y, por asociación, la fundación sobre la que estaba construida Salt Lake City.

Hofmann sabía que un documento tan polémico como este se vendería por mucho dinero, por lo que se esforzó sobremanera en su creación. La caligrafía era el primer obstáculo. Thomas Bullock, uno de los primeros historiadores de la Iglesia mormona y supuesto autor de «La bendición de Joseph Smith III», había aprendido a escribir en Inglaterra antes de emigrar a Utah. Su formación de las letras, pues, era diferente a la de la ortografía americana, y también la manera en que levantaba la estilográfica cuando creaba palabras y letras. Además, tenía una manera muy peculiar de sangrar los párrafos.

Para aquel entonces, Hofmann había adquirido un profundo conocimiento sobre la composición científica del papel y de la tinta. La fabricación de papel no había sufrido prácticamente ningún cambio hasta 1860, año en que empezó a añadirse pulpa de madera. Por este motivo, ningún documento anterior a esa fecha puede datarse con exactitud. La principal fuente de papel de Hofmann era la biblioteca de la Universidad Brigham Young. Allí se dedicaba a cortar las hojas de cortesía de libros históricos, que luego pasaba a encolar o barnizar. El papel antiguo es poroso y, de no ser encolado, la tinta probablemente se emborronaría, o calaría el papel, produciendo el efecto

pluma (*feathering*), uno de los signos más obvios de falsificación. Para evitar que esto ocurriese, Hofmann preparaba el papel de sus falsificaciones utilizando complejas técnicas de encolamiento que llegó a dominar, como el uso de gelatina caliente que obtenía tras hervir partes de animales. Algunos de sus métodos eran todavía más ingeniosos. Cuando descubrió que unos insectos habían carcomido una bolsa de papel en la que guardaba el trigo en el desván, pensó que aquellos bichos podrían serle útiles para simular los agujeros creados por las polillas en el papel del siglo XIX, así que los cogió y los colocó entre dos hojas antiguas.

Era igualmente diestro en la fabricación de su propia tin-ta. Los antiguos egipcios fueron los primeros en producir tinta. Utilizaban hollín preparado con madera quemada y una solución de goma para crear una tinta de carbón simple con la que escribían sobre los papiros. Pero esta tenía un inconveniente. En vez de penetrar en el papiro se quedaba en la superficie, como el carbón, y por tanto podía correrse o borrarse con facilidad. Este problema fue eliminado cuando los griegos añadieron caparrosa, un compuesto de tanino y sulfato de cobre y de hierro. (El tanino se obtenía de las agallas, esas pequeñas excrescencias redondas del tamaño de las bellotas que producen los robles para aislar las larvas dejadas por cierto tipo de avispas.) Con la incorporación de estos productos químicos lograron que la tinta se fijase al papel; de ahí que las llamadas tintas ferrogalotánicas se convirtieran en el medio más corriente de escritura hasta la mitad del siglo XIX, cuando se introdujo el tinte de anilina, base de las actuales tintas de fácil lavado. Las recetas históricas son fáciles de encontrar. En Inglaterra, por ejemplo, casi todas las familias cultas tenían un libro de recetas domésticas en el que se explicaba cómo hacer todo tipo de cosas, desde cocinar una oca hasta obtener tinta. Los otros ingredientes incluían goma arábiga, palo de Campeche y hasta pólvora.

Un falsificador es como un actor. Reunir el material de investigación, hacerse con el papel y las estilográficas adecuadas y preparar la tinta es equivalente al proceso que realiza un actor para meterse de lleno en el personaje que va a encarnar. Hofmann tenía el papel, había compuesto un texto y había preparado la tinta en la cocina de su casa, utilizando agua

destilada y una de las cazuelas de su mujer. Ahora debía salir al escenario y representar su papel. Tenía que escribir. Y, al igual que un actor no puede pararse a pensar en una frase o palabra de su discurso, el falsificador tiene que escribir rápido y, sobre todo, sin vacilar.

El día en que Hofmann falsificó «La bendición de Joseph Smith III» debía de estar nervioso, porque, cuando su pluma llegó al bucle inferior de la letra *s* de la palabra *Blessing*, su mano empezó a temblar. Ralentizó la escritura hasta el punto de estar casi dibujando la letra, y después continuó escribiendo. Pero cuando llegó a la palabra *Joseph* vaciló de nuevo, por lo que las letras *s* y *e* tienen un aspecto temblón. Hofmann sabía que semejante signo de indecisión era peligroso. Sin embargo, a estas alturas se sentía tan seguro de sí mismo que no se molestó en volver a empezar desde el principio. Sencillamente, borró las palabras con un palillo y un trocito de piedra pómez y las repasó con tinta. En principio, cualquier perito calígrafo cualificado podría haber detectado tal error. Pero la experiencia de Hofmann con la «Transcripción de Anthon» le había enseñado que la Iglesia sud no contaba con nadie de semejante nivel.

Por aquel entonces, el sótano de la casa de Hofmann en Sandy estaba mejor equipado que la mayoría de los laboratorios de ciencias de los institutos. Tenía un equipo de fotograbado al aguafuerte para hacer planchas de cobre. Tenía botellas llenas de productos químicos y botes repletos de cálamos, la mayoría hechos con plumas de pavo que cortaba y afilaba él mismo.

En realidad, crear la tinta resultaba fácil; lo complicado era envejecerla artificialmente. Como un inventor, Hofmann avanzaba a base de probar y cometer errores, utilizando todo tipo de herramientas en el empeño. Para «La bendición de Joseph Smith III» desarrolló una técnica nueva y muy ingeniosa con la que logró que la tinta fuese absorbida hasta el fondo del papel, simulando así el efecto del tiempo. Tras escribir una letra, colocaba el papel sobre la fina malla de la mosquitera de una ventana. Entonces lo pulverizaba con peróxido de hidrógeno, logrando así la oxidación de la tinta, que se volvía de color marrón, como lo haría con el paso del tiempo. A continuación, utilizaba una vieja aspiradora para succionarla y hacer que pasara a través del papel.

Hofmann añadiría aún un último toque de virtuoso. Con la letra de Thomas Bullock fechó el documento el 17 de enero de 1844 y lo tituló «La bendición de Joseph Smith», para así crear la apariencia de que en un momento dado el historiador había etiquetado y archivado el manuscrito para volver a él en un futuro. En 1844 no existían los ficheros colgantes, así que, en cuanto se secó el papel, Hofmann lo plegó cuidadosamente en tres partes.

«Esta era una forma bastante común de plegar y etiquetar documentos — explicaría más tarde a los investigadores—. Si alguien hubiese querido sacar “La bendición” de un fichero, no habría tenido que desplegarla necesariamente del todo para ver de qué se trataba.»

Tanto la Iglesia sud como su rival, la Reorganizada, querían hacerse con el documento, aunque por razones obviamente opuestas. Para la sud suponía un motivo de vergüenza, pues desacreditaba la sucesión de Brigham Young. Para los de la Reorganizada, en cambio, era la reivindicación de su derecho como legítimos herederos de Joseph Smith. Hofmann, en un estilo típicamente maquiavélico, se embarcó en una serie de largas negociaciones en las que se dedicó a enfrentar a las Iglesias. A petición de las altas jerarquías de la Reorganizada, el documento fue sometido a un intenso examen pericial por uno de los expertos en documentos más destacados del mundo, Walter McCrone, de Chicago. Una década más tarde, McCrone lograría desenmascarar la falsificación religiosa probablemente más famosa del siglo XX: el Sudario de Turín. Según los creyentes, se trataba del sudario con el que fue envuelto Jesús cuando lo metieron en el sepulcro.

McCrone utilizó exámenes microscópicos y químicos para analizar el documento y no encontró ningún signo de falsificación. El papel estaba hecho de algodón, cáñamo y paja, lo que sugería que había sido fabricado entre 1800 y 1890. También contenía mica en polvo, un aditivo que había empezado a utilizarse allá por el año 1807. La cola era de almidón. Restaban dudas sobre la procedencia del documento, pero para esto Hofmann también tenía una solución. Falsificó una declaración jurada de un hombre llamado Alan Bullock en la que este afirmaba haberle vendido «La bendición». Utilizando cartas y otros documentos para crear una falsa identidad, Hofmann certificó la declaración ante notario. Pese a que el nombre de Alan Bullock

era inventado, cuando los representantes de la Iglesia procedieron a investigarlo descubrieron que realmente había un hombre con este nombre en Salt Lake City. Y, aún más extraordinario, la fecha de nacimiento que Hofmann se había inventado para su persona ficticia coincidía con la del verdadero Alan Bullock. De nuevo, la suerte parecía estar de su lado.

Resulta obvio que Hofmann se lo pasó en grande creando estas falsificaciones. Tenía una sensibilidad instintiva para el diálogo y los personajes, y hacía alarde de una destreza asombrosa a la hora de meterse en la cabeza y adoptar las expresiones de aquellos a los que estaba falsificando. Impregnado del lenguaje y de la historia de la Iglesia mormona, era capaz de crear frases típicamente melifluas, como esta que aparece en otra falsificación (una carta de Thomas Bullock a Brigham Young): «Se alargarán sus días sobre la tierra y será recibido en un instante para él», que suena de lo más auténtico. Y también tiene detalles con gracia. «Mi conciencia está tan limpia como el agua de las Montañas Rocosas —escribe Hofmann al final de la carta—. No busco problemas, y confío en que tú tampoco.» Tras firmar, Bullock añade una posdata: «Me encantaría seguir escribiendo, pero me duele la mano. ¿Podemos hablar en privado?».

Al igual que «La bendición de Joseph Smith III», esta carta era extremadamente embarazosa para la Iglesia. «Nunca he dicho que no seas el hombre adecuado para dirigir la Iglesia —escribe Bullock, alias Mark Hofmann—, y, si hay alguien que diga lo contrario, está claro que es un mentiroso; creo que nunca has pretendido nada que no te perteneciese. El señor Smith [el joven Joseph] ha perdido sus derechos a la sucesión, pero no creo que eso te dé licencia para destruir todo vestigio de la bendición que recibió de su padre...» La implicación está muy clara: para asegurar su reivindicación al liderazgo de la Iglesia mormona, Brigham Young había recurrido a la trituración del documento, el mecanismo favorito para los fraudes.

Hofmann sabía que la Iglesia mormona intentaría mantener oculto el contenido de las cartas. Por otra parte, quería crear una unión lo suficientemente fuerte entre él y las altas jerarquías de la misma para que le fuese posible infiltrar en esta otros documentos aún más dañinos. Lo que hizo

a continuación mostró un ingenio maquiavélico. En vez de vender la carta a la Iglesia, decidió donársela personalmente a Gordon B. Hinckley. Al parecer, este le preguntó asombrado:

—¿Estás diciéndome que deseas entregar este documento a la Iglesia sin coste alguno?

El hermano Hofmann le dijo que lo hacía para evitar que el documento cayese en manos de los enemigos de la Iglesia. Hinckley le cogió la mano y lo bendijo.

Nunca se sabrá exactamente qué tipo de relación mantenían Hinckley y Hofmann. La Iglesia mormona ha corrido un tupido velo sobre el asunto. Pero a Hinckley le gustaba Hofmann. Ambos compartían la misma pasión por la historia; especialmente por la historia de la Iglesia mormona. Hofmann era un hombre culto. Podía recitar de memoria buena parte del Libro de Mormón. También estaba muy informado sobre los documentos históricos (en un acto de ironía suprema llegó a aconsejar a la Iglesia sobre cómo detectar falsificaciones) y parecía tener excelentes contactos «allá, de vuelta al Este» (así era como los mormones seguían refiriéndose a la Costa Este). En poco tiempo, Hofmann se había convertido en el abastecedor semioficial de documentos históricos de Hinckley. Incluso tuvo la osadía de proponerle formalizar su relación comercial con la Iglesia. Según los términos de la carta que envió a Hinckley, Hofmann prometió «la búsqueda activa (aunque no a tiempo completo) de cartas-sobre y ensobradas de interés histórico en nombre de la Iglesia». Tras considerar la oferta con atención, la Primera Presidencia decidió rechazarla, aunque aceptó considerar todo artículo individual que Hofmann encontrase.

Durante un periodo de cinco años, desde 1980, Hofmann «encontraría» cerca de 450 documentos mormones que vendería a la Iglesia por cientos de miles de dólares. Casi todos ellos eran documentos sensacionales que brindaban nueva luz sobre la historia mormona. Para los demás anticuarios que trabajaban en su mismo campo, Hofmann parecía tener poderes mágicos.

«Yo lo llamaba el Hombre Mágico —confesaría Rick Grunder, un anticuario especializado en manuscritos mormones que conocía a Hofmann de Salt Lake City—. Era como un indescriptible Richard Cory que nos

aceleraba los corazones al dar los buenos días. Tenía una especie de halo al caminar, aunque no por su aspecto o comportamiento. No sobresalía. Nunca le oí alzar la voz o bravuconear. Su carisma era más bien el resultado de lo que nosotros creíamos que tenía. Nos convenció de que sabía algo que los demás no sabíamos, de que tenía acceso a cosas que nosotros ni siquiera soñábamos con encontrar. Ahí estaba yo, hurgando en montañas de papel viejo y sin llegar muy lejos. A Mark, en cambio, parecía que le bastaba con agitar la mano para encontrar maravillas. Era el Indiana Jones de los mormones, el que podía llevarnos hasta los mayores tesoros de información y riqueza.»

El hecho de que Hofmann fuese tan esquivo solo servía para aumentar la mística creada a su alrededor. «Mi viejo fichero incluye tres o cuatro números a su nombre. Y no era fácil localizarlo en ninguno de ellos. Cuando te concedía audiencia, te sentías un privilegiado. Era muy emocionante pensar que formabas parte de un círculo cerrado: que podías tutear a una persona tan famosa.»

Igual que hizo con todos los que entraron en contacto con él, Hofmann explotó también su amistad con Grunder para fines nefarios. «Solíamos comer o cenar juntos y hablar de libros —recordaría este—. Ahora sé que aquellas conversaciones le servían para plantar semillas. Para probarme y ver cómo funcionarían las cosas. En un par de ocasiones, por ejemplo, me preguntó lo que costaría una página de papiro. Siempre estaba tanteando a la gente de esta forma. Y raramente daba copias de las cosas que había vendido, lo que servía para hacerlo todo más interesante. Era como acceder a ver un destello de la piedra filosofal.»

Las falsificaciones brindaban a Hofmann la oportunidad de ganar dinero haciendo algo que le apasionaba. Podía vivir con la libertad del artista. Y también llenarse la vida de intriga, emoción y celebridad, satisfaciendo su convicción narcisista de que era más listo que el resto de los mortales. Pero, por encima de todo, le permitían ganarse el respeto de las altas jerarquías de la sud al tiempo que les clavaba un puñal por la espalda. El poder y el dinero, el prestigio social y la venganza, el arte y la celebridad... Todo estaba ligado en un mismo fardo seductor. La falsificación era, en el fondo, su manera de

acortar distancias entre la persona que llevaba dentro y la que pretendía ser cara al exterior. De niño lo habían forzado a esconder la verdad sobre sí mismo y vivir una mentira. Las falsificaciones le permitían decir lo que realmente pensaba y ganar la discusión que nunca pudo tener con sus padres; demostrar que la religión que ellos declaraban cierta, de forma tan rotunda e insistente, no era más que una ilusión. Y podía hacerlo todo sin perder su afecto paternal. Al realizar sus extraños «descubrimientos» se ganaba el amor y el respeto que siempre quiso. Era el hombre con el toque mágico, el rey del negocio de los documentos mormones.

Hofmann no fue el primero en utilizar la falsificación para cambiar la historia y descargar su ira y frustración en la sociedad. De hecho, desde que el hombre aprendió a escribir hace más de dos mil años, han sido muchos los falsificadores literarios que han surgido de las sombras para deslumbrar y consternar al mundo con sus creaciones.

[10]. Un tipo de chaqueta popular entre los americanos, especialmente en el instituto, por lo general con las mangas de un color distinto al cuerpo, y con la inicial del instituto, empresa o nombre de la persona cosida al pecho.

El arte de la falsificación

El verbo *to forge* (que en inglés quiere decir «falsificar») viene del francés antiguo *forgier*, que significa «forjar, fabricar o formar». En la Edad Media se refería principalmente a la creación de imágenes u objetos de arte. Las monedas de hierro o metal también podían ser forjadas. Pero ya por el siglo xiv la palabra había empezado a adquirir otros significados. El *Oxford English Dictionary* define uno de estos como: «fabricar, formular, inventar (una historia falsa o imaginaria, una mentira, etc.); idear (maldad); también pretender que (algo) ha ocurrido, fabular».

Dicho con otras palabras, *to forge* era algo que uno hacía con la boca. Pero, con el aumento de la alfabetización y el uso creciente de documentos escritos para reglamentar la sociedad civil, el término comenzó a asociarse con otra parte de la anatomía. Ya no se falsificaba con la boca, sino con la mano. La pluma, y no la lengua, se convirtió en el instrumento elegido por los falsificadores. «No crean... que he falsificado o que no soy capaz de recitar palabra por palabra el método de mi pluma», escribió William Shakespeare en 1591.

La falsificación literaria es mucho más antigua que la lengua inglesa. Hace dos milenios, los antiguos egipcios ya habían establecido leyes para lidiar con las falsificaciones de papiros, sellos y firmas. La historia de una de las primeras falsificaciones del mundo, un bloque cruciforme de piedra que databa de la primera mitad del segundo milenio antes de Cristo, y que fue

encontrado en la Mesopotamia meridional, comienza con un aumento de impuestos. En Sippar, hoy parte de Iraq, se había construido un nuevo templo, y para pagarlo sus sacerdotes habían aumentado el diezmo que recaudaban de la población de los alrededores. ¿Con qué autoridad nos pedís dinero?, les preguntó la gente. Los textos falsos que los sacerdotes inscribieron, en jeroglíficos babilonios, en las doce caras del bloque de piedra les dieron la respuesta: la expansión del templo y el aumento de los diezmos habían sido ordenados por el monarca anterior, el poderoso Manishutusu, rey de Acad. La decisión de los sacerdotes no había sido arbitraria. Estaban cumpliendo con un antecedente histórico. Para evitar que alguien pusiese en duda la autenticidad de los textos, los sacerdotes les habían añadido una garantía y una advertencia. «Esto no es una mentira, es la pura verdad — concluye la inscripción—. Que Enki llene de fango los canales de aquel que dañe el documento.»

Otra falsificación antigua, la piedra de Shabaka, que data del siglo viii a. C., buscaba validar la conquista de la ciudad de Menfis por parte de Shabaka, un faraón nubio. El texto falso inscrito en un bloque de basalto negro que Shabaka erigió en el templo principal de Menfis tenía como finalidad ganarse el afecto de sus nuevos súbditos mediante el halago. Según la mitología tradicional egipcia, el mundo había sido creado por el dios Atum, de la Heliópolis rival. La falsificación de Shabaka daba un nuevo giro al pasado entregando tal honor a Ptah, dios local de Menfis. Como todos los falsificadores, Shabaka confeccionó una procedencia ficticia. Supuestamente, las inscripciones sobre el bloque de basalto habían sido copiadas de un documento antiguo, por lo que Shabaka utilizó técnicas como la simulación de la composición de documentos de otros tiempos y el uso de formas arcaicas de gramática y del lenguaje para darle apariencia de antigüedad.

La creación de las grandes bibliotecas del mundo antiguo estimuló la demanda de falsificaciones. En el siglo iii a. C., la dinastía helena de los Ptolomeo creó la gran Biblioteca de Alejandría, en Egipto, y se embarcó en la tenaz adquisición de cientos de miles de manuscritos. En ocasiones robaban los artículos estrella de su lista de adquisiciones, como las versiones originales en griego de las obras de teatro de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Al haberlos tomado prestados a cambio de un importante depósito, la biblioteca prefería perder ese dinero y quedarse a cambio con el manuscrito. Al mismo tiempo comenzó a florecer un comercio que se especializó en falsificar las obras de los gigantes del mundo literario antiguo, como Platón o Aristóteles. Los bibliotecarios alejandrinos distinguían las obras auténticas y las espurias de la misma forma en que diferenciaban a sus hijos. Los trabajos auténticos eran clasificados como *gnesioi* («legítimos») y las falsificaciones como *nothoi* («bastardos»).

El primer falsificador, en el sentido moderno, vino al mundo el mismo año en que Colón llegó a América. Giovanni Nanni nació en 1492 en la ciudad de Viterbo, Etruria, cerca de Génova, pero pronto latinizó su nombre y lo sustituyó por Annius para darle aires de linaje romano. Más adelante se convirtió en monje dominico y teólogo de cierto renombre, y publicó y dio charlas en la zona de Génova. Era un apasionado patriota local. Para mejorar el estatus de su adorada Etruria empezó a falsificar una serie de sofisticados documentos e inscripciones históricos cuyo objetivo era glorificar su ciudad nativa y presentarla como la cuna de la civilización. Algo parecido habían hecho ya los hombres de estado griegos en el siglo vi a. C. cuando introdujeron frases en las obras de Homero para aumentar la importancia de Atenas.

Así como las falsificaciones de Hofmann contaban historias que la gente quería escuchar, ya fueran mormones o especialistas en Emily Dickinson, también las falsificaciones etruscas de Annius de Viterbo tocaban la fibra sensible de la Italia renacentista, evocando la anterior edad de oro de la historia italiana. Annius se esforzó muchísimo en consolidar su autenticidad. Tras escribir sus inscripciones etruscas y prerromanas en objetos de cerámica, él mismo las enterraba para luego ponerse a cavar y «descubrir las». Incluso rompía la cerámica en pedazos antes de enterrarla para poder sacarla como «fragmentos» que luego lograría recomponer con su ingenio. Después, una vez simulado el «descubrimiento» de sus falsificaciones, pasaba a escribir comentarios sobre ellas, analizando su contenido y su lenguaje para probar su autenticidad. Las críticas que escribió sobre sus propias falsificaciones son uno de los primeros ejemplos de lo que en la actualidad se conoce como

análisis textual.

Desde entonces han sido muchos los falsificadores que han fabricado documentos para alterar la historia. Sus falsedades han acabado por ser aceptadas como hechos y han provocado un cruce ineludible entre la historia real y las invenciones, a menudo de lo más convincentes. Sin las falsificaciones probablemente nunca habríamos oído hablar de los Caballeros de la Mesa Redonda. Su primera aparición tuvo lugar en el siglo xii, cuando el historiador medieval británico Geoffrey de Monmouth publicó su *Historia Regum Britanniae*. Según se dijo, este pesado tomo estaba basado en fuentes antiguas (aunque, como solía ocurrir en estos casos, nunca se presentó ninguna de ellas) y relataba la historia británica, remontándose a la época de Merlín y el rey Arturo. Más adelante desapareció, pero, pese a que en la actualidad se cree que debió de ser un trabajo de ficción, en la práctica se convirtió en el mito fundador de las islas británicas. De él surgieron las leyendas del Grial. Malory lo utilizó como punto de partida para su *Morte d'Arthur*. Shakespeare lo fusiló como material dramático. Varias generaciones de colegiales ingleses han crecido bajo la inspiración de sus leyendas.

El dinero es un móvil relativamente reciente para los falsificadores. Otros móviles, otras razones, son por ejemplo el patriotismo malentendido, el odio a la autoridad, la búsqueda de prestigio social o la necesidad de reinventarse a uno mismo. La falsificación ha sido utilizada con fines religiosos, financieros o políticos; para ganar, influenciar o desacreditar al enemigo. La reina Isabel I utilizó documentos falsos para desacreditar a la reina de Escocia, María Estuardo. En la Segunda Guerra Mundial, los aliados crearon sellos falsos que mostraban la cabeza cortada de Hitler para minar la moral alemana. Un manuscrito falso del Museo Británico pretende convertir en realidad el sueño del alquimista de transmutar el metal en oro.

Los falsificadores se sienten atraídos por la pura diversión y creatividad de su oficio; la erudición y la investigación; la inventiva que implica reorganizar el rompecabezas de la historia de forma nueva y sorprendente. Un prolífico falsificador del siglo xix llamado Denis Vrain-Lucas inventó varias conversaciones epistolares entre figuras históricas que en realidad nunca se

escribieron. Falsificó cartas de Alejandro Magno a Aristóteles, de Francis Bacon a Galileo, de Ricardo Corazón de León a su trovador Blondel.

Al igual que Hofmann, Vrain-Lucas era un meticuloso investigador histórico. Así, por ejemplo, sus cartas ficticias del filósofo francés Blaise Pascal al matemático inglés Isaac Newton estaban atestadas de discusiones técnicas sobre el equilibrio de los fluidos. Y, si alguno de sus documentos era puesto en duda, Vrain-Lucas recurría al mismo truco que Hofmann utilizó tantas veces: creaba una nueva falsificación que autentificase la primera. Un científico escocés llamado sir David Brewster hizo hincapié en el hecho de que, según las cartas de Vrain-Lucas, Newton tenía tan solo doce años cuando le escribió Pascal. De modo que Vrain-Lucas se inventó una carta del tutor de Newton confirmando que, efectivamente, el genio precoz había mantenido correspondencia con el autor de *Pensamientos*. Las invenciones de Vrain-Lucas prosperaron porque adulaban el ego francés, del mismo modo que las falsificaciones mormonas de Hofmann cuajaron porque encajaban con la versión que tenía la Iglesia sobre su propia historia. Según los franceses, el primero en enunciar la ley de la gravedad había sido Pascal y no sir Isaac Newton.

Cabe decir, por supuesto, que la falsificación no es privativa de Europa. En el Japón antiguo, tanto la corte imperial como las familias rurales más poderosas utilizaban genealogías e historias falsificadas para aumentar su prestigio y autoridad. Durante la dinastía Tokugawa, en el siglo XVII, los caudillos militares crearon tales genealogías para reforzar sus pretensiones de parentesco con la familia real. A menudo eran «descubiertos» mapas falsos y escritos geográficos conocidos como *fudoki* («topografías») que servían para legitimar reclamos espurios de nobles ambiciosos sobre las tierras. Por primera vez en la historia japonesa, los falsificadores también empezaron a crear documentos para obtener ganancias. Muchos de estos nuevos falsificadores eran samuráis desempleados o monjes pobres que vivían al margen de la sociedad. La falsificación les proporcionaba un medio para ganarse la vida y, al igual que a Mark Hofmann, un contexto en el que desahogar su enajenación.

Algunos de ellos se ganaron el estatus de héroes populares, como el

campesino Sawada Gennai, que se inventó y adjudicó una identidad falsa creando documentos que lo relacionaban con los Sasaki, uno de los clanes guerreros más poderosos de Japón. Bajo el pseudónimo de Sasaki Ujisato, falsificó muchas narrativas históricas ficticias. Entre 1537 y 1621 llevó a cabo su obra más ambiciosa: una serie de diarios falsificados, los *Kogen bukan*, supuestamente escritos por sus ilustres antepasados, que llegarían a publicarse con mucho éxito en Japón.

En China, la falsificación goza de un pedigrí todavía más largo. Durante la dinastía Qing se produjeron muchos manuscritos falsos, incluyendo tratados taoístas, comentarios de Confucio, documentos oficiales, poemas, narraciones en prosa y obras de caligrafía, generalmente de un alto nivel. Algunos de estos, como el *Shan-hai ching* («El libro de las montañas y el mar») o los dichos de Lao Tzu, acabarían por convertirse en clásicos venerados.

Las sanciones aplicadas por las falsificaciones han ido variando según la época y la cultura. En el antiguo Egipto se castigaba a los falsificadores cortándoles las dos manos. En Japón, en el año 718 d. C., se aprobó una ley que castigaba con el exilio a los funcionarios que falsificasen documentos históricos. En China se empleaba la pena de muerte. En 1572, en Inglaterra entró en vigor una ley según la cual los falsificadores estaban sujetos a la posibilidad de que se les cortasen las orejas y se les rajasen los orificios nasales. Con la creación del Banco de Inglaterra en 1694, año en el que el oro sería reemplazado por pagarés, la falsificación de la moneda empezó a ser castigada con la pena de muerte. Pero no sería hasta 1769 cuando el jurista William Blackstone codificaría en Derecho consuetudinario «la creación falsa, o creación *malo animo*, de cualquier instrumento escrito cuya función sea el fraude o el engaño».

Para entonces, el culto al escritor como héroe había hecho que prosperase la falsificación literaria. Los autógrafos y manuscritos falsificados permitían al público ver y tocar las obras de los genios. William Henry Ireland fue un prolífico falsificador inglés que compartía nombre con William Shakespeare, aunque había nacido más de doscientos años después que el escritor, en 1777. Su padre, Samuel Ireland, era un comerciante londinense de libros y grabados raros. Un trabajo en un despacho del Colegio de Abogados permitió al joven

Ireland tener acceso a manuscritos raros y aprender a escribir con soltura y buena caligrafía. Lo que lo llevó a caer en aquel mundo de las falsificaciones fue su fascinación por uno de los chicos más de moda del Romanticismo, el poeta adolescente Thomas Chatterton. Aún faltaban siete años para el nacimiento de Ireland cuando Chatterton se suicidó, a los diecisiete, bebiendo arsénico, pero las historias sobre su brillante carrera nunca dejaron de fascinar a la sociedad londinense. Utilizando el pseudónimo de Thomas Rowley, un monje del siglo xv cuya obra dijo haber descubierto en la iglesia St. Mary Redcliffe de Bristol, Chatterton había falsificado una serie de seductores poemas medievales. En su día llegarían a ser tan famosos como las canciones de los Beatles en los años sesenta. Wordsworth describió a Chatterton como a un «joven maravilloso». Coleridge lo inmortalizó en *Monodia sobre la muerte de Chatterton*. Keats dedicó uno de sus poemas más importantes, *Endimión*, a su memoria.

Ireland vio en la falsificación el camino hacia la celebridad. También iba a servirle para ayudar a su padre, que, como todo comerciante de libros y manuscritos raros, soñaba con descubrir el documento histórico definitivo: un manuscrito de Shakespeare. Pese a que el dramaturgo inglés escribió miles de palabras, todo lo que ha quedado de su letra son unas pocas firmas sueltas. Nunca sabremos si Ireland padre llegó a enterarse de que el documento que su hijo le entregó poco antes de la Navidad de 1794, el contrato de hipoteca entre Shakespeare y un tal Michael Fraser y su mujer, Elizabeth, era falso. Lo que sí sabemos es que, al recibirlo, Samuel Ireland casi se desmaya de alegría y gratitud.

Para el papel, Ireland había utilizado la hoja de cortesía del final de un registro de rentas del reinado de Jacobo I, que subió al trono justo cuando Shakespeare estaba empezando a escribir sus grandes obras. Con la mano derecha, Ireland escribió la firma de Shakespeare y, con la izquierda, la inscripción de Michael Fraser. Envalentonado por su éxito, se dedicó a crear un *opus magnum* de falsificaciones shakespearianas, incluyendo el manuscrito completo de *El rey Lear* —por el que James Boswell mostraría una gran reverencia—, fragmentos de *Hamlet* y cientos de documentos y cartas de Shakespeare y sus coetáneos.

En realidad, se trataba de trabajos de aficionado que no deberían haber engañado a nadie. La letra era mala y el contenido estaba muy por debajo hasta de lo peor de Shakespeare. Sin embargo, al igual que las falsificaciones mormonas de Hofmann potenciaron un deseo intenso de creer en ellas, el público británico estaba tan cautivado con la idea de haber encontrado ejemplares originales del dramaturgo que fue arrastrado por una ola de euforia. Subido a esta, Ireland se puso a crear la falsificación más ambiciosa de todas: una nueva obra completa de Shakespeare, llamada *Vortigern y Rowena*. Como *El rey Lear* y *Cimbelino*, se ambientaba en la antigua Bretaña. La letra solo se parecía ligeramente a la de Shakespeare. La acción estaba cargada de tragedia y el lenguaje era muy teatral. Por aquel entonces, como ahora, no resultaba especialmente difícil encontrar a un experto que estuviera dispuesto a declarar la autenticidad de un documento por una pequeña retribución. Muy pronto fue representada en Drury Lane, en una costosa producción de Richard Brinsley Sheridan, el Tom Stoppard de aquellos tiempos, y con el célebre actor John Philip Kemble en el papel principal.

Por desgracia, la trama era tan poco animada como un funeral y la poesía francamente mala. En el quinto acto, cuando Kemble recitó la frase: «Y cuando esta farsa solemne termine...», el público comenzó a silbar y abuchear. «En cuanto se escuchó la frase en cuestión, pronunciada en el tono de voz más sepulcral posible —escribió Ireland en sus *Confessions*—, resonó desde la platea el griterío más disonante que jamás haya atacado los órganos de la audición.»

De mucho mayor calibre fueron las falsificaciones de T. J. Wise y Harry Buxton Forman publicadas en Inglaterra a finales del siglo XIX. Forman era el hijo de un cirujano de Devon de la Marina Real Británica. Había nacido en 1842 y de joven había soñado con ser poeta, pero acabó por convertirse en editor de la poesía de otros. Su edición en cuatro volúmenes de las obras de Shelley, publicada en 1876 y seguida por otra similar de las obras de John Keats, lo convirtió en uno de los editores más importantes de la época.

T. J. Wise también había soñado con ser poeta. Nacido en 1859, era hijo de un artesano londinense que se describía a sí mismo, según el caso, como

fabricante de plumieres, joyero industrial, estanquero o autónomo. Wise había tenido una infancia dickensiana en Holloway, un barrio inhóspito al norte de Londres. Un trabajo en la empresa Herman Rubeck and Company, una correduría de mercancías en el centro financiero de Londres, le ayudó a salir de su agujero. Entró en la empresa como recadero y rápidamente empezó a subir de categoría hasta convertirse en un hombre de negocios acaudalado y un exitoso coleccionista de libros.

Los dos hombres se conocieron en 1886. Ambos compartían la pasión por la poesía y los libros raros. Ambos eran muy entendidos en técnicas de impresión y producción de libros. Ambos parecían carecer de la moralidad típica de los victorianos. Desde 1888, estos dos bibliófilos con buenos contactos comenzaron a falsificar un gran número de primeras ediciones. Entre ellas había tesoros de la talla de *Grace Darling*, de Swinburne, *Morte d'Arthur*, de Alfred Lord Tennyson, y *Ticonderoga*, de Robert Louis Stevenson, así como obras de Ruskin, George Eliot y Matthew Arnold.

Maravillosamente impresas, en el mejor de los papeles —la mayor parte hecha a mano— y prestando una atención extraordinaria al detalle tipográfico, estas primeras ediciones fueron vendidas principalmente al otro lado del Atlántico, a coleccionistas americanos deseosos de poseer un trozo del patrimonio literario de la madre patria. Muchas de ellas cayeron bajo el martillo de Sotheby's, cuyos registros de venta en subasta de los años 1888-1920 muestran cantidades que van desde unas pocas libras hasta las 135 que se pagaron en 1919 por una colección de las obras de Robert Louis Stevenson.

Wise y Forman produjeron en total unas cien falsificaciones, la mayoría en copias múltiples. Fueron desenmascarados cuando la repentina proliferación de ediciones raras comenzó a levantar las sospechas de dos libreros de Londres, John Carter y Graham Pollard, quienes decidieron someter a exámenes exhaustivos la reimpresión que hizo Wise de un ejemplar de 1847 de los *Sonetos* de Elizabeth Barrett Browning. En lo que acabaría convirtiéndose en uno de los mejores trabajos detectivescos literarios del mundo, Carter y Pollard descubrieron una serie de anomalías diminutas. Una de ellas era que el papel incluía hierba de esparto y madera química, dos

componentes que en realidad no habían sido introducidos hasta después de la supuesta fecha de publicación. También descubrieron un pequeño defecto tipográfico. Las letras *f* y *j* no tenían lo que se conoce como «*kern*» o «cabeza ensortijada», la primera por arriba y la segunda por abajo. Este tipo de letras no existían en 1847, que era cuando se suponía que el texto había sido escrito. En realidad, se habían introducido por primera vez a principios de la década de 1880.

Para localizar la fuente de estas primeras ediciones espurias, Pollard y Carter se pasaron meses visitando prácticamente todas las casas tipográficas de Londres. Su caza los llevó finalmente a una imprenta llamada Richard Clay and Sons, en la que, entre 1880 y 1883, habían desarrollado un tipo de letra llamado Long Primer n.º 3. Una de las características más innovadoras de esta tipografía era el uso de letras como las que aparecían en los *Sonetos*, esto es, sin *kern*. Uno de los mejores clientes de Richard Clay and Sons era un bibliófilo y rico hombre de negocios llamado Thomas J. Wise.

A Wise y Forman los empujaba una complicada mezcla de móviles: el deseo de ganar dinero, una genuina pasión por los libros y los manuscritos deformada por la codicia, y la necesidad de impresionar a los círculos literarios londinenses de moda en los que solían moverse. Como Mark Hofmann, sir Edmund Backhouse, conocido como el Eremita de Pekín, se sentía motivado por un deseo de venganza contra la sociedad en la que había nacido. Pese a haber ido al mismo colegio que Winston Churchill, despreciaba lo que veía como la vulgaridad e hipocresía del periodo final de la época victoriana. En 1898 se fue a China y se puso a trabajar para una compañía naviera, y como espía. Dominaba bien el japonés y el chino, tanto escritos como hablados, y bajo el patrocinio del conocido corresponsal de *The Times*, el doctor G. E. Morrison, un gran experto en China, muy pronto comenzó a suministrar todo tipo de información, desde la última intriga política en la Ciudad Prohibida hasta el traslado de armamento de los caudillos chinos. Lo que sus tratantes no sabían es que la mayor parte de las cosas que Backhouse les contaba eran inventadas.

La ficción también formaba parte de sus libros. El más famoso, *China under the Empress Dowager* («China bajo la emperatriz Viuda»), fue

aclamado como un clásico. Nadie sospechó entonces que una de las fuentes principales del libro, el diario de un noble chino llamado Ching-Shan que Backhouse dijo haber encontrado en la casa del propio Ching-Shan cuando fue saqueada durante la rebelión bóxer, se trataba también de una falsificación. Luego vendrían muchas otras de manuscritos chinos, incluyendo el diario del gran eunuco de la corte imperial, Li Lien Ying. Asimismo, Backhouse afirmaría haber tenido una aventura clandestina con la emperatriz.

Las falsificaciones de Backhouse de los textos literarios chinos pasaron de mano en mano con una reinención, tipo Walter Mitty, de la historia de su vida. Backhouse decía ser descendiente del primer ministro Charles James Fox y de una familia rusa aristócrata. Contaba que de joven había viajado por toda Europa, Rusia y América, y que en el camino se había encontrado con algunos de los personajes más importantes de la época, incluyendo a Oscar Wilde, Sarah Bernhardt, Lev Tolstói y Aubrey Beardsley.

La verdad era un poco más mezquina. Backhouse era homosexual en una época previa a los derechos de los gays, y en 1898, tras declararse en bancarrota y sufrir un ataque de nervios mientras estaba en la Universidad de Oxford, fue enviado al Extremo Oriente para evitar que siguiese mancillando el nombre de la familia. Con la distancia física llegó también una huida patológica de la realidad. Hacia el final de su vida, la mente lúcida de Backhouse se había convertido en una casa encantada de fantasía, obsesión sexual y resentimiento. Adoptó la forma alemana original de su nombre; celebró los estragos causados en Londres por las fuerzas aéreas alemanas durante el bombardeo a Gran Bretaña. Se dedicó a despotricar contra los judíos y evitó todo contacto con occidentales. Arrastrándose por su casa de Pekín con una barba larga y blanca y túnicas de seda hasta los pies, parecía un cruce de un loco especialista en Confucio con Ezra Pound. Sus memorias en dos volúmenes, la mayor parte ficticias, estaban atestadas de descripciones explícitas sobre sus aventuras sexuales en la China imperial.

El marqués de Pa k'o-ssu, como gustaba llamarse al final de su vida este hijo de una familia cuáquera inglesa de clase media, murió en el Hospital Francés de Pekín el 8 de enero de 1944. Para entonces había sido

desenmascarado como un farsante y un charlatán. Pero era demasiado tarde para suprimir su nombre del listado de la historia. Gracias a un regalo de diecisiete mil ejemplares de libros y manuscritos impresos en chino que hizo en 1913 a la Biblioteca Bodleiana en Oxford, la versión latina de su nombre, «Edmundus Backhouse, baronettus», todavía puede encontrarse inscrita en una lápida de mármol de la Bodleiana, junto a nombres como Oliver Cromwell —duque de Gloucester—, Paul Mellon y el resto de los grandes benefactores de la biblioteca más importante de Inglaterra.

La falsificación literaria hizo su aparición en el Nuevo Mundo al mismo tiempo que la lengua inglesa adoptaba un nuevo epíteto. En 1855, un periodista de Nueva York describió como «hombre de confianza» a William Thompson, un conocido criminal que había usado distintos pseudónimos para estafar a cientos de personas. Poco después, un teatro de Chambers Street produjo una farsa en honor a este nuevo héroe popular americano. Unos años más tarde, Herman Melville grabó el término en la conciencia del mundo con su novela corta *El estafador y sus disfraces*, cuyo título original era *The Confidence Man* («El hombre de confianza»).

El primer «hombre de confianza» de las letras fue un librero de Filadelfia llamado Robert Spring. Nacido en Inglaterra en 1813, Spring emigró a América cuando era joven. En la década de 1850, y utilizando su negocio de libros raros en Filadelfia como fachada, comenzó a producir una serie de documentos de George Washington. Sus falsificaciones favoritas eran cheques personales girados al verdadero banco del antiguo presidente, la Oficina de Descuento y Depósito en Baltimore. Como «hombre de confianza» original, Spring también adoptó distintos pseudónimos para ocultar su verdadera identidad.

Uno de los falsificadores estadounidenses de mayor talento fue un irlandés-americano de Nueva York llamado Joseph Cosey. Cosey nació en Siracusa en 1887 y era hijo de un ebanista irlandés. Adolescente inquieto y desabrido, a los diecisiete años abandonó el colegio, se fue de casa y comenzó a trabajar para una imprenta por un salario de tres dólares y medio a la semana. Pronto se cansó del empleo y decidió embarcarse en un estilo de vida criminal. A los cuarenta años había pasado ya diez de ellos en la cárcel, incluyendo

temporadas en San Quintín y la isla Rikers.

«Debo mi verdadero comienzo en la vida a la Biblioteca del Congreso — recordaría más tarde con ironía—. Pasé por allí un día de 1929 y pedí que me dejaran ver una carpeta de manuscritos históricos. Me intrigaban. Cuando me fui me llevé como recuerdo un vale fechado en 1786 y firmado por Benjamin Franklin cuando era presidente de Pensilvania. En realidad, no lo robé, porque la Biblioteca del Congreso pertenece al pueblo y yo soy del pueblo.»

Cosey ofreció el documento a uno de los comerciantes de las librerías de segunda mano que hay en la Cuarta Avenida en Nueva York, pero este le dijo que era falso. La soberbia de aquel hombre enfureció a Cosey, que decidió darle una lección. Tras comprar una botella de tinta marrón Waterman de una tienda de todo a cien, comenzó a practicar la letra de americanos famosos, y sobre todo la de Abraham Lincoln. Unos meses más tarde volvió a visitar al anticuario y le vendió una falsificación por diez dólares.

Cosey poseía un talento deslumbrante para la mimesis. Escribía rápido y nunca retocaba los manuscritos; era capaz de captar eso que los grafólogos definen como la psicodinámica de la letra: la mano enérgica y masculina de Washington, los garabatos volátiles de Mark Twain, la caligrafía pulcra y elegante de Rudyard Kipling. Como Hofmann, Cosey también poseía una gran técnica. Fabricaba sus propias plumas y mezclaba su propia tinta utilizando limaduras oxidadas de hierro y la tinta marrón Waterman, con lo que lograba simular a la perfección la tinta ferrogalotánica marrón del periodo revolucionario.

Su obra maestra fue un manuscrito de *El cuervo*, de Edgar Allan Poe. Poe estaba viviendo en Nueva York cuando escribió el legendario poema, y por casualidad Cosey había adquirido un antiguo libro suyo de cuentas de aquella época. En una hoja de papel que cortó del mismo, Cosey escribió varias estrofas de *El cuervo*, incluyendo las correcciones de Poe. Estaba creando el borrador del poema más famoso de América.

Escondido en un miserable apartamento de la parte baja de Broadway, con los bolsillos de su chaqueta raída llenos a reventar de lapiceros, plumillas y pedacitos de papel viejo, Cosey produciría cientos de manuscritos falsos de diversas figuras históricas, como Lincoln, Washington, Franklin y Samuel

Adams. Muchas de estas falsificaciones aún están en el mercado. Para evitar el padecimiento de lo que se conoce como el temblor del falsificador —un estremecimiento de la mano que a menudo delata a los practicantes del oficio—, Cosey acabaría chutándose heroína.

Desde entonces ha habido muchos otros falsificadores que se han dedicado a deslumbrar y engañar al mundo. En los años treinta, Charles Weisberg, un graduado de una universidad de la Ivy League^[11] que con el tiempo sería conocido como «el Barón» debido a su apariencia y comportamiento aristocráticos, siguió los pasos de Cosey, falsificando numerosos documentos de Lincoln y de Washington, y también obras de Whitman y Heinrich Heine. En los años setenta, Thomas McNamara utilizó los conocimientos que había adquirido como conservador de la Colección George H. Brown de Robert Frost en la Universidad Estatal de Plymouth, New Hampshire, para crear varios poemas de Frost, así como obras de William Carlos Williams. Cuando fue arrestado, la policía encontró entre sus posesiones un arsenal de tintas y plumas. Pero incluso él cometería en ocasiones graves errores elementales. La tinta que McNamara utilizó para sus falsificaciones de William Carlos Williams, por ejemplo, no se fabricó hasta el año en que murió el poeta.

Grandes cantidades de ingresos fungibles, un mercado de subastas basado en el bombo publicitario y un público crédulo, con más dinero que sentido común, han hecho de la nuestra una época dorada para la falsificación literaria. El mercado del coleccionismo está valorado en unos treinta mil millones de dólares anuales. Y allí donde antes solo había un puñado de casas de subastas, como Sotheby's y Christie's, ahora hay decenas. El mayor incremento está ocurriendo en Internet. El éxito de eBay, la primera casa de subastas en línea de América, ha desatado la proliferación de salas de subastas virtuales. Incluso Sotheby's y Christie's tienen ya operaciones en línea. En total existen unas ciento cincuenta mil páginas web en las que, con solo un dólar, los clientes pueden empezar a pujar por todo tipo de cosas, como un cuadro original o una gorra firmada por Babe Ruth.

Poseer un autógrafo de Babe Ruth o un trozo del pastel de bodas de los Windsor —subastado en Sotheby's, Nueva York, por 27 000 dólares en 1999— da a los coleccionistas de hoy en día, maravillados por la celebridad, un

vínculo tangible con el mundo del *glamour* y de la fama. Y, como pudo verse en la subasta de los efectos personales de Marilyn Monroe en Christie's, Nueva York, lo que la gente está dispuesta a pagar con tal de poseer un pedazo de estrella no tiene límites. El neceser de maquillaje de Monroe, cuyo precio aproximado era de mil dólares, se vendió por casi un cuarto de millón. El mismo año, la casa de subastas Guernsey's, con sede en Nueva York, subastó por 3,2 millones la pelota de béisbol con la que Mark McGwire anotó su carrera número setenta. Sin embargo, tan solo dos años más tarde Barry Bonds batiría el récord de McGwire con setenta y tres carreras. Será muy difícil que alguien vuelva a pagar tanto dinero por la pelota de béisbol de Mark McGwire.

Los precios de los documentos históricos han sufrido una inflación parecida. «Una carta de George Washington, que hasta hace poco se habría vendido por unos quinientos dólares, puede ahora costar quinientos mil — dice Charles Sachs, dueño de Scriptorium, un conocido anticuario de Beverly Hills, California—. Lo que ha pasado es que el mundo de las subastas se ha llenado de gente del mundo del arte acostumbrada a pagar mucho dinero. El mundillo de Hollywood ha empezado a comprar regalos caros: cartas de Lincoln para sus abogados, y de Freud para sus psiquiatras.»

Con la increíble subida de los precios han aumentado también — exponencialmente— la lucha por el material y la tendencia al abuso. «Yo solía encontrarme con una falsificación por semana, aproximadamente — recuerda Roy Davids, jefe del Departamento de Libros y Manuscritos del Sotheby's de Londres desde 1970 hasta 1994 (resulta irónico que Marsha Malinowski, la empleada que se ocupó de la venta del Hofmann, fuese una de las personas formadas por Davids)—. Pero nos devolvían muy pocas cosas. De hecho, solo recuerdo un caso: una carta del pintor Rafael. Nuestro deber principal consistía en asegurarnos de que los artículos que ofrecíamos fuesen correctos. Y cuando estuve en Sotheby's era bastante raro que se nos pasase una falsificación. Mi impresión es que las cosas ya no funcionan así: que el sistema no es tan hermético como antes.»

Y cuanto más descendemos en la cadena alimentaria, peor se pone la cosa. En 1999, el 87 por ciento de las quejas al Centro Nacional de Información del

Fraude, una organización de consumo en Washington D. C., estuvieron relacionadas con subastas en línea. Este negocio ilegítimo es especialmente activo en los artículos relacionados con los deportes, los famosos y la Segunda Guerra Mundial: desde fotos autografiadas de las Spice Girls hasta cartas de Rommel. Según las estimaciones, el porcentaje de productos falsos de deportes y famosos vendidos a través de Internet puede alcanzar el setenta por ciento.

Detrás de las falsificaciones literarias más espectaculares que han aparecido en el último cuarto de siglo se encuentra, por lo general, nuestra obsesión por el mundo de la fama. Lo que las vuelve tan valiosas son las «revelaciones» que nos brindan de los héroes y villanos del pasado, ya se trate de una autobiografía falsa de Clifford Irving sobre el multimillonario y solitario Howard Hughes, de la correspondencia entre JFK y Marilyn Monroe que salió a la luz en Nueva York a principios de los noventa o del diario de Jack el Destripador que apareció en Inglaterra en 1993.

En la mayoría de los casos, estas falsificaciones han resultado ser técnicamente pobres. Pero los canales de noticias de veinticuatro horas y el apetito voraz de los medios por las historias sensacionalistas, unidos al descenso de sus criterios morales, se han asegurado de que la incredulidad no solo sea suspendida de forma voluntaria, sino arrasada por un torbellino de bombo publicitario e ilusiones. Los diarios de Hitler causaron gran sensación cuando aparecieron por vez primera en la revista alemana *Stern* en 1983. Habían sido producidos de forma tan poco profesional que cuesta creer que engañasen a nadie, especialmente a Hugh Trevor-Roper, uno de los mayores historiadores británicos, autor de *Los últimos días de Hitler*. Pero lo cierto es que, tras examinarlos, Trevor-Roper declaró que representaban «uno de los acontecimientos más importantes de la historia contemporánea».

En realidad, eran obra de un falsificador y anticuario de artículos y documentos nazis llamado Konrad Kujau. Hay que reconocer que llegaban con una buena historia. Como es bien sabido, en los últimos días de la guerra, cuando la capital nazi estaba a punto de caer ante los rusos, Hitler envió por avión desde Berlín diez baúles de hierro llenos de papeles personales y diarios, destino a Berchtesgaden. El avión se estrelló y nunca más se supo de

él. Kujau afirmó que un familiar suyo de la antigua Alemania Oriental —un general, nada menos— lo había localizado, y con él también los diarios. Estos los compró, por dos millones de marcos alemanes, Gerd Heidemann, un ambicioso periodista de investigación de la revista *Stern* conocido por su simpatía por los nazis (y que ya poseía, por ejemplo, el yate de Hermann Goering, *Carin II*).

El Archivo Federal de Alemania no se dio cuenta de que los diarios eran falsificaciones, en parte porque las muestras de control de los supuestos documentos auténticos que les proporcionó Heidemann venían precisamente de los diarios falsos de Kujau. Lo mismo le ocurrió al prestigioso experto americano Ordway Hilton, pese a que era él quien, en el pasado, había desenmascarado las falsas memorias de Howard Hughes producidas por Clifford Irving. A las pocas horas de la publicación de los diarios en la revista *Stern*, se puso en marcha un frenesí mediático a escala mundial. La publicación inglesa más importante de Rupert Murdoch, la revista *Sunday Times Magazine* de Londres, compitió con *Newsweek* para ser la primera en presentar los diarios en el mundo de habla inglesa. La televisión y las estaciones de radio llevaron la noticia del sensacional descubrimiento a millones de hogares. Solo cuando, a petición de *Newsweek*, los diarios fueron examinados en Nueva York por Kenneth Rendell, el hombre que según Sotheby's autentificaría el poema de Emily Dickinson, se vio claramente que lo que el historiador Trevor-Roper había llamado «un triunfo periodístico sin precedentes» era en realidad un embuste periodístico sin precedentes. La caligrafía no era correcta. Los cuadernos de cuero de imitación, con sus toscos sellos de cera, poco tenían que ver con las preciosas agendas de escritorio encuadernadas en cuero que utilizaba Hitler. Hasta el tipo de letra de las iniciales metálicas de la cubierta de uno de los diarios —el Engraver's Old English— había sido declarado ilegal por los nazis a principios de los cuarenta por ser «demasiado judío».

A miles de kilómetros de distancia, en Salt Lake City, Mark Hofmann observó fascinado cómo iba desenredándose el asunto de Kujau. Para él, una vez más, aquella era una prueba de lo fina que es la pantalla entre la verdad y la ilusión, y de cómo, si el deseo de creer es lo suficientemente intenso, hasta

una falsificación mediocre puede pasar desapercibida. Y Hofmann no era un falsificador mediocre. De hecho, en los largos anales de la falsificación literaria nunca ha habido un falsificador tan meticuloso en su investigación, tan diestro en la técnica, tan malévolo en sus intenciones y tan grandioso en sus propósitos. Menos de un año después de que Konrad Kujau fuese desenmascarado, Hofmann se dispuso a hacer lo que ningún falsificador había hecho antes: crear un documento que, de ser cierto, podría hacer temblar los cimientos de una de las religiones más importantes del mundo. La «Carta Salamandra».

[11]. La Ivy League incluye a ocho universidades prestigiosas: Harvard, Yale, Columbia, Princeton, Pennsylvania, Brown, Dartmouth y Cornell. El nombre viene de la época en que estas universidades formaron una liga (*league*) de competiciones deportivas, así como de la hiedra (*ivy*) que cubre los muros de sus viejos edificios.

La «Carta Salamandra»

Era un día gélido de principios de enero de 1984. Lyn Jacobs, un amigo de Hofmann que acababa de llegar en avión desde Boston, se acercó al edificio de veintiocho plantas de las oficinas de la Iglesia. Había nevado durante las vacaciones, y el viento que soplaba desde las montañas Wasatch parecía atravesarlo como si fuese un cuchillo. Jacobs, un hombre extrovertido e ingenioso con pelo negro encrespado, perilla y ojos taciturnos, había conocido a Hofmann en 1979 en una librería, cuando, al ponerse a charlar, se dieron cuenta de que compartían una pasión común por los documentos históricos mormones.

Jacobs ya no solía pasar mucho tiempo en Salt Lake City. Se había marchado «allá, de vuelta al Este». La frase siempre le hacía reír, como si los mormones acabasen de llegar en un carromato. Dado que Jacobs era homosexual, aficionado a los libros, el arte, el teatro y la comida étnica, poner cinco mil kilómetros de distancia entre él y la central mormona había sido la decisión más inteligente de su vida. En Boston, donde estudiaba Teología en la Universidad de Harvard, estaba fuera del alcance de la mirada de los autoproclamados guardianes de la moralidad pública. Podía vestirse a su gusto, pensar lo que le diese la gana y, no menos importante, acostarse con quien quisiera. De hecho, si su viejo amigo no le hubiese llamado para pedirle que fuera a visitarlo y a ayudarlo a vender un manuscrito a la Iglesia, Jacobs habría pasado la Navidad en Boston. Sin embargo, en cuanto

Hofmann le dijo de qué se trataba supo que era algo que no podía perderse. El documento ponía patas arriba toda la teología mormona, y Hofmann le había ofrecido el cincuenta por ciento de las ganancias.

Fecha el 23 de octubre de 1830, la carta que Hofmann decía haber descubierto había sido escrita por Martin Harris, uno de los primeros escribanos del Libro de Mormón, e iba dirigida a un tal W. W. Phelps. Por lo visto, Phelps, que acabaría por convertirse en un prominente miembro de la Iglesia mormona, había escrito a Harris para pedirle información sobre la nueva fe que estaba arrasando en Nueva Inglaterra. La respuesta de Harris comenzaba diciendo: «Estimado señor: Su carta de ayer ha sido recibida y me apresuro a contestarle de la forma más explícita posible: me enteré de la existencia de Joseph Smith hijo en el año 1824 ese verano firmé un contrato con su padre para que construyese una valla en mi propiedad...».

La revelación más extraordinaria de la carta era la descripción de Harris sobre cómo Joseph Smith había descubierto las planchas de oro. En los libros ilustrados que Jacobs había leído de niño, ese momento crucial estaba representado al estilo Disney: en un primer plano aparecía Joseph Smith, arrodillado sobre el suelo en un claro del bosque, rodeado de árboles de hojas doradas y vestido con una capa verde que ondeaba al viento. Ante él se alzaba el ángel Moroni: un hombre joven, musculoso y alto, de aspecto ario, como una estrella de Hollywood, con el pelo largo y rubio y una túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos atada con un cinturón dorado, de pie bajo un rayo de luz, como un actor bajo un foco, con su mano derecha alzada con la palma hacia arriba, en un gesto de entrega. Smith lo miraba con gratitud, sujetando sobre su rodilla derecha lo que parecía una carpeta dorada de anillas. Se trataba de las míticas planchas en las que Smith afirmaba haber encontrado inscrito el Libro de Mormón.

El descubrimiento de las planchas doradas por parte de Smith es el principal acontecimiento de la leyenda fundadora del mormonismo, su nacimiento, el eje en torno al cual gira todo lo demás. La carta de Hofmann daba la vuelta a la leyenda: «En otoño de 1827 —escribía Martin Harris— oigo que Joseph ha encontrado una Biblia dorada le pregunto a Joseph y me dice que es cierto la encontré hace cuatro años con mi piedra pero solo la he podido sacar ahora

debido al encantamiento el viejo espíritu se me aparece tres veces en el mismo sueño y me dice desentierra el oro pero cuando lo saco a la mañana siguiente el espíritu se ha transfigurado en una salamandra blanca al fondo del agujero y me golpea tres veces y se queda con el tesoro y no me deja cogerlo porque lo he apoyado en el suelo para cubrir el agujero».

La mayoría de los primeros seiscientos conversos al mormonismo practicaban, como Joseph Smith, «el arte de la adivinación» con cristales: eran granjeros pobres que utilizaban la magia y el ocultismo para tratar de encontrar oro. Como dice Fawn M. Brodie en su biografía de Joseph Smith, *No Man Knows My History*: «Nueva Inglaterra estaba abarrotada de cazadores de fortunas: granjeros pobres y desesperados que, tras haber comprado por equivocación miles de metros cuadrados de tierra rocosa, esperaban que esas mismas rocas produjeran la recompensa dorada a su duro trabajo». Pero, cuando, en el punto álgido de su fama, Joseph Smith se puso a escribir un borrador autobiográfico, eliminó toda referencia a estas prácticas ocultistas. Desde entonces, los historiadores de la Iglesia sud han mantenido una enérgica campaña para contener cualquier tipo de debate sobre el tema.

Y, sin embargo, esta parte prohibida de la historia ha seguido filtrándose por debajo de las versiones oficiales de la leyenda mormona. Con su falsificación, Hofmann pretendía explotar precisamente estos miedos y ansiedades: en vez de intervención divina, había magia negra; en vez de un ángel, una lagartija habladora; en vez de un profeta, un cazador de fortunas y un impostor. Una de las principales fuentes de la historia de Hofmann sobre la salamandra era una declaración jurada escrita por un vecino de Joseph Smith llamado Willard Chase. En un momento dado, Chase contrató a Smith para que le hiciese un pozo, y fue excavando en su casa de Palmyra cuando el profeta descubrió la piedra de la adivinación que utilizaría para traducir las planchas de oro. Esta «piedra de aspecto singular», como la describió Chase, era totalmente negra a excepción de unas rayas claras. «La subí hasta lo alto del pozo —escribió Chase— y, cuando nos disponíamos a examinarla, Joseph la metió en su sombrero y luego introdujo su cara en este... Poco después de encontrar la piedra comenzó a divulgar las maravillas que podía descubrir mirando en el interior del sombrero.»

Más adelante, Chase habla del descubrimiento de las planchas de oro: «En el mes de junio de 1827, Joseph Smith padre me contó la siguiente historia: que hace algunos años su hijo Joseph tuvo una visión en la que se le había aparecido un espíritu, que le había informado de que en un lugar determinado había unas planchas de oro con un texto inscrito, y que le había dicho que él era la persona que iba a descubrirlas, y que lo haría de la siguiente forma: el 22 de septiembre debía vestirse de negro y, montando un caballo negro con cola postiza, acudir al lugar en el que había sido depositado el manuscrito. Entonces tenía que pedir el libro utilizando un nombre concreto, y, en cuanto lo hubiera obtenido, debía marcharse a toda prisa sin apoyarlo en el suelo o mirar atrás. Vistieron a Joseph como le había indicado el espíritu, con un traje de color negro, y tomaron prestado un caballo negro. El joven fue al lugar indicado y pidió el libro, que estaba en un arcón de piedra, sin sellar, y tan cerca de la superficie que podía ver uno de sus extremos. Entonces la levantó y sacó el libro de oro, pero, por miedo a que alguien descubriese que lo tenía, lo apoyó en el suelo para volver a colocar en su sitio la tapa de piedra y dejarla como la encontró. Al darse la vuelta, y para su sorpresa, el libro había desaparecido. Abrió el arcón de nuevo, vio otra vez el libro en su interior y trató de cogerlo, pero algo se lo impidió. Entonces descubrió que en el arcón había algo así como un sapo que enseguida tomó la apariencia de un hombre y lo golpeó en un lado de la cabeza».

Hofmann se pasó varios meses dando vueltas a la idea de la carta antes de decidirse a falsificarla. Estudió muchos relatos de la época dedicados al descubrimiento de las planchas de oro —incluido el de Chase—, y se basó principalmente en dos libros: el folleto antimormón escrito por E. D. Howe en 1834, *Mormonism Unveiled* («El mormonismo desvelado»), y la biografía de Fawn M. Brodie sobre Joseph Smith, *No Man Knows My History*. De ellos sacó el perfil del relato que luego pondría en boca de Martin Harris.

La elección de este personaje resultó de lo más inspirada: solo existen unas pocas muestras de su letra, y Harris contaba con una historia más bien problemática. De aspecto siempre preocupado, orejas largas y puntiagudas y calva incipiente, Harris era un granjero acomodado de Palmyra que profesaba gran interés por el ocultismo y la magia popular —antes de unirse a la nueva

religión de Smith—, algo bien conocido por todos. En su búsqueda de Dios había tropezado ya con varias sectas. Había sido universalista, cuáquero y restauracionista. Cuando le hablaron de las planchas de oro declaró que «un gran torrente de luz iba a desbordarse sobre el mundo». Y también, de modo más práctico, se ofreció a pagar las deudas de Joseph Smith y financiar la traducción de las planchas.

Su mujer pensó que había perdido la cabeza, y, cuando en abril de 1828 Harris dejó su próspera granja en Palmyra para seguir a Joseph Smith hasta Harmony, Pensilvania, y trabajar como su escribano, a Lucy Harris le dio un ataque de cólera. Era la típica esposa de granjero yanqui con una actitud práctica ante la vida; no iba a permitir de ninguna forma que el duro trabajo de tantos años fuese despilfarrado en lo que ella consideraba una estafa. Exigió ver las planchas de oro. Cuando su marido no fue capaz de mostrárselas, registró de arriba abajo los armarios, interrogó a los vecinos e incluso inspeccionó el jardín de la casa que Harris estaba compartiendo con el empobrecido Smith y su embarazada esposa Emma. Para evitar que causase más problemas, Harris la envió de vuelta a Palmyra mientras él se ponía a trabajar en la «traducción» del Libro de Mormón.

Los eruditos mormones afirman que el Libro de Mormón fue escrito en setenta y cinco días, a un promedio de tres mil setecientas palabras por día. Pero, como cualquier otra obra literaria —Graham Greene tan solo alcanzaba las cuatrocientas palabras al día—, probablemente llevó más tiempo. La mayoría de los días, Martin Harris y Joseph Smith escribían una media de un par de páginas. Como ninguno de los dos era escritor (y Smith casi un analfabeto), el manuscrito final fue algo así como el primer borrador de *En el camino*, de Jack Kerouac. No tenía signos de puntuación ni párrafos; era una única frase de doscientas setenta y cinco mil palabras. A Harris nunca le fue permitido ver las planchas de oro, pese a que después sería uno de los once testigos que declararía haberlas «visto y sopesado». Con la esperanza de convencer a su mujer, Lucy, llevó a su casa de Palmyra el manuscrito de las primeras 116 páginas del Libro de Mormón. La temible señora Harris las destruyó inmediatamente. Se proclamaron alarmantes amenazas de perdición, se rajaron almohadas, se destrozaron gallineros..., pero el manuscrito no

volvió a aparecer jamás.

Pese a la pérdida, y pese a que en el último momento Harris no quiso pagar los costes, la publicación del Libro de Mormón siguió adelante, tal como estaba planeado. Smith, eso sí, tuvo que atacar a Harris con una de sus características cartas amenazadoras —«Arrepiéntete, a fin de que no te golpee con la fusta de mi boca y con mi ira y con mi furia, y que tu aflicción sea dolorosa»— para que este aceptara finalmente hipotecar su casa por los tres mil dólares que costaban la impresión y encuadernación de los cinco mil ejemplares del Libro de Mormón.

Poco después, Lucy Harris abandonó a su marido para empezar una nueva vida en su propia granja de treinta y dos hectáreas. En una declaración jurada que redactó al final de su vida, Lucy describió de la siguiente forma la reacción de su marido cuando ella puso en duda la veracidad del libro que le había costado su hogar y su matrimonio: «En uno de sus ataques de cólera me golpeó con el extremo de un látigo... Que el mundo decida si la religión mormona es verdadera o falsa, pues su efecto sobre Martin Harris ha sido volverlo más agresivo, más abusivo y más violento conmigo».

Hacia el final de su vida, Harris estaba mentalmente trastornado. En una de las primeras colonias mormonas en Kirtland, Ohio, cayó bajo los encantos de una joven profetisa que, como Smith, utilizaba piedras de la adivinación para tener visiones. Balanceándose en una especie de trance inducido por ella misma, la mujer se quedaba extasiada y se dedicaba a interpretar danzas ante sus seguidores, para después caer al suelo y hablar en lenguas desconocidas. El mismo Harris empezó a proclamar que él era Cristo. Fue excomulgado. En su vejez, tras arrepentirse de sus locuras, se unió a los miles de pioneros que cruzaron América para asentarse en Utah.

Así las cosas, las dañinas revelaciones de Martin Harris sobre Joseph Smith no podían ser fácilmente ignoradas (entre otras cosas, afirmó que Smith consumía grandes cantidades de licor para atizar los fuegos de la creatividad mientras «traducía» las planchas de oro). Lo que mayor desasosiego produjo a la Iglesia fueron los comentarios sobre sus actividades como cazador de fortunas. En un artículo que apareció en *Tiffany's Monthly* en 1859, Harris mencionaba a Smith como parte de un grupo de Palmyra «que se dedicaba a

cavar para encontrar dinero supuestamente escondido por los antiguos».

Hofmann tenía la habilidad de un novelista para recaudar material de investigación y sintetizarlo en una redacción imaginativa y de apariencia auténtica. La «Carta Salamandra» estaba escrita casi toda ella en estilo indirecto, en una única frase sin puntuación de casi seiscientas palabras y con un lenguaje vernáculo y coloquial que captaba a la perfección el habla de un granjero yanqui de mediados del siglo XIX en América. Y ofrecía una nueva versión del fundador de la religión mormona. En ella había también una breve alusión al hermano mayor de Joseph Smith hijo, Alvin. Hofmann había encontrado información sobre unos rumores que decían que Alvin Smith también estaba envuelto en asuntos de magia y adivinación. Su muerte a los dieciocho años estuvo rodeada de un halo de misterio. Su madre dijo que murió de una sobredosis de calomelanos, recetado por un médico inepto. Sin embargo, ciertos rumores decían que el cuerpo había sido exhumado para ser sometido a una autopsia. Para sofocar el chismorreo, el padre de Joseph Smith puso un anuncio en un periódico local. Un año más tarde, los Smith habían exhumado ellos mismos el cuerpo de Alvin. Hofmann condensó todos estos elementos disparatados en una única referencia críptica: «... el espíritu dice trae a tu hermano Alvin Joseph dice está muerto quieres que te traiga los restos».

Dado que, a excepción de unas cuantas firmas al final de su vida, no existen muestras de la letra de Harris, el primer cometido de Hofmann consistió en inventar su escritura. Para ello tan solo contaba con ocho letras: *a*, *h*, *i*, *m*, *n*, *r*, *s* y *t*. Pero se dedicó a estudiar ejemplos de otras caligrafías de la época y logró reconstruir el alfabeto entero. Y para darle su propia «voz» leyó entrevistas que Harris había concedido a periódicos de la época y también las cartas de sus coetáneos, apuntando frases y formas de hablar en su cuaderno. Con todo esto, se dispuso a crear el borrador de la carta, que aún tendría que pasar por innumerables revisiones.

La imagen más poderosa de la carta, la de la salamandra blanca, surgió de la imaginación de Hofmann. «La escogí [la salamandra] solo porque se usaba habitualmente en la magia popular —diría Hofmann a los investigadores—. No me di cuenta hasta más tarde de que la gente podría sacar nuevas

conclusiones y asociarla con el hecho de que sobrevive al fuego. Por aquel entonces no era lo suficientemente listo como para entender todo eso. Pero resultó ser algo importante, o al menos eso pensaron algunos, de la misma forma que otros encontraron cosas importantes en la “Transcripción de Anthon” y en otras falsificaciones... La gente da importancia a lo que quiere y saca las conclusiones que quiere.»

Hofmann incluyó adrede en la «Carta Salamandra» algunas referencias cruzadas con falsificaciones previas, como la «Transcripción de Anthon». También intercaló en el texto numerosas pistas que sugerían su autenticidad. El día de su composición, el 23 de octubre de 1830, encajaba exactamente con la época en la que empezaron a circular rumores sobre el descubrimiento de las planchas de oro por parte de Smith. Otra pista fue el uso de las palabras *egipcio taquigráfico*, que Harris utiliza para describir los jeroglíficos simplificados incluidos en la «Transcripción de Anthon». «Joseph dice que cuando vengas a visitarme te haré una señal —escribe Harris— me da unos jeroglíficos los llevo a Utica Albany y Nueva York al final el doctor Mitchel me presenta al Profesor Anthon dice él que los jeroglíficos son *egipcio taquigráfico* como el que se utilizaba en tiempos antiguos.»

Más adelante, el término escogido por la Iglesia mormona para describir los jeroglíficos de la «Transcripción de Anthon» sería *egipcio reformado*. Pero en sus investigaciones Hofmann se había encontrado con una carta de Phelps en la que utilizaba la expresión *egipcio taquigráfico*. La carta de Phelps fue escrita tres meses después de la fecha que Hofmann atribuyó a la «Carta Salamandra», lo que sugería que la fuente de Phelps para utilizar las palabras *egipcio taquigráfico* había sido la carta de Martin Harris.

Hofmann prestó esa misma extraordinaria atención a los detalles al construir la procedencia de la carta. Afirmó que se la había comprado a un comerciante de matasellos de Nueva Inglaterra llamado Elwyn Doubleday, quien a su vez la había obtenido de un anticuario de la zona de Siracusa, en Nueva York. Cuando Doubleday fue entrevistado por un representante de la Iglesia dijo que no recordaba la carta de 1830 en concreto, pero que estaba «un noventa y cinco por ciento seguro de que había estado en su posesión» y de que la había vendido por veinticinco dólares.

Antes de la invención de los sellos de correos, las cartas se escribían sobre hojas dobles de papel. La segunda hoja se doblaba de forma que se convertía en el sobre, que era así matasellado y enviado por correo. Los comerciantes como Doubleday solían coleccionar estas cartas-sobre timbradas, no tanto por su contenido como por sus históricos matasellos. Hofmann había cogido la carta-sobre que le había comprado a Doubleday, le había quitado la hoja interior y había utilizado la parte de atrás de la exterior —la que tenía el panel de la dirección— para escribir la «Carta Salamandra». Después fabricó el matasellos utilizando una técnica de grabado en hueco que había aprendido en el instituto.

Para asegurarse de que la fecha del matasellos era la adecuada, Hofmann investigó sobre la vida de Phelps y se aseguró de que estaba en casa durante el periodo en que supuestamente mantuvo correspondencia con Harris. Encontró una carta suya escrita desde Canandaigua a un periódico local sobre el 23 de octubre. Incluso examinó la historia postal del estado de Nueva York para confirmar que el servicio de correos cubría Palmyra el 22 de octubre, día en que Harris había acusado recibo de la carta de Phelps («su carta de ayer ha sido recibida»).

Consciente de la polémica que iba a suscitar aquella carta, Hofmann utilizó a su amigo Lyn Jacobs para negociar la venta de la falsificación con la Iglesia mormona. Al igual que los políticos envían a un portavoz a enfrentarse a las cámaras para tratar un tema contencioso, Hofmann quería tener a alguien entre él y aquel documento explosivo que muy bien podía acabar estallándole en la cara. También le preocupaba que empezase a levantar sospechas por el hecho de estar descubriendo tantos documentos.

Jacobs les dijo a los representantes de la Iglesia que quería una moneda mormona de diez dólares a cambio del manuscrito. Por aquel entonces, la moneda tenía un valor de unos cuarenta mil dólares en el mercado. La Iglesia se resistió. No solo porque el precio le pareciera excesivo, sino también por la terrible angustia que le causaba verse envuelta en la compra de un documento tan polémico. Obviamente, sus líderes no querían que su contenido saliese a la luz, pero, al mismo tiempo, no estaban convencidos de que el extravagante amigo de Hofmann, Lyn Jacobs, fuese a mantener la transacción en secreto.

Al final se acordó que un intermediario comprase la carta: Steve Christensen, un joven y dinámico hombre de negocios y obispo mormón que trabajaba para Coordinated Financial Services, una gestora de inversiones.

En su tiempo libre, Christensen había logrado reunir una colección de documentos históricos mormones que ocupaba un total de treinta estanterías de tamaño considerable y cuarenta y cuatro archivadores. El plan consistía en que, tras haber examinado y autenticado el manuscrito, Christensen lo comprase y se lo donase a la Iglesia. La persona a la que escogió para que le ayudara en la tarea resultó ser Mark Hofmann, quien por su parte lo organizó todo para que el documento fuese examinado por Kenneth Rendell, el mismo comerciante de manuscritos antiguos y experto en falsificaciones que tiempo después, según Sotheby's, autenticaría el poema de Emily Dickinson.

Hofmann ya había tenido trato comercial con Rendell en el pasado y, por unos honorarios cuya suma jamás sería revelada, este declaró que, tras examinar la letra, el papel, la tinta y el matasellos, no había descubierto «indicación alguna de que esta carta sea una falsificación». Christensen aceptó pagar los cuarenta mil dólares y a continuación donó el manuscrito a la Iglesia.

Como de costumbre, Hofmann no solo estaba interesado en el dinero. También quería comprometer y humillar a la Iglesia mormona al demostrar que sus altas jerarquías habían tomado parte activa en el encubrimiento de un fragmento de su historia. Mucho antes de la existencia de los asesores políticos tal como los conocemos hoy en día, Hofmann ya sabía cómo controlar y moldear el flujo de la información para generar publicidad y arrebatarse la iniciativa a sus adversarios. Atacar con fuerza y atacar primero, esa era su filosofía, y mantenerse siempre un paso por delante del oponente. Al tiempo que negociaba en secreto la venta del documento, Hofmann se dedicaba a filtrar información a la prensa para asegurarse de que su contenido se hacía público. Muy pronto, los periodistas empezaron a llamar a la Iglesia para pedir explicaciones. Acorralado, Hinckley hizo una declaración a la prensa reconociendo que había visto la carta, pero que no podía revelar su contenido.

La «Carta Salamandra» no era el único problema que se le había venido

encima a la Iglesia. Un poco antes de ofrecerles la «Carta Salamandra», Hofmann les había vendido en secreto otra falsificación que relacionaba a Joseph Smith con la magia y la búsqueda de oro. El documento en cuestión era una carta supuestamente escrita por el propio Smith a un terrateniente de Pensilvania llamado Josiah Stowell. La parte más dañina de la carta presenta a Smith dando consejos a Stowell sobre cómo localizar la mina. «Como sabes el tesoro será custodiado por un Espíritu —escribe Smith—. Y si es este descubierto Entonces también lo es el tesoro. Así que coge un Palo de avellano de un metro de largo siendo nuevo pero y pártelo Justo por la mitad y pon los pedazos sobre de la mina de tal forma que ambas partes interiores del palo se miren la una a la otra a dos centímetros de distancia y si hay tesoros tras un rato deberás Verlas acercarse y Unirse.»

Hofmann había estado tratando directamente con Gordon B. Hinckley para la venta de la carta y, tras un buen número de reuniones clandestinas y un examen riguroso del documento, la Iglesia aceptó pagar por ella quince mil dólares. Para evitar que la transacción se hiciera pública, se cree que Hinckley pudo haber ofrecido a Hofmann otro cheque personal. A través de su amigo Brent Metcalfe, un joven historiador disidente con especial interés en cualquier documento sobre Joseph Smith y su relación con la magia y la búsqueda de oro, Hofmann comenzó a filtrar información a la prensa sobre la carta de Josiah Stowell. «Con el permiso de Hofmann, le mostré una copia a un amigo mío —recordaría Metcalfe—. Y este amigo, por su parte, se lo hizo saber a un periodista de *Los Angeles Times*, quien a su vez llamó a la Iglesia sud para comunicarles que iba a escribir un artículo sobre la carta en su edición del sábado.»

Al hacer pública la carta de Josiah Stowell, Hofmann estaba logrando distintos objetivos para promover su propia causa. Había proporcionado pruebas que corroboraban las actividades de Smith como buscador de oro, lo que aumentaba la credibilidad de la «Carta Salamandra», y, aún más importante, demostraba que la Iglesia sud tenía por costumbre ocultar la verdad. Por miedo a la mala imagen, las altas jerarquías de la sud, en un principio, negaron estar en posesión de la carta de Stowell; pero finalmente se vieron forzados a cambiar radical y vergonzosamente de postura y admitir

que sí la tenían.

Aquellos ataques contra la credibilidad de la Iglesia fueron seguidos por un estallido de informaciones falsas. Hofmann comenzó a filtrar historias ficticias sobre otros documentos que, según decía, contenían más referencias a la búsqueda de oro y a la magia, y que también habían sido ocultados por la Iglesia. Uno de estos era un manuscrito supuestamente escrito por un hombre llamado Oliver Cowdrey. Como Harris, Cowdrey había sido uno de los primeros escribanos del Libro de Mormón, aunque más adelante acabaría por pelearse con Smith. Se supone que entonces escribió una historia controvertida sobre el principio de la Iglesia mormona, pero el manuscrito había desaparecido.

Como disidente mormón con un interés apasionado por este tipo de documentos, Hofmann sabía que podía contar con que Metcalfe se tragara el cuento de la aparición de la «Historia de Oliver Cowdrey». Durante una comida en Crown Burger, en el centro de Salt Lake City, le contó que había visto el documento de Cowdrey con sus propios ojos en una de las cámaras acorazadas de la Iglesia. Incluso le dijo que Gordon B. Hinckley estaba con él en aquel momento, y que el manuscrito corroboraba muchos de los detalles que contenían la «Carta Salamandra» y la de Stowell sobre la búsqueda de oro y la magia. Entonces pasó a darle una descripción detallada de la «Historia de Oliver Cowdrey», nombre con el que acabaría por conocerse el documento. El volumen, de unos veinte centímetros de ancho, veinticinco de largo y dos de grosor, estaba encuadernado en cuero marrón y tenía las puntas de mármol y el papel a rayas. Esta descripción de un libro inexistente acabaría por encontrar hueco en *Los Angeles Times*, que citó «una fuente altamente fiable» como prueba de que la historia era auténtica. La fuente altamente fiable era Mark Hofmann. Otros periódicos y revistas, nacionales e internacionales, publicaron información al respecto. Las emisoras de radio, la televisión, los teólogos y todo tipo de expertos analizaron sus explosivas revelaciones. La historia acabó por hacerse global cuando el *International Herald Tribune* reimprimió uno de los reportajes que habían aparecido en *Los Angeles Times*. La revista *Time* sacó un artículo titulado «Un desafío a las raíces mormonas». Ver cómo las revistas de información generalista más

prestigiosas de América utilizaban sus falsificaciones para poner en cuestión los fundamentos de la religión mormona debió de dar a Hofmann una inmensa satisfacción. Y todavía más satisfactoria sería la confusión que había sembrado en la Iglesia mormona, que de pronto tenía que luchar para contener el daño causado por los dos documentos falsificados y de paso también para encontrar dos más que ni siquiera existían. Barrida por una avalancha de publicidad negativa, la Iglesia sud estaba dando al público una apariencia de ineptitud y falsedad. Hofmann los había superado en todos los aspectos. Cuando la «Carta Salamandra» fue enviada al fbi para su autenticación, la Iglesia sud adjuntó diecisiete muestras de la firma de Martin Harris que tenía en sus archivos. Catorce de ellas habían sido extraídas de documentos falsos que Hofmann había vendido a la Iglesia con anterioridad. Basándose en un estudio comparativo con estas, el fbi concluyó que el documento era auténtico.

La «Carta Salamandra» formaba parte de un plan superior. Al crear un documento tan extenso escrito a mano por Harris, Hofmann estaba estableciendo la ortografía estándar de su letra. De la misma forma que un ingeniero crea su código de *software*, Hofmann fue incorporando en el texto minúsculos detalles idiosincrásicos que, como él bien sabía, serían utilizados en un futuro para autenticar los nuevos documentos de Harris que fabricase. Siempre que una palabra empezaba por *y*, por ejemplo, como en el caso de *you*, el primer trazo de la letra era más alto que el segundo; pero si la *y* se encontraba en medio de la palabra, como en *everyone*, no se daba tal peculiaridad. Este detalle era consistente a lo largo de todo el documento.

Hofmann sabía que este tipo de detalles mínimos de la letra de alguien son utilizados por los peritos calígrafos para detectar una falsificación. Las últimas dos letras de la firma de Abraham Lincoln, por ejemplo, flotan por encima de la línea, un pormenor que los expertos utilizan para distinguir una firma de Lincoln auténtica de una falsa. Con la incorporación de detalles de este tipo a la «Carta Salamandra», Hofmann estaba creando la plantilla de la letra de Martin Harris. Y también estableciendo su estilo: al elegir ciertas palabras y frases, al introducir imágenes relacionadas con la magia y la búsqueda de oro, estaba incrustando en el texto una serie de tropos que sabía

que algún día serían utilizados para autenticar una falsificación todavía más audaz: las 116 páginas perdidas del Libro de Mormón.

Perder un manuscrito es la pesadilla de todo escritor —hoy en día sería más bien que se le estropee el disco duro—, pero para Joseph Smith fue algo especialmente desastroso. ¿Qué ocurriría si no podía recordar lo que había escrito? ¿Y si su nueva versión del Libro de Mormón cambiaba algunos de los detalles fundamentales de la leyenda fundadora de su nueva religión? Después de todo, se suponía que estaba traduciendo un texto sagrado que le había llegado directamente de Dios. La posibilidad de que un día las 116 páginas originales apareciesen de pronto contando una versión distinta a la de los acontecimientos descritos por Smith era algo que alarmaba profundamente a la Iglesia sud. Probaría, entre otras cosas, que Joseph Smith no era un profeta, sino un escritor de ficción con talento. Como resultado, las 116 páginas perdidas del Libro de Mormón se convirtieron en el Santo Grial de los artefactos mormones, el manuscrito que la Iglesia deseaba encontrar más que cualquier otro en el mundo. Conocido también como el Libro de Lehi, había sido descrito por Joseph Smith como «la piedra angular de nuestra religión».

Hofmann había empezado a propagar rumores sobre las 116 páginas perdidas poco después de haber vendido la «Transcripción de Anthon». Estaba convencido de que, si llegaba a crearlas, la Iglesia estaría dispuesta a pagarle por lo menos diez millones de dólares (hoy en día probablemente sacaría treinta millones). Como preparación para la creación del documento, se embarcó en un análisis sistemático del lenguaje, la sintaxis y la imaginería del Libro de Mormón. En aquella época no había ordenadores que le ayudasen con la tarea, pero, a cambio, contrató a su amigo Jeff Salt para hacer un listado en fichas de todas y cada una de las palabras que aparecían en una copia facsímil que había conseguido del manuscrito de imprenta del Libro de Mormón, la versión original de la que se sacaron todos los facsímiles posteriores. (Cabe decir que nadie sabe si Hofmann llegó a revelarle sus intenciones a Jeff.) Y con las fichas que obtuvo creó una serie de referencias cruzadas basándose en un sistema de códigos con colores que él mismo se había inventado.

A lo largo de su carrera, Hofmann también se dedicó a falsificar y vender monedas mormonas históricas falsas. Era su modo de pagar a la Iglesia, literalmente, con su misma moneda. En 1837, Joseph Smith había establecido un sistema bancario en Kirtland, Ohio, cuyo fracaso provocaría un constante flujo de acusaciones de falsificación contra la primera Iglesia mormona. La Kirtland Safety Society, como pasó a ser conocido el sistema bancario en cuestión, operaba como un banco en un paraíso fiscal. Había sido establecido ilegalmente, sin escritura de constitución (Smith afirmaría contar a cambio con la revelación divina), y enseguida comenzó a fabricar su propio dinero. Durante un tiempo, todo el mundo en Kirtland se volvió rico. Pero, como en las sociedades de ahorro y préstamo de los ochenta, no había nada detrás que garantizase el dinero. Los comerciantes empezaron a dejar de aceptarlo como moneda de curso legal. La caída de los precios de la tierra y varios negocios fracasados en la especulación de terrenos contribuyeron a empeorar todavía más la situación. Cuando se ordenó su detención bajo cargos de fraude bancario, Smith escapó de Ohio a caballo en mitad de la noche. Tal como informó un periódico local de Illinois en mayo de 1842, «Por la presente se anuncia que Joseph Smith, del condado de Hancock, ha presentado ante este juzgado su solicitud para declararse en bancarrota».

Poco antes de la muerte de Smith, otro periódico, *The Warsaw Signal*, publicó un cierto número de artículos asegurando que los mormones seguían emitiendo su propia moneda. «Hay un tipo de moneda falsa que circula de forma extensa por esta comunidad y que recibe el nombre de *falsos nauvoos* —declaraba *Signal* en abril de 1844—. Se trata de una imitación bastante buena de las monedas auténticas... Algunos de nuestros hombres de negocios han salido perjudicados como resultado de su uso. Se dice que se fabrican en la Ciudad de los Santos.»

Al parecer, ocho meses más tarde los mormones lograrían amargar la Navidad a un importante número de personas. «Al menos una docena de granjeros han llevado su carne de cerdo a Nauvoo, y allí les han pagado en moneda espuria y billetes falsos», se quejaba *The Warsaw Signal* el 25 de diciembre de 1844. Un mes después, el periódico informó a sus lectores de que los tribunales competentes de los Estados Unidos habían recibido do

denuncias por la falsificación de «dólares mexicanos y monedas de cincuenta y diez centavos americanos». Todavía más dañina era la afirmación de que la estafa salpicaba a las altas jerarquías de la Iglesia mormona, esto es, a los «Doce Santos». ¿Acaso los apóstoles de Dios estaban fabricando dinero falso?

El Gobierno estaba convencido de ello. La acusación mencionaba explícitamente el nombre de Brigham Young y el de otros cuatro apóstoles: William Richards, John Taylor, Parley P. Pratt y Orson Hyde. Cinco días después de aquella acusación, un alguacil americano fue enviado desde Springfield, Illinois, para arrestarlos. Young estaba en el templo cuando este llegó, y muchos años después recordaría con júbilo cómo eludió el arresto al hacer que un hombre llamado William Miller se hiciese pasar por él. «William Miller se puso mi bonete y la capa del hermano Kimball —escribe Brigham Young—, y bajó la escalera. En la puerta se encontró con el alguacil y sus ayudantes. Cuando estaba a punto de meterse en mi carruaje, el alguacil lo arrestó con una orden del Tribunal de los Estados Unidos en la que se lo acusaba de falsificar la moneda del país.» A continuación, apunta meticulosamente la hora exacta de su huida: «Ocho y veinte. Abandoné el templo disfrazado». Más adelante se referiría al incidente como una de las «mejores bromas jamás perpetradas».

Al Gobierno de los Estados Unidos, en cambio, no le hizo ninguna gracia. Y en la primavera de 1846, temiendo que lo arrestaran, Young se marchó a las Montañas Rocosas con setenta carromatos que transportaban a ciento cuarenta y tres hombres, tres mujeres, dos niños, un barco, un cañón, noventa y tres caballos, cincuenta y cinco mulas, diecisiete perros y unas cuantas gallinas. A la cabeza, en el primer carromato, y sujeta con correas para que no sufriera ningún daño, iba la campana del templo de Nauvoo, que hoy en día se expone con orgullo en Salt Lake City.

Para los mormones, la expedición al oeste, camino a Utah, tenía un significado trascendental comparable al éxodo de los israelitas desde Egipto hasta la Tierra Prometida de Palestina. Se trata de una epopeya americana de resistencia y valentía imbuida de lo divino. Hambrientos y debilitados por la fiebre de la garrapata de Colorado, los pioneros se dirigían a Zion. Mientras

esperaban a que se helase el Mississippi para poder cruzarlo, apareció de pronto un «puente de hielo» que les permitió llegar a la otra orilla del río, reproduciendo así el paso de Moisés y los israelitas por el mar Rojo. Durante su travesía comieron huevos de codorniz y una sustancia tipo maná a la que llamaban rocío de miel. Para cocinar y entrar en calor, quemaban excrementos de búfalo.

Además de ser una escapada al Edén, la expedición a Utah representaba la huida de la justicia por parte de los fugitivos. De hecho, en uno de los carromatos que rodaba hacia el oeste se encontraba uno de los mejores falsificadores de su época, un hombre llamado Peter Haws, que ya había sido procesado por falsificación de monedas americanas. Cuando Brigham Young y sus seguidores llegaron a Salt Lake City, la falsificación no disminuyó. En el verano de 1858, un joven grabador mormón llamado David McKenzie fue arrestado y acusado de grabar planchas para la falsificación de monedas. McKenzie era uno de los protegidos de Brigham Young. Cuando fue arrestado estaba viviendo en la mansión privada de Young, Beehive House (que significa «Casa Colmena», lo cual no deja de ser significativo, pues en la actualidad la colmena es el emblema del estado de Utah). La posición privilegiada de McKenzie se debía al hecho de que era, literalmente, el hombre que hacía dinero para Brigham Young. Él se había encargado de la grabación de las planchas de los primeros billetes de Utah, la llamada moneda *deseret*.

La palabra *deseret* no tiene nada que ver con el desierto. Es un neologismo del Libro de Mormón que significa «colmena». Fuera de Utah, sin embargo, la moneda *deseret* no era más que papel mojado. Para tener acceso al resto de la economía del país, McKenzie, con pleno respaldo de Brigham Young, comenzó a falsificar letras de cambio de la Secretaría de Hacienda de los Estados Unidos. En 1863, durante un discurso en la Cámara de los Representantes, el juez John Cradlebaugh describió el modo en que se realizaban las falsificaciones, en la buhardilla de una tienda situada dentro del recinto fortificado de Brigham Young: McKenzie cortaba trozos de las planchas de cobre que había usado para imprimir la moneda *deseret* y los grababa por la otra cara para producir billetes falsos. Casi podríamos decir

que se trataba de un ejemplo de reciclaje.

Una de las primeras falsificaciones que Hofmann vendió a la Iglesia mormona fue un pequeño diario de cuero rojo, de ocho centímetros por trece, que había pertenecido a David McKenzie. Más adelante, los exámenes periciales sugerirían que el cuaderno era auténtico, pero que tenía intercaladas anotaciones escritas por Mark Hofmann en la letra falsa de McKenzie. Una de estas —«Quemad todos los billetes *deseret* de diez y veinte dólares»— tuvo como resultado una serie de billetes falsos de diez y veinte dólares magníficamente ejecutados. De nuevo, Hofmann estaba alterando la historia; en esta ocasión, la historia numismática.

Desde principios de los ochenta, Hofmann también empezaría a producir una serie de estupendas falsificaciones literarias, casi siempre de iconos americanos: figuras históricas carismáticas que habían marcado de forma importante la conciencia nacional. Al igual que hiciera con sus falsificaciones mormonas, Hofmann explotó con destreza las lagunas de la historia —su estrategia favorita era falsificar documentos cuya existencia fuera conocida, pero que hubieran desaparecido— para crear documentos que encajasen a la perfección en su contexto histórico. Cuando falsificó una dedicatoria de Mark Twain para su vecino de Connecticut, Edward Twitchell, en una primera edición de *Tom Sawyer*, no se limitó a copiar su letra: en realidad, Twain nunca había mantenido correspondencia con Twitchell, pero se sabía que había vivido a su lado durante varios años. La falsificación de Hofmann sugería una nueva e intrigante relación.

En otra ocasión falsificó una dedicatoria en la portada de una primera edición de *La llamada de la selva* de Jack London. Decía: «Para Buck y su amigo humano Austin Lewis». Lewis, el héroe del libro de London, era una persona real. De la misma forma que las palabras «Tía Emily» creaban un vínculo familiar y cálido entre Dickinson y sus admiradores, esta dedicatoria al héroe canino de una de las grandes novelas americanas añadía una nueva y atractiva dimensión a la leyenda.

En total, Hofmann simuló la letra de 129 figuras históricas, entre las que destacan Joseph Smith, Martin Harris, Lucy Mack Smith, Nathan Hale, Button Gwinnett, Butch Cassidy, Billy el Niño, Betsy Ross, Abraham

Lincoln, John Hancock, Paul Revere, George Washington, Martha Washington, Myles Standish, Francis Scott Key, Mark Twain, Walt Whitman, Daniel Boone y Emily Dickinson.

Para entender la dificultad de semejante hazaña, es necesario apreciar la complejidad de una actividad que la mayor parte de nosotros realiza sin pensar.

Isocronismo

Mirado a través del microscopio, un segmento de escritura en cursiva — que es la que la mayoría de nosotros aprende en el colegio— se parece a las espirales de pintura de los cuadros de Jackson Pollock o a las pinceladas de la caligrafía china. Cada letra está conectada a la siguiente en una línea continua y rítmica que se enrosca y serpentea a lo largo del papel como si fuese un río. La escritura y el habla son lo que nos hace humanos. Cada vez que dejamos fluir un río de símbolos a lo largo de la página estamos realizando un milagro de la imaginación, la razón y la coordinación.

Escribir requiere la coordinación de unos cincuenta músculos de la mano, de la parte superior del brazo y del antebrazo. Estas sinergias musculares son extremadamente complicadas, pero con el tiempo acaban volviéndose automáticas. Escribir es lo que se conoce como una actividad sobreaprendida. La imagen de nuestra letra queda almacenada en el cerebro, como un programa de *software* en el disco duro. Cuando escribimos, esa imagen es emitida hasta nuestra mano. En el camino, miles de instrucciones complejas pasan del cerebro a los nervios y a los músculos del brazo y de la mano.

Nuestra letra es un marcador de nuestra individualidad. Dos personas pueden haber aprendido a escribir utilizando los mismos métodos y, sin embargo, nunca escribirán igual, aunque sean gemelos. En un estudio promovido por el Laboratorio del Servicio Postal de los Estados Unidos —la misma organización que llevó a cabo la búsqueda de los responsables de las

cartas de ántrax que aterrizaron a América en 2001—, seis peritos calígrafos compararon la escritura de quinientos pares de gemelos y mellizos a lo largo de varios años. Los resultados que obtuvieron fueron sorprendentes. Pese a la cantidad de similitudes físicas y psicológicas que había entre ellos, las letras de los gemelos mostraban la misma variación que se produce entre dos personas sin relación alguna.

Los grafólogos dicen que pueden conocer el carácter y la psicología de la gente a partir de su letra. La escritura frenética y violenta de Hitler sugiere la ferocidad e inhumanidad que mostraría como líder político. La verticalidad de la caligrafía de Lincoln nos acerca al hombre honesto e incorruptible que era. Podemos perder miembros del cuerpo o sufrir discapacidades, pero la imagen de nuestra letra que tenemos grabada en el cerebro no se nos borrará nunca.

Son muchos los factores que le dan forma: nuestro lugar de nacimiento, nuestro coeficiente intelectual y nuestra edad; el sistema de escritura que nos enseñaron; el instrumento con el que aprendimos a escribir; incluso el tamaño de nuestras muñecas y nuestros dedos. Basta con observar una clase de primaria de un colegio cualquiera: no hay dos niños que se sienten igual o que cojan el lápiz de la misma manera. Algunos lo agarran como si se tratase de un mazo. Otros lo sujetan como si fuese el cuello de un pájaro. Algunos escriben con el lápiz en posición casi vertical. Otros escriben de costado. La mayoría tiene la mano por debajo de la raya sobre la que están escribiendo. Algunos tienen el brazo doblado alrededor de la parte superior del papel, como contorsionistas. La forma en que suben y bajan los trazos del lápiz, la presión que aplicamos al papel; el espacio que dejamos entre las letras y las palabras; el tamaño y la regularidad; el punto que le ponemos a la *i* y el travesaño de la *t*... Todos y cada uno de nosotros hacemos casi todas estas cosas de forma distinta. Nuestra letra puede verse afectada por el hecho de que estemos de pie o sentados, que hayamos consumido alcohol o cafeína, que tengamos estrés o que estemos enfermos; incluso que acabemos de hacer el amor. Una de las pocas cosas que no la afecta es el género. Los hombres y las mujeres raramente muestran diferencias discernibles en la letra.

Los componentes esenciales de la escritura en Occidente son las veintiséis

letras del alfabeto latino, que fue desarrollado por los fenicios sobre el año 1000 a. C. a partir de un alfabeto semítico anterior, y más tarde pulido por los romanos. Cuando aprendemos a escribir, de niños, construimos las letras del alfabeto a base de trazos. La letra *e*, por ejemplo, está compuesta por dos. Empezando por el centro de la letra, movemos el lápiz hacia arriba, en una línea que gira a la derecha. En la cima de su trayectoria el lápiz se dobla sobre sí mismo hacia atrás y cae de vuelta hasta su punto de partida, formando un anillo. Entonces continúa descendiendo sin pausa antes de torcer a la derecha y ligeramente hacia arriba. Al practicar repetidamente estos trazos aprendemos a hacer letras; y a continuación aprendemos a unir estas letras para formar palabras. Al alcanzar lo que se define como madurez gráfica, sobre los dieciocho años, nuestra escritura se ha vuelto mecánica. Todo lo que tenemos que hacer es coger un bolígrafo o un lápiz, y esta fluirá desde nuestro interior como el agua de un grifo. Si nos paramos a pensar en lo que estamos haciendo, probablemente cometamos un error.

Los científicos han diferenciado nueve fases de procesamiento distintas en el acto de escribir, desde la idea inicial de hacerlo, la llamada activación de intenciones, pasando por la selección de las letras individuales, así como su tamaño, inclinación y posición, hasta la explosión de actividad neurofisiológica que requiere la coordinación de los músculos de los brazos, antebrazos y manos.

«El acto de escribir empieza con la intención de hacerlo —dijo Ted Wright, un psicólogo cognitivo de la Universidad de California, Irvine, que se sirve de la letra para estudiar el funcionamiento del cerebro—. Pero esto es algo bastante abstracto, así que el cerebro tiene que convertir la intención en acción. Todo ocurre por debajo del nivel de la conciencia.»

La intención de escribir se origina en el córtex superior, donde se localizan otras actividades mentales como el pensamiento, la resolución de problemas o la toma de decisiones. La siguiente fase se llama recuperación semántica, y se parece a la forma en que un código binario extrae información del disco duro. «Es como un localizador de memoria, un lugar en una parte del cerebro que dice que la *q* está formada por unos trazos particulares. El cerebro, entonces, los ordena en un proceso secuencial, como si estuviese haciendo

una lista.»

En cuanto empieza el complejo proceso de coordinación de los más de cincuenta músculos, el control pasa de la corteza cerebral al tronco del encéfalo, allí donde ocurren las reacciones que dan lugar a nuestros impulsos y reflejos básicos. Al comenzar a formar los trazos individuales de la letra, nuestra mano se mueve de arriba abajo mientras nuestros músculos se contraen y relajan sinérgicamente. Los científicos describen estas acciones como agonismo y antagonismo muscular.

Todos estos procesos suceden por debajo del nivel de la conciencia, a una velocidad que hace parecer lento al más rápido de los superordenadores. Como una bala que sale de una pistola, las letras y las palabras fluyen desde nuestras manos hasta la página en una perfecta línea continua. Solo tardamos ciento cincuenta milisegundos en realizar un trazo, y como media producimos entre cuatro y siete trazos —o, dicho de otro modo, dos letras— por segundo. Al hacerlo, el bolígrafo se mueve sobre el papel a una velocidad de doscientos milímetros por segundo. Cuando nos damos cuenta de que hemos cometido un error, por lo general nos encontramos tres o cuatro letras más allá en la página.

No es que el bolígrafo o el lápiz se muevan siempre a la misma velocidad, claro. Aceleran o desaceleran según la complejidad de los trazos que requiere cada letra. La *q*, por ejemplo, está formada por siete trazos. Al final de cada uno de esos trazos se produce lo que conocemos como trazo final. Distintos estudios han demostrado que durante estos trazos finales el bolígrafo reduce al máximo su velocidad, sobre todo en los momentos de mayor curvatura, como en la parte superior de la letra *e*.

En 1983, un psicólogo italiano, Paolo Viviani, descubrió que la velocidad del bolígrafo cuando recorre una trayectoria curvilínea es siempre directamente proporcional al radio local de la curva. Imagínense un coche reduciendo la velocidad al llegar a una curva, y acelerando al dejarla atrás. Viviani demostró que la velocidad del bolígrafo o del lápiz al abandonar la curva de la letra es proporcional a su estrechez. La ecuación que formuló, conocida como la Ley Potencial de los Dos Tercios, equivale, en el mundo de la caligrafía, a la teoría de la relatividad de Einstein.

«La velocidad del bolígrafo al moverse varía mucho durante el curso de una palabra —explicó Ar Thomassen, un catedrático holandés considerado un experto mundial en caligrafía—. La velocidad punta es la velocidad máxima a la que se mueve el bolígrafo. Suele alcanzarse a mitad del trazo, y es muy propia de cada uno de nosotros. De ahí que los sistemas de seguridad suelen concentrarse en ella.»

Los ritmos internos de la escritura pueden considerarse algo así como el esqueleto de nuestra letra. «Cada uno de nosotros crea trazos a una velocidad particular, con intervalos de tiempo regulares entre ellos —dijo Ted Wright—. Es lo que se conoce como isocronismo. Y son precisamente las desviaciones de estas pautas regulares las que hacen que pueda identificarse fácilmente la letra de cada persona: pese a variar de un individuo a otro, se repiten con gran estabilidad en un mismo sujeto.»

En un experimento realizado en el Instituto de Cognición e Información de Nimega, Holanda, dos psicólogos, Arend van Gemmert y Gerard van Galen, examinaron lo que ocurre cuando alguien intenta falsificar la letra de otra persona. Utilizando una pastilla digitalizadora Calcomp 9000, un cuaderno electrónico conectado a un bolígrafo que puede medir la posición exacta de este y su velocidad cien veces por segundo, pidieron a diez voluntarios que escribiesen la frase holandesa «Is het mormel in het hok» («El monstruo está en la guarida»), primero con su propia letra y luego con la de otra persona. La mayor parte de los sujetos realizaron un trabajo aceptable imitando el aspecto general de la letra que estaban copiando. Sin embargo, su dinámica interna, la forma en que había sido producida, era notablemente distinta: habían tardado más tiempo en comenzar a escribir, y escribieron con mayor lentitud; movían el bolígrafo con menos fluidez y fueron más propensos a la vacilación. «Pese a que lograron imitar la letra bastante bien —dice Van Gemmert—, al observarla con más cuidado notamos claramente las diferencias. En general, todo era más lento. Fluía de manera irregular y se observaban muchos momentos de indecisión en los que aquel que escribía se detenía durante una fracción de segundo para pensar en lo que estaba haciendo. Era más bien como si estuviese dibujando.»

Cuando escribimos con nuestra propia letra utilizamos el control visual o la

«vigilancia global». Esto puede compararse a la forma en que conducimos por una autopista, captando lo que nos rodea en términos generales, pero sin fijarnos conscientemente en cada punto de referencia. La falsificación, en cambio, se parece más al modo en que atravesamos de noche un camino de baches, obligándonos a concentrarnos para no estrellarnos contra un árbol o acabar en la cuneta. Esa atención consciente es la que hace que el falsificador pase de un circuito abierto a uno cerrado. La mente consciente asume el control, la escritura pierde velocidad y adquiere un ritmo menos fluido. «Al falsificar tienes que observar la letra que estás imitando —dice Van Gemmert—, y comparar y hacer cambios sobre la marcha, lo que generalmente causa irregularidades en la fluidez de los trazos.»

El estudio aún reveló otra cosa más: que, cuando intentamos imitar la letra de otra persona, instintivamente nos ponemos tensos. «Se agarrota el sistema muscular que utilizamos para escribir —añade Van Gemmert—. Los dedos, la muñeca, los músculos del brazo. Tendemos a coger el bolígrafo con más fuerza y ejercemos más presión sobre el papel.»

Los falsificadores tienen que contrarrestar todas estas tendencias. Sobre todo, deben simular el ritmo libre y fluido de la escritura natural. La escritura auténtica empieza y acaba en lo que se conoce como principios y finales leves. Un trazo comienza como una línea tenue y estrecha que se vuelve más gruesa según avanza. Cuando se acerca al final de la palabra, el bolígrafo empieza de nuevo a reducir la velocidad, y el río de tinta se contrae, volviéndose cada vez más delgado y débil hasta que la punta se levanta del papel. Los falsificadores, por lo general, no hacen estos principios y finales leves. Dejan reveladoras acumulaciones de tinta al comenzar y terminar un trazo, realizan cambios repentinos de dirección y vacilan a medio camino. A menudo, en su deseo de no ser detectados, encogen de forma inconsciente el tamaño de la letra. La firma de Richard Nixon era un chorro de tinta prepotente de diez centímetros de longitud. La mayoría de los falsificadores la reducen a la mitad.

Tal como nos dice Thomassen, el reto más grande de un falsificador consiste, con diferencia, en simular los complejos ritmos internos de la caligrafía de otra persona. «Los estudios sobre las falsificaciones nos

muestran que los espectros de alta frecuencia aparecen mucho más a menudo entre falsificadores —afirma el catedrático— debido a que estos ponen más energía en la copia de las formas, y a que eso les exige una tensión muscular añadida. Por lo general, todo ello es visible cuando se está falsificando. Probablemente, lo más difícil de imitar sea la dinámica de la letra de una persona: la velocidad y los cambios de velocidad que van distribuyendo los trazos en una palabra.»

¿Podría alguien simular la letra de otra persona a la perfección, absorber totalmente sus propiedades internas y lograr replicarlas de forma tan fluida y automática que pareciese la suya propia? «Si alguien lograra alcanzar un estado mental en el que abarcara el control total de sus facultades sensoriales y motoras, sin esfuerzo aparente... —Thomassen hizo una pausa—: quizá sería posible.» Y tras decir aquello su voz se apagó, como si estuviese desconcertado por las implicaciones de lo que acababa de afirmar.

Se dice que, en el siglo XVIII, a la edad de diez años, el filósofo escocés David Hume podía escribir en latín con su mano derecha y simultáneamente en griego con la izquierda. La habilidad de Hofmann para falsificar la letra de tantas personas distintas mostraba un virtuosismo similar. Al parecer tenía la capacidad de acceder a un estado mental que le permitía, en el momento de ejecutar la falsificación, permanecer al mismo tiempo intensamente concentrado y totalmente relajado. Del mismo modo que los atletas de élite hablan de «estar en la zona»,^[12] Hofmann era capaz de alcanzar tal nivel de concentración en lo que estaba haciendo que podía dejar a un lado sus propios hábitos de escritura y, de hecho, convertirse en la persona a la que estaba falsificando. En una ocasión, mientras estaba cenando con su mujer y varios de sus mejores amigos en un restaurante chino de Boston en 1984, cogió un bolígrafo y se puso a imitar varias firmas, una tras otra y sin detenerse: la construcción recta y sólida de la firma de Abraham Lincoln; las florituras curvadas de la letra de George Washington, con sus recargados bucles y arabescos, y los garabatos bajos e inclinados hacia delante de Samuel Langhorne Clemens.

¿Cómo lo hacía? Un incidente de su niñez sugiere que Hofmann desarrolló muy pronto un poder mental extraordinario. Un día, cuando todavía era un

adolescente, se sentó a contemplar una manzana sobre su escritorio. Estudió su forma y los marmóreos dibujos rojos y amarillos de sus costados. Inspeccionó la textura leñosa del rabo y su ascenso desde la cavidad superior de la manzana: parecía el asta de una bandera en miniatura. Se fijó en el relucir de unos circulitos de luz en la superficie cerosa de la fruta, como en los cuadros de Caravaggio. Como si se tratara de una cámara rastreando la superficie lunar, sus ojos vagaron por la manzana, fijándose en cada marca y en cada mancha, en cada curva y en cada señal. Entonces parpadeó. Y la manzana desapareció.

La autohipnosis se convertiría en la religión de Mark Hofmann y en el arma más poderosa del arsenal de habilidades que utilizaba para manipular y engañar al mundo que lo rodeaba. Su interés por esta técnica se remonta al día en que su padre lo llevó a ver al legendario artista hipnotizador Reveen el Imposibilista. En los años cincuenta y sesenta, Peter Reveen, un canadiense considerado por la mayoría como uno de los maestros del arte de la hipnosis, contaba con un enorme número de admiradores en Norteamérica. Las entradas para sus funciones siempre se agotaban y la gente volvía una y otra vez para verle desempeñar sus extraordinarias proezas de prestidigitación.

El punto cumbre del espectáculo era sin duda el momento en que Reveen hipnotizaba a miembros del público. Con el escenario bañado en una luz azul, hacía que los voluntarios cayeran en un trance hipnótico profundo y les hacía escenificar toda una serie de números: una ama de casa que nunca había ido a clases de música se ponía a tocar un instrumento, un leñador empezaba a bailar como Nuréyev, un tímido y cohibido banquero se deshacía de todas sus inhibiciones al representar el papel de *sheriff* en un *western*... Esta supuesta transformación mágica de gente normal en artistas seguros de sí mismos era siempre todo un triunfo.

El éxito de Reveen se basaba en un entendimiento profundo del poder de la sugestión, y en la convicción de que todos tenemos un potencial que no utilizamos. Más adelante desarrollaría estas ideas en un libro llamado *The Superconscious World* («El mundo superconsciente»). Durante muchos años, desde 1973, Reveen vivió en Salt Lake City. Además de las continuas representaciones de su espectáculo, colaboraba con los doctores de la zona

utilizando la hipnosis para ayudar a las personas a dejar de fumar o para reducir los dolores del parto, y salía con asiduidad en la prensa local y en las cadenas de televisión regionales. Fue entonces cuando, sin él saberlo, un adolescente llamado Mark Hofmann asistió a una de sus funciones.

La habilidad de Reveen para utilizar su poder de sugestión y lograr que el público hiciese cosas que habitualmente no haría, así como su memoria fotográfica y su creencia en el potencial casi infinito de la mente humana tuvieron un efecto muy profundo en Hofmann. Por aquel entonces ya había empezado a falsificar monedas y estaba llegando al convencimiento de que Joseph Smith era, ante todo, un farsante que había recurrido a la fuerza de su mente para convencer a la gente de que era un profeta. Presenciar cómo el Imposibilista hipnotizaba a otras personas confirmó su sensación de que la realidad y la ilusión están mucho más cerca de lo que nos imaginamos, y de que bajo la superficie de nuestras vidas existe una dimensión diferente y misteriosa. A partir de aquel momento, empezó a leer todo lo que pudo encontrar sobre hipnosis y autohipnosis, incluyendo el libro de Peter Reveen, *The Superconscious World*, y puso en práctica su aprendizaje con sus amigos y consigo mismo. En poco tiempo llegó a ser capaz de entrar en trance casi a voluntad. Durante una endodoncia utilizó la autohipnosis para prescindir de la anestesia. También empezó a usarla para mejorar su memoria. Una vez cayó en trance y caminó desde su casa en Marie Avenue hasta una tienda de numismática que quedaba a un kilómetro y medio de distancia. Al salir del trance podía recordar el trayecto con detalle fotográfico: incluso las matrículas de los coches que habían pasado a su lado mientras caminaba y los números de los portales. También creó su propia máquina de *biofeedback*^[13] y disfrutó presumiendo ante los niños del barrio sobre su capacidad para controlar las ondas de su cerebro y las respuestas galvánicas de su piel. Incluso construyó un rudimentario detector de mentiras con el que dejaba a sus amigos asombrados al demostrarles cómo lograba vencerlo.

Al igual que un maestro zen, con el tiempo Hofmann ganaría un control total sobre su mente y sus emociones. Y esos mismos poderes psíquicos extraordinarios son los que le permitirían controlar y manipular a los demás. Antes de empezar una reunión de negocios en la que sabía que iba a tener que

mentir, por ejemplo, Hofmann entraba en trance para convencer a su subconsciente de que estaba diciendo la verdad. La autohipnosis hacía que su mano dejase de temblar cuando estaba falsificando un documento y le daba esa habilidad casi chamanística para meterse en el espíritu de aquellos a los que estaba imitando. ¿Había «canalizado» Hofmann a Emily Dickinson, de ese modo que creían posible los místicos de la *New Age*? A cierto nivel parece que sí, pues su falsificación iba más allá de la mera copia de su letra, como si hubiese tomado posesión temporal de su espíritu.

Era entonces, durante la falsificación, más que en ningún otro momento, cuando más en paz y más libre se sentía. Al pretender ser otra persona podía escapar de los demonios interiores que lo acechaban; olvidarse de sí mismo; dejar de ser el hijo confuso de una represiva familia de mormones, el escolar marginado con su calculadora al cinturón que no podía decirle a nadie lo que realmente sentía, el anticuario de provincias que apenas lograba ganarse la vida con los restos literarios de los muertos. Se convertía en poeta y en mago, en prestidigitador de tinta y papel; en ventrílocuo y en camaleón. Era Joseph Smith y Walt Whitman, Abraham Lincoln y Daniel Boone.

Y en la «pobrecita Emilie», como en una ocasión se describió a sí misma la poeta bromeando, Hofmann encontró una vida rodeada casi de tanto secreto y misterio como la suya propia.

[12]. Estado de tránsito, alejado de toda distracción posible y centrado completamente en el logro de la acción.

[13]. Instrumento que observa los procesos fisiológicos del sujeto.

El mito de Amherst

«**S**obre Emily Dickinson no hay prácticamente nada que sea simple y claro —escribió Richard Sewall en la introducción de su famosa biografía, *The Life of Emily Dickinson*—. Cuando decía la verdad, o algo que se le aproximaba, era tan metafórica que casi cien años después de su muerte, y tras mucha investigación concienzuda, los especialistas académicos todavía siguen buscando certezas a tientas.»

Una de estas certezas es que, en 1871, fecha del poema falso, Emily Dickinson tenía cuarenta y un años, seguía soltera y vivía con sus padres y su hermana pequeña, Lavinia, en «su Homestead». Apartada de la carretera, con una pantalla de robles y arces resguardando la parte trasera y un jardín enorme oculto, se trataba de una casa discreta y privada, el lugar adecuado para una artista tan reservada. La gente de los alrededores se refería al hogar de la poeta como «la Mansión».

La verdad es que estaba bien que los transeúntes no pudieran ver el interior de la casa, pues pocas familias han sido tan complicadas y disfuncionales como el clan de los Dickinson. Igual que sucede con muchos otros artistas, las mismas cualidades que hicieron a Emily Dickinson capaz de tallar una apasionada obra de arte de un hilo de palabras —la sensibilidad extrema, la tendencia a vivir en su propio mundo, el rigor intelectual— socavaron su potencial para ser feliz. En 1871, su fuerte tendencia a la introspección y a la soledad casi rozaban el autismo. Pasaba la mayor parte de su tiempo en su

habitación de la planta de arriba, donde escribía poesía, y, con la excepción de algún que otro visitante ocasional, no tenía el menor contacto con nadie que no fueran sus padres, su hermana Lavinia y su querida Maggie Maher, la doncella irlandesa que trabajaba en la casa. La mayoría de las veces, cuando tenían visita, Emily se negaba a bajar e insistía en hablar con el invitado desde lo alto de la escalera, al otro lado de la barandilla, o bien a través de la rendija de su puerta. Se ha dado mucha importancia al hecho de que por aquel entonces Dickinson llevara exclusivamente vestidos de algodón blanco, como si pretendiera enfatizar su pureza espiritual. La realidad es que, debido a un problema de riñón que acabaría por conducirla a la muerte, la poeta probablemente fuese incontinente. Como los blusones de hospital, los vestidos blancos y sencillos que llevaba eran fáciles de cambiar y de lavar. También estaba envejeciendo deprisa. Su pelo castaño rojizo estaba cubierto de gris. Su cuerpo diminuto empezaba a encorvarse. Su vista, a fallar. Su mejor y más adorado amigo, Carlo, un perro terranova, había muerto pocos años atrás.

El padre de la poeta, Edward Dickinson, tenía en 1871 sesenta y ocho años. Se trataba de un hombre arisco y autoritario; un coetáneo suyo diría que era «delgado, seco y callado». Como abogado de éxito, miembro del Congreso y personaje importante de la alta sociedad de Amherst, había hecho de todo, menos pasar tiempo con su familia. («Demasiado ocupado con sus Escritos como para prestar atención a lo que hacemos», diría Emily sobre él.) Además de desatender a sus hijos emocionalmente, Edward nunca permitió que se emancipasen y siempre temió la competencia que podían representar otros hombres en la familia. Emily Norcross Dickinson, la madre de la poeta, era una mujer fría y puritana que no sabía dar ni recibir amor. («Nunca tuve madre», escribió la poeta en 1870.) Era una ama de casa obsesionada con la limpieza y una hipocondríaca crónica. En 1871, a los sesenta y siete años, sufría de depresión.

El aislamiento de Emily se veía acentuado por las condiciones de vida de aquella época. Obviamente, no había electricidad; tan solo velas y queroseno, cuyo uso trataba de reducirse lo máximo posible. En invierno, la poeta debía pasar la mayor parte del día medio a oscuras. Tan solo el salón estaba bien

iluminado, mientras que el resto de la casa quedaba sumido en las sombras.

En Evergreens, la casa de al lado, vivía la otra mitad del clan: el adorado hermano de Emily, Austin; su mujer, Sue Gilbert Dickinson, y sus hijos, Martha, Gilbert y Ned Dickinson. En 1871, Austin tenía cuarenta y dos años. Siempre había soñado con dejar Amherst y comenzar una nueva vida en el Medio Oeste, pero nunca había logrado deshacer el embrollo de nudos que lo ataban a su familia. Así que, en lugar de marcharse, había seguido los pasos de su padre y alcanzado el éxito en Amherst. Era el presidente de la Sociedad para la Mejora del Pueblo, y pertenecía a las juntas de varias organizaciones locales, entre las que destacaban la Academia Amherst y la Compañía Amherst de Gas y Luz. Le gustaba caminar por la ciudad vestido con unos pantalones color lavanda y un sombrero amarillo de ala ancha, como los de los dueños de las haciendas, sobre su melena colorada.

Su matrimonio con Sue Gilbert Dickinson, una mujer corpulenta y enigmáticamente atractiva, con fuertes apetitos gastronómicos y sexuales, empezó en éxtasis y terminó en miseria. En una fotografía tomada al final de su vida, en 1897, Sue Gilbert sale sentada en un banco y envuelta en ropa de luto, como una matriarca árabe observando la *pardah*.^[14] Al igual que muchas mujeres para las que el ascenso en la escala social se convierte en una obsesión, Sue había nacido en un barrio pobre. Hija de un holgazán alcohólico de Baltimore, se quedó huérfana cuando era una niña. En los Dickinson esperaba encontrar el tipo de familia estable que nunca tuvo. Pero las cosas no salieron como deseaba.

La joven y brillante poeta se inmiscuyó completamente en el noviazgo de su hermano con Sue Gilbert, no solo como intermediaria, sino también como pretendiente. En su estudio psicoanalítico *After Great Pain* («Tras un gran dolor»), John Cody sugiere que Emily Dickinson se sentía atraída por Sue Gilbert porque esperaba recibir de ella lo que nunca obtuvo de su madre. También da a entender que la poeta había desarrollado cierto deseo sexual hacia su hermano Austin, por quien de niña había tenido sentimientos incestuosos.

En 1852, cuando Sue estaba en Baltimore, Emily le envió una de los cientos de cartas y poemas —más que a ninguna otra persona— que había escrito

para la futura esposa de su hermano. «Susie, ¿de verdad vendrás a casa el sábado que viene? —le decía—. ¿Y serás mía otra vez y me besarás como solías?... Te echo tanto de menos, y tengo tantas ansias de ti, que siento que no puedo esperar, siento que debo tenerte ahora: la expectación por volver a ver tu cara una vez más me sofoca y me hace sentir febril, y mi corazón late a toda prisa.» Al mismo tiempo, Sue también estaba siendo bombardeada con largas y agonizantes cartas de Austin. «Te amo, Sue, te amo hasta el agotamiento... —le escribió desde Amherst antes de su compromiso—. Ámame, Sue. Me va la vida en ello.»

En cuanto se coló, como un cuco, en el nido de los Dickinson, Sue Gilbert se dispuso a consolidar su posición como reina de la sociedad de Amherst. No pasó mucho tiempo antes de que Evergreens se convirtiese en el eje social de la ciudad. Cuando Ralph Waldo Emerson pasó por Amherst durante una gira de conferencias en 1857, Evergreens fue el lugar donde eligió hospedarse.

Sin embargo, bajo el barniz social de Gilbert-Dickinson se escondía una persona terriblemente arisca. Se dice que abortó cuatro veces. El único hijo varón que sobrevivió, Ned, sufría de epilepsia, probablemente como resultado de los intentos de su madre por abortarlo (en ocasiones, por la noche, el niño se mordía la lengua hasta hacerse sangre). Como a menudo ocurre con los hijos de padres alcohólicos, Gilbert-Dickinson bebía mucho. Con el paso del tiempo, la vida en Evergreens empezó a parecerse a una versión del siglo XIX de *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Sue daba fiestas más bien salvajes, bebía guiso de ostra a medianoche y tenía aventuras continuamente. (Su marido se refería a Evergreens como «la taberna de mi esposa».) Austin, cuya idea de una velada agradable consistía en leer un libro, odiaba la vida social, pero tenía que correr con los gastos del vino y la comida de los demás. «Austin es siempre muy atento —decía su hermana Emily con su perspicacia característica—, y Sue está siempre muy excitada.»

Cuando estaba borracha, a Sue le daban ataques de cólera. En una ocasión le lanzó un cuchillo de trinchar a Austin y no lo mató por pocos centímetros. Él le respondió con un silencio glacial. Ned Dickinson, quien más adelante diría que había crecido en un «ambiente infernal», recordaba haber

encontrado a su madre de rodillas en el suelo y suplicando a su padre que le hablase. Este es el veredicto que un coetáneo dio sobre ella: «Anormalmente egocéntrica; ególatra; arrogante; altiva; pretenciosa; y, para dar a cada cual lo suyo, en ocasiones amable, inteligente, superficialmente divertida, y negra como la noche en su interior, allí donde se genera y vive la verdad, si es que la verdad vive en algún lado». La hermana de Emily, Lavinia, se refería a ella como «la vieja raspa».

Al igual que había ocurrido —y seguiría ocurriendo— con muchos americanos, Austin Dickinson encontró consuelo en Dios. Y en los brazos de otra mujer: Mabel Loomis Todd, quien acabaría por convertirse en la primera editora de Dickinson tras la muerte de esta. La poeta conocía la relación extramatrimonial de su hermano, al igual que casi todo Amherst, pero los cánones sociales exigían la pretensión del secreto. Emily también mantendría correspondencia con la amante de su hermano y le mandaría poemas, pero, para mantener el decoro, las dos mujeres nunca llegarían a conocerse en persona. Para entonces, Dickinson ya había roto todo contacto con la esposa de su hermano, Sue. Pese a que ambas vivían a tan solo cincuenta metros de distancia, apenas separadas por un seto; pese a que sus vidas estaban íntimamente ligadas por el matrimonio, y pese a que la poeta era la tía de sus tres hijos, Martha, Gilbert y Ned, durante quince años, desde 1868 hasta 1883, Emily Dickinson no pisó la casa de la mujer a la que en una ocasión se había referido con las palabras «Avalancha de Sol». De hecho, la última vez que la poeta había salido de su Homestead había sido seis años atrás; en 1865 viajó a Boston para recibir un tratamiento en un ojo. «Nunca cruzo las tierras de mi padre hacia otra Casa o Ciudad», escribió a uno de sus mejores amigos, Thomas Wentworth Higginson, en 1869.

Dickinson tampoco se sentía en sintonía con los tiempos que vivía. La enervaban la histeria y el fundamentalismo de los renacimientos religiosos que arrasaban Amherst; sufría con las matanzas y las divisiones causadas por la guerra civil, y detestaba la absorbente retórica de los políticos. Pero nunca dejó de mantener las apariencias: ayudaba a su padre en la casa; se ocupaba del jardín, hacía pasteles y cocía pan; escribía cartas de pésame a las viudas de la ciudad y mantenía una viva correspondencia con sus numerosos amigos,

tanto hombres como mujeres. Sin embargo, solo podía ser ella misma cuando estaba en su habitación en el piso de arriba, escribiendo sobre la mesa frente a la ventana. Solo entonces se permitía expresar quién era de verdad y dar voz a esos pensamientos y emociones que mantenía escondidos el resto del tiempo.

Sus poemas eran sus canciones de amor privadas, a ratos violentas y a ratos tiernas, a ratos sádicas y a ratos autodestructivas. En 1864, tras sufrir lo que hoy en día llamamos una crisis nerviosa, escribió: «Sentí mi Mente Partirse en dos – / Como si mi Cerebro se hubiera dividido – / Intenté unirlo – Costura a Costura – / Pero no pude lograrlo. / Y me esforcé en unir el pensamiento de atrás / Con el pensamiento de delante – / Pero la Secuencia se enmarañó fuera del Sonido / Como Bolas – por el Suelo».

Tuvieron que pasar casi cien años para que el mundo pudiera enfrentarse a un arte tan crudo y confesional como este. Semejantes gritos del corazón, breves, ásperos y escandalosos, con sus ritmos llamativos, su agudo ingenio y sus emociones candentes, habrían conmocionado a su familia y amigos, e indignado a los petulantes guardianes de la moralidad pública en el Amherst del siglo XIX. Como resultado, Emily Dickinson ponía especial cuidado en asegurarse de que el tejido conjuntivo que unía su vida a su arte fuese prácticamente inexistente. Como apunta Richard Sewall, «se escondía para escribir sus poemas, y (por algún motivo) escondió también sus poemas, a excepción de unos pocos».

Ninguno de los setecientos poemas que encontró su hermana en una caja cerrada con llave en su habitación, después de su muerte —y tampoco ninguno de los otros 1089 que fueron localizados más adelante—, estaban fechados. Tan solo veinticuatro tenían título. Entre ellos se encuentran algunos de los poemas de amor más intensos e íntimos de la lengua inglesa. Sin embargo, Dickinson se esforzó en no dejar indicación alguna sobre los hechos de su vida que los habían provocado o las personas que los habían inspirado. En cumplimiento de una estipulación que había dejado en su testamento, toda su correspondencia fue quemada tras su muerte. Muchas de las cartas que escribió desaparecieron. El resto de sus papeles fueron expurgados por sus familiares, a menudo toscamente. Es casi seguro que una

de las razones por las que Mabel Loomis Todd desencuadernó sus fascículos fuera para eliminar y destruir los poemas, cuya valoración franca del mundo y explícita sexualidad habrían dañado la reputación de una de las familias más importantes de Amherst. En una nota de la cuñada de Dickinson se observan trozos cortados con unas tijeras. Otras cartas presentan palabras burdamente tachadas o desfiguradas.

Ni siquiera sabemos con certeza qué aspecto tenía de mayor. A Dickinson no le gustaba nada que la pintaran o fotografiaran, y se aseguró de que la única imagen que quedara de ella fuese el famoso daguerrotipo que se cree que hizo Otis H. Cooley, un fotógrafo que tenía un estudio en Springfield, Massachusetts, en 1847, cuando la poeta era una colegiala de diecisiete años. Hay también una fotografía que apareció en la web de eBay en el año 2000: está fechada en 1860 y firmada «Emily Dickinson» —con una letra desconocida—, pero es casi seguro que se trata de una falsificación. En ella puede verse a una mujer de pelo negro, con unos labios gruesos y sensuales, ojos oscuros y grandes y la piel amarillenta llena de pequeñas cicatrices de granos. Un perito antropólogo que la examinó dijo que la estructura fisiológica de la cara y los hombros no excluía la posibilidad de que se tratase de Emily Dickinson —y es perfectamente posible que el problema de riñón que sufría hubiese hecho que su piel adquiriese un aspecto tan poco saludable como el de la fotografía—, pero aún no conocemos la procedencia del retrato ni cualquier otra evidencia documental que respalde su autenticidad.

Dickinson se esmeró especialmente en esconder todo aquello que tuviese algo que ver con su vida amorosa. Ni siquiera sabemos si llegó a perder la virginidad. Lo que sí se sabe es que estaba muy acomplexada por su cuerpo (en una ocasión se negó a que un doctor la examinase), y, pese a que era capaz de escribir poemas sensuales y eróticos como «¡Noches salvajes!», resulta poco probable que hubiese estado con un hombre a solas el tiempo suficiente como para consumir una relación. Su represiva educación protestante también la había imbuido de sentimientos ambivalentes sobre el sexo. Nada parecía asustarla más que la posibilidad de ser feliz, así que se enamoró siempre de personas que o bien estaban casadas, o bien se encontraban fuera de su alcance por otros motivos.

Durante los últimos años de su vida se enamoró de un destacado juez de Massachusetts: era un amigo de su padre, veinte años mayor que ella; se llamaba Otis Philips Lord y era de Salem. En sus cartas se refería a él como «Mi adorado Salem» o «Mi Cielo», o incluso «Mi Iglesia». No sabemos hasta qué punto llegaron a intimar. Algunos dicen que fueron sorprendidos entrelazados en el sofá. Otros que Lord le pidió que se casara con él. Un familiar del setentón, que estaba totalmente en contra de la relación, describió a Emily Dickinson como una «fresca jovencuela», y afirmó que, además de tener «costumbres relajadas», la poeta estaba «loca por los hombres». Pese a que de joven Dickinson se enamoró con frecuencia, algunas veces con mucha intensidad, de varios hombres (y mujeres), este veredicto se basa más en la venganza que en la verdad.

Según un rumor persistente en las biografías sobre la poeta, en una ocasión el enamoramiento debió de convertirse en una pasión auténtica, pero su padre se encargó de interponerse en su camino antes de que llegase al matrimonio, destrozando la vida de la joven Emily y llevándola a apartarse del mundo. Se han barajado varios nombres para referirse al enamorado en cuestión, entre ellos el de un joven estudiante del despacho del padre llamado Benjamin Franklin Newton, a quien la poeta conoció a los diecisiete años. También se sabe que Dickinson se sintió atraída por un tal George Gould, un brillante estudiante del Amherst College admirado por su naturaleza artística y habilidad oratoria. Supuestamente, el padre de Dickinson, posesivo en exceso, prohibió a su hija ver a Gould o mantener correspondencia con él. ¿Fue esta la persona que rompió el corazón de la poeta y arruinó su vida? ¿O fue más bien, como argumentan las especialistas feministas, el rencor por el fracaso de su apasionada relación lésbica con su cuñada Sue lo que acabó por deprimirla? La mutilación *post mortem* de las cartas de Dickinson a su cuñada sugieren que este realmente pudo haber sido el caso. Al mismo tiempo existen pruebas que parecen mostrar lo contrario. Un experto ha planteado la posibilidad del incesto con su hermano Austin; otro, la posibilidad de un embarazo secreto. El veredicto de moda, hoy por hoy, es que Dickinson era bisexual.

En su momento de mayor creatividad, entre 1860 y 1864, la media de

Dickinson era de un poema cada dos días. En apenas cuatro años, de 1861 a 1865, produjo casi la mitad de su obra. Y en solo un año, 1862, se ha estimado que escribió, revisó, copió y encuadernó casi trescientos poemas. Pero en 1871, el año que Hofmann escogió para situar su falsificación, su capacidad creativa estaba empezando a enfriarse. La calidad de su trabajo comenzaba a declinar. En vez de un poema cada dos días, Dickinson producía una media de tres o cuatro poemas al mes, y estos no eran más que versos ocasionales, ejercicios de escritura que su biógrafo Richard Sewall describiría como «fragmentos de sabiduría», alegres y agnósticos. Tal es el caso de «That God Cannot Be Understood».

También cambió la forma de archivar sus poemas. En 1871, Dickinson había abandonado prácticamente su sueño de publicar algo, y había dejado de someterse al riguroso proceso de composición, revisión y encuadernación del que había hecho gala en la década anterior. Ya no trabajaba con concentración y meticulosidad en sus borradores. Incluso había dejado de hacer pliegos para los fascículos. Componía la mayor parte de sus poemas en trozos de papel doméstico, y, en caso de que fuese a enviar el poema a alguien, en una hoja de papel de carta. En 1871 usaba sobre todo papel congreso, con rayas azules, de Boston, el mismo que Hofmann utilizó para su falsificación.

Muy pocas personas han intentado falsificar los poemas de Emily Dickinson, y, dado que sus manuscritos se encuentran entre los más valiosos de los poetas americanos, se trataba de un objetivo perfecto para Hofmann. De la vida de Dickinson, mucho es mito y conjetura, y poco se basa en datos históricos. Hofmann sabía que podía ayudar a rellenar algunos huecos. Pero antes de intentar escribir el poema iba a deslumbrar a las altas esferas del mundo literario americano con otra fantástica falsificación.

[14]. Reclusión forzosa de la mujer en el espacio privado.

«El Juramento del Ciudadano»

Al ojear un catálogo de subastas, Hofmann se dio cuenta de que los «Primeros Folios» de Shakespeare, esas primeras ediciones de toda su obra, estaban vendiéndose por varios cientos de miles de dólares. Hoy en día valdrían entre cuatro y cinco millones. Aquello lo llevó a pensar que, sin duda, un impreso antiguo sobre los Estados Unidos, algo que llegase al alma de los americanos como Shakespeare a la de los ingleses, tendría que venderse por una cantidad parecida. ¿Y qué mejor para tal objetivo que el primer documento jamás impreso en Norteamérica?

«El Juramento del Ciudadano» venía con una historia maravillosa que incluía una prensa de contrabando, muerte en alta mar, sedición y el primer brote de libertad en la histórica Nueva Inglaterra. En 1639, el gobernador de Massachusetts, John Winthrop, apuntó en su diario: «Un tal Daye ha puesto en marcha una imprenta en Cambridge, siguiendo el encargo del señor Glover, que murió en el mar de camino a este lugar. Lo primero que se ha imprimido ha sido “El Juramento del Ciudadano”».

La imprenta a la que se refiere Winthrop había sido establecida por un cerrajero llamado Stephen Daye. Poco se sabe sobre él, excepto que era de Cambridge, Inglaterra, y que en 1638 zarpó en un barco llamado *John of London* para empezar una nueva vida en la provincia de la bahía de Massachusetts, una colonia situada en lo que actualmente se conoce como Boston. Lo acompañaban su mujer, Rebecca, y sus dos hijos, Matthew y

Stephen. Sus pasajes —«la suma de cuarenta y cuatro libras», como indica un documento de la época— los pagó Joss Glover, un acaudalado clérigo puritano del pueblo de Sutton, en Surrey.

Glover había renegado de la Iglesia de Inglaterra por algo que trescientos años más tarde acabaría por dominar el estilo de vida americano: una orden real de 1634 obligaba a todos los clérigos a leer desde el púlpito lo que se conocía como el «Libro de los Deportes». El objetivo oficial de este edicto era legalizar las actividades recreativas, como la caza en domingo, siempre y cuando no «se infringiese la ley». El objetivo real consistía en limpiar la Iglesia de sacerdotes inconformistas. Para Joss Glover, puritano de los pies a la cabeza, el domingo era el día del Señor; practicar deporte, por tanto, era una blasfemia. Así que en 1638 decidió abandonar las aguas liberales de Inglaterra y embarcarse en el *John of London* hasta el Nuevo Jerusalén que estaba levantándose en Massachusetts.

Antes de izar velas, en Greenwich, Glover introdujo algunos objetos de contrabando en el barco: una prensa, veintisiete kilos de papel y unos cuantos cajones cargados con tinta holandesa. También se llevó consigo a un impresor. Para escapar de la dureza de las leyes de la época, el nombre de este no fue registrado. Una cédula real de la Stationer's Company^[15] prohibía explícitamente imprimir cualquier cosa, en cualquier lugar, a toda persona que no fuese miembro de la compañía. Los impresores que no se atenían a esta ley reguladora acababan sometidos a penas muy severas. En 1671, sir William Berkeley, gobernador real de Virginia, escribió: «Agradezco a Dios que no haya escuelas gratuitas ni imprentas, y espero que no las tengamos en cien años, porque la instrucción ha traído al mundo desobediencia, y la herejía y las sectas, y la imprenta las ha divulgado... Que Dios nos libre de ambas». Fue contra este tipo de actitudes contra lo que el poeta puritano John Milton escribió su espléndida y polémica obra *Aeropagítica*.

Por desgracia, tanto Joss Glover como el impresor anónimo murieron en alta mar, pero su sueño de fundar una imprenta americana no pereció con ellos. En 1638, el cerrajero Stephen Daye fundó con sus hijos lo que acabaría por conocerse como la Cambridge Press. Tres años más tarde, a Daye le fue otorgado más de un kilómetro cuadrado de tierra fértil en Massachusetts por

ser el primero —tal como indica pintorescamente un contemporáneo suyo— «en acometer la imprenta».

Ciento cincuenta años más tarde, en 1792, un impresor llamado Isiah Thomas encontró lo que parecía ser la prensa original de Daye en New London, Connecticut; es difícil imaginar la emoción que debió de sentir, pues Cambridge Press ocupa un lugar eminente en la historia de la imprenta americana. Antes de su fundación en 1638, todos los libros y folletos se publicaban en Inglaterra y eran enviados por barco a través del Atlántico. Ahora, por primera vez en la historia, los americanos iban a poder elegir por sí mismos lo que podía o no podía publicarse. Sin ella nunca se habrían fundado los primeros periódicos americanos, como la *Gazette* de Boston, *The American Weekly Mercury* de Filadelfia y *The New York Gazette*. Y, pese a que su producción era pequeña, la imprenta que fundó Daye produciría algunos de los libros más valiosos de América, como la Biblia traducida por John Eliot al algonquino. En una subasta de 1999 se vendería un ejemplar de esta por ciento ochenta mil dólares.

Todavía no está del todo claro por qué se eligió «El Juramento del Ciudadano» para ser el primer documento impreso de la prensa de Daye. No cabe duda de que su falta de complejidad gráfica y su brevedad —tan solo una página— lo hacían apto para poner a prueba la prensa, y de paso también al neófito impresor Stephen Daye. Sin embargo, lo más probable es que la elección se debiese a lo simbólico de su contenido político. Los gremios de oficio de Inglaterra llevaban siglos administrando este tipo de juramentos a sus miembros. Como la mayoría de los documentos legales ingleses, siempre empezaban con el reconocimiento de la autoridad de la Corona. Este juramento, sin embargo, omitía intencionadamente toda referencia a la autoridad del rey o de sus leyes. «Yo (el abajo firmante), siendo habitante y ciudadano por la providencia de Dios en la jurisdicción de esta Comunidad, reconozco por propia voluntad estar sujeto a su Gobierno.» Era el primer susurro de lo que acabaría convirtiéndose en un grito de libertad, un acto de desobediencia cívica que culminaría en la Declaración de Independencia y los discursos de Martin Luther King.

También representaba el cumplimiento de la promesa que Stephen Daye

había hecho al reverendo Glover cuando este exhalaba su último aliento a bordo del *John of London*, sacudido y revolcado por las aguas frías y oscuras del Atlántico. Una prensa era tan importante para la fundación cultural de lo que acabaría convirtiéndose en Estados Unidos como la creación del Harvard College. Y solo podemos imaginarnos la alegría y las felicitaciones que debieron de llenar la sala aquel día de 1639 —en Cambridge, Massachusetts—, cuando Stephen Daye, rodeado por su familia y sus compañeros, ordenó las letras en el componedor, entintó las planchas, despegó de la prensa la primera impresión de «El Juramento del Ciudadano» y finalmente la sujetó en alto.

A partir de ahí, la historia se pierde en las sombras. Más tarde, en algún momento —nadie sabe exactamente cuándo—, el «Juramento» original y las planchas con las que se imprimió desaparecieron. Tan solo sobrevivieron cuatro facsímiles, cada uno de ellos con pequeñas variaciones. El más antiguo había sido adaptado el 14 de mayo de 1634 por la Governor and Company of Massachusetts,[16] en cuyos registros manuscritos se encontraba también la segunda versión. La tercera fue impresa en un folleto antiamericano, *New-Englands Jonas Cast Up at London* («Jonás de Nueva Inglaterra arriba a Londres»), que fue publicado en la capital británica en 1647. La cuarta estaba en el *Libro de leyes y libertades generales de Massachusetts*, impreso en Cambridge en 1648.

El «Juramento» se convirtió en el arca perdida de los documentos históricos americanos; el que toda biblioteca y todo coleccionista soñaban con encontrar. Cuando Charles Evans, autor de la historia definitiva del libro en América, *American Bibliography*, descubrió que podía haber otro ejemplar en el Museo Británico, cruzó el Atlántico de inmediato. Más tarde describiría — con un lenguaje pleno de connotaciones claramente sexuales— sus sensaciones mientras esperaba a que le llevaran el «Juramento» a la sala de lectura del Museo Británico. Se sentía, escribió, como un hombre a punto de adentrarse «en el más sagrado de los placeres sagrados, que estremece el cuerpo con emociones contenidas y humedece los ojos». Pero Evans nunca logró adentrarse realmente en ese placer sagrado: el «Juramento» ya no estaba en las estanterías y se daba por perdido.

Pese a que nunca llegó a verlo, Evans quiso que el «Juramento» encabezara la lista de su *American Bibliography*, un catálogo de doce volúmenes en el que se encontraban los 39 162 artículos que se habían impreso en América entre 1639 y 1800, al que el estudioso dedicaría treinta y cinco años de ímprobo trabajo. Si se encontrara algún día, se trataría de uno de los descubrimientos más importantes del siglo XX, o de cualquier otro siglo, así como de uno de los documentos impresos americanos más valiosos: más incluso que el primer libro deportivo, un sermón sobre los placeres de la pesca publicado en 1743; más que la primera edición de *El sentido común*, de Thomas Paine, en 1776; más que la primera edición americana de *El paraíso perdido*, de John Milton, en 1777, e incluso más que la primera edición americana del *Hamlet* de Shakespeare, que fue publicada a ese lado del Atlántico en 1794.

Como el Santo Grial, «El Juramento del Ciudadano» planeaba por el horizonte de los sueños de todo bibliófilo, tentador, improbable, pero, quién sabe, quizá realmente en algún lugar, ahí fuera. Quizá estuviese en un ático de Nueva Inglaterra entre montones viejos de la *National Geographic*. O quizá un coleccionista aficionado lo hubiese comprado en un mercadillo sin saber lo que era y se encontrase en aquel momento escondido en un baúl en Poughkeepsie. O quizá hubiese vuelto a cruzar el Atlántico y estuviese pegado en la parte de atrás de un libro en la repisa polvorienta de la biblioteca privada de alguna casa de campo inglesa. Quizá.

Resulta irónico que Hofmann viese el «Juramento» por primera vez en un catálogo de Sotheby's. El lote 32, presentado en marzo de 1985 para una subasta importante de libros y manuscritos de la famosa colección Sang, era la versión del «Juramento» impresa en Londres en 1647 bajo el título *New-Englands Jonas Cast Up at London*. En la misma subasta también había una primera edición de *La cabaña del tío Tom*, escrita por Harriet Beecher Stowe, que Hofmann deseaba adquirir. Viajó hasta Nueva York para asistir a la exposición previa, y una vez allí confió su interés por el artículo a su agente en Nueva York, Justin Schiller, un librero gordinflón y con gafas que tenía la oficina en Park Avenue y estaba considerado como una de las autoridades mundiales en la historia de los libros infantiles.

Schiller había conocido a Mark y a Doralee Hofmann el año anterior, y desde entonces los había ayudado con varias adquisiciones importantes para la colección de libros infantiles que el matrimonio estaba montando. Esta incluía, entre otras obras, una primera edición de *Pinocho* en italiano y un *Heidi* en dos volúmenes en alemán. «Conocimos a Hofmann y a su mujer en una feria de libros —recordaría Schiller—, y nos escogió por encima de otros anticuarios para reunir una importante colección de libros infantiles. Nos dijo que eran para sus tres hijos. Una herencia literaria.»

Schiller recuerda a Hofmann como un hombre educado y discreto, además de un gran entendido en libros. «Siempre parecía muy tranquilo, de modo que era imposible saber cuándo estaba nervioso o excitado —continuó—. Era muy agradable, encantador. Un personaje simple, en el sentido de poco llamativo. Se vestía de forma conservadora, siempre con una camisa blanca, corbata y chaqueta.»

Lo que Schiller no sabía era que Hofmann estaba utilizándolo para llevar a cabo el mayor engaño literario de todos los tiempos. Unos días después de la exposición previa, Hofmann telefoneó a Schiller desde Salt Lake City. Le dijo que mientras estaba en el avión le había llamado la atención la descripción de otro artículo del catálogo de Sotheby's. ¿Había oído hablar del libro de John Child, *New-Englands Jonas Cast Up at London*, publicado en 1647? Según el catálogo de Sotheby's, este libro contenía la primera reimpresión de un texto llamado algo así como «El Juramento del Ciudadano». Entonces llegó el remate. Hofmann le contó que cuando estaba visitando la Costa Este había comprado por casualidad diversos papeles y libros en Argosy, en la calle 59 Este, una de las librerías de viejo más conocidas de toda Nueva York. La mayor parte de los papeles carecían de valor, pero uno de los artículos, le dijo Hofmann a Schiller, parecía tener interés. Era un documento impreso, con un borde floral, titulado «El Juramento del Ciudadano». ¿Creía que podría estar conectado de alguna forma con «El Juramento del Ciudadano» del catálogo de Sotheby's?, le preguntó con falsa ingenuidad.

Unos días más tarde, Hofmann volvió a llamar a Schiller para decirle que, tras investigar un poco en la Universidad Brigham Young, había descubierto

que el texto de «El Juramento del Ciudadano» que había comprado en la librería Argosy era en esencia el mismo que se había reimpresso en el *New-Englands Jonas* de 1647. También mencionó que había localizado un ejemplar del *Libro de Salmos de la Bahía*, una colección rarísima de salmos que los puritanos de Nueva Inglaterra habían utilizado en sus oficios religiosos, y que el texto impreso y el borde decorativo de este coincidían con los del «Juramento».

La mención del *Libro de Salmos de la Bahía* resultaba crucial. Esta traducción de los salmos, que había sido un encargo expreso, no solo era el primer libro publicado en América (Cotton Mather se había quejado de las «muchas Mermas, Adiciones y Variaciones, no solo del Texto, sino del mismo Sentido de los Salmos» de la versión inglesa original), sino también el cuarto documento impreso en la prensa de Stephen Daye, después del «Juramento» y de dos almanaques. Los tres primeros habían desaparecido. Pero del *Libro de Salmos de la Bahía* habían sobrevivido once ejemplares preciosos, todos inestimables, cada uno con un cianotipo de los estilos y técnicas de la primera prensa americana. Si pudiese demostrarse que el documento que Hofmann decía haber descubierto tenía una fuerte similitud con el *Libro de Salmos de la Bahía*, se establecerían unos lazos cruciales en el camino hacia la autenticación.

Hofmann le dijo a Schiller que, cuando volviese a Nueva York para la subasta de Sotheby's, le llevaría el «Juramento». Efectivamente, a media tarde del día previo a la subasta, Hofmann entró en la librería de Schiller en Manhattan con el «Juramento» y un facsímil de una parte del *Libro de Salmos de la Bahía* bajo el brazo. Para el ojo inexperto de Schiller, los documentos encajaban. El endoso del reverso de «El Juramento del Ciudadano» parecía estar escrito con letra del siglo XVI. Pero ¿qué iba a saber él? Schiller era un especialista en libros infantiles, no en los orígenes de la imprenta americana. Antes de dar el siguiente paso necesitaba la opinión de un experto reconocido.

Michael Zinman, un hombre de negocios de Ardsley, Nueva York, estaba por aquel entonces montando la colección privada más grande de América de documentos impresos relacionados con el país. Zinman, un hombre bajo y

fuerte, con cejas pelirrojas que se rizaban en los extremos, había hecho fortuna alquilando maquinaria para la exploración de gas y petróleo. Tras adquirir, a los veintiún años, un ejemplar en tres volúmenes tamaño octavilla de la obra *Cuadrúpedos de Norteamérica*, de Audubon, se había convertido en un coleccionista voraz e incansable de documentos impresos americanos. Con el tiempo acumularía una colección valorada en ocho millones de dólares, que ha ido legando a la Library Company de Filadelfia.

Cuando Schiller lo llamó y le dijo que cabía la posibilidad de que hubiese encontrado el «Juramento», Zinman cogió corriendo su coche y se fue a Nueva York. «Hofmann estaba allí, de pie, un poco apartado —diría Zinman más adelante—, y Justin me mostró “El Juramento del Ciudadano”. Le eché un vistazo y les dije en el acto: “No está bien”. Lo que no me gustaba era el borde del documento: demasiado bonito, demasiado estructurado. Nadie imprimía de esa forma. Pero dije: “¿De dónde lo has sacado?”. Y Justin me presentó a Hofmann.»

Zinman no recuerda muy bien el aspecto físico de Hofmann. Llevaba traje, estaba un poco gordo y tenía gafas. Lo que sí se le quedó grabado en la mente fue su actitud distante. «Se quedaba al margen, pero siempre parecía saber qué era lo que estaba pasando.»

Aquella noche, los tres salieron a cenar. Al llegar el postre, Schiller preguntó a Zinman lo que valdría el «Juramento», en caso de que «fuera el bueno». Zinman le dijo que un millón de dólares. «Como si se trataba de *Gollywog's Cake Walk*^[17] o *El coro de las ranas*. Era el primer texto impreso en América, y valía mucho dinero.»

La mención del millón de dólares debió de poner a mil el corazón del tímido y distante anticuario de Salt Lake City. Pero su extensa práctica en el arte del engaño le había enseñado a no mostrar ninguna emoción. Mientras Zinman y Schiller hablaban sobre el «Juramento», él estaba ahí sentado, en silencio, mirando y escuchando como si no fuera más que una estatua. «Era opaco —dijo Zinman—. Yo suelo ser bastante perspicaz a la hora de leer el carácter de la gente. Puedo hablar con quien sea y es raro que no logre involucrarlo en mi conversación. Pero mi sensación con Hofmann fue que no estaba en el mismo sitio que nosotros, que no estaba presente.»

Dio la casualidad de que en la Biblioteca Pública de Nueva York había expuesto un ejemplar del *Libro de Salmos de la Bahía*, así que, a la mañana siguiente, antes de que llegase la masa de visitantes, Schiller acordó encontrarse allí con el conservador de libros raros Francis Mattson para llevar a cabo una comparación de los documentos. La vitrina que contenía el *Libro de Salmos de la Bahía* no estaba cerrada con llave y Hofmann se quedó mirando mientras la pareja examinaba ambos artículos. Más tarde, Mattson llevó a Schiller y Hofmann al piso de arriba para contrastar el «Juramento» con otras muestras de documentos impresos en la década de 1640 por Stephen Daye.

La experiencia había enseñado a Hofmann que no tenía que esforzarse lo más mínimo en intentar convencer a la gente de la autenticidad de sus documentos, pues siempre acababan por convencerse solos. Mientras Mattson y Schiller estudiaban el «Juramento», Hofmann se quedó a un lado y permaneció en silencio. Todo parecía encajar. Tenía la misma terminación irregular de las líneas, las mismas ligaduras, la misma calidad de impresión desigual. Las palabras escritas a mano en el reverso del documento parecían responder a la caligrafía genuina del siglo XVII. Pero lo que realmente acabó de convencer a Mattson fue un minúsculo detalle en el borde que rodeaba el «Juramento». Un detalle que solo se veía una vez en el *Libro de Salmos de la Bahía*. Parecía que el arca perdida de los documentos impresos americanos por fin se había encontrado.

Lo siguiente que hizo Schiller fue telefonar a James Gilreath, del Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales de la Biblioteca del Congreso, en Washington, y hablarle de la existencia del «Juramento». Era un paso muy audaz. Fundada en 1800, la Biblioteca del Congreso es, con sus 121 millones de artículos colocados a lo largo de aproximadamente 850 kilómetros de estanterías, el depósito de palabras impresas más importante de la nación. Sus colecciones de libros y manuscritos raros incluyen una de las tres copias perfectas de la Biblia de Gutenberg, y uno de los libros más pequeños del mundo: una edición en miniatura de *El viejo rey Cole*, cuyas páginas son tan diminutas que tienen que pasarse con una aguja.

Además de un ambicioso y dinámico especialista en historia americana,

Gilreath era un talentoso recaudador de fondos que disfrutaba reuniéndose y conociendo a los miembros del Congreso y a las estrellas de cine que acudían a los actos especiales de la biblioteca. También tenía un don para los trapicheos del mundo de la adquisición de libros y manuscritos. Le gustaba el subidón de adrenalina que sentía al pujar en las subastas. Le divertía regatear con los anticuarios. Para cuando apareció el «Juramento», Gilreath ya se había encargado de negociar otras muchas adquisiciones muy sonadas, como la de un manuscrito extremadamente raro de Michel Guillaume Jean de Crèvecoeur, autor de las *Cartas de un granjero norteamericano*, publicadas en 1765, uno de los textos clave de la historia moderna americana. Sin embargo, en todo el tiempo que había estado trabajando para la Biblioteca del Congreso, nunca había dado con algo tan fascinante como el «Juramento».

Armado con una pequeña lámpara ultravioleta y una lupa de aumento, Gilreath fue rápidamente a Nueva York para inspeccionar el documento. Una de las primeras cosas que le llamó la atención fue un halo de color marrón claro, casi dorado, alrededor de muchas de las letras del reverso. Estos halos son el resultado del aglutinante de la tinta que se filtra en el papel por los bordes de cada una de las letras; algo que, como Gilreath bien sabía, solo sucede tras un largo periodo de tiempo. Todavía más importante, los caracteres de impresión utilizados en el «Juramento» parecían encajar con los del *Libro de Salmos de la Bahía*. Aquello era crucial, pues la mayoría de ellos habían desaparecido, a excepción de media docena desenterrada justamente —como si no hubiera más sitios— debajo del baño que utilizaba Henry Dunston, el presidente del Harvard College, en cuya casa Stephen Daye acabaría por montar su imprenta. ¿Era concebible, se preguntaba Gilreath, que un falsificador pudiera cortar y fundir unos caracteres de impresión nuevos pero totalmente idénticos a los del *Libro de Salmos de la Bahía*?

Había un problema potencial: pese a que se sabía que el «Juramento» era el primer documento que se había impreso en América, ¿cómo podían estar seguros de que precisamente esa página de papel fuese la primera que había salido de la prensa de Stephen Daye? El «Juramento» probablemente se habría impreso en una tirada de varios cientos, si no miles, de ejemplares.

¿Acaso alguien podía confirmar que el que tenían entre manos no era el número 964? En cualquier caso, Hofmann estaba convencido de que ese tipo de datos no iban a interponerse ante el romance que despertaban sus documentos; que el deseo de creer en ellos era tan fuerte que las preguntas de ese tipo acabarían siendo barridas por una embriagadora ola de excitación. También sabía, por propia experiencia, que la publicidad era una droga muy poderosa. De ser auténtico, «El Juramento del Ciudadano» transformaría la vida de varias personas: Justin Schiller saldría de la negociación con una de las comisiones más grandes de su vida y con un impacto publicitario que no podría comprarse con dinero; la reputación de la Biblioteca del Congreso mejoraría notablemente; James Gilreath se convertiría en una estrella. Todos los periódicos, revistas y televisiones americanos darían la noticia sobre el descubrimiento de lo que pronto empezaría a definirse como «un tesoro nacional».

Sin embargo, antes de comprarlo había que someter el «Juramento» a un riguroso examen científico. Durante un mes, la Oficina de Conservación y la Oficina de Pruebas de la Biblioteca del Congreso lo irradiaron con rayos X, lo bombardearon con luz infrarroja, lo pincharon, lo punzaron y lo estudiaron minuciosamente en busca de algún signo de falsificación. El papel parecía correcto. Su composición, principalmente lino con algunos rastros de algodón, indicaba que había sido fabricado antes de 1800. La presencia de zinc y manganeso, elementos que casi nunca aparecen en el papel moderno, también sugería una fecha anterior a 1800. Es verdad que no era exactamente el mismo papel que se había utilizado para el *Libro de Salmos de la Bahía*, pero en realidad no tenía por qué serlo. El papel que el reverendo Glover había llevado a América en la bodega del *John of London* probablemente había sido producido por distintas fábricas de Inglaterra; de hecho, el mismo *Libro de Salmos* contenía una gran variedad de filigranas. Por otra parte, la superficie del papel del «Juramento» parecía más ligera, pero para esto también había una explicación: el papel tenía unos cuantos pliegues y, aparentemente, tras ser doblado había sido pegado sobre algún tipo de soporte secundario, como la página de un álbum de recortes o algo así. Al guardarlo de esta forma se habría evitado el desgaste natural del documento.

Pero, por encima de todo, lo que más parecía abogar a favor de la autenticidad del «Juramento» era el asombroso parecido entre los caracteres de impresión utilizados en este y los utilizados en el *Libro de los Salmos*. En la Inglaterra del siglo XVII los caracteres se formaban con láminas de plomo. Las letras se cortaban a mano y luego eran fundidas en un molde de hierro. El hombre que realizaba este trabajo se llamaba grabador de punzones. La creación de los caracteres se llevaba a cabo en varias fundiciones diferentes, y cada trabajador cortaba las letras de forma ligeramente distinta, en función de si era diestro o zurdo, de su experiencia e incluso de su peso.

Gilreath se percató de que algunas idiosincrasias que aparecían en las formas de las letras del *Libro de Salmos de la Bahía* se daban también en el «Juramento». Los bordes del círculo de la *o* minúscula, por ejemplo, eran más gruesos que de costumbre, lo que le daba aspecto de donut deformado. Al examinar los documentos con mayor cuidado, salieron a la luz otras «marcas» comunes a ambos en las letras y ligaduras, pequeñas anomalías que sugerían claramente que habían sido hechas por un mismo grabador de punzones. Los expertos en manuscritos de la biblioteca también descubrieron, al igual que había hecho Francis Mattson en la Biblioteca Pública de Nueva York, que ciertas partes del borde ornamental que rodeaba el «Juramento» encajaban a la perfección con el membrete del salmo 42 del *Libro de Salmos de la Bahía*, lo que confirmaba, casi sin lugar a dudas, que se habían impreso utilizando la misma prensa y las mismas matrices.

La imprenta en la Nueva Inglaterra puritana era un negocio impreciso. Había poca variedad de caracteres de impresión. Si las letras se desgastaban o sufrían desperfectos, no se contaba con un servicio expreso de mensajería que pudiese enviar repuestos desde Inglaterra. Las tablas de madera, o galerines, corrían el peligro de arquearse o dañarse. Los tipos móviles como los que usaba Stephen Daye nunca podían ajustarse con total exactitud. Cada letra se insertaba a mano en el molde, utilizando un componedor. A menudo había una variación considerable de alturas, lo que producía un acabado desigual, pues algunas letras se incrustaban en el papel con más fuerza que otras.

El «Juramento» contenía justo esta clase de irregularidades. El texto no mostraba ese aspecto liso y nítido que le daría el corte uniforme de una

plancha de imprenta moderna. Tenía un aspecto auténticamente desigual. Había una pequeña anomalía, sin embargo. En el mundo de la imprenta, una letra cuya asta apunta hacia abajo, como una *p*, se conoce como descendente, y una que apunta hacia arriba, como la *d*, se conoce como ascendente. Al ampliar con lupa la letra de la palabra *subject*, en la cuarta línea del «Juramento», podía verse que esta invadía el espacio del asta de la *d* que se encontraba en la línea inferior. Y aún había más oclusiones similares. Varios expertos se agarrarían más tarde a este detalle como prueba positiva de que el «Juramento» era una falsificación. De la misma forma que el agua no puede fluir cuesta arriba, argumentaban, un ascendente no puede sobrepasar nunca a un descendente.

James Gilreath, en cambio, interpretó esta anomalía como otro signo de la inexperiencia de Stephen Daye, que había sido formado como cerrajero, no como impresor, y no estaba acostumbrado a prestar atención a sutilezas como las del espaciado. Lo cierto es que apretujaba las letras en una sola línea individual o bien dividía torpemente las palabras en vez de ajustar mejor el espaciado para que la línea acabase al final de la sílaba. También permitía con frecuencia que las líneas se encontrasen muy juntas entre sí. El *Libro de Salmos de la Bahía* contiene muchos ejemplos de astas ascendentes y descendentes disputándose el espacio de esta forma. Algunas veces incluso da la sensación de que Daye intenta evitar la obstrucción entre letras imponiéndoles un espacio.

El informe de «El Juramento del Ciudadano» preparado por la Oficina de Conservación de la Biblioteca del Congreso concluyó que no «ha aparecido prueba alguna que contravenga la datación del siglo XVII del pliego». Más adelante pasaría también las pruebas de fechado del método del carbono 14 en el Laboratorio Nuclear Crocker de la Universidad de California, en Davis. Era el mayor elogio que Hofmann podía recibir. Sucedió que un día nadie de Utah había tomado el pelo a varios de los expertos en manuscritos más destacados de toda América. Y todavía más: no los había engañado con un documento mormón cualquiera, no, sino con un artículo de importancia nacional cuyo descubrimiento estaba siendo proclamado como uno de los más importantes de este siglo. El nombre de Mark Hofmann sería famoso en

el mundo entero.

Al enterarse del contenido del informe, Justin Schiller, tras consultar con Hofmann, comenzó a presionar a la Biblioteca del Congreso. Les dijo que había aparecido en escena un asesor misterioso que estaba ganándose los favores del dueño del documento, y que se había formado un grupo de inversión para comercializar el mismo. (El grupo constaba de Hofmann, Schiller y el socio de este, Raymond Wapner.) Según Schiller, este asesor estaba considerando vender el «Juramento» a una sociedad privada por tres millones de dólares. La Biblioteca del Congreso tenía un mes para decidirse. El precio era de un millón y medio de dólares.

Falsificar «El Juramento del Ciudadano» había sido un acto de osadía extraordinario. Hofmann estaba adentrándose en un nuevo territorio — historia colonial americana— que conocía muy poco. Y estaba lidiando con una tecnología —la imprenta— sobre la que no sabía mucho más. Hofmann era consciente de que un tesoro nacional de la importancia de «El Juramento del Ciudadano» se sometería a un escrutinio rigurosísimo, y por eso había preparado con el mayor cuidado posible cada paso del camino que lo llevaría hasta su creación, desde la investigación inicial hasta la selección de material y de la imprenta.

Empezó desenterrando todo lo que pudo sobre el «Juramento» y el arte de la impresión a principios del siglo XVII. Acudió a la biblioteca de la Universidad Brigham Young y a otras de Salt Lake City para encontrar información sobre la prensa de Stephen Daye. A continuación, localizó las cuatro variantes del «Juramento». En el caso de la «Transcripción de Anthon» había utilizado unos símbolos y jeroglíficos especiales para que pareciese que se trataba del original del que habían derivado los otros documentos. Con el «Juramento» tenía pensado hacer lo mismo, introduciendo en el texto una serie de pistas lingüísticas que forzasen a los investigadores a concluir que se trataba de la primera versión. «Lo que hice fue indagar sobre los comienzos de la colonia de la bahía de Massachusetts —diría más adelante—. Mi intención, obviamente, era realizar la primera versión impresa. Sería distinta de todas y cada una de las fuentes que había consultado, algo intencionado por mi parte.»

El siguiente paso consistía en hacer copias de un facsímil del *Libro de Salmos de la Bahía*. Había encontrado una rara reproducción fotomecánica de los años treinta en la Biblioteca Marriott de Salt Lake City. Al tener tanto valor, solo podía ser consultada en la sala de lectura. Pero Hofmann extrajo las tiras magnéticas de seguridad de la cubierta posterior del libro y se lo llevó a casa. Este pequeño hurto debió de provocarle una satisfacción especial porque la Biblioteca Marriott había sido creada por uno de los mormones más conocidos y ricos de América, el multimillonario Stephen Marriott, fundador de la conocida cadena mundial de hoteles.

Las fotocopias que hizo del ejemplar del *Libro de Salmos de la Bahía* que había en la Biblioteca Marriott le permitieron determinar la naturaleza exacta de los caracteres de impresión que había utilizado Stephen Daye, y construir un alfabeto. Su libro cuatro también le ayudó a decidir el diseño del borde decorativo. Cortó y pegó estos elementos en una hoja de papel y se los llevó a un grabador de Salt Lake City llamado DeBouzek, que tenía una plancha de impresión de zinc. En su visita utilizó el nombre de Mike Hansen. «La cosa era muy simple: se trataba solo de xerografiar el facsímil del *Libro de Salmos de la Bahía* y obtener varias copias xerográficas de aquellas páginas cuyos diseños y rúbricas quería imitar —diría más tarde, con su característica falsa modestia. Al enfatizar la facilidad con la que había creado sus falsificaciones, Hofmann no pretendía más que acentuar su propio talento—. Entonces, con una cuchilla de afeitar o un cúter, recorté las letras de los diseños que quería. Los pegué a una hoja de papel... y, una vez pegados, xerografié la composición. Esa fue la obra de arte que llevé a DeBouzek.»

En realidad, había sido mucho más complicado de lo que Hofmann dejaba entrever. Tenía que evitar utilizar exactamente las mismas letras que aparecían en el *Libro de Salmos de la Bahía*. No hay que olvidar que este se había impreso un año más tarde, en 1640. Las fuentes que se habían usado para el «Juramento» se habrían desgastado. Hofmann solo utilizó las letras anómalas, un poco deformadas, del *Libro de Salmos de la Bahía*. «Tras cortar las letras, pegarlas en una hoja y hacer una copia xerográfica de la misma, utilicé un bolígrafo técnico para deformar algunas de las letras de la manera en que consideré más adecuada, y esas deformaciones son distintas de las del

Libro de Salmos de la Bahía.»

Hofmann se esmeró todavía más en la alteración de la plancha de impresión de zinc. Había leído que en el siglo XVII los impresores utilizaban un mazo de madera para ajustar los caracteres al molde tipográfico, una práctica que a menudo deformaba las letras. Con una pequeña taladradora equipada con una broca de piedra, arañó unas cuantas letras para que pareciesen dañadas. Después se pasó horas enteras frotando la plancha de impresión con un estropajo de aluminio para redondear las esquinas de las letras.

Respecto al papel, había conseguido un trozo que, estaba seguro, podía fecharse muy cerca —con una diferencia no superior a los cinco años— del que había sido utilizado por Stephen Daye. A su vez, la copia en microfilm del *Libro de Salmos de la Bahía* que había examinado en la Biblioteca Pública de Nueva York era tan detallada que le había permitido formarse una imagen de la verjura del papel. Estas finas líneas horizontales que aparecen en los pliegos fabricados a mano cuando se ponen a contraluz eran generadas por los hilos de latón de la parte inferior del molde en el que se producía el papel. Y como los moldes variaban mucho de una fábrica a otra, la verjura, también conocida como puntizones, se convirtió en una especie de huella de identidad del papel. Mientras estaba en la Biblioteca de Nueva York, Hofmann había hecho una plantilla de esta utilizando el microfilm del *Libro de Salmos de la Bahía*, y había empezado a buscar un papel que encajase con ello. Finalmente, en el cuarto piso de la biblioteca de la Universidad Brigham Young encontró un libro de Inglaterra del siglo XVII. Hofmann sabía que el papel utilizado por Stephen Daye procedía del otro lado del Atlántico, y la verjura era prácticamente idéntica a la que tenía en su plantilla. Además, había unas cuantas hojas de cortesía al final del libro. Esperó a que nadie lo mirara y, con un movimiento rápido y brusco, las arrancó. «Lo hice francamente bien —recordaría con su típica actitud de suficiencia—, tanto que era muy difícil ver por dónde habían sido arrancadas las hojas. Muy cerca del lomo.»

Ahora solo faltaba la tinta. Como siempre, el mayor reto de Hofmann era simular la acción del tiempo. Dedujo que la tinta de imprenta del documento sería sometida a una prueba de fechado del método del carbono 14, por lo que

puso especial cuidado en su fabricación. Para adquirir carbón negro, un ingrediente habitual en la tinta de imprenta de la época de Daye, cogió una hoja de papel del siglo XVII que había robado de la Universidad Brigham Young y la quemó en un tubo de cristal que tenía acoplada una pequeña chimenea. Acto seguido, mezcló las cenizas con aceite puro de linaza, que previamente había hervido y quemado hasta lograr la consistencia adecuada. Para crear ácido tánico, otro ingrediente fundamental en las tintas de imprenta históricas, cortó las cubiertas de cuero de un libro del siglo XVII y las coció en agua destilada hasta que se volvieron marrones. Por último, añadió cera de abejas.

Sería más o menos medianoche cuando Hofmann comenzó a imprimir «El Juramento del Ciudadano». Su mujer, Dora-lee, y sus tres hijos estaban durmiendo en el piso de arriba. Con cuidado de no despertar a nadie, bajó sigilosamente al sótano, cerró la puerta de su taller con llave y se puso a trabajar. Primero efectuó unas cuantas pruebas utilizando papel moderno. Cuando se quedó satisfecho, puso tinta en la plancha y extendió sobre esta el papel antiguo. Colocó un trozo de fieltro bajo la plancha y otra plancha gruesa de metal por encima, de tal forma que el conjunto parecía un sándwich con el papel de relleno. Entonces ejerció presión con una abrazadera en C.

Pasaron unos minutos. Hofmann desatornilló la abrazadera, sacó el documento impreso de la plancha y lo colgó para que se secara. Cuando lo tuvo se dispuso a crear la inscripción en la parte posterior del mismo. Para ello se había preparado ya una péndola hecha con una pluma de pavo, y había dejado una parte de tinta idéntica a la que había utilizado para imprimir el documento. Cogió la péndola y escribió las palabras «El Juramento del Ciudadano» en el reverso del documento, con una elegante letra isabelina.

La inscripción tenía dos funciones. Por un lado, hacía que el «Juramento» pareciera más auténtico al tener un toque humano. Y, por otro, lo cierto es que a aquellas alturas Hofmann se sentía tan seguro de su arte que quería proporcionar a los expertos algo más para analizar, algo más en lo que basar sus pruebas para corroborar la autenticidad del «Juramento». Dio la vuelta a la hoja y comenzó a absorber la tinta desde el otro lado con una bomba de

succión, para dar la sensación de que, con el paso de tres siglos, esta se había filtrado profundamente en el tejido del papel. A continuación, dobló repetidamente el «Juramento» para dejar pequeñas grietas grabadas en el papel. Finalmente creó marcas de *foxing*, esas pequeñas manchas amarillentas que surgen cuando los hongos reaccionan con el papel y que pueden encontrarse en casi todos los libros antiguos.

Hofmann se esforzó mucho en la elaboración de la procedencia de «El Juramento del Ciudadano». Primero falsificó un recibo de venta de la librería Argosy de Nueva York, donde afirmó haberlo comprado por el precio de veinticinco dólares. Luego volvió a la librería con el recibo y la fotocopia del «Juramento» y habló con la dependienta que supuestamente se lo había vendido. Era una treta que había utilizado con la «Transcripción de Anthon». Y de nuevo funcionó. «La mujer me dijo que reconocía el “Juramento” — diría Hofmann—, por lo que pensé que la fuente, o la procedencia, estaba asegurada al menos por cuanto hacía al lugar de donde había sacado el documento.»

Para asegurarse de que la dependienta no se olvidase ni de él ni del documento, simuló incluso estar interesado en localizar otro material del mismo estilo. «Le dije que estaba interesado en ese “Juramento” y que estaría dispuesto a comprar más ejemplares del mismo, y ella me dijo que miraría si encontraba alguno. Entonces revisó conmigo varios documentos y fue sacando cosas para que les echase un vistazo. Luego le dije que era un artículo muy valioso y le expliqué que el primer documento impreso en América era “El Juramento del Ciudadano”, y que este podría ser la primera copia, y ella dijo algo así como “qué bien”.»

Pese a todo, la Biblioteca del Congreso quería más información sobre la procedencia y pidió una cadena de transacciones del título de propiedad que mostrase todos los dueños que había tenido. Obviamente, Justin Schiller no podía darles ni uno. También se negó a revelar quién era el consignador. Unas cuantas llamadas por parte de Gilreath sacaron a la luz el nombre de Hofmann, y, de paso, alguna que otra información alarmante: Gilreath averiguó que Hofmann tenía reputación de firmar cheques sin fondos y de no devolver las llamadas de teléfono. También parecía haberse granjeado la

amistad de algunos indeseables. Hasta se rumoreaba que tenía conexiones con la mafia de Las Vegas. El 5 de junio de 1985, la Biblioteca del Congreso informó a Justin Schiller de que podía recoger el «Juramento» en Washington.

Desde allí, el documento viajó hasta la Sociedad Anticuaria Americana de Worcester, Massachusetts, donde, por casualidad, justo el día en que llegó estaba teniendo lugar un seminario sobre la historia del libro en América en el que muchos de los bibliógrafos americanos más importantes de la nación se encontraban presentes. Juntos examinaron el documento. El hecho de que estuviera impreso en un rectángulo vertical inquietó a algunos. Una versión publicada en 1939 lo había mostrado impreso en horizontal. También se generó un cierto malestar a causa del número de astas ascendentes y descendentes que se superponían. Pero para cada cuestión se encontraba siempre una explicación. Era como esa sensación descrita por Mark Twain en *Inocentes en el extranjero*, cuando visitó lo que se rumoreaba que podía ser la tumba de Adán cerca de Jerusalén: no puedes probar que lo es, y tampoco puedes probar que no lo es.

Robert Mathiesen, un catedrático del Departamento de Lenguas Eslavas de la Universidad Brown, se pasó mucho tiempo estudiando una mota de suciedad que se había descubierto en uno de los pliegos del documento. ¿Estaba debajo de la tinta de impresión o encima? Mathiesen argumentó que, si estaba encima, el «Juramento» probablemente fuese auténtico. Pero, si estaba debajo, entonces el «Juramento» tenía que haberse impreso después de que se doblase el papel y se trataba, por tanto, de una falsificación. Pero estas no eran evaluaciones científicas, se trataba más bien de las opiniones subjetivas de académicos sin formación forense, que no estaban a la altura de Hofmann. Tras examinar el documento y revisar los informes de la Biblioteca del Congreso, la Sociedad Anticuaria Americana ofreció a la Galería Schiller-Wapner doscientos cincuenta mil dólares por el «Juramento». Mientras tanto, de vuelta en Salt Lake City, Mark Hofmann había comenzado a comercializar la ilusión más grande de todas: la falsificación de un documento que ni siquiera existía.

- [15]. Institución inglesa, establecida en 1557 por el gremio de los impresores, a la que la reina María I cedió el control de la imprenta y los derechos de autor.
- [16]. Asociación que controlaba la zona de la bahía de Massachusetts, creada en 1628 con cédula real por el puritano John Endicott y sus asociados.
- [17]. Literalmente, «La danza del pastel de Gollywog».

Un asunto sucio, desagradable y obsceno

William McLellin nació en Tennessee en 1806. Su primer contacto con los misioneros mormones tuvo lugar cuando estaba trabajando como profesor en Paris, Illinois, a los veinticinco años. Se quedó tan impresionado con su devoción que decidió bautizarse en las aguas del río Missouri, cerca de la ciudad de Independence. «Me sentí muy feliz, tranquilo y cómodo», escribiría en su diario. Unos días más tarde, mientras iba de Missouri a Illinois, McLellin cayó enfermo. «Me apeé del caballo en la pradera y me tumbé sobre mi abrigo y mi manta.» Para cuando llegó la Navidad, los pulmones de McLellin estaban inflamados, lo que lo forzó a guardar cama. El 28 de diciembre conoció al hombre que más tarde lo describiría como el «príncipe y salvador de las gentes de Dios». «Por la mañana, el hermano Joseph se acercó a la cabecera de mi cama y puso sus manos sobre mí y rezó por mí y estaba curado de modo que me levanté y desayuné», escribiría McLellin. Cuatro años más tarde le fue otorgada una posición equivalente a la de ministro: Joseph Smith lo nombró apóstol de la Iglesia mormona.

Sin embargo, en apenas un año McLellin comenzó a tener serias dudas sobre el carácter de Smith y sobre la veracidad de la religión a la que se había unido. Fue excomulgado en 1838, y pasó a ser víctima de una campaña de difamación. Se lo acusó de haber agredido a Smith, de asaltar su casa y de propagar «información vil y calumniosa». El profeta, con su bilis

característica, escribió sobre él: «Dios odia tales personajes, el mundo los odia, y a veces creemos que el diablo debería avergonzarse de su existencia».

Lo que Smith realmente odiaba era que McLellin hubiera dejado el círculo interno de la primera Iglesia mormona con una profunda y dañina percepción de sus antiguos colegas. También se sabía que tenía en su posesión una importante colección de manuscritos y documentos sobre los orígenes de la Iglesia, incluyendo sus propios diarios, cartas y notas. Al morir, estos papeles pasaron a manos de un hombre llamado J. L. Traughber, que en aquel entonces vivía en Texas. En 1901, un abogado antimormón se puso en contacto con él con la intención de comprar los documentos. Los dos hombres mantuvieron correspondencia, pero Traughber siempre insistió en que no estaba interesado en vender la colección a trompicones. «Si me deshago de cualquier parte de ella —escribió al abogado—, quiero cortar por lo sano y olvidarme para siempre de todo lo que tenga que ver con el tema.» Las negociaciones se rompieron y William McLellin desapareció del radar de la historia.

A principios de 1985, en Salt Lake City empezó a correr el rumor de que habían encontrado la Colección McLellin. El autor de ese rumor, evidentemente, no era otro que Mark Hofmann. Al poco tiempo, un periodista de *The Salt Lake Tribune* llamó al Departamento de Comunicaciones Públicas de la sud. La intención de Hofmann, como siempre, era infligir el mayor daño posible a la Iglesia, no solo vendiéndoles una falsificación que llenara de agujeros su teología, sino también desenmascarando el secretismo y la manipulación propios de sus altas jerarquías. La experiencia de la «Carta Salamandra», por la que la Iglesia había pagado cuarenta mil dólares, le había enseñado que estarían desesperados por comprar la Colección McLellin para que no cayese en manos «enemigas». También sabía que toda negociación iba a tener que llevarse en secreto. De modo que, si filtraba rumores sobre la situación, se aseguraba de que el contenido de esos polémicos documentos se hiciese público. La Iglesia sud volvería a ser pescada tratando de ocultar la verdad.

Lo que más asustaba de la Colección McLellin era la posibilidad de que incluyera revelaciones —potencialmente dañinas— sobre el carácter de

Joseph Smith. McLellin conocía a Joseph Smith tanto como el que más. Había cabalgado por las praderas a su lado, había comido con él y dormido en los mismos hoteles, y había rezado a su lado en el templo. ¿Sería la Colección McLellin el *Colores primarios* de los inicios de la historia mormona, es decir, un relato íntimo y personal de lo que pasaba entre bastidores con Joseph Smith y sus colegas?

Por lo que se sabía sobre McLellin, parecía que sí. En un relato que envió al hijo de Smith en 1872, en el que hablaba sobre un viaje que el profeta hizo a Cleveland junto a quince de sus seguidores, McLellin se refería a Joseph Smith como a un borracho buscalíos. «Se alojaron en un hotel de primera clase —escribió—. Pidieron vino, etcétera. Algunos de ellos se emborracharon y empezaron a destrozar cosas por todas partes.» (Hay que decir que los mormones tienen terminantemente prohibido el consumo de alcohol.) Y al día siguiente, según McLellin, Smith y sus seguidores volvieron a emborracharse, esta vez a la hora de la comida, en un restaurante muy caro llamado Euclid. Después, ya de vuelta a Illinois, ebrios, echaron una carrera a caballo que acabó con varias calesas volcadas y destrozadas.

En esa misma carta describe también una escena insalubre en el templo de Kirtland durante lo que se suponía que tenía que ser un ayuno de veinticuatro horas. «Comimos y bebimos un poco de pan y vino al atardecer —escribió McLellin—, ¡y algunos bebieron tan copiosamente, con el estómago vacío, que se emborracharon! Yo me ocupé de S. H. Smith, que estaba en uno de los altares, tan sumamente embriagado que no podía sentir nada. Lo mantuve alejado del grupo, pero vomitó [en] el escupidor cinco veces, y su querido hermano Carlos lo tuvo que ir vaciando por la ventana.»

Vomitarse en el templo era ya bastante malo, pero tener sexo ilícito en un establo era aún mucho peor. En aquella misma carta de 1872, McLellin aún le explicó más cosas a Joseph Smith hijo: «Ahora voy a contarte una historia, Joseph, y puedes preguntarle a tu querida madre si es cierta». La «historia» a la que se refiere llegó a sus oídos durante una entrevista que mantuvo con Emma Smith, la mujer del profeta, cuatro años después de que este muriera en la cárcel de Carthage. Según le contó ella, una noche en 1835, cuando vivía con su marido en Kirtland, Ohio, se dio cuenta de que este y la

sirvienta, Fanny Alger, «una mujer joben Muy amable y hatractiva», como la describió un coetáneo, no estaban en casa. Se acercó de puntillas al establo y allí descubrió a la pareja en flagrante delito. Smith tenía veintisiete años. Fanny Alger, diecinueve. «¡¡¡Miró por una rendija y vio la transacción!!! — escribe McLellin sin resuello—. Me dijo que esta historia también era muy cierta.» En una carta escrita en 1838, otro líder mormón muy importante, Oliver Cowdrey, uno de los tres testigos del Libro de Mormón, se refirió a los líos de Smith con Fanny Alger como «un asunto sucio, desagradable y obsceno».

Por otra parte, McLellin acusó a Joseph Smith de falsificación. Afirmó, sin ir más lejos, que una de las visiones básicas de Smith, conocida como la Dotación —en la que supuestamente los ángeles se le habían aparecido en presencia de varios cientos de fieles en el templo de Kirtland en 1836—, no era más que pura invención. (Otro testigo fundamental, David Whitmer, la describió como «un cuento chino».) Y, de paso, también cuestionó la autenticidad de varios documentos mormones fundamentales. El más importante de estos era el Libro de Abraham, una obra suplementaria de las Sagradas Escrituras que Smith dijo haber traducido de un trozo de papiro. En 1840, William McLellin escribió: «No creo en el Libro de Abraham, traducido (supuestamente) de un papiro cogido del pecho de una momia egipcia».

Hofmann afirmaría que entre las tres cajas de documentos que había encontrado en Texas se encontraba ese mismo trozo de papiro, cuya primera aparición tuvo lugar en 1835, cuando un carromato hizo una parada en Kirtland, Ohio, escenario de la primera colonia mormona de Joseph Smith, con la más inusual de las cargas. El carromato pertenecía a un vendedor ambulante irlandés llamado Michael Chandler, uno de esos tipos astutos que tanto prosperaron en la frontera americana. Entre el desorden de curiosidades que había en la parte de atrás del carromato se encontraban once momias egipcias y algunos rollos de papiros. El precio, de dos mil cuatrocientos dólares —unos cincuenta mil de hoy en día—, era exagerado. ¿Pero cuántas veces aparecen en Ohio momias y papiros egipcios? Joseph Smith compró el lote entero. «Comencé a traducir algunos de los caracteres o jeroglíficos —

escribió el profeta poco después—, y para nuestra alegría nos encontramos con que uno de los rollos contenía escrituras de Abraham, otro de José de Egipto, etcétera. Verdaderamente, podemos decir que el Señor está empezando a poner de manifiesto la abundancia de paz y verdad.»

El Libro de Abraham se convirtió en lo que los mormones llaman la Perla de Gran Precio: un documento raro y valioso que corroboraba aspectos importantes de su propia fe. Smith afirmó que los cinco capítulos cortos con facsímiles y explicaciones, publicados en 1842, eran nada menos que las escrituras perdidas de Abraham, redactadas a mano por el propio patriarca cuando estaba exiliado en Egipto. Su importancia aumentaba porque incluían material sobre la vida de Abraham que no estaba en la Biblia. (En este sentido, Hofmann seguiría el ejemplo de Smith y salpicaría sus falsificaciones de detalles nuevos e inesperados que no aparecían en el Libro de Mormón.) También reescribían las Sagradas Escrituras, incorporando algunos de los principios fundamentales de la fe mormona, como la preexistencia de las almas humanas y la cuestión más polémica de la nueva religión: la poligamia. Según el Libro de Abraham, las Sagradas Escrituras bíblicas estaban de acuerdo en que los hombres tuviesen más de una mujer. Asimismo, el libro se utilizó para justificar la exclusión del sacerdocio de todos aquellos que no fueran blancos, restricción que no sería enmendada hasta 1978, y solo como resultado de la intensa presión ejercida por el Gobierno federal.

Smith se esforzó mucho en lograr que el Libro de Abraham pareciera auténtico. Incluyó tres copias en facsímil del papiro original. Incluso llegó a publicar lo que denominó *Gramática y alfabeto egipcios*, donde mostró los jeroglíficos originales encontrados en los papiros. Por desgracia, las copias y los originales nunca pudieron ser comparados, ya que los papiros, como muchas otras reliquias mormonas, desaparecieron misteriosamente. Según la leyenda fueron destruidos por un incendio en el Museo de Chicago en 1871. Pero en 1967, cuando Hofmann tenía trece años, algunos de los papiros aparecieron inesperadamente en el Museo de Arte Metropolitano de Nueva York, con un recibo de venta de Emma Smith Bidamon, la viuda del profeta. Entre los trozos de papiros estaba el que había sido publicado por Smith en el

Libro de Abraham como Facsímil Número Uno. Los números dos y tres seguían perdidos.

Cuando los papiros se examinaron en el Metropolitano se vio claramente que no tenían nada que ver con Abraham o con José: eran documentos funerarios egipcios escritos en el año 100 a. C. más o menos, aproximadamente dos mil años después de la muerte del patriarca bíblico. Los jeroglíficos de los papiros eran efectivamente los mismos que Smith publicó en su *Gramática y alfabeto egipcios*, pero su traducción al inglés no tenía nada que ver con su verdadero significado. Smith hizo lo que han hecho siempre los falsificadores a lo largo de la historia: tras fabricar un documento falso, fabricó un segundo que lo autentificase. I. E. S. Edwards, un egiptólogo del Museo Británico, dijo que la *Gramática* de Smith le recordaba a «los escritos de los videntes».

La persona que Hofmann escogió para hablarle sobre la Colección McLellin fue la misma que se había ocupado de la venta de la «Carta Salamandra»: Steve Christensen. Hofmann le contó que había localizado la colección en Texas, y que entre los documentos estaba el papiro original del Facsímil Número Dos del Libro de Abraham, «una de las reliquias más famosas del mundo mormón», como diría *The Salt Lake Tribune*. A continuación, le contó que había contactado con Gordon B. Hinckley para ver si la Iglesia estaba interesada en que la comprase para ellos. El precio de venta era de ciento noventa y cinco mil dólares. Él ya había dado una entrada de diez mil, pero su oportunidad de compra terminaría a finales de junio si no ponía el resto del dinero. En un intento de obligar a la Iglesia a decidirse lo más rápido posible, Hofmann mencionó la existencia de un grupo de antimormones que andaba detrás de la colección.

Christensen llamó a un amigo suyo, Hugh Pinnock, un anciano de la Iglesia que tenía ciertos contactos en la comunidad banquera de Salt Lake City, y en cosa de unos días, tras consultar con otros representantes importantes de la sud, había conseguido organizar para Hofmann un préstamo sin aval de ciento ochenta y cinco mil dólares del First Interstate Bank para comprar la colección. Pinnock incluso se ofreció a facilitarle un carro blindado para transportar los documentos desde Texas. Hofmann, obviamente, declinó la

oferta. Los mandarían, totalmente asegurados, por correo certificado.

Todo criminal tiene una debilidad, algún defecto en sus planes o en su carácter que con el tiempo lo empuja al fracaso. Irónicamente, el defecto de Hofmann era una pasión total por los libros infantiles antiguos. Algunas notas de sus cuadernos dejan constancia de sus compras: 6300 dólares por una primera edición de *El señor de los anillos* de Tolkien; 1500 por un ejemplar de *El sastre de Gloucester* firmado por Beatrix Potter; 1500 más por una edición rara de *La caza del Snark* de Lewis Carroll... Y había pagado aún más por joyas como los cuentos de Hans Christian Andersen en danés, las pinturas originales para la primera edición de las fábulas de La Fontaine en francés o una primera edición de *Las mil y una noches*, impresa a principios del siglo XVII. En el mundo de los libros raros, estos eran artículos legendarios, y, con el tiempo, Hofmann acumularía una de las mejores colecciones de América, que incluía también el primer ejemplar conocido de *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), con su sobrecubierta gráfica original.

Justin Schiller, que compró en subasta muchos de estos libros en su nombre, creía que Hofmann sentía una verdadera pasión por los libros antiguos. «Si a alguien le brillan los ojos al mirar un libro, sabes que el afecto que siente por este es real —diría tiempo después—, y los ojos de Mark brillaban. Era un romance.»

En principio, parecía que el propósito de Hofmann era dejar un legado para sus hijos. (Claro que también había utilizado los libros como garantías subsidiarias para préstamos bancarios.) Pero su pasión por los libros infantiles escondía otro objetivo mucho menos digno. ¿Por qué si no pediría a Justin Schiller que adquiriese varias copias sin firmar de la primera edición de *La cabaña del tío Tom*, como la que ya había comprado para él mismo, firmada por Harriet Beecher Stowe? Pues porque al falsificar la inscripción de la portada de cada una de estas multiplicaría su valor por cien.

En total se ha estimado que Hofmann se gastó más de trescientos mil dólares en libros antiguos. Para 1985, su pasión por estos se había convertido en una obsesión. Necesitaba grandes cantidades de dinero, y las necesitaba de inmediato. Había intentado crear algunas de las 116 páginas perdidas del

Libro de Mormón, pero la tarea que implicaba la falsificación de un documento tan extenso era tan abrumadora, incluso para él, que había dado carpetazo al proyecto. Y la paga por «El Juramento del Ciudadano» no le había reportado los beneficios esperados. Como resultado, Hofmann se dedicó aún con más ahínco a la Colección McLellin. Diez días después de haber recibido el préstamo de ciento ochenta y cinco mil dólares, informó a Christensen y Pinnock de que había comprado la colección y que esta estaba bien asegurada en una caja fuerte en Salt Lake City.

Los días se convirtieron en semanas y Hofmann siguió sin entregar los documentos ni devolver los ciento ochenta y cinco mil dólares. Para empeorar las cosas, empezaron a filtrarse rumores sobre el dinero, casi siempre provocados por el propio Hofmann. Sería un verdadero desastre que se supiese que la Iglesia mormona había realizado un préstamo sin aval para comprar documentos polémicos. «Me parece que estoy metido en un buen lío —le confió a mediados de agosto Hugh Pinnock, el hombre que se había encargado del préstamo, a un colega—, Mark no ha pagado el préstamo y parece haber desaparecido.»

También Christensen había empezado a desconfiar de Hofmann. Tras indagar un poco y hablar con aquellos que habían tenido negocios con él, se enteró de varias cosas que confirmaban su falta de fiabilidad. Poco a poco empezó a descubrir una clara pauta de engaño. First Interstate estableció un nuevo plazo para el pago del préstamo: el 3 de septiembre. La mañana de aquel mismo día, Hofmann entró en el banco y firmó un cheque personal por ciento ochenta y cinco mil dólares más los intereses que debía. Una semana más tarde, el cheque fue rechazado.

A Hofmann le gustaba reflexionar mientras iba al volante. Le gustaba conducir y le gustaban los coches, en especial su Toyota deportivo azul. En los días soleados solía dirigirse a los cañones que rodean Salt Lake City. Los musulmanes dicen que en el desierto se está más cerca de Dios. Hofmann no creía en Dios, pero los espacios abiertos y salvajes, con su belleza austera, casi bíblica, le daban la sensación de libertad que necesitaba para aclarar sus pensamientos.

Cuando el verano de 1985 se convirtió en otoño, su mente estaba centrada

en los cientos de miles de dólares que había tomado prestados. Contando con el dinero de la venta de «El Juramento del Ciudadano», había invertido medio millón de dólares en una casa en una zona residencial de las afueras de Salt Lake City, con pista de tenis y acuario incluidos. Viajaba a menudo a Nueva York, donde solía alojarse en hoteles caros, comer en restaurantes buenos y planear nuevas falsificaciones. Una nota en uno de sus cuadernos lo sitúa en el antiguo hotel Omni Park Central, en el centro de Manhattan. En la lista de cosas que había apuntado para hacer durante su estancia en Nueva York hay un recordatorio para comprar en Rizzoli's el libro de Allen Schoener *The American Jewish Album: 1654 to the Present*, lo que sugiere que Hofmann tenía intención de explotar una nueva veta de oro falsificando documentos relacionados con los judíos en América.

A esas alturas, el éxito de sus falsificaciones y su habilidad excepcional para engañar habían hecho creer a Hofmann que era invulnerable, que, sencillamente, era demasiado listo para que lo atraparan. Y, a medida que su situación financiera fue empeorando y su espacio de maniobra reduciéndose, comenzó a correr riesgos cada vez mayores. Hasta hacía poco había tenido la opción de librarse de sus acreedores falsificando a toda prisa una inscripción en un libro o un autógrafo de Daniel Boone que luego vendía por unos cuantos miles de dólares. Pero ahora ya no se trataba de unos cuantos miles, sino de cientos de miles. Y las falsificaciones no podían aportarle tantos ingresos. Además, aquel era un oficio que llevaba mucho tiempo, y el tiempo era un lujo que Hofmann ya no se podía permitir.

Así que, en lugar de crear y vender falsificaciones, comenzó a inventarse esquemas de inversión fraudulentos. Un esquema Ponzi,^[18] llamado así por un italoamericano, Charles Ponzi, que se mudó a Boston en 1919, funciona utilizando el dinero de un inversor para pagar lo que se le debe a otro. Ponzi prometía a los inversores un rendimiento importante por su capital, a veces hasta del cuarenta por ciento. Y, para que pareciese que las transacciones que estaba haciendo en su nombre eran legítimas, les pagaba su rédito. Lo que los inversores no sabían era que el dinero que Ponzi les devolvía había sido obtenido de otros inversores.

Hofmann comenzó a ofrecer inversiones en transacciones fraudulentas de

libros y manuscritos raros, utilizando la inminente venta de «El Juramento del Ciudadano» o su valiosa colección de libros infantiles como garantía de pago. Uno de los inversores a los que Hofmann hizo caer en su telaraña era un hombre de negocios de Salt Lake City llamado Thomas R. Wilding. La primera vez que Wilding se relacionó con Hofmann fue a principios de 1985, cuando, con un grupo de inversores, puso 22 500 dólares para una colección de libros raros. Un mes más tarde, Hofmann les informó de que había revendido los libros por el doble de ese dinero. A continuación, el grupo de Wilding invirtió otros 23 600 dólares para unos documentos de Brigham Young. Un mes más tarde, Hofmann les comunicó que había conseguido por ellos unas ganancias del cuarenta y dos por ciento. Era como jugar en los casinos de Reno sin tener que coger el coche.

Lo que Wilding no supo ver era que Hofmann solo estaba fingiendo obtener estas ganancias para así lograr involucrarlo cada vez más. Wilding y su grupo aumentaron su apuesta inicial e invirtieron ciento sesenta mil dólares para que Hofmann comprase una de las joyas literarias del siglo XIX: el manuscrito original del libro de Charles Dickens *El hombre atormentado*.

La descripción que hacía Dickens del personaje principal mirando las brasas de su chimenea dentro de su cámara, «parte biblioteca, parte laboratorio», debió de tocar una fibra sensible de Hofmann. En el verano de 1985, él también era un hombre atormentado. Publicado por primera vez en 1848, el manuscrito había sido durante años uno de los artículos más destacados de la Colección Carl Pforzheimer de Nueva York. Hofmann pretendía comprarlo en subasta y luego revenderlo. El precio era de trescientos mil dólares. Con los ciento sesenta mil de Wilding y su grupo, Hofmann comenzó a vender acciones del manuscrito de Dickens a inversores y coleccionistas de manuscritos de toda América. Un hombre de negocios de Arizona llamado Wilfred A. Cardon puso ciento diez mil dólares. George Smith, uno de los mormones más ricos de los Estados Unidos, cuya empresa era dueña de ups y Signature Books, pagó otros cincuenta y cinco mil por una sexta parte de la propiedad. Hofmann cogió el dinero de todos. Y *El hombre atormentado* se quedó en Nueva York.

Hofmann tenía éxito porque entendía el poder de la codicia. Propuso al

grupo Wilding invertir en un proyecto todavía más importante; algo, les dijo, con lo que —si lograba recaudar el dinero suficiente para comprarlo— se harían todos ricos: la segunda versión de «El Juramento del Ciudadano». La primera versión, mintió Hofmann, ya había sido vendida a la Biblioteca del Congreso por un millón de dólares. La segunda versión costaría al menos la misma cantidad. Wilding y su grupo se subieron al carro con ciento setenta y tres mil dólares.

Los esquemas Ponzi son como los fuegos de maleza. Se alimentan a sí mismos. El fuego empieza a extinguirse cuando el número de inversores en busca de rédito supera el número de inversores que pone dinero para alimentar el esquema. En el verano de 1985, esto era exactamente lo que estaba ocurriendo. El dinero que Hofmann tomaba de un inversor era inmediatamente utilizado para pagar a otro. Ya había vendido parte de las acciones del «Juramento» a Justin Schiller, en Nueva York, por ciento cincuenta mil dólares. Entonces revendió la mitad de las suyas por otros ciento cincuenta mil. También comenzó a vender acciones de la Colección McLellin. Pero seguía sin ser suficiente.

Asimismo, por primera vez en su vida, Hofmann estaba empezando a perder el control de sus propias tramas. Uno de los secretos de su éxito había sido precisamente su habilidad para mantener aislados entre sí los distintos hilos argumentales de las historias laberínticas y mentirosas que confeccionaba, como si se tratara de productos químicos volátiles guardados en envases precintados. En 1985, dos de estos productos estaban empezando a converger, como los brazos de una tenaza. Por un lado, Steve Christensen estaba presionando a Hofmann cada vez más por la entrega de la Colección McLellin o el pago del préstamo de ciento ochenta y cinco mil dólares que le había proporcionado el First Interstate Bank. Por otro lado, Thomas Wilding y su grupo estaban haciendo lo propio para que les devolviera el casi medio millón de dólares que llevaban invertido con Hofmann.

Hasta aquel momento, Hofmann se había relacionado principalmente con bibliófilos. Se trataba de un mundo seguro y nada amenazador, en el que todos estaban unidos por una pasión compartida por los libros y los manuscritos. Pero su necesidad de conseguir dinero para financiar la compra

de libros raros —una necesidad cada vez más apremiante—, sumada a la vertiginosa subida de su nivel de vida, lo habían llevado a dejar esa sociedad refinada y meterse en un mundo mucho más duro y menos confiado. A los inversores como Wilding no les interesaban los libros *per se*. Les interesaba el dinero, y no les hacía gracia ninguna que les tomasen el pelo.

Uno de los inversores del grupo de Wilding era un ganadero llamado Sid Jensen que vivía justo al otro lado de la frontera con Wyoming. Había perdido un brazo en un accidente en la granja y, como resultado, el seguro le había pagado una importante suma de dinero que ahora esperaba rentabilizar. Hofmann les había dicho a Wilding y Jensen que iba a volar a Nueva York con los ciento setenta y tres mil dólares que habían invertido para comprar la segunda versión de «El Juramento del Ciudadano» (que en realidad no existía). Cuando Jensen y Wilding trataron de confirmar el número de vuelo y la hora que Hofmann les había dado descubrieron que tal vuelo no existía. Fueron hasta el aeropuerto. El coche de Hofmann no estaba en el aparcamiento, y a Hofmann no se lo veía por ninguna parte.

Jensen y Wilding decidieron ir a su casa a primera hora de la mañana. Wilding llegó en su furgoneta a las cinco y media de la madrugada y se quedó esperando a la entrada de Haus Hofmann. Era viernes, 13 de septiembre. Una hora y media más tarde, Jensen, que había conducido desde Wyoming, se unió a él. A las siete y media llamaron a la puerta con vehemencia. Les abrió Doralee, su mujer. Hofmann estaba en la ducha. Cuando apareció por la puerta aún tenía el pelo mojado.

—¿Se puede saber qué es tan importante? —les preguntó.

—¿Que qué es tan importante...? —contestó Wilding—. Pues mira, resulta que nos has contado muchas cosas que no encajan y queremos que nos las aclares.

También le dijeron que, debido a las irregularidades y a los problemas de su historia, querían recuperar inmediatamente el dinero. Hofmann les aseguró que se encontraría con ellos en su banco al día siguiente, a las diez de la mañana, pero Wilding se negó a esperar más y unos minutos más tarde salieron hacia el banco de Hofmann los tres juntos. Al llegar, Wilding y Jensen descubrieron que su «socio» solo tenía dieciocho mil dólares en la

cuenta corriente, es decir, una décima parte de lo que le habían dado el día anterior. Hofmann prometió a Wilding que les devolvería el dinero más tarde, ese mismo día. Pero Wilding no estaba para que le dieran largas. Asegurándose de no perderlo de vista en ningún momento, acompañó a Hofmann con su coche por todo Salt Lake City mientras este intentaba desesperadamente conseguir dinero prestado. Fueron a ver al numismático Al Rust, pero Hofmann ya le debía ciento cincuenta mil dólares de otra transacción fraudulenta. Luego fueron a buscar a Curt Bench a Deseret Books, pero tampoco sirvió de nada. Ya nadie estaba dispuesto a dejarle más dinero. Su crédito, finalmente, se había agotado.

Aquella tarde, Wilding llevó a Hofmann a su oficina. Sid Jensen se encontró allí con ellos. Los hombres se pasaron dos horas enteras interrogando a Hofmann. Este les dijo que había enviado el dinero a Nueva York para comprar el «Juramento». Prometió encontrar otros inversores para devolverles su inversión. Más tarde, Wilding describiría la actitud de Hofmann durante aquella reunión como de «arrogancia distante». Aquello fue seguramente lo que hizo que Jensen perdiese los estribos. Con el brazo que le quedaba pegó un puñetazo a Hofmann en la cara.

Las semanas fueron pasando y Hofmann siguió sin devolverles el dinero. Trató de conseguir algo de tiempo contándoles que gracias a Steve Christensen estaba a punto de vender una importante colección de documentos a la Iglesia por valor de ciento ochenta y cinco mil dólares. Y les prometió que les devolvería el dinero el 11 de octubre, la fecha que había sido fijada para el cierre de la transacción, que no era otra que la venta de la ficticia Colección McLellan.

Pero la incapacidad de Hofmann para producir la colección, combinada con un comportamiento cada vez más evasivo y poco fiable, también había empezado a levantar sospechas entre las altas jerarquías de la sud. Varios miembros importantes de la Iglesia habían llegado a la conclusión de que Hofmann estaba negociando a dos bandas. El presidente Hinckley aún no había sido informado sobre la situación, pero no tardaría mucho en enterarse. Curt Bench, el dueño de Deseret Books, escribió en su diario a finales de septiembre que «Mañana tienen pensado contarle al presidente Hinckley lo

que está pasando, y podría ser que en el futuro la Iglesia se niegue a volver a comprarle algo a Mark Hofmann». La confianza de Hinckley era vital para Hofmann. Sin ella ya podía ir despidiéndose del acceso sin precedentes a las entrañas del poder mormón del que había disfrutado durante los últimos cinco años.

Steve Christensen, por su parte, tenía sus propias razones para estar nervioso. El banco de inversiones cfs, del que era vicepresidente, estaba hundiéndose y Christensen se enfrentaba a la ruina financiera. Si no podía entregar la Colección McLellin, su reputación con la Iglesia también quedaría arruinada. En una de las muchas ironías trágicas de esta historia, por aquel entonces Christensen comenzó a plantearse la posibilidad de dedicarse exclusivamente a trabajar como anticuario de documentos históricos. Pensaba que la creciente falta de fiabilidad de Hofmann quizá podía abrir un hueco para él. En una reunión con Hugh Pinnock incluso llegó a hablar de encontrar el más misterioso de todos los manuscritos mormones: las 116 páginas perdidas del Libro de Mormón.

Christensen aceptó posponer la fecha de entrega de la Colección McLellin —o el pago del préstamo de ciento ochenta y cinco mil dólares— hasta el 3 de octubre, y luego hasta el 7.

—Apriétale las tuercas al máximo —le dijo Hugh Pinnock al agente hipotecario del First Interstate. Pinnock era otro de los que tenía mucho que perder si Hofmann incumplía el pago del préstamo. Se había ofrecido como fiador extraoficial. Si Hofmann incumplía, Pinnock podría perder su casa.

Thomas Wilding también estaba apretándole las tuercas a Hofmann al máximo. Desde el día en que fue a buscarlo a su casa se convirtió en su sombra y lo persiguió como un bulldog. Primero lo obligó a firmar un acuerdo convirtiendo sus inversiones y las ganancias que le debía en préstamos pendientes por un total de 455 155 dólares. A continuación, le hizo firmar otro acuerdo invocando unos recargos masivos si incumplía con el pago de la deuda. Desde el 14 de octubre, Hofmann tendría que pagar a Wilding un recargo de cuatro mil dólares al día. First Interstate Bank ya había amenazado con embargar la casa de Hofmann, lo que dejaría a su familia en la bancarrota durante muchos años. Y, por último, lo amenazó con ir a la

policía.

Hofmann siempre había conseguido salirse con la suya incluso en las situaciones más difíciles, pero a medida que iba acercándose la hora del plazo señalado por Wilding comenzó a sentir que, en esta ocasión, estaba acorralado. No había creado la Colección McLellin, y la amenaza de ser desenmascarado se había vuelto muy seria. Estaba nervioso y enfadado, y cada vez sentía más deseos de venganza. Durante años se había dedicado a manipular a todos aquellos que antes lo habían manipulado a él. Había mantenido una guerra secreta contra la Iglesia, y siempre había llevado la delantera. Pero ahora, y aunque ellos no lo supieran, lo tenían atrapado en un atolladero. Empezó a darse a la bebida. No podía dormir. Hasta la autohipnosis dejó de funcionarle.

La única esperanza que le quedaba era el «Juramento del Ciudadano». A principios de septiembre, la Sociedad Anticuaria Americana le había ofrecido doscientos cincuenta mil dólares por el documento. Pero las deudas de Hofmann eran tan grandes que ni siquiera un cuarto de millón iba a poder salvarlo, así que no lo aceptó. Fue un momento funesto de *hibris*.^[19] Había sobreestimado sus propias posibilidades. Por uno de esos extraños giros que da la vida, la fecha señalada por Steve Christensen para la entrega de la Colección McLellin era la misma que la que había fijado Wilding para el pago del casi medio millón de dólares que Hofmann le debía. El 14 de octubre, Hofmann tendría que entregar una serie de documentos que no existían o pagar ciento ochenta y cinco mil dólares que no tenía. Y tendría que devolver medio millón de dólares a Wilding o empezar a pagar cuatro mil al día en recargos. Necesitaba encontrar desesperadamente un último truco de prestidigitación.

El artefacto más excitante y polémico de la Colección McLellin era un «trozo de papiro prendido del pecho de una momia egipcia». Así que, a principios de septiembre, Hofmann llamó a Kenneth Rendell, el anticuario de documentos históricos de Boston que doce años después, según Sotheby's, autentificaría el poema de Dickinson. Hofmann le preguntó si tenía algún papiro en venta. Por casualidad sí tenía uno. Se trataba de un trozo de papiro egipcio de sesenta por veintidós centímetros. Hofmann lo cortó en dos, puso

uno de los trozos, de cuatro por nueve, entre dos hojas de plexiglás y se lo dio a Steve Christensen. El otro trozo se lo guardó para cuando llegasen tiempos peores.

Hofmann le dijo a Christensen que el papiro era el legendario Facsímil Número Dos del Libro de Abraham. Christensen lo fotografió y se lo mostró a la Iglesia sud como prueba positiva de que la Colección McLellin existía. Pero, como no era un experto en Egipto, no tenía forma de verificar que el papiro fuese real. Y para entonces sus sospechas sobre Hofmann habían aumentado considerablemente. Se había enterado, por ejemplo, de que Hofmann había intentado vender parte de la Colección McLellin a otra persona, y de que probablemente iba a utilizar las ganancias para pagar a Wilding, en lugar del préstamo que Christensen había pedido para él. Quizá ese trozo de papiro guardado en una caja de seguridad fuese falso. Christensen decidió consultar a un experto.

Cuando Christensen llamó a Kenneth Rendell en Boston no tenía ni idea de que se trataba de la misma persona que le había vendido el papiro a Hofmann, ni de que el artefacto egipcio que tenía guardado en su caja de seguridad había pertenecido en un principio a un inglés llamado Solomon Pottesman, ni de que había sido adquirido por Rendell en Bernard Quaritch Ltd., un conocido anticuario de manuscritos de Londres. Solo había una persona en posesión de toda esa información. Y ese era Mark Hofmann. Cuando se enteró de que Rendell iba a volar hasta Salt Lake City para encontrarse con Christensen, debió de parársele el corazón.

Había llegado el momento que tanto había temido. Igual que un dramaturgo, Hofmann había ejercido un control casi absoluto sobre sus personajes. Ahora, dos de ellos, pertenecientes a distintas partes del guion, habían decidido encontrarse cara a cara. Si lo conseguían, Hofmann sería desenmascarado como lo que era: un farsante y un tramposo. Sus padres y su familia, sus amigos y sus hijos, y el mundo en general, se darían cuenta de que su interés por la historia, sus conocimientos enciclopédicos y su pasión por los libros y manuscritos no eran más que una gran mentira. Peor aún, la verdad destrozaría las volátiles estructuras psicológicas sobre las que había construido su vida. Desde que era muy joven, la falsificación y el engaño se

habían convertido en su forma de sobrevivir en el mundo. Al llevar una doble vida podía evitar que sus contradicciones internas —su deseo de hacer daño y perjudicar a sus padres y a la Iglesia mormona sin perder su amor y respeto al mismo tiempo— lo inutilizaran. Pero en ese momento el manto de mentiras y engaños que había tejido sobre sí mismo estaba a punto de desgarrarse. Solo se le ocurría una forma de evitar el desenlace.

[18]. Conocidos popularmente como esquema de bicicleta o pirámide.

[19]. De la mitología griega, significa confianza excesiva que puede llevar a la destrucción; hace referencia a aquella persona que se siente omnipotente y por encima de los demás, y que corre el riesgo de caer víctima del castigo de los dioses.

El radio de la muerte

El viernes antes del puente en el que se celebraba el Día de Colón de 1985, Hofmann se subió a su deportivo y cogió la I-80 en dirección oeste hacia Skull Valley, al borde del desierto del Gran Lago Salado. Ya había ido allí el día anterior, pero se puso a nevar y tuvo que abortar la prueba. En el camino de vuelta lo habían parado por exceso de velocidad. Al ver al policía junto a su ventana, el corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Y si le registraba el maletero?

Esta vez no iba a ser tan estúpido. Se aseguró de ir por el carril central, detrás de un camión, a menos de noventa kilómetros por hora. En Grantsville salió de la autopista y cogió una carretera secundaria hasta un barranco apartado. Aparcó el coche, abrió el maletero y sacó un trozo de tubo galvanizado de doce milímetros de diámetro. Lo llenó de pólvora e insertó un encendedor de cohete. A continuación, empalmó el cable del encendedor a un cable de extensión y volvió a bajar por el barranco.

Un buitre lanzó un graznido. Hofmann miró hacia arriba; entonces conectó el extremo del cable del alargador a la batería. La bomba explotó con una bocanada de humo, haciendo un pequeño agujero en el suelo. Hofmann se acercó a inspeccionarlo. Para matar a alguien la bomba tendría que ser el doble de grande, reflexionó, y lanzó de una patada un trozo de tubería dentada a unos arbustos. Enrolló el cable del alargador, volvió a bajar por el barranco, lo tiró a un estanque de agua salada que se estaba secando, se metió

en el coche y volvió a casa con su mujer e hijos.

Hofmann había aprendido a construir una bomba gracias a *El libro de recetas del anarquista*. Durante una feria de armas de fuego a la que había asistido con Shannon Flynn aprovechó para comprar varios libros sobre el tema. Poco después empezó a reunir el material necesario. El 5 de octubre, en la tienda Radio Shack del centro comercial Cottonwood, en Salt Lake City, compró bajo el nombre de Mike Hansen un interruptor de mercurio, una batería tamaño C y un probador de circuitos. Hofmann había estado utilizando el pseudónimo de Mike Hansen desde 1978. Lo había usado para examinar y sacar prestados libros y manuscritos de las colecciones especiales de la Universidad Estatal de Utah, los archivos de la Iglesia sud y la Biblioteca Pública de Nueva York. También para encargar las planchas de impresión de la moneda *deseret* falsa en Kansas y Denver, y las de «El Juramento del Ciudadano» en el taller de grabados DeBouzek Engraving de Salt Lake City.

Ese mismo 5 de octubre había comprado más baterías y algunos encendedores de cohetes Estes en una tienda llamada Hammond's, en el centro de la ciudad. Y había encontrado los dos tubos, de treinta centímetros de longitud y dos y medio de diámetro, en la ferretería Holiday and Lumber. Mientras esperaba a que se los cortasen y limasen compró un par de guantes de goma y un rotulador Magic Marker. En otra tienda consiguió las tapas de rosca, clavos y pólvora Hercules Bull's Eye. En Mail Box USA, en la calle 3300 South, obtuvo cinta aislante y dos paquetes del tamaño de una caja de zapatos donde colocaría las bombas. Lo pagó todo al contado.

Hofmann aún esperaba poder escapar de algún modo del atolladero en el que se había metido. El viernes 11 de octubre, tres días antes de la fecha límite que le habían dado Christensen y Wilding, dejando los materiales para la bomba debajo de una manta en el taller de su sótano, había ido a ver al presidente Hinckley a la sede de la sud, diciendo haber encontrado unos nuevos artefactos mormones: las planchas Kinderhook. Hinckley declinó involucrarse en el tema. «De algún modo me vino a la cabeza un vago recuerdo de que estas ya habían sido desenmascaradas como fraudulentas en la época de la colonia de Nauvoo», escribiría más adelante en su diario.

Mientras Hofmann intentaba engañar a Hinckley por última vez, Hugh Pinnock y Steve Christensen estaban tratando de localizarlo para hablar sobre la Colección McLellin. «Imposible localizar a Hofmann —escribió Pinnock en su diario—. Terminaremos con el papeleo la semana que viene.» La fecha escogida en un principio había sido el lunes, 14 de octubre, pero, dado que era el Día de Colón y los bancos estarían cerrados, habían trasladado la reunión a las diez de la mañana siguiente. Ese mismo día, Hofmann tendría que empezar a pagar cuatro mil dólares diarios a Thomas Wilding.

Hofmann pasó el Día de Colón con su mujer y sus hijos. Alquilaron unas películas, comieron pizza y se dedicaron a las tareas de la casa. Por la tarde salieron a dar una vuelta en coche. Al anochecer, Hofmann quedó en casa de un amigo con Shannon Flynn, donde bebió vino y habló sobre poligamia, censurando la hipocresía de la Iglesia. A las once y media regresó a casa. Sus hijos estaban profundamente dormidos, pero su mujer aún estaba despierta. Hablaron un rato y luego Dorie se fue a la cama. Unos minutos más tarde, Hofmann bajó al taller.

En aquella habitación concentraría la rabia y el dolor que había sentido durante toda su vida, el rencor hacia la Iglesia mormona y la ira contra sus padres, y lo enfocaría todo hacia un tubo galvanizado de treinta centímetros de longitud. Se concentró en la construcción de la bomba con la que tenía pensado matar a Steve Christensen, y lo hizo con la misma atención meticulosa que había dedicado a la creación de sus falsificaciones. En uno de los extremos del tubo taladró unos agujeros para conectar el mecanismo de ignición: un interruptor de mercurio colocado dentro de un circuito eléctrico entre el encendedor improvisado y la batería. Después llenó el tubo con pólvora sin humo Hercules Bull's Eye y selló los extremos con las tapas de rosca de metal. No se conformaba con matar a Christensen: quería mutilarlo. Tras llenar el tubo de plomo y enroscar las tapas, pegó con cinta aislante alrededor de este un montón de clavos de cemento de dos centímetros y medio. Cuando la bomba explotara, los clavos desgarrarían la carne de Christensen como la metralla de una granada.

Para asegurarse de que la bomba no detonase mientras la transportaba, cogió una piqueta de hielo e hizo un agujero en el costado de la caja en la que

pensaba meterla. Por ahí sacó los cables de la batería. A continuación, pegó cada cable con cinta aislante al exterior de la caja para que así no pudieran entrar en contacto accidentalmente. Por último, cogió un rotulador y escribió sobre la tapa el nombre de Steve Christensen en una letra distinta a la suya. La caja que transportaba la bomba era la que había comprado en Mail Box USA. Antes de colocarla doblaría los dos cables hasta que se tocasen, cuidando de no «inclinarse» el interruptor de mercurio y hacerla explotar.

Las falsificaciones de Hofmann habían funcionado gracias a su poder de sugestión. Creaba historias falsas pero con suficiente verosimilitud como para sugerir que eran auténticas. Si surgían dudas, recurría a la típica estratagema de falsificador: creaba un segundo documento que en apariencia validase el primero. A esas alturas de su vida, Hofmann estaba aplicando el ardid de la falsificación a la destrucción de vidas humanas.

Al darse cuenta de que sería el primer sospechoso del asesinato de Christensen, se puso a construir una segunda e idéntica bomba para el socio de este, Gary Sheets, que no tenía ni la más mínima conexión con el mundo de los documentos históricos. De hecho, Hofmann ni siquiera lo conocía. Sin embargo, como director del Coordinated Financial Services, su conexión con Christensen era muy fuerte. El cfs estaba a punto de declararse en bancarrota. Un par de meses antes, en agosto, Christensen había abandonado la compañía temiendo la ruina financiera. Al matar a Sheets, Hofmann lograría que la policía pensase que los dos asesinatos habían sido cometidos por algún inversor descontento y arruinado por el cfs.

Hofmann acabó de preparar las bombas a eso de las dos y media de la madrugada. Entonces se puso a ordenar su taller y se deshizo de toda prueba incriminatoria: los rotuladores que había utilizado para escribir los nombres en las cajas que contenían las bombas; las brocas con las que había hecho los agujeros en los tubos; el soldador y la soldadura de hierro; la cinta aislante con la que pegó los clavos; los encendedores de cohete sin estrenar... Lo metió todo en bolsas de basura y lo llevó hasta su camioneta junto con las dos bombas. Después se subió al vehículo, condujo hasta la casa de Sheets, que se encontraba en una zona residencial de las afueras de Holliday, al sudoeste de Salt Lake City, dio marcha atrás en la entrada, salió de la camioneta y dejó

el paquete más o menos a un metro de la puerta del garaje. Se agachó, quitó la cinta aislante con la que había pegado los cables al exterior de la caja y unió los extremos. La bomba estaba lista. En cuanto alguien levantase el paquete, el interruptor de mercurio sufriría una sacudida y la bomba explotaría.

Hofmann llegó a casa sobre las tres y media de la madrugada y echó una cabezadita. Mientras dormitaba en el piso de abajo, su hija pequeña se despertó. Doralee lo llamó y le pidió que se ocupase de la niña. Hofmann la calmó y logró que se durmiera, y a las seis de la madrugada volvió a salir de su casa para ir al Judge Building, en el centro de Salt Lake City, donde trabajaba Steve Christensen. Aparcó la camioneta y subió hasta la sexta planta para ver si había alguien. Se aseguró de que todo estuviera despejado, volvió a por la bomba y cogió el ascensor. Una vez arriba, recorrió el pasillo y dejó el paquete frente a la oficina de Christensen.

Los expertos en bombas tienen un nombre para referirse a la zona en la que el explosivo resulta letal: «el radio de la muerte». Cuando Steve Christensen tomó el paquete que Hofmann le había dejado se colocó justo en el centro de ese círculo. Lo encontraron tumbado boca arriba a la puerta de su oficina, gritando de dolor, un dolor insoportable. Tenía la cara cubierta de hollín y un agujero abierto en el pecho, el muslo derecho totalmente desgarrado y un pie casi arrancado. Su cuerpo estaba cubierto de heridas de metralla producidas por los clavos que Hofmann había pegado alrededor del tubo. Uno le había llegado directamente al cerebro atravesándole un ojo.

Hofmann se había pasado cinco años librando una guerra secreta contra la Iglesia sud. Ahora había matado a una de sus figuras emergentes, un hombre que muchos creían que podría llegar a convertirse en una autoridad general y ocupar uno de los puestos más importantes dentro de la Iglesia mormona. Sus falsificaciones habían manipulado la historia. Y aquella mañana había ejercido el máximo acto de control: el poder de decisión sobre la vida y la muerte.

Unas horas más tarde, sobre las nueve y media de la mañana, la segunda bomba explotó fuera de la casa de Gary Sheets. Pero no mató a Sheets, sino a su mujer, Kathy. Había llegado a casa en su Audi rojo tras haber hecho unas

compras y vio el paquete frente al garaje. Aparcó en la entrada, se acercó a la caja y la cogió. El movimiento hizo que el mercurio se inclinase y la bomba estalló. La explosión fue tan fuerte que demolió una de las esquinas del garaje.

Una vecina encontró a Kathy Sheets tirada en la entrada de la casa. Al principio pensó que se trataba de una broma de Halloween. Estaba tumbada boca arriba con la boca abierta. Tenía la expresión tranquila, casi serena, y la mirada fija en el cielo. Su piel no había sufrido daños. Donde tenían que estar sus hombros, el plumón de su parka se había rasgado de tal forma que parecía que le hubiesen salido alas, como a un ángel. Había plumas blancas por todas partes, sobre su ropa y su pelo. Por delante estaba cubierta de lo que parecían ser montones de cera cuajada. Pero cuando la vecina se inclinó para verla más de cerca se dio cuenta de que no era ninguna broma de Halloween. Uno de los pechos de Kathy Sheets había reventado. La sustancia roja, blanca y amarilla que había confundido con cera de vela era el tejido adiposo de su estómago.

Hofmann estaba convencido de haber cometido el crimen perfecto, por lo que debió de quedarse horrorizado al escuchar en las noticias de la noche que un testigo había visto a un hombre con un paquete en el ascensor del Judge Building, donde Christensen había sido asesinado. La descripción física era imprecisa. Según el testigo, Bruce Passey, el hombre tenía el pelo oscuro y llevaba gafas. Pero había un detalle crucial que le había llamado la atención. La persona en cuestión llevaba una chaqueta *letterman* verde con mangas grises. Todo el mundo sabía que Hofmann solía llevar una chaqueta así, con coderas en las mangas. De hecho, muchos lo asociaban directamente con esa prenda vieja de su época de instituto.

Pese a que la segunda bomba había creado una cortina de humo tras la cual Hofmann tenía la esperanza de poder esconderse, lo cierto es que no logró solucionar sus problemas. El día después de las detonaciones, Hofmann recibió una llamada de Hugh Pinnock presionándole para que le devolviera el préstamo de ciento ochenta y cinco mil dólares del First Interstate Bank, o bien para que le entregara la colección McLellin. Pinnock acordó reunirse con él para hablar sobre la Colección a las dos y media de la tarde. Pero

Hofmann no hizo acto de presencia. En lugar de eso fue encontrado en el suelo, tirado junto a los restos de su deportivo azul.

Todo el mundo pensó que Hofmann había sido el objetivo de la tercera bomba, la que explotó en su coche, y que de alguna forma existía alguna conexión entre esta y las de los otros dos asesinatos. El hecho de que Hofmann hubiese resultado gravemente herido aumentó la compasión de la gente hacia él. Muchos consideraron que aquello demostraba que no podía tratarse del autor de las otras dos bombas. El propio Hofmann diría más tarde a los investigadores que había sido un intento de suicidio para ahorrar dolor y humillación a su familia. La policía conjeturó que la bomba estaba destinada a Brent Ashworth, el mejor cliente de Hofmann y el hombre que estuvo a punto de comprar el poema de Emily Dickinson a principios de los ochenta, pero que había explotado por accidente. Esta versión de los hechos, que sigue siendo la más aceptada en la actualidad, incluso por Ashworth, fue reforzada cuando Hofmann, dejando a un lado su historia del suicidio, le dijo a otro recluso que la tercera bomba estaba destinada a una persona a la que debía treinta mil dólares, la cantidad exacta de su deuda con Brent Ashworth.

La verdad, no obstante, era mucho más complicada. Al establecer la conexión ilusoria con el banco cfs, la segunda bomba había creado una cortina de humo tras la cual Hofmann esperaba poder esconderse hasta que se vendiese el «Juramento del Ciudadano». Pensaba que le serviría para comprar tiempo. Pero no fue así: con los cuerpos de Steve Christensen y Kathy Sheets aún calientes, Hofmann recibió una llamada de Hugh Pinnock presionándole para que le devolviera el préstamo del First Interstate Bank o le entregara la Colección McLellin. «El asesinato de Christensen no sirvió para nada —explicaría poco después Shannon Flynn, antiguo colega de Hofmann—. La Iglesia estaba ya tan encima de Mark que el asesinato de Christensen no supuso ningún cambio. Tan solo retrasó la reunión veinticuatro horas.»

Al igual que la bomba que mató a Kathy Sheets, la que explotó en el coche de Hofmann tenía como finalidad la creación de otra cortina de humo. El miércoles era el día en que Hofmann solía reunirse con Brent Ashworth en Crossroads, en el centro de Salt Lake City. Durante años, Ashworth le había comprado a Hofmann prácticamente todos los documentos históricos que este

le había ofrecido, especialmente los relacionados con los mormones. Pero para entonces hasta Ashworth estaba empezando a desconfiar.

Unos meses antes, Hofmann le había vendido la que se suponía que fue la última carta de Joseph Smith, el *cri de coeur* del líder mormón, escrito en la cárcel el día en que fue asesinado. Hofmann se la había prometido a Ashworth, pero acabó vendiéndosela a un coleccionista de Arizona. Ashworth se puso furioso. Temiendo perder la confianza de su mejor cliente, Hofmann pidió a Deseret Books que volviese a comprar la carta al coleccionista de Arizona para que pudiese vendérsela a Ashworth, como había prometido. Sin embargo, el precio había subido hasta los cien mil dólares. Como Hofmann había recibido de Ashworth un pago parcial de apenas dieciocho mil dólares en documentos, eso significaba que iba a perder ochenta mil dólares. Y no contaba con semejante cantidad de dinero. Al mismo tiempo estaba siendo acosado por Wilding y otros muchos acreedores. Para vestir a un santo desvistió a otro: compró la carta de Joseph Smith con el dinero que Wilding y su grupo habían invertido y se la devolvió a Ashworth.

La bomba no solo lo libraría de Ashworth, sino que también resolvería el problema de la Colección McLellin. Y, aún más importante, serviría para que la policía abandonase su pista: les haría creer que él no tenía nada que ver con las dos primeras bombas, y que aquel anticuario moderado y culto era en realidad la víctima de un asesino en serie que andaba suelto por la Ciudad de los Santos. Sería la última manipulación que Hofmann haría de la realidad, su última ilusión. La tarde anterior se había dedicado a quemar una pila de documentos históricos en su chimenea, y después había metido los restos en el maletero de su coche. Cuando la bomba explotase y los documentos fuesen destruidos, Hofmann desaparecería, se marcharía en avión a México o Brasil, con su mujer y sus hijos, y se convertiría en un hombre inocente huyendo de las fuerzas del mal.

Tal como había hecho con las dos primeras, para esta tercera bomba incendiaria Hofmann utilizó un interruptor de mercurio como mecanismo de ignición: un artilugio pequeño y con forma de ampolla que había comprado en Radio Shack. Al inclinar el interruptor, el mercurio guardado en la ampolla de cristal se deslizaría hasta la parte más estrecha de esta, creando la

conexión que haría explotar la bomba. Para evitar que esto ocurriese mientras la transportaba, Hofmann pegó el cable de la batería al exterior de la caja. Después cogió el coche, salió de su casa en las afueras, condujo hasta el centro de Salt Lake City y aparcó en la calle Second North, a la salida del gimnasio Deseret, a tan solo unos metros del templo mormón. Era una tarde preciosa de otoño. Desde donde estaba aparcado, Hofmann podía ver la estatua del ángel Moroni encima del templo, centelleando bajo el sol. Conectó los cables a la batería, y a continuación los metió por el agujero que había hecho en la caja con la piqueta de hielo. La bomba estaba cebada y lista. En cuanto alguien la moviese, el interruptor de mercurio se inclinaría y la bomba explotaría.

Justo entonces, Brent Ashworth estaba comprando un periódico en una librería del centro comercial Crossroads, a tan solo unas manzanas de la bomba. El plan de Hofmann era encontrarse con él allí y entonces engatusarlo para que volviesen al coche. Normalmente se encontraban en el centro comercial los miércoles. Si Hofmann tenía algo interesante, solían ir a su coche a verlo y regatear el precio. En esta ocasión, Hofmann haría como que se había dejado algo en el gimnasio, o como que tenía que ir al baño, lo que fuera, para dejar que Ashworth fuese solo al coche y lo esperase allí. La caja estaría en el asiento del copiloto. Ashworth la movería. Bum.

Sin embargo, en esta ocasión Hofmann cometió un error. Tras haber cebado la bomba quiso moverla. Fue casi como un desafío, como si quisiera demostrarse a sí mismo que podía hacerlo, que pese a todo lo que había pasado en las últimas cuarenta y ocho horas podía controlar sus nervios, mantener la mano firme. Fue como uno de esos juegos en los que intentas que una bola avance por un laberinto moviendo con suavidad la superficie de una tabla. Si te pasas, la bola cae en el agujero; si te quedas corto, no avanza.

Hofmann entró en trance al levantar la caja y empezar a moverla, milímetro a milímetro. Respiró con cuidado, enfocando toda su atención en mantenerla perfectamente equilibrada. No había principio ni fin, cada movimiento fluía sobre el siguiente. Pero, cuando estaba a punto de volver a colocarla en su sitio, se le resbaló.

La explosión le arrancó la ropa, de tal forma que cuando un transeúnte lo

encontró sobre el césped, cerca de su coche, estaba prácticamente desnudo. Tenía la piel azul por la sacudida y un agujero abierto en la rodilla, donde se le había incrustado una de las tapas de la bomba. El dedo corazón de su mano derecha había salido volando, tenía un buen tajo en la cabeza y su pecho estaba sangrando. El coche había quedado destrozado: el techo había salido volando por los aires y había trozos carbonizados de documentos históricos desperdigados por el suelo. Uno de ellos era el fragmento del *Libro egipcio de los muertos* que Hofmann había comprado a Kenneth Rendell.

Allí tumbado, medio inconsciente, Hofmann recordó un incidente de su niñez. Tenía doce años y estaba jugando con su primo en la habitación de la caldera de la casa de este, con un poco de pólvora y otros productos químicos. Hubo una explosión y su camisa comenzó a arder. Corrió hasta el baño para echarle agua. Se acordaba muy bien de cómo se quedó observando su reflejo en el espejo, sin hacer nada, mientras las llamas le lamían la cara y el cuello. No sentía ningún dolor. Era como si estuviese observándose a sí mismo desde fuera, con calma, y con una cierta fascinación. Entonces olió a pelo quemado y empezó a gritar.

Esa vez también podía oler a pelo quemado, pero no chilló. Se sentía en paz. Los años de mentiras y fraudes, de trampas y engaños, por fin, habían terminado.

Tinta agrietada

Más de cien investigadores de cinco agencias distintas, incluyendo el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, el fbi y el Departamento de Policía de Salt Lake City, recopilaron, clasificaron y analizaron una montaña de pruebas para poner a Hofmann entre rejas. Pero dos personas, por encima de las demás, se encargaron de que Hofmann nunca más pudiese volver a falsificar o asesinar. Una de ellas fue un detective de Salt Lake City llamado Ken Farnsworth. La otra un perito calígrafo llamado George Throckmorton.

Pese a que Ken Farnsworth conduce un Jeep Cherokee y lleva una pistola Glock de 9 mm, le pegaría mucho más cabalgar a lomos de un potente caballo y galopar por tierras baldías en busca de forajidos como Butch Cassidy o Sundance Kid, vestido con un chaquetón largo de cuero negro, un mugriento pañuelo sobre la boca y un tirachinas en su silla de montar. Alto, de extremidades alargadas, cara angulosa, pelo grisáceo, bigote poblado y ojos marrones que arden como el carbón, Farnsworth tiene la complexión dura y decidida de sus antepasados ingleses, que arrastraron carretas y trineos a través del desierto de Utah a temperaturas de casi cuarenta grados, de camino al nuevo Zion. Los empujaba el celo religioso. A Farnsworth, un exmormón, lo empuja una pasión obsesiva por meter a los asesinos entre rejas.

Cuando se unió al equipo que estaba investigando los asesinatos de Steve

Christensen y Kathy Sheets llevaba tan solo un año y medio como detective de la Brigada de Homicidios de Salt Lake City. Al principio parecía haber otras explicaciones mucho más probables sobre los asesinatos. Una de ellas era la posibilidad de un asesinato por venganza llevado a cabo por algún inversor descontento del banco cfs. Después de todo, Christensen era socio de Sheets y había asumido el control de la compañía dos meses antes de los ataques. Había sido citado por el jurado de acusación para testificar sobre el banco. Supuestamente, tenía un seguro de la compañía por la suma de cinco millones de dólares. Cabía la posibilidad, por tanto, de que un grupo de inversores indignados confiase en recuperar parte de su dinero asesinandolo. Muchos eran de Las Vegas, una ciudad conocida por sus conexiones con la mafia. ¿Sería Hofmann, como él afirmaba, la víctima de un intento de asesinato y no su autor? ¿O acaso los asesinatos, y el supuesto atentado contra la vida de Hofmann, estaban conectados de alguna forma a la Iglesia mormona?

En el siglo XIX hubo muchas acusaciones contra Brigham Young sobre asesinatos que supuestamente mandó cometer contra los enemigos de la Iglesia. Pero, a los pocos días de empezar con la investigación, Farnsworth había llegado a la conclusión de que las bombas eran obra de Hofmann y de que el móvil estaba relacionado de alguna forma con documentos falsos. El detective tenía muy poca experiencia en casos de falsificación y ninguna en el negocio de los documentos antiguos, pero aprendió rápido. Fue a Nueva York para entrevistar a Justin Schiller sobre «El Juramento del Ciudadano». Se puso en contacto con anticuarios y coleccionistas que habían comprado documentos a Hofmann. Siguió sin descanso la pista del dinero. Aunque él lo niega, hubo quien dijo que Farnsworth estaba consumido por un odio intenso y personal contra Hofmann.

Un registro en casa de Hofmann sacó a la luz varios trozos de papel con el nombre de «Mike Hansen», entre ellos un sobre encontrado en el sótano con la dirección de una compañía llamada Utah Engraving y un recibo de Radio Shack —con una dirección falsa— por un interruptor de mercurio y una batería similar a los que se habían utilizado para las bombas. Farnsworth estaba convencido de que Mike Hansen y Mark Hofmann eran la misma

persona. Llevó a cabo una inspección exhaustiva de todos los talleres de grabado y compañías de imprenta de Salt Lake City. En DeBouzek Engraving encontró una serie de pedidos relacionados con documentos históricos mormones, incluyendo un himnario de la primera Iglesia sud, editado por Emma Smith. También encontró el negativo de una plancha de grabado con una firma de Jack London que encajaba con la que aparecía en una primera edición de *La llamada de la selva* que poseía Hofmann. Y descubrió que Mark Hofmann, alias Mike Hansen, había encargado la plancha de impresión de un documento histórico llamado «El Juramento del Ciudadano».

Para convencer a un jurado de que el móvil del asesinato había sido la falsificación, Farnsworth no solo tendría que demostrar que Hofmann había pedido planchas de impresión y había utilizado un nombre falso para comprar una batería; también tendría que ser capaz de probar que los documentos que había vendido a la Iglesia eran falsos. Ni siquiera los propios expertos en manuscritos de la sud habían podido encontrar defectos en la «Transcripción de Anthon» y los otros muchos documentos que habían comprado. Uno de los expertos en falsificación más importantes de América, Walter McCrone, había examinado «La bendición de Joseph Smith III» y la había declarado auténtica. El laboratorio forense del fbi no había logrado encontrar signo alguno de falsificación en la «Carta Salamandra». Y, tras meses de pruebas escrupulosas sobre «El Juramento del Ciudadano», lo mismo había ocurrido con la Biblioteca del Congreso, pese a sus amplios recursos y a su vasto conocimiento en libros y manuscritos raros.

Pero, si había alguien en América capaz de encontrar el defecto sublime que necesitaría un tribunal para condenar a Hofmann, ese era el perito calígrafo George Throckmorton. Tenía casi veinte años de experiencia, incluyendo un contrato con la compañía American Express para investigar las firmas falsas de los cheques de viaje. Era un mormón convencido. También terco, decidido y meticuloso. Y, por desgracia para Mark Hofmann, vivía y trabajaba en Salt Lake City.

En la parte de atrás de la oficina de Throckmorton, en el sótano del Departamento de Policía de Salt Lake City, hay un «muro de la vergüenza»,

tamaño póster, con las fotos de algunos de los mayores criminales de Utah. «Lo peor de lo peor», como los describe Throckmorton. La fotografía de Mark Hofmann está debajo de la de Charles Manson, arrestado de camino a California por cruzar la frontera del estado en un coche robado. En la serie de huellas digitales que aparece a los pies de la foto de Hofmann hay una casilla vacía. La bomba que voló su coche le arrancó el dedo corazón de la mano derecha.

Throckmorton es un hombre alto y gallardo, con el pelo blanco y siempre perfectamente peinado. A lo largo de su carrera como perito calígrafo ha visto falsificaciones de todo tipo de documentos: testamentos, contratos en los que se ceden derechos reales sobre propiedades —existentes o inexistentes—, escrituras de terrenos y cientos de documentos históricos. En los últimos años, Silicon Valley se ha convertido en un centro neurálgico de falsificaciones. Para evitar que un ingeniero informático de alto nivel se marche a otra compañía llevándose consigo información delicada, los empresarios a menudo falsifican un acuerdo de «no competencia» que prohíbe al empleado trabajar para otra persona durante un periodo de tres o cuatro años. En la industria de la asistencia sanitaria, en la que las ganancias son más importantes que los pacientes, los hospitales y las compañías de seguros cambian las historias médicas para reducir responsabilidades. Throckmorton ha analizado la letra de los llamados «libros mayores» de los traficantes de drogas: las cuentas garabateadas, a menudo en servilletas y cajas de cerillas, de sus ventas ilícitas. En una ocasión tuvo que estudiar un papel escrito a mano que se sacó del retrete de una cárcel. Dos presidiarios habían falsificado una nota del doctor de la prisión, con la que habían conseguido engañar a un tercero y hacerlo salir de su celda para presentarse a un examen médico. Lo mataron a puñaladas y luego intentaron deshacerse de la prueba tirando de la cadena.

Throckmorton estaba trabajando en la oficina del fiscal general de Salt Lake cuando le pidieron que examinase una serie de documentos mormones que Hofmann había vendido a la Iglesia. Para asegurarse de la imparcialidad de sus conclusiones se buscó también la ayuda de otro perito calígrafo llamado Bill Flynn. Flynn vivía en Phoenix, Arizona, pero le pagaron el

desplazamiento en avión hasta Salt Lake City. Dos personas habían sido brutalmente asesinadas. En alguna parte de los documentos que estaban a punto de examinar se escondía el móvil de sus muertes. Cualquier pequeño defecto, la elevación momentánea de la pluma o el rastro de un producto químico inadecuado podrían poner al asesino entre rejas. ¿Pero dónde estaba?

Throckmorton y su colega utilizaron el arsenal completo de su oficio para atacar los documentos de Hofmann. Tenían un microscopio con zoom de alta resolución que podía hacer que las fibras de un trozo de papel pareciesen tan grandes como los pelos del dorso de una mano. Contaban con sistemas multiespectrales para detectar las alteraciones químicas del papel y cuadrículas de medición para comparar las distintas muestras de escritura. Empezaron con la luz infrarroja. En una pila tenían los documentos de Hofmann; en la otra, un grupo de documentos mormones auténticos. La prueba infrarroja no mostró ni la menor anomalía, pero bajo la luz ultravioleta Throckmorton y Flynn advirtieron que en ciertos documentos de Hofmann se observaba la presencia de un misterioso halo azul. También descubrieron que en una de las cartas de Joseph Smith que Hofmann había vendido a la Iglesia la tinta parecía correrse hacia un lado en vez de hacerlo uniformemente como ocurre en una situación de envejecimiento normal. ¿Eran estos los defectos que tantos investigadores y peritos habían estado buscando? ¿Eran estas las pruebas incriminatorias?

Throckmorton había supuesto que la mano del falsificador se descubriría a sí misma con relativa rapidez, bien por el uso de una palabra que ni siquiera hubiese sido acuñada en el siglo XIX, bien por algún error técnico elemental que le traicionase bajo el microscopio. Pero los documentos no mostraron ninguno de estos fallos. O eran auténticos o el hombre que los había creado dominaba su arte de tal forma que no había dejado señal alguna de sus crímenes. Throckmorton confeccionó tintas con las mismas recetas utilizadas por Hofmann, tras someter los documentos a análisis químicos. Creó sus propias falsificaciones y las atacó con sustancias químicas para ver si reaccionaban igual que los documentos de Hofmann.

Uno de los detalles en los que se centró fue la forma en que la tinta se corría en varios de los documentos de Joseph Smith. El profeta solía escribir con

una plumilla de acero que tenía que entintar a intervalos regulares. Al examinar los documentos auténticos de Smith podía inferirse con bastante facilidad que se trataba de un zurdo: trazaba unas cuantas letras, mojaba la pluma en la tinta y luego volvía al papel, de modo que a menudo emborronaba lo que acababa de escribir con la manga de su camisa o con la muñeca.

Hofmann trató de imitar esas marcas tan características arrastrando su dedo gordo por la superficie del papel tras haber escrito unas letras. Pero Hofmann era diestro. Cuando Throckmorton estudió los borrones bajo el microscopio descubrió que, en vez de ir de izquierda a derecha, como ocurría en los documentos auténticos de Smith, las marcas de Hofmann iban hacia arriba y hacia la izquierda. «La ciencia forense es muy especial —diría Throckmorton, parafraseando un pasaje de su aventura favorita de Sherlock Holmes, *Estudio en escarlata*, en la que sir Arthur Conan Doyle narra la historia de un asesinato mormón—. A diferencia de otras ciencias, va marcha atrás. En la mayoría se empieza con una serie de experimentos y desde ahí va avanzándose, pero en la forense nos encontramos con el producto final y hay que trabajar dando marcha atrás.»

La tinta ferrogalotánica por lo general penetra el papel profundamente. Sin embargo, cuando Throckmorton examinó la «Carta Salamandra» de Hofmann, la tinta parecía estar asentada sobre la superficie. Para comprobar si era auténtica, Throckmorton cogió un cuentagotas, vertió un poco de hidróxido de amonio sobre un documento histórico auténtico y observó la reacción bajo un microscopio. «Si se quedaba quieto sobre la tinta y no pasaba nada, significaría que la tinta era vieja —explicaría más adelante—. No podríamos saber exactamente su antigüedad, pero sí al menos que tendría entre cincuenta y setenta y cinco años. Cuando hicimos la prueba con la tinta de Hofmann pudimos ver de inmediato cómo empezaba a disolverse. Y esto se debe a que la tinta aún no había penetrado del todo en la superficie del papel.»

Al magnificar setenta veces los documentos con el microscopio, Throckmorton se dio cuenta de otra cosa más: la tinta de los de Hofmann tenía una cantidad importante de grietas. «Este fenómeno de agrietamiento es

muy peculiar —indicaría Throckmorton—. Lo llamamos *alligating*,^[20] porque se parece a la piel de un aligátor, un caimán.»

¿Era este el defecto clave que habían estado buscando? Throckmorton y Flynn decidieron hacer un juego. Formaron una pila con los documentos históricos auténticos y otra con los de Hofmann. Flynn comenzó a pasar documentos a Throckmorton para que los escudriñase bajo el microscopio sin decirle de qué montón procedían. Throckmorton logró separar los de Hofmann de los auténticos basándose en si presentaban o no el efecto *alligating*.

Uno de los documentos tenía un especial interés. Era un pagaré del condado de Hancock, Illinois, fechado el 11 de septiembre de 1837 y firmado por un hombre llamado Isaac Galland. «I. Galland —podía leerse—, a pagar 504,26 dólares más intereses al condado de Hancock, Illinois, desde el 11 de septiembre de 1837 hasta que se complete el pago.» En el reverso del documento había una inscripción con la letra de Joseph Smith: «Se atiende Joseph Smith Administrador del Fideicomiso de la Iglesia sud. Nauvoo, 14 de diciembre de 1841». Firmado: «I. Galland su agente».

Como siempre, Hofmann había decidido falsificar un documento mormón con una carga de veneno. Isaac Galland era como un personaje salido del libro de Herman Melville *El estafador y sus disfraces*. Ladrón de caballos, falsificador y especulador de terrenos del condado de Hancock, Galland acabaría por convertirse en el principal agente inmobiliario de fincas de Joseph Smith. La llegada de los mormones al Medio Oeste, en la década de 1830, se le había presentado como una oportunidad comercial de oro. Su primera venta fue una parcela de ochenta kilómetros cuadrados entre los ríos Des Moines y Missouri, a un dólar los dos mil metros cuadrados. En realidad, la tierra no era suya, sino que formaba parte de la «extensión de extirpe mixta», una parcela que el Gobierno federal había reservado para los hijos de los «matrimonios» mestizos, bastante comunes en aquella parte de América. El caso es que Galland se ganó con mucha maña la confianza de Joseph Smith —el profeta mormón tenía fama de rendirse fácilmente ante los halagos— y entonces se dedicó a involucrar a los mormones en toda una serie de negocios inmuebles fraudulentos. En una ocasión, Smith intercambió

tierra mormona en Missouri, valorada en ochenta mil dólares, por tierra «de extirpe mixta» en Iowa para la que Galland había creado títulos de propiedad falsos. Al cabo de un tiempo, Galland se fugó llevándose consigo miles de dólares que había recaudado con la venta de tierras de conversos mormones que, creyendo haber encontrado el camino al cielo, habían cedido sus propiedades privadas a un desconocido alto y de ojos azules que decía ser el profeta de Dios en la Tierra.

Hofmann había vendido este documento a la Iglesia sud en 1981, justo al principio de su carrera como falsificador, y probablemente no se imaginaba que acabaría siendo sometido a un escrutinio forense tan riguroso. En una de las caras de la nota, la tinta parecía haber envejecido con normalidad, pero en la otra mostraba el característico efecto *alligatoring* del envejecimiento artificial. Throckmorton sabía que aquello no era posible, a no ser que se tratara de dos documentos distintos. En ese caso, la tinta podía haber sido expuesta a factores medioambientales diferentes y, por tanto, haber envejecido de distinta forma. Uno de los documentos podía haber estado sometido a la humedad. El otro podía haber pasado un siglo guardado en un ático seco de un caserío del desierto de Utah. Por tanto, una de las inscripciones tenía que ser falsa. «El efecto *alligatoring* no podía ser el resultado de la humedad u otros factores porque ambas caras habrían mostrado las mismas grietas —explicaría Throckmorton—. Pero ahí teníamos dos tipos distintos de envejecimiento de tinta en un mismo documento. Y aquello se convirtió en nuestra piedra de Rosetta.»

Hofmann podía imitar a la perfección la voz y la letra de Emily Dickinson; podía inventarse una carta de Daniel Boone de manera tan convincente que casi pudiera escucharse el estampido de los cañones al leerla. Era capaz de manipular la tinta y el papel con una maestría consumada, falsificar la historia y utilizar a la gente. Pero no podía simular el paso del tiempo: el lento goteo de los días, las semanas y los meses; el cambio de las estaciones y, con este, los sutiles cambios de humedad, temperatura y luz que alteran la composición química de un documento. Ese era el defecto que lo enviaría a la cárcel para el resto de su vida.

Throckmorton examinó cerca de seiscientos documentos de Hofmann

durante un periodo de seis meses, tanto antes como después de su condena. Entre ellos estaba el poema de Emily Dickinson, «That God Cannot Be Understood». Por aquel entonces, el experto estaba sometido a la ley de la mordaza y no podía publicar sus hallazgos, pero, pese a todo, hizo aparecer el nombre de Dickinson en una lista de figuras históricas que entregó a la acusación. Esta lista coincide en lo sustancial con la encontrada en la celda de Hofmann. Throckmorton afirma que, si Sotheby's se la hubiese pedido, la habría puesto a su disposición sin ningún problema. Pero no lo hicieron, pese a que tanto él como su colega Bill Flynn habían trabajado en 1985, poco después de las bombas, en el desenmascaramiento de otra de las falsificaciones más importantes de Hofmann: la carta de Daniel Boone que había sido vendida en la prestigiosa casa de subastas por 31 900 dólares. En aquella ocasión, y consciente de la fama que acompañaba a Hofmann, el comprador empezó a temer que se tratase de una de sus falsificaciones y Sotheby's terminó por reembolsarle el dinero.

Desde la condena de Hofmann, Throckmorton ha examinado al menos otros cien documentos para coleccionistas, anticuarios y casas de subastas. Cuando se dio cuenta de que los anticuarios y las casas de subastas seguían vendiendo los documentos de Hofmann pese a su veredicto sobre su falsedad, se negó a volver a tener nada que ver con aquello. «Todos y cada uno de los documentos que me mandaron eran falsos —diría, molesto—. Y yo les decía que eran falsos y ellos iban y los vendían, sin informar a los compradores. Una vez, incluso llegaron a modificar mi informe, cortando la parte en la que decía que se trataba de una falsificación. Sé de cuatro o cinco falsificaciones importantes de Hofmann (si no más) que yo reconocí como falsas y que más tarde me enteré de que habían sido vendidas.»

Algunos de los documentos de Hofmann, para más inri, regresarían varias veces a manos de Throckmorton. «El año pasado, un anticuario me envió tres documentos, dos de los cuales yo ya había declarado como falsos en la investigación original. Empecé a preguntarme cuántas veces iba a tener que verlos, pero es que a ellos les da igual: lo único que quieren es venderlos y ya está. Una vez pregunté al abogado de una de esas casas de subastas si podía venderse un documento falso y pese a todo garantizar su autenticidad, y él me

dijo: “Es que nosotros no garantizamos que sea auténtico. Sencillamente lo garantizamos. Lo vendemos y, si al cliente no le gusta, le devolvemos su dinero”. Nunca más volví a trabajar para ellos.»

A pesar de todo, Throckmorton sigue recibiendo solicitudes para la autenticación de documentos. En una ocasión, un hombre lo llamó desde California y le dijo que caminando por la playa se había encontrado una botella arrastrada hasta la orilla. Según él, dentro había una carta del piloto de Amelia Earhart en la que se explicaba el misterio del accidente de la legendaria aviadora. ¿Podría Throckmorton echarle una ojeada? Esa misma semana le telefoneó una pareja de Texas. Le dijeron que habían comprado una foto antigua en un mercadillo y que al sacarla del marco habían encontrado lo que según ellos era una copia escrita a mano de la Declaración de Independencia. Poco después, un hombre de Las Vegas se puso en contacto con Throckmorton para contarle que había comprado un coche viejo en una chatarrería y que al quitar las alfombrillas de goma del suelo se había encontrado con un sobre amarillento. ¿Y qué había dentro? Otra copia escrita a mano de la Declaración de Independencia.

En honor a estos fraudes, Throckmorton tiene una pelota de béisbol en su mesa con las firmas de algunas de las leyendas deportivas del siglo XX más importantes de América: entre otros, están Babe Ruth, Mark McGwire, Sammy Sosa, Willie Mays, Wilt Chamberlain y Karl Malone.

«La pelota es auténtica, pero las firmas las he hecho todas yo. Y apuesto a que pasarían el escrutinio del noventa por ciento de la gente de a pie», dice, con una sonrisa burlona.

Esta indiferencia irónica desaparece cuando habla de Mark Hofmann. En una ocasión, el fbi interceptó una carta codificada escrita desde la cárcel en la que Hofmann ofrecía una recompensa de cincuenta mil dólares por la cabeza de Throckmorton.

«Sigo teniéndole miedo —admite—. En el año 2006 se presentará ante el Tribunal de Conducta y solo espero que no le concedan la libertad condicional. En prisión siempre dicen que los tipos más aterradores no son los grandes con aspecto de levantadores de pesas, sino los callados y medio locos. Nunca sabes lo que van a hacer.»

Pese al horror que le producen sus crímenes, Throckmorton no puede evitar sentir una reticente admiración por la destreza de Hofmann.

«Hofmann es el mejor falsificador de todos los tiempos. Sin duda. Hacía su propia tinta y estaba en proceso de aprender a hacer su propio papel. Fabricaba cartas y monedas. Hacía sellos y matasellos. La mayoría de los falsificadores se especializan en una sola persona. Imitan a Lincoln o a Washington. Nosotros sabemos que Hofmann falsificó al menos a 129 personas distintas. Nadie ha hecho algo así jamás. Eso es lo que lo hace grande.»

[20]. Aparición de grietas severas que corren en la misma dirección. No confundir con el fenómeno *cracking*, parecido al *alligating*, pero con las grietas más finas.

Víctimas

Hofmann no solo mató a dos personas, sino que además dejó a muchas otras destrozadas, psicológica y emocionalmente. Las familias de Steve Christensen y Kathy Sheets nunca superarán sus pérdidas del todo. Otras personas que fueron atrapadas en su red de mentiras y engaños han tardado años en asumir lo que les hizo. Al principio, cuando aquellos que estuvieron involucrados con Hofmann hablan sobre él, suelen tener un tono jovial, casi alegre, como si quisieran enfatizar lo lejos que quedan aquellos hechos. Sin embargo, al recorrer los pasillos de la memoria hasta aquel lugar en el que fueron traicionados y engañados, siempre llega un momento en el que la muralla que han levantado entre el pasado y el presente, entre sus nuevas vidas y las viejas, se disuelve como un castillo de arena arrollado por una ola.

En el caso de Brent Metcalfe, el joven historiador mormón al que Hofmann utilizó para dar publicidad a algunas de sus falsificaciones más importantes, ese momento llegó cuando se puso a describir cómo se dio cuenta de que aquel al que había considerado su amigo y colega en la búsqueda de la verdad no era sino un farsante y un asesino.

«La persona que yo creía que era Mark Hofmann murió cuando explotaron las bombas —dijo, con la voz temblorosa por la emoción—. La persona que yo conocía era una falacia, no era real.»

Alto y apuesto, de treinta y nueve años, Metcalfe se siente, tal como dirían los franceses, *bien dans sa peau*: seguro de sí mismo. Suele llevar camisas

blancas impecables, jerséis negros, vaqueros y botas de montaña. Y lleva dos pendientes de plata en la oreja derecha. Cada vez que piensa en las falsificaciones, Metcalfe se pregunta cuál fue el secreto para que funcionaran tan bien.

«Las emociones que provocaban sus falsificaciones eran muy intensas. Suscitaban un deseo de creer. Hofmann sabía orquestarlo todo como si se tratara de una sinfonía. Sabía cómo contar la historia y cómo tocar justo la melodía que querías oír. Y ahí es probablemente donde radica su genialidad. Sabía contar historias que atraían al público al que se dirigía.»

Metcalfe cree que el don de Hofmann partía de su habilidad para desvirtuar la Sagradas Escrituras mormonas y crear textos ficticios que encajasen a la perfección en la historia de la Iglesia. Igual que un científico informático — que coge un trozo de código y aplica la ingeniería inversa para descubrir cómo fue construido—, Hofmann invertía las escrituras mormonas para encontrar sus estructuras subyacentes.

«Creaba narraciones ficticias rociadas con la suficiente verosimilitud histórica como para que la gente percibiese su historicidad y las creyera reales —recuerda Metcalfe—. De esta forma pasaban a convertirse en documentos fundamentales que explicaban cómo eran las cosas. Hofmann quería desmitificar a los padres fundadores. Creo que lo que estaba diciendo era: “Os han contado todas estas historias, pero esto es lo que pasó en realidad”.»

Metcalfe ve a Hofmann como un nihilista despiadado cuyo objetivo principal era aún más ambicioso y diabólico de lo que la mayoría de la gente cree.

«Steve Christensen era una figura emergente en la Iglesia mormona. Al asesinarlo, Hofmann estaba rebatiendo la existencia de Dios. Parecía querer probar que, del mismo modo que la inspiración divina no había ayudado a la Iglesia a desenmascarar sus falsificaciones, ningún ser superior desconectaría los cables de la batería para salvar a Christensen. Con las bombas, Hofmann probó que no había ninguna revelación sagrada.»

La prueba más clara de esto, según Metcalfe, se produjo el día después de las explosiones, cuando Hofmann se encontró con el apóstol Dallin Oaks.

Según la doctrina mormona, se supone que los apóstoles como Oaks están en contacto diario con el espíritu de Dios. Son oráculos vivientes cuyas acciones y pensamientos están guiados por la inspiración divina. Pero Hofmann creía que dominaba a la perfección el arte del engaño y que, por tanto —igual que sus falsificaciones—, se había vuelto invulnerable y no podía ser descubierto. Creía que, así como los peritos calígrafos no podían «leer» ningún signo en contra de la autenticidad de sus documentos, nadie, ni siquiera un profeta mormón, podía ver en el interior de su mente o su alma.

«Acaba de matar a dos personas, y ¿qué es lo que hace? —se pregunta Metcalfe con indignación—. Va a las oficinas de la Iglesia y se encuentra con Dallin Oaks. No puedo ni imaginarme el subidón que debió de sentir al encontrarse allí de pie, frente a uno de los apóstoles escogidos por Dios, y ver que aquella persona no escuchaba de pronto ninguna palabra divina ni intuía nada. Tuvo que ser algo impresionante. Había llevado a cabo con éxito la mayor burla contra Dios.»

A Metcalfe no le gusta demasiado hablar de cómo Hofmann logró engañar a la Iglesia sud. Él mismo fue una de sus víctimas.

«Se perdió mucha inocencia en un periodo muy corto —dice Metcalfe—. A mí me habían enseñado a confiar en la gente a la que quería, a creer en ellos. Pero la persona que creía conocer en realidad no existió nunca. La verdad es que perdí a dos amigos: a Steve Christensen y a Mark Hofmann. Ojalá no hubiese tenido que perder a ninguno. Pero uno era una ilusión y el otro escuchó el canto de sirena de esa ilusión.»

La mentira deforma todo lo que toca. Por eso, de todos los personajes de Shakespeare, el más aterrador es Yago, el hombre que destruye a Otelo al manipularlo y hacerle creer que su mujer le es infiel. La primera vez que Dorie Olds, exmujer de Hofmann, habló públicamente sobre su vida con el falsificador más notorio del siglo XX, dijo refiriéndose a su primer encuentro en 1978 en la Universidad de Utah: «Tenía una personalidad muy carismática. Y los ojos muy azules, azulísimos. Mi hija tiene sus ojos. Nos hicimos amigos y empezamos a hablar. Él vivía con Jeff Salt por aquel entonces. Era muy divertido estar con ellos. Se pasaban el rato riendo y hablando... Mark comentaba las noticias del día o los avances de la

investigación científica. Era muy interesante».

En una fotografía tomada durante la vista preliminar de Hofmann en 1986, poco antes de ser condenado a cadena perpetua, Olds sale dando zancadas por la acera del juzgado, con una sonrisa en la cara, mientras su marido va cojeando con muletas. Tiene el pelo corto y negro, gafas de montura gruesa y va vestida con un traje de chaqueta sobrio, al estilo de una ejecutiva. (Lleva la falda por debajo de las rodillas, como mandan las normas mormonas sobre la indumentaria.) Quince años más tarde, su aspecto ha cambiado totalmente, a excepción de las gafas. Se ha divorciado y ha vuelto a utilizar su apellido de soltera. Y la melena corta y negra es ahora de color castaño rojizo y le llega casi a la cintura.

Dorie, la mediana de cinco hermanos, creció en una familia mormona convencional. Su padre no estaba muy bien de salud y fue su madre quien se encargó de sacarlos adelante, trabajando a jornada completa en un taller de encuadernación. Como ese fue su modelo a seguir —el de la mujer que sacaba adelante la familia—, y como había recibido una educación claramente mormona, a Dorie no le resultó difícil adoptar el papel de pilar en la vida de Hofmann.

«Mark era una persona muy desordenada —recuerda—. Llegaba a casa y lo dejaba todo por el suelo. Había montones de cosas desordenadas por todas partes y yo tenía que recogerlas: libros, ropa, papeles.»

Por otra parte, Hofmann era un marido y un padre considerado y cariñoso. Se esforzaba muchísimo por encontrar regalos de Navidad que gustasen a su esposa, y participaba enormemente en el cuidado y la educación de sus tres hijos, mucho antes de que este tipo de padres se pusiese de moda: los llevaba de paseo, cambiaba sus pañales y asistía a las reuniones locales con un bebé en los brazos. En verano, la familia pasaba los fines de semana en el lago Powell, al sur de Utah, donde tenía un barco. Hofmann era un experto esquiador acuático. Lo que más le gustaba era hacer una pirueta para esquiar con la cuerda entre los dientes.

La mayoría de los que conocen a Dorie Olds solo pueden decir cosas buenas y agradables de ella, aunque todavía quedan algunos en Salt Lake City que mantienen que sabía mucho más sobre las actividades criminales de

su marido de lo que ha dado a entender. Después de todo, el taller en el que fabricaba sus falsificaciones se encontraba en el sótano de su casa. ¿Acaso no era consciente de lo que Hofmann estaba haciendo allí? Varios han intentado explicar su ignorancia como un reflejo más de una cultura en la que las mujeres aprenden a someterse a sus maridos y a no hacer preguntas. Dorie Olds era por naturaleza una persona confiada y generosa, algunos dirían incluso ingenua, que por encima de todo quería ser una buena madre; al menos eso es lo que parece. Ella insiste en que fue una víctima más del maestro de la manipulación.

«Él me enseñaba todos los documentos que creaba —dijo, de forma convincente—. Pero yo no sabía que eran suyos. Mark entraba y decía: “Mira lo que he traído, ¿qué crees que va a pasar con esto? ¿No te parece maravilloso?”. Y yo los leía y me quedaba encandilada. Era su primer y mejor público.»

Dorie Olds, pues, afirma que lo que por aquel entonces no sabía es que los documentos que Hofmann llevaba a casa, supuestamente desde Nueva York o Illinois, no eran más que falsificaciones, y que estaba siendo utilizada como coartada para la creación de las procedencias falsas.

«Resulté serle muy útil en ese sentido», dijo con un deje de amargura poco frecuente en su voz.

Todos los que se relacionaron con Hofmann en algún momento dado, ya fueran anticuarios o casas de subastas, amigos o antiguos socios, tratan de presentarse siempre como las víctimas inocentes del maestro impostor. Y es que la verdad y la mentira nunca pueden diferenciarse del todo cuando tienen que ver con Mark Hofmann. Irónicamente, fue la propia Dorie quien puso el dedo en la llaga:

«Con las personas sucede igual que con sus documentos... —dijo—. Algunos eran auténticos, otros eran falsos. ¿Cómo saber cuál es cuál? ¿Cómo voy yo a saberlo? Yo solo puedo hablar de lo que pensaba que era verdad y lo que no. Me gustaría creer que me quería. Me gustaría creer que quería a los niños. Y realmente creo que era así. ¿Pero cómo saberlo con seguridad? No se puede.»

¿Fue Dorie la víctima inocente que pretende ser? En un restaurante de

Boston, poco antes de que estallasen las bombas, fue testigo junto a un grupo de amigos de cómo Hofmann escribía de un tirón, sobre el mantel de la mesa, las firmas de George Washington y otras figuras históricas. Sin embargo, Dorie afirma que no recuerda aquel incidente. Y, pese a que hoy en día ella misma utiliza la hipnosis como una de las técnicas de curación alternativa propuestas por su compañía, la Academy for Lifestyle Management, insiste en que no sabía nada sobre el interés de Hofmann por la autohipnosis y el *biofeedback*.

«Si estaba metido en estas cosas, nunca me lo dijo —afirmó, a la defensiva—. Hasta hace tan solo unos años yo nunca había creído en la hipnosis, o nunca supe de qué se trataba. No recuerdo haber visto ningún libro sobre el tema en casa. Mi iniciación en todo este tema no tiene nada que ver con él.»

Pese a que Hofmann casi nunca mostraba sus propias emociones, Dorie Olds cree que lo que lo hacía tan sumamente efectivo era su intensa receptividad para los sentimientos y deseos ajenos. «Era un hombre muy muy frío —dijo Dorie—. Veía el estado emocional de la gente, descubría lo que le hacía saltar y usaba esta información para manipularla. Conmigo hablaba muy a menudo sobre la verdad. ¿Qué es realmente? ¿Es una ilusión? Creo que su pasión consistía en alterar la verdad, engañar a la gente haciendo añicos su verdad particular. Era algo muy metódico, muy premeditado. Y quería que su nombre estuviese en boca de todos. Le gustaba la publicidad, que el mundo supiese quién era. Le gustaban las emociones fuertes. Le gustaba escandalizar y conmocionar.»

Cuando condenaron a Hofmann, Dorie se quedó sola con tres niños pequeños, un total de cien mil dólares en deudas, una cuenta corriente congelada y en paro. Al cabo de un año perdió su casa porque la madre de Hofmann la reclamó. Como ocurre a menudo, el momento más desgraciado de su vida fue el preludio de un renacimiento y un descubrimiento. La ayudó su fuerte y constante fe mormona. Con el tiempo se asoció con otra mujer y fundó una compañía holística de curación: la Academy for Lifestyle Management, que utiliza técnicas curativas alternativas para ayudar a la gente a recuperarse de traumas y situaciones dolorosas.

«Mi vida ha sido muy interesante —afirmó—, no puedo quejarme. He

aprendido mucho de todo esto. Y me he vuelto más fuerte. La gente dice: “Oh, pobrecita, qué horror que hayas tenido que pasar por algo así”. Y yo les digo: “Ni te atrevas a compadecerme, porque sin aquello no estaría donde estoy ahora. Y me gusta donde estoy”.»

Durante los primeros tres años de condena de Hofmann, ella continuó visitándolo en la cárcel. Entonces, una vez, en la sala de espera, se encontró con otra mujer que le pedía que sacase algo de contrabando de la cárcel para Hofmann. Pidió el divorcio en enero de 1987. El día en que le fue concedido, Hofmann tomó una gran cantidad de somníferos que por poco lo matan. Y, cuando Olds se prometió con otro hombre, él intentó suicidarse de nuevo. Era la única forma que le quedaba de controlar a su espo-sa y hacerle daño. Además, siguió enviándole cartas de amor y poemas, algunos decorados con corazones y rosas rojas pintadas por uno de sus compañeros de celda, un extremista mormón llamado Dan Lafferty, quien, tras recibir una visión de Dios, había matado a su cuñada y a su bebé cortándoles el cuello.

Para una mujer tiene que ser terrorífico descubrir que el hombre al que ha amado y con el que ha tenido hijos es un extraño; que los ojos a los que miraba eran espejos y la cara que acariciaba era una máscara, que debajo tenía otra máscara más. Dorie ha logrado superar la espeluznante verdad sobre su marido mediante la negación. Pese a que cree que este era un falsificador y un estafador, insiste en que no pudo haber asesinado a Steve Christensen porque a la hora en que supuestamente estaba entregando el paquete que contenía la bomba se encontraba en casa con ella.

«Cuando la policía vino a interrogarme —indicó—, me informaron de la hora en que sucedió todo: la hora en la que se supone que Mark estuvo en el centro, la hora en que un testigo dijo haberlo visto. Pero yo sabía que a esa hora aún no había salido. En el espacio de tiempo del que me habló la policía, Mark se encontraba en casa. Estaba físicamente conmigo. Era temprano. Me levanté y estaba ahí. Y ya he pasado cinco detectores de mentira diciendo esto.»

Para justificar su afirmación de que Hofmann es inocente, Dorie Olds prefiere creer en una teoría de la conspiración tan complicada como la trama de *Expediente X*. En su opinión, la bomba que voló el coche de Hofmann no

estaba destinada a Brent Ashworth, sino a él mismo. Al sobrevivir — mantiene Dorie—, la persona o personas que habían matado a Christensen y Sheets amenazaron con matarla a ella y a sus hijos si Hofmann no mantenía la boca cerrada.

«Tengo que basarme en mi experiencia, y mi experiencia me dice que él fue la cabeza de turco, que había otros envueltos en esto y que han quedado libres. Me da igual que sean o no apresados algún día, pero no creo que él fuese el único metido en esto, y no creo que él pusiera las bombas.»

La afirmación más increíble de Dorie es que la confesión de Hofmann a la policía era en sí misma una invención; que para salvar a su mujer e hijos confesó dos asesinatos que nunca cometió. Según ella, cuando Hofmann no fue eliminado con la tercera bomba se convirtió en un estorbo, y entonces lo obligaron a hacer una elección: o cargaba con la culpa y olvidaba todo lo que sabía, o su mujer e hijos serían asesinados. ¿Fue esta su última falsificación? ¿Manipuló Mark Hofmann —el hombre que con tanto éxito había moldeado a su gusto la historia del mormonismo— su propia condena al confesar un crimen que nunca cometió? ¿O es que la verdad era tan dolorosa para Dorie Olds que se había inventado una teoría que lo libraba a él de culpa y a ella de complicidad?

Durante el periodo previo a su juicio, el abogado de Hofmann, Ron Yengich, hizo que su cliente se sometiese a una prueba del polígrafo. Los resultados serían evaluados por el doctor David Raskin, profesor emérito de Psicología de la Universidad Estatal de Utah, que ha asesorado a los expertos de la cia y del servicio de inteligencia israelí sobre cómo utilizar los detectores de mentiras en el contraespionaje. Raskin también se había encargado de interpretar los resultados del detector de mentiras de varios casos famosos, incluyendo el de la presunta terrorista Patty Hearst y el del asesino en serie Theodore Bundy.

Hofmann no solo pasó la prueba del polígrafo, sino que la bordó. De hecho, los resultados sorprendieron tanto a Raskin que se los envió a otros cuatro expertos en polígrafos para que los revisasen, incluyendo a uno del fbi. Estas revisiones se hacen «a ciegas». El polígrafo no sabe quién es el sospechoso. Todos concluyeron que Hofmann estaba diciendo la verdad. Desde entonces,

más de cien polígrafos federales, militares y policiales han interpretado a ciegas los gráficos de Hofmann. La grandísima mayoría ha llegado a la conclusión de que dice la verdad. Solo hay dos posibles conclusiones al respecto: o bien Hofmann es inocente de asesinato, o de alguna forma había sido capaz de burlar el detector de mentiras.

Raskin sospechó que Hofmann había tenido acceso de alguna forma a sus artículos de investigación. Uno de ellos se titula: «El efecto de las contramedidas en la detección fisiológica del engaño». En este mostraba cómo aquellos individuos que habían recibido un entrenamiento especial en contramedidas físicas y mentales eran capaces de pasar las pruebas del polígrafo. ¿Había leído Hofmann estos casos para prepararse para la prueba? Cuando Raskin fue a la cárcel a entrevistar a Hofmann escuchó una historia todavía más alucinante. Hofmann describió cómo había utilizado la autohipnosis la noche anterior, y a la mañana siguiente, para convencer a su subconsciente de que era inocente.

El misterio sigue sin resolverse. ¿Por qué tras pasar la prueba del polígrafo no continuó con su versión? Después de todo, durante las primeras semanas y meses de la investigación la mayoría de las personas, incluyendo a miembros importantes de la policía de Salt Lake City, lo veían como una víctima de la violencia y no como su autor. Era una persona apacible, educada, elocuente e inteligente. Su única obsesión parecían ser los pergaminos y los libros viejos. El delito más serio de su historial criminal era un arresto que nunca fue procesado por hurtar en tiendas en 1970. No parecía tener madera de asesino en serie.

Más cosas jugaban a su favor. Los expertos en caligrafía del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego habían concluido que la letra de las cajas que contenían las bombas no era la de Hofmann. Y tampoco coincidía con la de las personas más cercanas a este: Dorie Olds, Shannon Flynn y Lyn Jacobs habían pasado las pruebas del polígrafo y habían dicho que no tenían nada que ver con las explosiones.

Pero, para sorpresa de muchos, Hofmann cambió radicalmente de postura y confesó. A continuación, se presentó para sentencia ante el Consejo de Indultos de Utah. Si la vista iba bien y se comportaba adecuadamente en la

cárcel, probablemente pudiese estar de vuelta con su mujer e hijos en diez o quince años. Hofmann era un mentiroso de talento supremo y un hombre extremadamente inteligente. Había engañado a muchísima gente. ¿Por qué no hacer lo mismo con el Consejo de Indultos? Bastaría con que expresase el remordimiento que la junta de libertad condicional quería oír, aunque no lo sintiese.

Sin embargo, hizo todo lo contrario: pronunció un discurso que prácticamente garantizó que se pasaría el resto de la vida en la cárcel. Cuando la junta le preguntó por el móvil de sus asesinatos, Hofmann contestó: «Aunque suene raro, fue casi como un juego... Pensé que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que [la bomba] explotase y un cincuenta por ciento de que no; mientras hacía la bomba, pensé que daba igual a quién matase... la señora Sheets, un niño, un perro...».

Dorie Olds afirma que esta manifestación de despiadada indiferencia hacia la vida humana no era más que un número de teatro; que, tras haber pactado con el diablo, Hofmann hizo el sacrificio final de intercambiar las vidas de su mujer e hijos por la suya propia.

«Yo le tenía cogida la mano y temblaba sin parar —explicó Olds—. Dijo lo que le habían obligado a decir para asegurarse de que nunca saldría de la cárcel. Parecía como si hubiese estado ensayando lo que iba a decir.»

Como siempre ocurre cuando se trata de Hofmann, la verdad es mucho más complicada. Pese a que realmente confesó estar protegiendo la vida de su mujer e hijos, no era por las razones que Dorie Olds intentó venderme. Una «operación cámara negra» —término que viene de la Primera Guerra Mundial, cuando el correo se leía en una cámara secreta— llevada a cabo durante el primer año de su encarcelamiento reveló que Hofmann había creado un código secreto para comunicarse con su esposa. El código se basaba en las letras del alfabeto. Un mensaje decía: «Anxsb Cnfxqni neun aegnf Arw».

Tras descodificarlo, el fbi encontró una serie de amenazas de muerte contra algunos de los fiscales y jueces que lo habían metido en la cárcel. El lenguaje y el tono de las cartas interceptadas por el fbi también sugería que su exmujer había sido, si no cómplice, al menos algo más que una víctima inocente.

Al confesar, Hofmann evitó un juicio que no solo habría arruinado a su familia durante años, sino que podría haber incriminado a su mujer. Así pues, las declaraciones que hizo al Consejo de Indultos sobre su indiferencia por matar a un gato, a un perro o a un niño eran un toque de trompeta retórico y calculadamente diseñado para asegurar que fuese inmediatamente sentenciado, sin juicio.

Nunca llegaremos a saber el papel que jugó la Iglesia sud en las complejas negociaciones que tuvieron lugar entre bastidores. Lo cierto es que un juicio habría sido tremendamente dañino para las altas jerarquías de la sud. Gordon B. Hinckley y otros apóstoles habrían sido obligados a testificar: y también habría dado publicidad mundial a las falsificaciones de Hofmann y a las dudas que planteaban sobre la historia de los principios de la Iglesia. Asimismo, habría demostrado que en muchos aspectos la Iglesia sud era un reflejo exacto de Hofmann: que, al igual que él, se había dedicado a manipular la historia. La declaración de Hofmann contribuyó a que pareciese que se había hecho justicia. Aquel hombre que había avergonzado y engañado a algunas de las personas más poderosas de Utah había sido castigado, y Gordon B. Hinckley, que pronto se convertiría en la cabeza visible de la religión con mayor crecimiento del mundo, podría dormir tranquilo a sabiendas de que Mark Hofmann nunca volvería a hacerles daño a él o a su Iglesia.

Más por necesidad que por desafío, Dorie Olds sigue conduciendo la camioneta Toyota abollada en la que, según la policía, Hofmann transportó las bombas de clavos que mataron a Steve Christensen y Kathy Sheets. Ella cree que él no lo hizo. La verdad resulta demasiado horrible para ella y sus hijos. Una fe constante en el mormonismo y un nuevo apego a su equivalente contemporáneo, el misticismo de la New Age, le permiten vivir con estas contradicciones.

«Tenía ángeles que me ayudaban, que mantenían mi fe... —dijo—. Ya ves, la mayor diferencia entre Mark y yo es que él vivía en el mundo físico. Creía en las matemáticas, en las cosas tangibles, y no creía que hubiera nada más de lo que puede verse. Y yo sé que eso no es verdad.»

Una araña en un océano de aire

En el mejor de los casos, las prisiones son lugares carentes de esperanza, pero el Correccional del Estado de Utah, en Draper, donde Hofmann está encarcelado, es un sitio especialmente sombrío y solitario: está situado en una llanura gris, azotada por el viento, unos 32 kilómetros al sur de Salt Lake City, bajo las sombras de las montañas Oquirrh, y sus chatos edificios de hormigón de los años cincuenta, rodeados por alambradas de espino y torres de vigilancia, recuerdan a los gulags soviéticos de la época de la Guerra Fría. En el corazón de la prisión, el hombre que manipuló y controló a tanta gente es ahora objeto del control más estricto. Está alojado en una celda de dos metros de largo por uno y medio de ancho, y como única luz tiene una bombilla tenue tras una reja en el techo. Hay un inodoro y un lavabo en una esquina y la cama es de acero. No tiene escritorio ni mesa y no se le permite tener ningún instrumento de escritura en su celda. Una de sus posesiones más preciadas es una taza rosa de plástico.

En prisión, Hofmann ha encontrado su enclave natural: una comunidad darwiniana gobernada por la competición predatoria y la brutalidad, en la que solo sobreviven los más fuertes. Como asesino, y además de una figura de autoridad, Hofmann es uno de los mayores primates (los pederastas son los gusanos nematodos de la vida en prisión, por lo que necesitan protección las veinticuatro horas del día). Nadie intenta «ponerlo a lavar la ropa» o a hacer de «perrilla», como dicen los presos al referirse a las relaciones de amos y

siervos en las que se intercambia protección por favores como sexo y cigarrillos. Hofmann es admirado por la brillantez de sus crímenes y, sobre todo, por haber asesinado a alguien importante. El hecho de que utilizase bombas para matar a sus víctimas aumenta todavía más su carisma. En prisión le han puesto el apodo de «coloca-bombas loco».

Poco queda de ese joven rollizo y de mejillas rosadas que un día fuera a Inglaterra como misionero mormón. Hofmann pesa 68 kilos. Tiene la mano derecha y la punta de los dedos cubiertas de cicatrices, e injertos de tejido en el cuello, los hombros y la rodilla derecha. Una de las pocas cosas sobre las que sigue teniendo control es su aspecto físico. A veces se deja el pelo largo. Otras se afeita la cabeza. A veces lleva barba. En prisión solo le visitan su anciana madre y sus tres hijos. Su padre, deshecho, murió poco antes de que Hofmann fuese a la cárcel.

Por el bien de su madre, todavía hace ver que cree en el mormonismo. Pero la transcripción de una charla que le permitieron dar durante un oficio religioso de la Iglesia sud en la prisión Timpanogos, en Utah, sugiere lo contrario. La transcripción, de siete páginas, se titula «Por qué soy agnóstico», e intenta demostrar con argumentos minuciosamente elaborados que todas las religiones son una falacia. Hofmann se descubre a sí mismo como el hijo pedante de Sócrates. «Creo que la gente tiene intenciones místicas y religiosas —escribe—. No creo que estas experiencias prueben las conclusiones que a menudo se sacan de ellas... Lo empírico es la base filosófica del método científico. Los conocimientos empíricos tienen requisitos como condiciones controladas, observaciones repetidas y observadores independientes... Una sensación intensa y convencida sobre la presencia de Dios es prueba suficiente para la autenticidad de esa sensación, pero no para afirmar que una presencia divina, con existencia sustancial independiente de esa experiencia, sea la causa de ese sentimiento.»

Más adelante, Hofmann hace una comparación entre las tradiciones religiosas orientales y las occidentales. «Los partidarios de una de las religiones más importantes del mundo, el budismo, no creen en la realidad de este mundo, o de los objetos físicos. A su parecer, y dado que todo lo que experimentamos son sensaciones, lo único cuya existencia podemos asegurar

son esas sensaciones. A partir de ahí, creen que decir que los objetos físicos nos causan esas sensaciones requiere una profesión de fe injustificada. La idea es que la realidad podría muy bien ser un sueño o un “producto de nuestra imaginación”. Dado que los seres humanos ni siquiera logran ponerse de acuerdo sobre la realidad de lo que pueden ver, me parece a mí que es difícil cuestionar la incertidumbre respecto a la realidad de lo que no puede verse. Y el Dios todopoderoso, suponiendo que exista, tiene el poder de probar su existencia ante su creación, de una forma por lo menos tan convincente como los objetos que percibimos directamente, y sin embargo no lo ha hecho.»

Hofmann termina su ensayo con citas del filósofo y emperador romano Marco Aurelio y del escritor de ciencia ficción Stanisław Lem. La cita de Lem está dirigida a la teoría del juego. Hofmann la define como «una rama de las matemáticas que se utiliza para analizar cosas como los negocios o la estrategia militar». También sirve para describir sus propias estrategias de engaño y como apología de sus crímenes. «Si es definitivamente imposible saber si una cosa existe o no, si unos sencillamente afirman que sí y otros que no, y si en general es posible desarrollar la hipótesis de que la cosa nunca fue, entonces ningún tribunal justo puede condenar a alguien por negar la existencia de esa cosa. Porque en todos [los sistemas de lógica] las cosas funcionan así: cuando no hay una certeza total, no hay una responsabilidad total. Esta formulación es (por pura lógica) incuestionable, porque establece una función simétrica de recompensa en el contexto de la teoría de los juegos. Quienquiera que se enfrente a la incertidumbre y exija una responsabilidad total está destruyendo la simetría matemática del juego. Entonces nos encontramos con el llamado juego de suma cero.»

Un antiguo guardia de la prisión llamado Chuck Larson recuerda a Hofmann como un conversador vivaz. Larson trabajaba como sargento nocturno cuando conoció a Hofmann, y los dos hombres pronto entablaron relación. Hofmann estudiaba latín y Larson tenía algunos conocimientos de su época de estudiante en el instituto, por lo que comenzaron a charlar sobre conjugaciones verbales y gramática.

«Él echaba mucho de menos la compañía intelectual —recuerda Larson—.

Anhelaba conversaciones que de otra forma no podía tener en prisión.»

Sentados sobre un radiador frente a la oficina de Larson, los dos hombres hablaban más o menos durante una hora al día.

«A Hofmann le gustaba el ritmo de sus propios pensamientos —dice Larson—. Hablaba de Nietzsche y Kierkegaard. Charlábamos sobre historia, y sobre la Iglesia mormona, y sobre cómo hizo las bombas. Hofmann era muy agradable y un conversador fascinante. La evolución era uno de sus temas favoritos. Menospreciaba a la gente con fe religiosa. Para él eran personas fáciles de manipular.»

Larson no se hacía ilusiones sobre la naturaleza siniestra de este hombre demacrado y un poco encorvado, que todavía en ocasiones se estremecía del dolor que le causaban las heridas.

«No tenía verdadera conciencia. Bien estuviese falsificando, bien matando a alguien o cortando una página de un libro, carecía de sentido moral sobre el Bien y el Mal. En una ocasión me dijo que, si hubiese podido crear un documento tan bien hecho que los expertos lo declarasen auténtico, entonces a efectos prácticos lo sería y no implicaría fraude alguno. Era algo que creía de verdad. Pero el mayor crimen de Mark no fueron las falsificaciones o las bombas, sino el haber ofendido a gente poderosa. Los hizo parecer estúpidos.»

A Hofmann le gusta su mala fama y su notoriedad. Ha sido cortejado por productoras de cine, escritores y fotógrafos. Su negativa a publicar sus secretos es una de las pocas oportunidades que le quedan de controlar y manipular al mundo, por lo que ha dado calabazas a todos. En los años que siguieron a su condena recibió hasta cien cartas a la semana procedentes de todo el mundo. Algunos lo desprecian como a un monstruo. Otros alaban su habilidad y destreza. «Me encanta que les tomaras el pelo a todos los expertos», le escribe una chica inglesa desde Birmingham, con quien Hofmann mantuvo correspondencia durante varios años. «Me encantaría tener la capacidad y la inteligencia para hacer algo así.» Luego lo elogia y lo describe como «un artista excéntrico que dio al público lo que tanto deseaba, a precios desorbitados, enfrentando a los compradores entre ellos tal como hacen las galerías legítimamente». Para finalizar, promete enviarle una foto

«sexy» de sí misma, y lo felicita por su aspecto de «niño perdido» que, según dice, muchas chicas encuentran atractivo.

En una carta dirigida a su antiguo amigo Shannon Flynn, Hofmann describe su interés por la poesía. «El poemario que te envié en mi última carta, *Erotica*, es una selección que preparé para un concurso de poesía de la prisión —escribe—. Como no podía hacer nada con él, te lo envié en cuanto me lo devolvieron. No recuerdo bien todos los poemas incluidos. He escrito decenas de poemas sobre sexo. Un psicólogo probablemente diría que esto se debe a que lo echo mucho de menos.»

Pese a que fue capaz de falsificar un poema de Emily Dickinson, sus propios versos se mueven entre un sentimentalismo empalagoso y una imitación afectada de los clásicos. Pero proporcionan una información fascinante sobre su personalidad. En un poema largo titulado «Steven», Hofmann contempla a una araña en el alféizar de su ventana. Empieza así: «En la esquina superior derecha de mi celda / Vive sola en su propia ciudadela / Una araña que parece estar siempre atenta / A lo que pasa en su océano de aire».

Tumbado en su cama, por la noche, tras atenuarse las luces de la prisión, Hofmann observa a la araña devorando moscas extraviadas en su «red pescadora». «Para Steven aquello es más que una diversión —escribe—. Su supervivencia depende de las moscas derrotadas.» Cuando Hofmann cae en un sueño inquieto, las sombras magnificadas de la araña evocan visiones del *Infierno* de Dante. «Al ver su silueta demoníaca / Literalmente un sudor frío me hace temblar.» En otras ocasiones, las maniobras acrobáticas de la araña provocan en Hofmann un sentimiento cercano al asombro espiritual. El poema termina con una visión escalofriante. Pese a que Steven es una buena compañera de celda, «callada, limpia, poco exigente y reservada», a Hofmann le molesta tener que compartir su espacio con ella. «Pero algún día, cuando quiera estar solo / Y me canse de su presencia constante / Entonces puede que sea testigo de mi preeminencia / Porque en un momento de precipitación, con un meneo de la escoba / Su universo puede ser barrido de mi habitación.» Durante un instante poco frecuente de vulnerabilidad, el reconocimiento de su poder sobre la araña le hace plantearse la precariedad de su propia

existencia. Así concluye el poema: «Me pregunto si le consolaría saber / Que yo, también, estoy a la espera de lo que me depare el destino / Y me pregunto qué escoba barrerá mi existencia / Y cómo, y por qué, y dónde, y qué día».

En otro poema, «Un circo», escrito bajo el efecto de una dosis obtenida ilegalmente del alucinógeno lsd, Hofmann registra visiones que, inducidas por la droga, resultan similares a las descritas por Aldous Huxley en *Las puertas de la percepción*. Cuando Hofmann entra en la cantina de la cárcel, una «sonrisa de dientes negros» salta desde su bandeja, el suelo se convierte en un mar de zumo de melón, su perrito caliente se vuelve un caleidoscopio de colores y su mono pasa del naranja al gris. Entonces, la prisión empieza a flotar por el aire. «Tan solo las torres de vigilancia, como los postes de una carpa, la mantienen sujeta al suelo», escribe.

Hofmann se pasa la mayor parte del tiempo viendo la televisión, especialmente documentales de naturaleza y ciencia, trabajando en la lavandería o creando crucigramas para sus hijos. Es un lector voraz, casi siempre de libros sobre la teoría del juego, la poesía inglesa y las matemáticas. Tiene un coeficiente intelectual de 149 y es miembro de Mensa. [21] «Por su carta veo que tenemos algo en común: cierto interés por el arte — escribe a un admirador inglés—. Mis intereses parecen haber pasado de las ciencias físicas a las biológicas, de ahí a la historia, la psicología, la filosofía y las ciencias sociales, y finalmente a la literatura, el arte y la poesía.» Irónicamente, Hofmann no es el único hombre de letras de la prisión Draper. Otro de los presos, Kerry Ross Boren, escritor e historiador de Utah y familiar lejano de Butch Cassidy, fue amigo del famoso escritor de libros de viajes Bruce Chatwin. Boren, que en una ocasión viajó junto con Robert Redford en representación de la revista *National Geographic*, está cumpliendo condena por asesinar a su novia.

Hofmann se ha convertido en un experto jugador de ajedrez y escribe regularmente una columna llamada «La esquina de ajedrez de Hofmann» para la revista de la prisión. Una de estas, que trata sobre las clavadas, puede tomarse como metáfora de su vida. «Una clavada es un ataque contra una pieza de ajedrez que promete otra todavía más valiosa — escribe—. Hay dos tipos de clavadas: la absoluta y la relativa. La pieza clavada generalmente

está indefensa contra cualquier presión añadida y, por tanto, se convierte en un blanco gratificante... Uno de los signos más claros de un maestro es la creación de una clavada o de otra posibilidad táctica cuando todavía no hay ninguna.»

Hofmann perdió la partida más importante de su vida. En la cárcel aguantaba por la creencia de que al final volvería a reunirse con su mujer y sus hijos. Lo que no había previsto es que, una vez fuera de su control, Dorie comenzaría a escribir su propio guion. Cuando pidió el divorcio, en 1987, hizo añicos el sueño de Hofmann de que algún día recuperaría su control sobre ella. También volvió inútiles las promesas, cualesquiera que fuesen, a las que habían llegado cuando decidió declararse culpable.

Nunca volverá a falsificar. La tremenda sobredosis de antidepresivos que se tomó al enterarse de que Dorie Olds había pedido el divorcio lo dejó tumbado inconsciente sobre su brazo derecho durante doce horas. Como resultado, la obstrucción de la circulación le atrofió los músculos y el antebrazo se le quedó completamente inútil. El excelente control motor que le permitió crear algunas de las falsificaciones literarias de mayor calidad que jamás se hayan visto está ahora irremediadamente dañado. Hoy en día escribe con la mano izquierda, con una letra pulcra e inclinada hacia la izquierda.

Es imposible saber cuántas de sus falsificaciones siguen estando en circulación. George Throckmorton calcula que Hofmann pudo falsificar hasta mil documentos. La Iglesia sud ha realizado un esfuerzo tremendo para asegurarse de la retirada del mercado de casi todas las falsificaciones mormonas. Sin embargo, nadie en el negocio de los manuscritos históricos, ni los coleccionistas que las compran ni los anticuarios y casas de subastas que las venden, han demostrado tener interés alguno en establecer el verdadero alcance de sus falsificaciones no mormonas, y menos aún de eliminarlas. En cambio, han levantado un muro de silencio y complicidad. La lista de falsificaciones que sigue circulando en el mercado probablemente alcance las varias centenas, incluyendo documentos de Mark Twain, Jack London, John Quincy Adams, Walt Whitman y George Washington. Solo de Daniel Boone debe de haber al menos dos docenas. Y también hay en circulación cientos de monedas falsas.

En una carta que escribió a Daniel Lombardo desde la cárcel, Hofmann relata la génesis y creación del poema de Emily Dickinson. Su lectura es apasionante y arroja una luz considerable sobre la mente y los métodos de uno de los falsificadores más creativos de América. Además, y entre otras cosas, nos muestra a Hofmann como un crítico literario perspicaz. «Escogí a Dickinson porque, entre todos los poetas americanos, su material autógrafo es de los más valiosos —escribe—. Y porque era un reto. Mi crítica de los poemas de Dickinson es que solo unos pocos son magníficos, algunos buenos y muchos regulares (tanto, que creo que ella los habría considerado borradores). El mío está muy lejos de contarse entre los mejores, pero es, creo yo, mejor que algunos. —Entonces Hofmann da a entender que encontró una serie de conexiones entre su propia persona y el objeto de su engaño—: Leí en una biografía, o bien inferí de sus poemas, que era agnóstica, y que por tanto partíamos de una misma perspectiva. Y, lógicamente, el *carpe diem* es un tópico poético muy popular.»

La afirmación más extraordinaria en la carta de Hofmann es que compuso y ejecutó el poema en tan solo tres días. «Justo antes de componer el poema intenté leer tanto material de ella como me hiciera falta para sentirme en contacto con su musa —escribió—. Debí de hacer unos tres o cuatro borradores. Lo único que recuerdo sobre su composición es que me pregunté si sería mejor utilizar “hierba de verano” o “sol de invierno”. Los borradores no existen (destruí todas las pruebas), pero la versión de “hierba de verano” fue publicada (con mi propio nombre) en la revista *Mensa Bulletin*, creo que en 1987. Para mí, las palabras “Tía Emily” le dieron un toque de veracidad.»

¿Dice Hofmann la verdad? ¿O es su afirmación de que creó una de las falsificaciones más magistrales de todos los tiempos en tan solo tres días otra invención de este mentiroso compulsivo y fanfarrón? En realidad, no tiene ningún motivo para no desvelar algo que Sotheby’s pretendió desconocer completamente: la procedencia del poema. «Creo que Todd Axelrod estaba en posesión de la falsificación cuando yo fui desenmascarado en 1985. Pensé que la retiraría del mercado —escribe—. Pensé que todo el mundo sabía que el poema era una falsificación, así que me quedé gratamente sorprendido... al escuchar que aún estaba en el mercado. Espero que esta vez alguien escriba

en él la palabra ¡falsificación!»

[21]. Sociedad internacional cuyos miembros han de cumplir un único requisito: obtener una puntuación superior a la del 98 % de la población en una prueba de inteligencia acreditada.

Epílogo

El camino a casa

Tres años después de haber estado de pie ante la ventana del dormitorio de Emily Dickinson, conduje de vuelta a Amherst por la Interestatal 95 para visitar el Departamento de Archivos y Colecciones Especiales de la Biblioteca Robert Frost del Amherst College, donde se encuentra la mitad de los manuscritos de Emily Dickinson. Era una cálida mañana de verano. El cielo tenía un intenso color azul claro y, mientras los estudiantes se dirigían a clase, un aspersionador formaba un arcoíris sobre la hierba. El aire olía a resina de pino.

Tras estar expuesto durante tanto tiempo a los engaños y mentiras de Hofmann, mi sentido de la realidad había comenzado a mermar. Había empezado a darme cuenta de cómo, en las pequeñas cosas, y a veces también en las grandes, ninguno de nosotros dice siempre la verdad; de cómo, para proteger nuestros sentimientos, o los de los demás, a menudo somos de todo menos honestos. Y al mirar al mundo en general me di cuenta de que, en vez de ser la excepción, en muchos sentidos Mark Hofmann era la norma. Más que una aberración, la falta de honradez es una parte del tejido de nuestras vidas, ya se trate de los corredores de bolsa fraudulentos de Queens que estafan a los inmigrantes coreanos y les roban sus ahorros, ya del presidente de una compañía de petróleo de Texas que extrae ilegalmente oro negro de un parque nacional de América Central, ya de un hombre de negocios corrupto que compra favores en la Casa Blanca, ya de los presidentes de Sotheby's y

Christie's que fijan las comisiones de ventas. Quizá Mark Hofmann no sea un tipo tan extraño después de todo. Quizá sea la persona que te devuelve la mirada en el espejo.

En ese momento estaba a punto de ver cara a cara algunas de las obras de arte más auténticas jamás creadas: el diario poético del valeroso viaje de una mujer hacia el conocimiento de sí misma y la verdad. Había pedido a Dan Lombardo que me ayudase a encontrar la forma de ver los poemas escritos por Dickinson a principios de 1870, la época escogida por Mark Hofmann para su falsificación. La Biblioteca Jones tan solo tenía un par de poemas de este periodo, por lo que Dan sugirió que fuese al Amherst College. Tras firmar un impreso que decía que no maltrataría (o robaría) los manuscritos, mostrar mi carnet de conducir y sacar todos los bolígrafos de mis bolsillos, me hicieron pasar a una sala de lectura iluminada por una luz intensa. Detrás de mí, la puerta se cerró con llave. Al cabo de unos minutos trajeron los manuscritos del centro de conservación.

La noche anterior había tenido un sueño. Estaba andando con Emily Dickinson por el Amherst Common, en medio de una tormenta de nieve. Tenía el brazo alrededor de su cintura. Estábamos a varios grados bajo cero, pero ella solo llevaba puesto un fino vestido de algodón blanco. Le dije que iba a coger un catarro de muerte, y ella rompió a reír con una risita aguda, como si fuese una niña. Traté de coger un copo con la mano y se convirtió en papel. Entonces, el cielo se llenó de trocitos de papel blanco que caían sobre la tierra como cinta de teletipo. Cada uno era un fragmento de escritura. Algunos estaban escritos a lápiz y otros a bolígrafo. Algunos en inglés, otros en griego y otros en latín. Emily intentaba cogerlos con la boca, como si fuese un pez. Pero, cuantos más cogía, más caían del cielo. Era como si estuviesen derramando sobre nosotros una manta gigante de plumas, hasta que nos vimos rodeados por montones de papel blanco. Nos arrodillamos y empezamos a recoger los trocitos a puñados, lanzándonos el uno al otro bolas de papel que se deshacían en el aire. Entonces, Emily se puso seria. Cada trozo de papel, me explicó, era parte de un poema y estas eran sus únicas copias. Movidos por una especie de frenesí, intentamos hacer encajar los fragmentos, como si fuesen las piezas de un puzzle gigante. Cada vez que

creíamos haber reconstruido un poema, la escritura cambiaba, como las formas de un caleidoscopio, y teníamos que volver a empezar.

Las páginas del fascículo que en aquel momento tenía frente a mí eran mucho más pequeñas de lo que me había imaginado. Había creído que se trataría de hojas enormes, tamaño álbum. Pero no debían de medir más de veinte centímetros por trece. Algunas eran hojas individuales. Otras eran las llamadas bifolias: una hoja de papel doblada por la mitad. En todas, escritas con pluma, la tinta ferrogalotánica se había vuelto marrón con el paso del tiempo, y la letra, un poco emborronada, resultaba casi ilegible.

Antes de escribir «*Alone and in a Circumstance*» («Sola en una Circunstancia») en 1870, Dickinson había recortado dos fragmentos rectangulares muy pequeños del número de mayo de la revista *Harper's* y los había pegado sobre una hoja de papel de carta con un membrete del busto de la reina en la esquina superior izquierda. Uno tenía el nombre de la novelista francesa George Sand,^[22] cuya apasionada aventura con el compositor Frédéric Chopin en Mallorca había escandalizado y fascinado a la poeta y a sus coetáneos. El otro llevaba el título de una de las novelas de Sand, *Mauprat*. Sobre cada uno, Dickinson había pegado cuidadosamente un sello azul claro, de tal forma que los recortes salían de sus bordes como si fuesen los colmillos de un tigre dientes de sable. Entonces escribió a lápiz las palabras del poema alrededor del sello. Yo había seguido por toda América el rastro de una falsificación, y en el camino me había cruzado con codicia, mentiras y engaños. Con la mirada fija en ese objeto maravillosamente labrado, escrito desde la angustia más profunda con el único objetivo de celebrar la belleza y la verdad, los ojos se me llenaron de lágrimas.

Por aquel entonces, la jovencita que había escrito de forma tan juguetona veinte años antes «¡Hurra por Peter Parley! / ¡Hurra por Daniel Boone! / ¡Tres hurras por el hombre / Que descubrió la luna!» se había convertido en una mujer solitaria de mediana edad agobiada por penas y pesares. Las grietas y divisiones que empezaban a invadir su personalidad quedaron reflejadas en su letra. Resignación y esperanza, desesperación y energía luchaban por controlar su mano. La escritura segura y recta del primer periodo había sido reemplazada por una letra crispada e inclinada hacia la

derecha. Las letras caen hacia delante como sillas rotas, o casi estiradas sobre la raya, como la hierba aplastada tras una tormenta. El travesaño de la *T* mayúscula es un tajo afilado de más de dos centímetros que mira hacia abajo. La pluma cambia de dirección con violencia, primero hacia un lado como una bala y luego volviendo sobre sí misma, como si cada impulso fuese bloqueado por otro aún mayor. Por todas partes puede sentirse cómo le falla la energía, como si la gravedad estuviese tirando de su escritura hacia abajo, y hacia la muerte.

El primer trazo de la letra *M* de su poema «The Mushroom Is the Elf of Plants» («El Hongo es el Elfo de las Plantas»), una reflexión que escribió en 1873 sobre una planta a la que adora por su soledad y secretismo, empieza muy por encima de la ra-ya, como una pelota lanzada al aire, y a continuación cae hacia atrás, de izquierda a derecha, formando un lazo curvilíneo y tirante, como un cebo de pescar tensado y doblado por un pez que se sumerge en las olas. Al tocar la raya se inclina sobre sí mismo y salta hacia la superficie. Pero el movimiento hacia arriba flaquea, la energía falla y la línea viaja casi horizontalmente a través de la página. Al subir, el trazo se cruza con el anterior que desciende, formando una fina silueta ovalada —un cerco momentáneo del yo— antes de seguir con su escalada. Entonces se dobla y cae de nuevo, enlazándose otra vez sobre sí mismo, y hacia abajo. Al tocar la raya trata de ascender, y otra vez se cruza con el trazo descendente, dejando tras de sí un fino espacio ovalado. Sin embargo, este es más tirante, más estrecho, como si la energía de la línea estuviera contrayéndose sobre sí misma. Casi inmediatamente, el movimiento ascendente para en seco con una curva descendente en forma de hoz que empuja al lápiz de vuelta a la raya, como el tallo segado de una flor.

Por aquel entonces, la letra de Dickinson parecía un idiolecto privado: tenía un código tan impenetrable y particular como las runas célticas o los jeroglíficos egipcios. Como si fuese un músico de jazz, la poeta disfrutaba improvisando con su alfabeto personal, utilizando distintos tipos de letra en cada poema, y algunas veces en el mismo. Así, por ejemplo, entre 1870 y 1871, Dickinson trabajó en el poema «Porque Él la ama a Ella / Eso no dañará su mágico paso». La versión más antigua de este poema que

sobrevivió está en una carta que Dickinson escribió a lápiz a su mentor, T. W. Higginson, en octubre de 1870. Nunca la envió. Pero más adelante, ese mismo año, garabateó también a lápiz otra versión dentro de un sobre dirigido a una amiga. Continuó trabajando en el poema y finalmente lo pasó a limpio en 1871 sobre el escritorio que yo mismo tuve ante mí. En el espacio de cuatro palabras —«if she is fair» («si acaso es leal»)— escribe dos versiones completamente distintas de la letra *f* minúscula. La segunda parece un saxofón, pero en la palabra *if* es completamente distinta, similar a la forma convencional, pero con un trazo descendente mucho más largo, y además se inclina hacia un lado, quedando casi por debajo de la raya. La *y* es como la pata rota de una mecedora. Algunas palabras son simplemente ilegibles. La *N* mayúscula al principio de la frase «Not hoping for his notice vast» («Sin contar con impresionarle») flota entre las rayas como un pulpo impulsándose a sí mismo por el agua. La *o* es una *c*. La *t* es un signo de multiplicar. Si no conoces el código parece que pone «3cx».

En general, se cree que los cambios radicales que empiezan a hacerse patentes en su letra sobre esta época fueron el resultado de su pérdida de vista. Tras una prolongada visita a un oftalmólogo de Boston en 1864, le prohibieron utilizar la pluma. «¿Podremos entendernos a lápiz? —le escribió al hombre que describió como su “amigo de más confianza”, Thomas Wentworth Higginson—. El médico me ha quitado la pluma.» Dickinson volvió a utilizar la pluma después de 1865, pero muchos de los poemas de este periodo, como «That God Cannot Be Understood», están escritos a lápiz.

¿Mala vista? ¿Licencia artística? ¿O acaso esta mujer tan reservada estaba tratando de ocultar su letra en un intento de esconder su identidad? Los borradores de sus poemas de esta época parecen escritos con lo que yo describiría como letra de la lista de la compra: la caligrafía es clara, casi siempre perfectamente legible, y la escritura firme y bastante uniforme. Lo mismo ocurre con las notas y poemas que enviaba a sus amigos y familia. Resulta irónico que en este momento concreto de su vida Dickinson escribiera como lo hacen los falsificadores, esto es, dibujando cada letra por separado en vez de unir las en un flujo continuo de escritura. Al acercarse a su muerte, en 1886, estas tendencias se habían vuelto aún más fuertes. Como si

estuviese regresando a la infancia, sus letras son cada vez más grandes y más difíciles de distinguir. En 1850 le cabían doce o trece palabras por línea en una hoja pequeña. Un cuarto de siglo más tarde, en el poema «How News Must Feel When Travelling» («Cómo deben de sentirse las Noticias al viajar»), escrito en 1875, difícilmente entran tres palabras en una línea. «Extraordinario» ocupa toda la anchura de la página.

Hofmann tuvo que acertar con todo esto. Al comparar los manuscritos originales con la copia de la falsificación —el original vuelve a estar en la Gallery of History de Las Vegas (pero no a la venta)— me sentí maravillado ante el increíble talento técnico que mostraba. Los registros de hotel que encontró la policía de Salt Lake City sugieren que Hofmann pudo haber visitado Cambridge, Massachusetts, en los años ochenta, con la específica intención de estudiar los manuscritos de la poeta en la Biblioteca Houghton. Pero la fuente principal de su falsificación fue el clásico de Ralph Franklin en dos volúmenes, *Los manuscritos de Emily Dickinson*. El poema es un espejo en el que se reflejan los años de trabajo intenso y meticuloso que Franklin, como especialista, dedicó al tema. Al verlo se quedó deslumbrado.

«Estaba alucinado de que pudiera ser una falsificación —me dijo la última vez que nos vimos—, con todas esas extrañas características (la mezcla de letras y demás) que yo pensaba que era el único que conocía, y solo hasta cierto punto.»

Franklin esquivó con secas objeciones todos mis intentos de atribuirle ciertos sentimientos. Me dijo que estaba buscando culpables y que por tanto necesitaba víctimas, pero que él no iba a prestarse como voluntario.

«El hecho de que las buenas intenciones puedan ser utilizadas con mala intención no me afecta —dijo—. Tú lo que quieres es que diga que sufro porque han abusado de mí, pero no es así como lo siento.»

Su lenguaje corporal, no obstante, sugería lo contrario. Hablaba rápido, algo nervioso, a menudo con los ojos cerrados, y se pasaba continuamente las manos por las rodillas. Me pidió varias veces que dejase de grabar. Sospecho que lo que más le molestaba era verse desprestigiado ante sus colegas por no haberse dado cuenta de que el poema era una falsificación. Me dio la sensación de que se sentía terriblemente ofendido por la forma en que

Sotheby's se había aprovechado de él y, por extensión, de la institución para la que trabajaba, pese a que lo negase. Cuando le pregunté qué sentía respecto a la falsificación, me dijo:

«¿Me impresiona su habilidad? Sí. ¿La admiro? No.»

Al seguir indagando sobre lo que sintió al descubrir que Hofmann había utilizado sus años de investigación para crear la falsificación, Franklin se reclinó sobre la silla y dijo con una sonrisa irónica: «Probablemente no compró el libro». Entonces le entró un ataque de risa que lo dejó sin respiración y hasta le hizo llorar.

Hofmann no tenía por qué haberse inventado un poema. Le hubiera sido muy fácil hacer lo que había hecho en otras tantas ocasiones: encontrar un documento perdido y recrearlo. Muchos de los manuscritos de Dickinson fueron destruidos o se perdieron, y habría resultado menos complicado para él falsificar uno del que ya existieran copias. Crear un poema de ocho líneas lo suficientemente bueno —técnicamente y en relación al contenido— como para que recibiese la aprobación de los expertos en Dickinson más importantes del mundo era algo más que una osadía. Del mismo modo que le había producido una enorme satisfacción fabricar documentos que validaban sus propias opiniones sobre la Iglesia mormona, a Hofmann debió de darle una sensación de poder extraordinaria poner sus sentimientos agnósticos en boca de una de las poetas más queridas y leídas de América.

La poeta y el asesino, no obstante, tenían intenciones diametralmente opuestas. Hofmann trabajaba para engañar a los demás. Emily Dickinson escribía para registrar la realidad sobre su propia persona, sin importarle lo escandalosa que fuese. En el fondo, Hofmann se dedicó a falsificar porque era un cobarde. De joven había querido escribir un libro sobre la historia antigua de la Iglesia mormona, pero no había tenido el valor de llevar a cabo el proyecto. En cambio, escogió el camino de la falsificación. Pero el fraude es una trampa en la que caen tanto el engañado como el engañador, y, tras una vida intentando manipular a los demás, Hofmann se quedó atrapado en su propia red de mentiras. Sin embargo, al enfrentarse a sus fantasmas, Emily Dickinson encontró la libertad interior y la paz mental.

Pero había un secreto que la poeta no desvelaría jamás: la identidad de esa

persona a la que quiso más que a nadie en el mundo y cuya pérdida le rompió el corazón. Entre los papeles que fueron encontrados tras su muerte había tres cartas de amor apasionadas, conocidas como «cartas al maestro». Se cree también que algunos de sus poemas más apasionados y sexuales estaban dirigidos al mismo amante sin nombre, como este tan deliciosamente sugestivo, escrito en 1860, cuando la poeta tenía treinta años:

*¿Y si la Campanilla aflojara su cinto
Para la Abeja amante
La Abeja la adoraría
Tanto como antes?*

*Si acaso el «Paraíso» – persuadido –
Nos dejara pasar sobre el foso de perlas –
¿El Edén sería aún un Edén clásico,
O el Conde – seguiría siendo el Conde?*

Dickinson y su familia hicieron un gran esfuerzo para que el nombre de su amante secreto nunca saliese a la luz. Se ha sugerido incluso que su larga estancia en Boston en la década de 1860 fue a causa de un aborto. Dickinson dejó pasar bastante tiempo antes de incluir muchos de los poemas dedicados al amante anónimo en los fascículos, logrando así crear una gran confusión sobre su cronología. En las tres cartas que le escribió también puso mucho cuidado de no referirse a ningún suceso o persona que pudiera desvelar su secreto. Las cartas están escritas con un lenguaje tan condensado y tienen tantas referencias internas indirectas que parecen un código secreto.

¿Es el «maestro» una persona real o un producto de su imaginación? Algunos expertos han argumentado recientemente que se trataba de un predicador llamado T. W. Higginson. Las especialistas feministas insisten en que Él era Ella, en que el Maestro era una Maestra. Todavía no hay una respuesta clara a la pregunta, y no creo que vaya a haberla nunca. Todo el mundo tiene su Emily particular. Ante la ausencia de pruebas firmes, escogemos la historia que más nos gusta.

Mi candidato favorito como objeto de amor de Emily es Samuel Bowles. Se conocieron cuando Emily era una adolescente. Bowles había ido a la

universidad con el hermano de Emily, Austin, y se había convertido en un amigo de la familia. Solo empezó a visitar de nuevo Amherst con regularidad en 1858, cuando Dickinson tenía veintiocho años. Homestead, con sus preciosos jardines e invernadero, se convirtió en un refugio del duro mundo de la política y del periodismo. No sabemos lo que él sentía (todas las cartas que escribió a la poeta fueron quemadas), pero lo que sí está claro es que durante esa época Emily se enamoró locamente de él. «El corazón quiere lo que quiere —escribiría en 1862, cuando Bowles se marchó a un largo viaje por Europa—, o si no se vuelve indiferente.»

Como editor del *Springfield Republican*, un periódico conocido por su apoyo a la poesía, Bowles —«el único oído al que busco encantar», decía Emily— tenía el poder de hacer realidad su sueño de convertirse en una de las poetas más destacadas de la época. Desgraciadamente, el gusto de Bowles en poesía era convencional hasta el aburrimiento. En vez de romper el molde de la poesía americana, se dedicó a rellenar las páginas de su periódico con las obras sentimentales de mujeres poetas que el mundo hace tiempo olvidó. Al final de su vida, Dickinson había convertido en una virtud el rechazo laboral por parte de Bowles. «La Publicación – es la Subasta / De la Mente del Hombre», escribió con desdén. En mi opinión, que Bowles las rechazase a ambas, a la mujer y a la poeta, llevó a Dickinson al borde de la locura y abrió ante ella las puertas de la poesía. En tan solo cuatro años, de 1861 a 1865, escribió casi la mitad de sus poemas. En «Dare you see a Soul at the White Heat?» («¿Te atreves a mirar a un Alma en el Calor Blanco?») o «After great pain, a formal feeling comes» («Después de un gran dolor viene un sentimiento solemne») podemos oírla tratando de superar la pérdida del hombre que tanto había deseado. Fue una pérdida de la que nunca se recuperó del todo. En 1870 escribió: «Un no admitir la herida / Hasta que creció tan abierta / Que toda mi Vida había entrado en ella / Y había abismos al lado». Nos han quedado treinta y cinco cartas, que a menudo empezaban con un sencillo «Querido señor Bowles». Dickinson también le envió cincuenta poemas, entre otros el siguiente, escrito en 1861:

No tengo nada – para darte, sabes –

*Así que traigo Éstos –
Al igual que la Noche siempre ofrece su Estrella
A nuestros ojos conocidos –*

*Tal vez no deberíamos pensar mucho en ellos –
A menos que no vengan –
Entonces – ¿quién lo sabe? Tal vez me asombraría
Encontrar el camino a nuestra Casa –*

Las cartas dirigidas al maestro fueron el intento más evidente de Dickinson de decirle a Bowles lo que sentía. Su desesperado, humillante e infantil deseo de complacerlo hace que leerlas cause dolor, casi vergüenza. En ellas, una mujer intelectualmente brillante, digna e independiente se reduce a una niña pequeña pidiendo perdón sobre las rodillas de su padre. No hay pruebas de que Dickinson llegara a enviarlas. Pero durante los largos y solitarios años del resto de su vida, nunca dejó de pensar en el hombre que las había inspirado. «Extrañamos tu Cara intensa y los tentadores Acentos que traes de tus Escondites Numidios», le escribió en 1875, un año después de la muerte de su padre. «Tu llegada suelda de nuevo esa Nimiedad de la Vida que cada uno de nosotros lleva, pero ninguno posee, y esa fosforescencia tuya nos sobresalta por su permanencia.»

Bowles no solía visitar Homestead más de una vez al año, normalmente durante las ceremonias de graduación del Amherst College. En una de esas ocasiones, en 1877, cuando Dickinson tenía ya cuarenta y siete años, al llegar a la casa la poeta se negó a bajar a verlo. Habían estado escribiéndose durante casi dos décadas. «¡Emily, maldita granuja! —parece ser que le gritó Bowles—. ¡Ya basta de tonterías! He venido desde Springfield para verte, así que baja inmediatamente.» Según su hermana pequeña, Lavinia, la poeta nunca había sido tan sociable y fascinante como fue aquel día. Bajó la escalera y se sentó en el cuarto de estar con Bowles, a tomar el té y hablar de lo que más gustaba a ambos: los libros, los viajes, los chismorreos políticos y la familia. Unos días más tarde le escribió una carta. En ella incluyó un poema:

*No tengo Vida sino ésta –
Para traerla aquí –
Ni una Muerte – salvo*

La disipada desde allí –

Ni atadura a las Tierras por venir –

Ni Acción nueva –

Excepto a través de esta extensión –

El Reino tuyo –

Debajo del poema escribió: «Resulta extraño que lo más intangible sea lo más adhesivo». Y firmó «Tu granuja». Un año más tarde, Samuel Bowles murió de tanto trabajar. Emily Dickinson lo siguió a la tumba cuando le fallaron los riñones, el 13 de mayo de 1886. Tenía cincuenta y seis años. Su pequeño cuerpo fue cubierto con un chal blanco y colocado en un ataúd blanco en el recibidor de la casa que tanto amó y en la que había pasado casi toda su vida. Le rodearon el cuello con unas violetas azules y sobre el ataúd le pusieron una corona con las mismas flores. Alguien leyó unas líneas de la Biblia. Entonces, el ataúd fue levantado sobre los hombros de seis irlandeses que habían trabajado para la familia Dickinson: Thomas Kelley, Dennis Scannell, Stephen Sullivan, Patrick Ward, Daniel Moynihan y Dennis Cashman. «Quiso que la llevaran por la puerta trasera, alrededor del jardín, atravesando el establo y, a continuación, cruzando las tierras de la familia, con la casa siempre a la vista», recordaría la criada Maggie Maher.

Unos días después de marcharme de Amherst recibí una carta de Dan Lombardo. Acababa de regresar de un viaje de seis semanas a Sicilia. En Via Magenta, en la ciudad de Canicattini Bagni, había encontrado la casa en la que su padre pasó sus primeros años de vida, antes de emigrar a Connecticut. Estaba abandonada. En la habitación en la que la familia de su padre había dormido y comido, unas gallinas revoloteaban bajo un cuadro descolorido de la Virgen María. En una calle cercana se encontró con la casa en la que su padre se había dedicado a dar serenatas con su mandolina bajo la ventana de su madre, cuando esta tenía solo dieciséis años.

Tras una estancia con sus primos en Canicattini Bagni, se fue en un Citroën alquilado a recorrer la isla. Dickinson nunca dejó Nueva Inglaterra, pero mencionaba Italia a menudo. «La península azul», solía llamarla en sus cartas

y poemas. Ascendiendo a pie por el monte Etna, Lombardo se puso a recitar en italiano los primeros versos del poema de Dickinson «Volcanes de Sicilia»: «La geografia mi attesta che ci sono / vulcani in Sud America / e in Sicilia». En el lago de Pergusa vio el lugar en el que Hades raptó a Perséfone para llevarla a los infiernos. Exploró la cueva llena de pinturas neolíticas de bisontes y ciervos y representaciones de una danza ritual de hombres y mujeres. En su última noche en la isla, se reunió con sus amigos y primos italianos en un restaurante local y comieron pez espada a la parrilla, pulpo con limón, calamares y almejas, acompañados con platos de pasta y botellas de vino tinto siciliano. Cuando la historia de su trabajo detectivesco empezó a ser conocida en Amherst, Lombardo se convirtió en un héroe. Una pequeña comunidad de Nueva Inglaterra había enseñado a Madison Avenue que no tenían nada que envidiarles. David había derrotado a Goliat. Bajo la superficie, sin embargo, los hechos en los que se vio envuelto Lombardo tuvieron un efecto profundamente corrosivo en él. Había perdido la fe en la profesión a la que había dedicado diecisiete años de su vida. Ya no confiaba en nadie. Durante un viaje a Japón, seis meses después de que el poema fuese declarado falso, llamó a su mujer desde la estación de tren para decirle que iba a dejar el trabajo.

Fue lo mejor que pudo hacer. Lombardo siempre había soñado con llevar el mismo tipo de vida que su héroe, Henry David Thoreau. Años de buena inversión, utilizando un sistema que había creado su padre Jimmy, le habían permitido acumular una renta pequeña pero suficiente para vivir. La casa en Westhampton que había comprado con su mujer veinte años atrás ya estaba pagada. Por fin contaba con el tiempo y el dinero suficientes para poder disfrutarla. Construyeron un jardín japonés acuático y un invernadero en la parte de atrás de la casa, con un suelo embaldosado al estilo italiano y grandes puertas corredizas de cristal. El resto del tiempo lo pasan en una casita de campo en Cape Cod, donde Lombardo escribe libros sobre historia local y colabora con artículos sobre Emily Dickinson en revistas profesionales. Cuando no está trabajando, se dedica a ir en kayak por la bahía hasta Great Island. También se ha adentrado en el budismo zen. Su viaje a Sicilia lo inspiró para aprender a tocar otro instrumento musical. «Estoy

manteniendo viva la tradición de mi padre con la mandolina —escribió al final de su carta—, y estoy aprendiendo a tocar las canciones que él tocaba.»

[22]. Pseudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin, baronesa Dudevant.

Agradecimientos

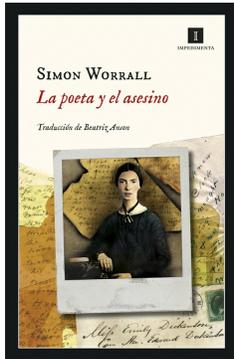
Son muchas las personas que han contribuido a que este libro fuese posible. Agradezco especialmente la ayuda de Daniel Lombardo, cuya integridad y sentido de la responsabilidad cívica hicieron posible que los habitantes de Amherst no sean hoy los orgullosos dueños de la falsificación de un doble homicida. Sin su cooperación incansable, mi cometido habría sido infinitamente más difícil. Me gustaría dar las gracias a Lewis Lapham, de la revista *Harper's*, por encargarme inicialmente el artículo que dio lugar a este libro; a Bill Buford, de *The New Yorker*, por apoyarme, y a George Plimpton, de *Paris Review*, y Katharine Viner, de *The Guardian*, por tener la visión y el valor de publicarlo. También quiero dar las gracias a mi agente, Philip Spitzer, por su pródigo apoyo; a mi editor en Dutton, Brian Tart, y a su eficaz asistente, Amy Hughes; y a mis editores en Fourth Estate en Londres, Clive Priddle y Mitzi Angel.

Muchas personas en Salt Lake City donaron generosamente parte de su tiempo para compartir conmigo sus recuerdos, a menudo dolorosos, sobre Mark Hofmann. Agradezco en especial la ayuda de Brent Ashworth, Sandra Tanner, Shannon Flynn, Ken Farnsworth, Brent Metcalfe, George Throckmorton y Doralee Olds. También me gustaría expresar mi gratitud a Cindy Dickinson, del Homestead de los Dickinson, en Amherst; a Tevis Kimball, de la Biblioteca Jones, y a Daria D'Arienzo, de la Biblioteca Robert Frost del Amherst College. Y gracias también al personal del Biblioteca East Hampton.

La colaboración de Ralph Franklin fue inestimable para mejorar mi

comprensión sobre el trabajo de Dickinson. Jennifer Larson dedicó muchas horas a ayudarme a desenredar la complicada maraña de falsificaciones no mormonas de Hofmann. Joe Nickel, Walter McCrone, Beryl Gilbertson, Kathy Copenhaver y Emily J. Will me ayudaron a entender en qué consisten las pruebas forenses de documentos. Para la información sobre el negocio de los documentos históricos, conté con la ayuda de Roy Davids, Rick Grunder, Justin Schiller, Michael Zinman, Kenneth Rendell y David Hewitt. Agradezco inmensamente la colaboración del catedrático A. J. N. Thomassen, del Instituto de Cognición e Información de Nimega, en Holanda, que me dio las armas para adentrarme en la neuropsicología de la escritura, así como la ayuda de Ted Wright, de la Universidad de California, y Arend van Gemmert, del Laboratorio del Control Motor de la Universidad del Estado de Arizona. El catedrático Ng Wai Ming, de la Universidad de Singapur, compartió conmigo sus conocimientos sobre la falsificación literaria en Japón. Nicholas Barker hizo lo propio con Europa mientras tomábamos el té en Cambridgeshire. Peter Reveen y Ricky Jay me explicaron los intrínquilis del mundo de la magia. El doctor David Raskin habló conmigo durante horas desde su casa en Alaska sobre las pruebas de los detectores de mentiras. Jerry Taylor, antiguo agente superior del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, me ayudó a entender cómo se construye una bomba. De los muchos libros que consulté durante mi investigación, los siguientes cinco fueron especialmente útiles: *Victims*, de Richard Turley; *Salamander*, de Linda Sillitoe y Allen Roberts; *A Gathering of Saints*, de Robert Lindsey; *Mormon America*, de Richard y Joan Ostling, y *The Life of Emily Dickinson*, de Richard B. Sewall.

La poeta y el asesino



Cuando un poema recién descubierto de Emily Dickinson apareció en una subasta de Sotheby's en 1997, un escalofrío recorrió el mundo del coleccionismo literario. Cuatro meses después, sin embargo, el poema fue devuelto como falso. La poeta: Emily Dickinson. Una mujer solitaria, casi una ermitaña, que garabateaba poemas en lo primero que tenía a mano. No vio publicado ninguno en vida, pero escribió más de mil setecientos. El asesino: Mark Hofmann. Un manipulador nato, un maestro de la psicología humana. Comerciante de documentos raros, creó una serie de falsificaciones con las que socavó los principios de la Iglesia mormona. Hasta que decidió «especializarse» en la obra de Dickinson. Y de ser uno de los más grandes falsificadores del siglo XX pasó a convertirse en un despiadado asesino.

Simon Worrall. Nació en Inglaterra y pasó su infancia entre Eritrea, París y Singapur. Periodista, escritor y aventurero, ha seguido el rastro de un Rembrandt robado junto con un agente encubierto del FBI, ha buceado en las costas de Sumatra en busca de un pecio de la dinastía Tang y se ha emborrachado con Marianne Faithful. Ha sido biógrafo de Hilary Clinton, Arthur Miller, Wynona Ryder y Leonard Cohen. Su primer libro, «La poeta y el asesino» (2002), fue un éxito entre la crítica y los lectores, e inspiró un documental de la BBC. Divide su tiempo entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Título original: *The Poet and the Murderer*

Edición en ebook: junio de 2019

Published by arrangement with Philip G. Spitzer Literary Agency
through International Editors' Co.

Copyright © Simon Worrall, 2002

Copyright de la traducción © Beatriz Anson, 2004

Copyright del prólogo © Alan Hollinghurst, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-25-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

La poeta y el asesino

Introducción

Prólogo. La poeta y el asesino

1. Emily Dickinson a la venta

2. Un enigma en una caja cerrada

3. En busca de la verdad

4. Subasta artificio

5. En la tierra de Urim y Tumim

6. El falsificador y su sello

7. El hombre mágico

8. El arte de la falsificación

9. La «Carta Salamandra»

10. Isocronismo

11. El mito de Amherst

12. «El Juramento del Ciudadano»

13. Un asunto sucio, desagradable y obsceno

14. El radio de la muerte

15. Tinta agrietada

16. Víctimas

17. Una araña en un océano de aire

Epílogo. El camino a casa

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Simon Worrall

Créditos